PABLO TRINCIA

VENENO

TAMBIÉN LOS NIÑOS SABEN MENTIR.
Y UNA MENTIRA SUYA PUEDE DESENCADENAR EL INFIERNO

UNA HISTORIA REAL

Ariel

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Nota autor
Dedicatoria
Finale Emilia...
Primera parte. El contagio
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6

Segunda parte. El mundo sumergido
- 7
- 8
- 9
- 10

Tercera parte. Un ejército de fantasmas
- 11
- 12
- 13

Cuarta parte. Una noche que dura ya veinte años
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19

20
21
22
Agradecimientos
Bibliografía
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

A finales de los noventa, en dos pequeños pueblos de la región italiana de la Bassa Modenese, los servicios sociales separaron a dieciséis niños de sus familias y los enviaron a otros lugares del país. Los padres eran sospechosos de pertenecer a una secta de pedófilos satánicos que realizaban rituales nocturnos en el cementerio bajo supervisión de un cura católico muy querido por los habitantes de la zona. Son los mismos niños los que relataron a los psicólogos y asistentes sociales estas escenas horribles y atroces. La red de monstruos que describieron implicaba a madres, padres, hermanos, tíos y conocidos, pero lo cierto es no hay ni un testimonio de una persona adulta. Nadie ha visto ni oído nada. ¿Es posible que en este rincón del mundo se imponga una ley del silencio tan profunda y eficaz?

La realidad de los hechos emergerá bajo una luz nueva, más escalofriante que la anterior. Sin embargo, para muchos será demasiado tarde, aunque alguno de ellos tendrá una nueva oportunidad.

Veneno

Una historia real

Pablo Trincia

Traducción de Carlos Gumpert

Ariel

Nota: Nada de lo que se cuenta
en este libro ha sido novelado
en modo alguno por el autor.

A Debora, Yasmine y Sebastian

Finale Emilia, 1 de abril de 1995

El cráneo lo encontraron en la orilla del río cinco chicos en torno a media tarde. Tenían trece años y ese sábado habían ido a buscar un sitio para pescar en una arboleda en la margen izquierda del Panaro, en el punto donde este traza una pequeña curva a las afueras de Finale Emilia, en dirección a Módena.

Tres de ellos se llamaban Andrea, uno Davide y uno Matteo. Fue este último quien tomó en su mano aquella tersa calavera blanca, confundiéndola al principio con una gran piedra medio cubierta de barro a un par de metros del agua.

—¡Ay, mierda! —gritó, dejándola caer sobre la grava, asustado.

Los otros chicos se sintieron invadidos por una mezcla de consternación y excitación. Luego introdujeron una ramita en una de las fosas nasales de la calavera, la metieron en un capazo de plástico de la compra que uno de ellos llevaba consigo, cruzaron la avenida arbolada que bordea el cementerio y corrieron a entregar el objeto a la policía municipal.

En el camino se encontraron con dos guardias que patrullaban a pie.

—Hemos encontrado una calavera. Estaba allí, en el río —dijeron sin aliento.

Uno de los hombres respondió con desconfianza:

—Ya sabemos que hoy es 1 de abril,[1] así que dejad de tomarnos el pelo.

Pero una vez que comprobaron el contenido de la bolsa, avisaron a sus colegas de la policía estatal de Mirandola y pidieron a los cinco adolescentes que los acompañaran al lugar del hallazgo.

El agente de policía Marco Catalani se informó del lugar exacto donde habían visto el cráneo y empezó a inspeccionar toda el área circundante, pero no encontró nada.

Los chicos, todavía conmocionados, volvieron a casa después de prometer no contárselo a nadie. Los agentes llamaron a la policía científica para la inspección del lugar e informaron a la fiscal adjunta de Módena, Eleonora De Marco. Esta, a su vez, telefoneó a Giovanni Beduschi, anatomopatólogo de Medicina forense del hospital de Módena. Poco después Beduschi recibió la bolsa en la mesa del laboratorio.

El cráneo pertenecía ciertamente a la raza humana, de eso no cabía duda. Y tampoco era raro que llegaran periódicamente a su instituto forense restos encontrados cerca de iglesias o antiguas fosas comunes.

Cuatro años antes, en 1991, un anciano de Campagnola Emilia se había presentado ante el alcalde del pueblo y había señalado el lugar donde se encontraban supuestamente los restos de las víctimas de la masacre de Cavon, una de las muchas matanzas de la última guerra. En esa ocasión, llegaron numerosos restos óseos al laboratorio del forense y de sus colegas, junto con lo que quedaba de ropa y zapatos.

Este caso, sin embargo, era atípico. ¿Qué estaba haciendo aquel resto óseo allí *solo*? ¿Dónde estaban las tibias, los húmeros, los fémures y otras piezas del esqueleto que deberían haberse encontrado cerca? ¿Solo hay esto? Solo esto, se le respondió. Como si alguien hubiera seccionado una cabeza, para arrojarla al río y esconder el resto del cuerpo en otra parte. Beduschi se encogió de hombros y prosiguió.

Se trataba de un cráneo morfológicamente pequeño, anotó en su informe. Parte de la bóveda estaba desencajada de acuerdo con las líneas naturales de unión del hueso y no presentaba signos de lesiones traumáticas, como las causadas por un arma de fuego. El macizo facial carecía de mandíbula, que como consecuencia del proceso de putrefacción se había desprendido y perdido. Los elementos dentarios anteriores corrieron una suerte similar: faltaban dos incisivos y dos caninos. Con todo, las cúspides de los

dientes remanentes, puntiagudos y bien conservados, permitieron —junto a una atenta observación de los esbeltos huesos cigomáticos— establecer con cierto grado de aproximación que se trataba de un sujeto de edad joven. Probablemente adolescente. Probablemente mujer. Dado que los restos estaban casi desprovistos de material orgánico, como restos de tejidos o cabello, Beduschi planteó la hipótesis de una fecha de muerte adscribible a un período no inferior a quince años, suponiendo —como consecuencia de una intuición más de carácter histórico que de matriz biológica— que el cráneo podría pertenecer a una niña que murió muchos años antes, probablemente durante la Segunda Guerra Mundial.

Quizá también por eso decidió, tras informar a la Fiscalía, no someterlo a la costosa investigación del marcaje con isótopo radiactivo de carbono 14, reservada en cambio para casos más recientes o que pudieran tener cierta relevancia penal.

Beduschi sacó dos fotos, después de lo cual el cráneo fue «desjudicializado», para añadirse a la lista de restos anónimos que el pasado ocasionalmente nos devuelve sin brindarnos demasiadas explicaciones.

El profesor trató de adivinar junto con sus compañeros de departamento la razón más plausible de que esa cabeza desdentada y solitaria se hallara a pocos pasos del río. Al final decidieron que debió de pertenecer a un estudiante de Medicina que, no queriéndola ya en casa, en lugar de entregarla en un cementerio se había deshecho de ella de la manera más rápida y sencilla.

El caso de la calavera del Panaro se abrió y se cerró prácticamente de inmediato. Berduschi no volvió a pensar en el asunto. Tres años después, ese fragmento de ser humano hallado a pocos centímetros del cementerio del pueblo volvería a aflorar en una historia de angustia, de lágrimas y de muerte.

Primera parte
El contagio

1

En octubre de 2014 me encontraba en Monrovia, la capital de Liberia, enviado por un programa de televisión para realizar un documental sobre la epidemia de Ébola que estaba causando una hecatombe en ese rincón pobre y remoto de África Occidental. No había barrio que no se hallara en estado de alerta. Miles de personas habían muerto en pocos meses a causa de ese virus letal, que al personal médico de numerosas agencias y organizaciones internacionales de todo el mundo aún le costaba trabajo contener. Las calles estaban plagadas de carteles que invitaban a los habitantes a evitar en lo posible cualquier forma de contacto físico y el olor a desinfectantes a base de euclorina llenaba el aire cálido y húmedo.

Una mañana seguí a una de las ambulancias que circulaban sin descanso por las chozas de barro y hojalata de los barrios más pobres para recoger los cuerpos de las víctimas con la mayor rapidez posible. Enterrar a los seres queridos estaba estrictamente prohibido. La noche anterior, una familia musulmana de un barrio cercano a la playa había llamado al número de emergencias para informar de un caso de muerte. Cuando llegué, los camilleros ya estaban manos a la obra. El cuerpo del niño estaba encerrado en un saco y tirado sobre la hierba. La lluvia golpeaba el plástico blanco. Llevaba muerto unas horas, a los ocho meses de edad. Debajo de un árbol, un grupo de vecinos se había reunido para observar la escena, mientras el personal de la ambulancia subía a una furgoneta el cuerpo que acababan de sacar de una de las habitaciones. Llevaban monos blancos, mascarillas, gafas de protección, enormes guantes amarillos y se desinfectaban obsesivamente con un espray. Uno de ellos se acercó al abuelo del niño. «Por favor, en cuanto terminemos, quemad el colchón donde

dormía el bebé.» El hombre asintió. Cuando se llevaron el cuerpecito, la madre se echó a llorar desconsoladamente. Después de haberla filmado, me volví hacia Francesca, la operadora que trabajaba conmigo, guiñándole un ojo con una sonrisa. «Estupendo, esta ha sido buena. ¿Nos vamos a comer?»

Esa misma noche comprendí que había algo que no iba bien, mientras pensaba en lo ocurrido en mi habitación de hotel. Esa escena desgarradora no me había turbado en lo más mínimo. La había afrontado con indiferencia y cinismo. Y no era la primera vez que me ocurría. De repente me di cuenta de que la madre deshecha en lágrimas y el niño muerto no eran para mí personas reales, sino simples personajes secundarios de una película en la que *yo* era el protagonista. No me importaba gran cosa de su desgracia.

Una vez de regreso a casa seguí pensando en ello. Tenía treinta y siete años y de repente me sentí muy lejos del chico que unos diez años antes había emprendido el oficio de periodista creyendo que realmente le importaba la vida de los demás. Me preguntaba en quién y en qué me había convertido.

Tenía que empezar de nuevo desde alguna parte. Enamorarme de una historia que diera sentido a las cosas. Me sumergiría en ella y me dejaría llevar por la corriente. Entonces, una tarde que estaba con Luca, un amigo director de radio, me llamó para que viera una cosa en el ordenador: «Vente un minuto, mira este artículo».

El reportaje contaba la historia de Lorena Morselli, una maestra de jardín de infancia de Massa Finalese, en la provincia de Módena, que había vivido un interminable proceso judicial, acusada de abusos, rituales satánicos y violencia sexual contra sus cuatro hijos, a los que no había vuelto a ver desde que eran pequeños.

Su historia era espeluznante. En la madrugada del 12 de noviembre de 1998, la policía se presentó en la casa donde vivía junto a su marido Delfino Covezzi con una orden de alejamiento de sus hijos emitida por el Juzgado de Menores de Bolonia: una sobrina de ocho años atendida por los Servicios Sociales los

acusaba de ser cómplices de una secta de depravados asesinos que llevaban a los niños de Massa a los cementerios de la zona por la noche para violarlos, venderlos a una banda de pederastas y hacerlos participar en sacrificios humanos. Una historia de terror de la que nunca había oído hablar, en una provincia hecha de campos, caminos secundarios, granjas, casas de comidas y caseríos abandonados, donde aparentemente nunca pasaba nada.

Después de escuchar con atención a la niña, las psicólogas y los trabajadores sociales de Mirandola alertaron de inmediato a las autoridades para poner a salvo también a los hijos de Lorena y Delfino Covezzi: Veronica, de once años. Pietro, de nueve. Federico, de siete. Aurora, de tres. A todos los despertaron a la vez y los sacaron de allí en cuestión de horas. Para desvanecerse para siempre. Con el fin de evitar que le quitaran también el quinto hijo que llevaba en su vientre, Lorena huyó para dar a luz en el extranjero y se escondió con el bebé en un pueblecito de la Provenza. El mismo lugar desde donde me contestó por teléfono, poco después de que terminara de leer el artículo y encontrase su número.

La mujer tenía el marcado acento de la zona de la Bassa, la llanura situada al norte de Módena, apuntalado, sin embargo, por palabras y muletillas francesas que se le escapaban cuando se perdía en sus pensamientos: *Oui*, *voilà*, *bon*, *donc*, *mais non!*, *attendez*, *alors*, *d'accord*. Su relato no siempre resultaba lineal. A veces se parecía más al vuelo errático y tortuoso de una mariposa. De vez en cuando, mientras contaba la historia, se le venía a la cabeza un episodio, y en ese momento abandonaba un recuerdo para seguir otro, abría paréntesis sin cerrar ninguno y perdía el hilo. Después de lo cual, riéndose avergonzada, reanudaba el relato con un «bueno, *donc*, ¿dónde nos habíamos quedado?». Cuando la conversación recaía sobre sus hijos, se conmovía y las frases terminaban en un sollozo ahogado.

Tras su alejamiento, los tres hijos mayores confirmaron el testimonio de su pequeña prima, acusando a Lorena de feroces delitos: violencia psicológica, secuestros, violaciones y atroces asesinatos en los cementerios, donde ella y su marido los habían

constreñido a presenciar todo tipo de crímenes, obligándolos a participar activamente en más de una ocasión.

Una vez puestos a salvo por los trabajadores sociales y las autoridades, sus hijos habían rehecho sus vidas con otras familias, y a medida que crecían se convencieron de que sus padres tenían que pagar en la cárcel todo el daño que les habían hecho. Desde aquella mañana de otoño de 1998 no quisieron saber nada más de ella.

Los cónyuges Covezzi fueron condenados a doce años en primera instancia, para ser absueltos en diciembre de 2014 tras un largo itinerario judicial. Pero Delfino no llegó a ver el final del juicio. Había muerto de un infarto el año anterior. La mujer se quedó sola con su quinto hijo, Stefano. Hacía años que concedía entrevistas a cualquiera que se pusiera en contacto con ella para contar cómo los Servicios Sociales de Mirandola habían destruido lo más precioso de su vida, obligándola a huir de su trabajo, de su comunidad parroquial, de sus familiares, constriñéndola a esconderse como una fugitiva en un país extranjero. Al cabo de dieciséis años no le quedaba nada. Solo conservaba una inquebrantable fe en Cristo y ese único hijo de pelo castaño y ojos claros que la había salvado de la locura.

Yo no sabía si creerle o no. La de Lorena era una historia repleta de lagunas y de lados oscuros. ¿Por qué sus hijos habían contado aquellas cosas sobre ella? Estaba confundido, tanto como periodista como en mi condición de padre. Lorena me explicó que habían sido las psicólogas quienes les habían metido esas historias en la cabeza a los niños, pilotándolos contra sus padres. ¿Podían de verdad unas profesionales inventarse historias tan horribles y conseguir que los pequeños las repitieran? ¿Por qué razón, además? ¿Y si fuera *ella*, en cambio, quien tuviese una personalidad doble?

—Los Servicios Sociales no solo se llevaron a mis hijos —me dijo—. Entre 1997 y 1998, en los dos pueblos de Massa Finalese y Mirandola, alejaron de sus padres a catorce... no, disculpa...

quince... o más bien dieciséis, todos de familias acusadas de las mismas cosas.

Y así, mientras con su acostumbrado desorden desgranaba nombres, lugares, sentencias y fechas de muerte, me encontré asomado con incredulidad al interior de un gigantesco agujero negro que poco a poco empezaba a succionarme a mí también. Una sensación de angustia, de desconcierto y de miedo que nunca antes había sentido.

Comprender quiénes eran los demás, de qué habían sido acusados sus padres y cómo se llegó más tarde a la familia de Lorena me ayudaría a visualizar mejor el mosaico polvoriento que había atrapado mi atención de inmediato.

Empecé a recopilar la mayor cantidad de material posible sobre el caso de los pederastas de la Bassa de Módena. En internet se encontraban algunos artículos antiguos que resumían lo ocurrido, pero sin entrar en demasiados detalles. Si quería reconstruir todos los pasajes, necesitaba documentación: sentencias, actas de las audiencias, informes de los Servicios Sociales y del Juzgado de Menores. Solicitar el acceso a las actas ni siquiera me lo planteaba. Demasiado tiempo, demasiada burocracia.

Empecé a llamar a algunos de los abogados que habían defendido a las familias, preguntando si habían guardado los expedientes, pero no encontré prácticamente nada. Era material en papel que databa de bastantes años atrás. Algunos se habían deshecho de todo aquello, otros habían extraviado su rastro durante una mudanza, o lo habían perdido durante el terremoto que tuvo como epicentro esa zona en 2012, provocando el derrumbe y la inaccesibilidad de casas y edificios. Y, en todo caso, la mayoría de los profesionales que de una forma u otra se habían ocupado del asunto no ocultaban cierta desconfianza hacia un periodista que venía de fuera. ¿Qué podía querer uno así, al cabo de tantos años?

La impresión que me dio, hablando con los pocos que

accedieron a atenderme, fue que por alguna oscura razón nadie quería volver a meter las narices en aquella historia. Era una experiencia concluida ya, que había que olvidar. «¿Podría haber algo de verdad en los relatos de todos esos niños?», era la pregunta que repetía. La respuesta más frecuente era: «Podría ser, pero mi cliente no tiene nada que ver», o «A estas alturas es imposible saberlo».

Nadie sabía exactamente cuántos y qué niños se habían visto involucrados. Cuántos y qué miembros de la familia. Cuántas y qué personas. Cuántas y qué sentencias y absoluciones hubo. Ninguno de ellos estaba en condiciones de servirme de Virgilio en un viaje atrás en el tiempo. Habría supuesto un trabajo y un esfuerzo que nadie, entre mil causas mucho más urgentes, hubiera podido permitirse. Abordar una historia tan enorme yo solo habría sido demasiado complicado. Así que recurrí a una de las colegas más inteligentes que conocía. Una periodista joven, pero con una gran intuición: Alessia Rafanelli. Durante los siguientes cuatro años, esa historia se convertiría en nuestra obsesión.

De esta manera, una mañana de primavera de 2015, cogí el coche y recorrí las dos horas y media de carretera que separan Milán de Massa Finalese. No conocía a nadie. Solo tenía algunos datos generales y poco más. Antes de llegar a Massa me detuve en la plaza de Mirandola, entreteniéndome con los mayores de treinta y cinco años para preguntarles si recordaban algo o conocían a alguien. Pedófilos. Ritos en los cementerios. Procesos. Condenas. Estaba convencido de que, en pueblos pequeños como esos, donde todos se conocen, me resultaría fácil conseguir anécdotas, direcciones y números de teléfono. Pero los transeúntes y los ancianos sentados en los bancos frente al Caffè del Teatro fruncían el ceño y me miraban con asombro. «No me suena nada. ¿Está seguro de que sucedió aquí en Mirandola? Aaah, ya me acuerdo, pero fue hace mucho tiempo. ¡Además, fue en la Bassa, no aquí en Mirandola!» Entrevisté a varias personas, todas ellas residentes allí desde hacía años, o desde siempre. Nadie parecía guardar memoria

de una historia que, sin embargo, había ocupado páginas y páginas de las crónicas locales durante mucho tiempo. Era un recuerdo vago, de algo que había ocurrido hacía demasiados años, y que sin embargo había sucedido «allá afuera», en ese páramo campesino de pueblos dormitorio donde a los naturales de Módena y de Mirandola no les gusta especialmente adentrarse más que para ir en busca de algún buen restaurante.

La amnesia también parecía haber afectado a Massa Finalese, la pedanía de Finale Emilia que también se había visto arrollada por aquel tsunami judicial. Había llegado allí desde el suroeste, recorriendo una carretera arbolada de dos carriles flanqueada por campos y un canal.

Inmediatamente después del cartel de entrada, en el lado derecho, observé un imponente edificio en desuso, de tres pisos de altura y largo como un campo de fútbol. Más adelante, entre las casas y los árboles, destacaba un extravagante castillo neogótico de principios del siglo XX, con sus torres y almenas. Por lo demás, el anejo no tenía nada digno de mención. Piazza Caduti per la Libertà, en el centro, parecía más un cruce de tres calles, en mitad de las cuales se encontraba la estatua de un anónimo soldado de infantería en mármol blanco, con la mano izquierda en el corazón, que parecía buscar algo con la mirada a lo lejos, más allá de los tejados, de los campanarios de Finale: «En memoria de su sacrificio, Massa honra a sus caídos».

No fue difícil, una vez que bajé del coche, averiguar cuáles eran los principales lugares de encuentro del pueblo, todos a unas pocas decenas de metros entre sí: el bar de la señora china cerca de la estatua, donde a partir de las seis de la tarde los jóvenes toman el aperitivo; la pastelería Ratti, un poco más *in*, al otro lado de la calle. El Speedy-pizza-cafetería-snack-bar-cervecería, detrás del banco, al que acudían sobre todo las personas mayores. Y, por último, más apartado y con una fauna más homogénea, el bar Pesa, en el rincón más oriental de la plaza, hacia la avenida arbolada que conduce directamente al cementerio.

Allí también, la reacción de muchas personas con las que hablé fue la misma. Entrecerraban los ojos, como si se esforzaran por buscar en el tiempo, pero todo lo que recordaban eran algunos destellos de una historia que yo parecía conocer mejor que ellos. Todos sabían quiénes eran los cónyuges Covezzi y alguien incluso recordó que acabó involucrado un cura de la zona, «un tal padre Giorgio», pero poco más. Me costaba creer que una historia tan engorrosa para un pueblecito de cuatro mil almas hubiera terminado en el olvido. ¿De verdad no se acordaban? ¿O se hacían los locos y no querían hablar del asunto? Lo evidente era que aquello no iba a resultar fácil.

2

Cuando Romano Galliera llegó a Massa Finalese en la segunda mitad de los años setenta, la pedanía, por pequeña que fuera, ofrecía bastantes oportunidades. Las empresas de la provincia de Módena crecían a ojos vistas y había necesidad de mano de obra. La charcutería Bellentani, a la entrada del pueblo, estaba repleta de trabajadores y cualquiera que quisiera trabajar encontraba siempre a alguien dispuesto a contratarlo.

Galliera era bajo y delgado como un clavo, con el rostro alargado, la nariz pronunciada y dos ojos azules que horadaban la oscuridad. Estaba dotado de manos anchas y nudosas, decididamente desproporcionadas respecto al resto de su cuerpo. Una escoliosis que sufrió de joven y que nunca se curó bien le había dejado como herencia una joroba que le curvaba el hombro derecho. Había nacido en 1937 no lejos de Massa, en Pilastri di Bondeno, un puñado de casas rodeadas de campos en la frontera entre Emilia Romaña y Lombardía, donde creció en un caserío con su madre y dos hermanas en condiciones muy modestas.

Era un hombre taciturno y reservado. Blasfemaba menos que la media. No bebía. Fumaba, eso sí. Uno detrás de otro, sin filtro. La vida misma era como un cigarrillo para él. La consumía toda de una vez, sin guardarse nada. No le interesaba el trabajo fijo ni la estabilidad. No construía, no planeaba y nunca ahorraba nada. Lo que tenía se lo gastaba. De inmediato. O se lo jugaba a las cartas en las tabernas. Y cuando se acababa el dinero, lo pedía prestado, o buscaba algún que otro trabajo de hoy para mañana. A falta de eso, si era necesario, no hacía ascos a la *gentuza*, a los *lazaròn*, los tunantes, y a los estafadores de poca monta para sumarse a algún trabajito sucio. Luego volvía a las tabernas, recogía las cartas y empezaba otra vez desde el principio. En el pueblo se había

ganado fama de ser un holgazán a quien pronto alguien le endilgó el despiadado apelativo local de Set etto («setecientos gramos», uno que en cuestión de inteligencia no llega al kilo), porque era incapaz de retener un empleo, aunque fuera por unas cuantas semanas.

Los trabajos ocasionales y los menos recomendables lo habían llevado a recorrer arriba y abajo el cuadrilátero de las provincias de Ferrara, Módena, Mantua y Rovigo: la Bassa, como llaman los habitantes de la zona a esa área llana y arcillosa de la llanura padana, repleta de campos, marismas, afluentes del Po y haciendas agrícolas, creando lo que, visto desde el cielo, parece un único e inmenso mosaico formado por decenas de miles de teselas irregulares de color verde esmeralda y amarillo ocre, y que se extiende entre las laderas de los Apeninos de Reggio y los Valles de Comacchio que dan al Adriático.

Fue durante ese peregrinaje cuando Romano le echó el ojo a Adriana Ponzetto, una chica originaria de Friuli, de pelo castaño claro, ojos grandes y una mandíbula ligeramente descentrada, que le torcía marcadamente la boca hacia la izquierda. Les separaban quince años de edad.

Después de fijarse en ella, Romano descubrió que Adriana solía acompañar a su madre a los salones de baile rurales. Un día se apostó cerca de su casa y las siguió a distancia hasta un salón de baile en Cerea. Cuando entraron, manipuló las bujías del coche y las estuvo esperando en el aparcamiento, para luego continuar siguiéndolas a la salida. Poco después, con el coche de los Ponzetto averiado al borde de la carretera, se detuvo y se ofreció a ayudarlas. Así nació su historia de amor. En 1975 llegó Igor, un niño delgado y silencioso que se parecía mucho a ella. Dos años después, fue el momento de Barbara, fotocopia de su padre.

La llegada de los niños no había cambiado al Galliera. Continuaba trabajando poco y viviendo al día, contentándose con las sobras que la vida le dejaba aquí y allá. Su familia vivía en un piso minúsculo en el número 133 de via per Modena, junto a la

carretera que une Finale y Massa Finalese. Los cuatro compartían una sola habitación, siempre peligrosamente en equilibrio sobre la línea que separa la indigencia del hambre de verdad. Más de una vez Adriana se había visto obligada a llamar a la puerta de los vecinos a escondidas, porque en la despensa no había ni un paquete de pasta. Y ellos, desde la ventana que daba al patio común, oían muchas veces los exabruptos de Romano contra su mujer, cuando no había nada para comer.

Entonces, un día, llegó el punto de inflexión. Un empresario local necesitaba mano de obra para completar una serie de contratas en Arabia Saudí y el sur de Asia. El petróleo había generado ríos de dinero y, a finales de los años setenta, se necesitaban obreros en el desierto para construir carreteras y puentes. Galliera fue uno de ellos. La paga era excelente: tres mil dólares al mes, una pequeña fortuna para la época. El hambre ya parecía un recuerdo cuando partió hacia Yeda. Pero solo fue un espejismo. A pesar del dinero que ganaba, la plaga de los problemas financieros siguió acosando su hogar. Romano, misteriosamente, siempre andaba mal de dinero y no era raro que durante largos meses no llegaran ni siquiera cien mil liras[1]de Yeda, Irán o Pakistán.

El bienestar y la estabilidad, para Adriana, seguían siendo una quimera. Los pequeños Galliera siempre estaban demacrados y mal vestidos. Una vez Adriana apareció incluso llorando en la puerta de un vecino, porque Igor —en un ataque de rabia dictado por el hambre— había abierto la alacena y arrojado un plato tras otro al suelo. Un verano en el que se encontraron sin comida y sin luz a causa de las numerosas facturas sin pagar, la mujer montó con los niños en bicicleta y todos juntos recorrieron casi cuarenta kilómetros en busca de la hospitalidad de unos parientes.

Sobre lo que hacía su marido con el dinero, Adriana prefería no indagar. Le tenía miedo. Galliera era un hombre irascible y de mano larga, que a menudo la maltrataba, y ella se había resignado

a la idea de que, en cuanto regresara a Italia, los ahorros de sus interminables viajes se los chuparía en pocas horas algún crupier del Casino de Venecia. Su marido solía ir allí cuando ganaba dinero. Pero ella no se atrevía a oponerse en exceso. Por mucho que odiara la forma en que los obligaba a vivir y estuviera convencida de que en la vida tal vez podría aspirar a algo mejor, seguía amando a ese hombre malhumorado *semper in buleta*, siempre sin un chavo, como cuando se casó con él.

Hacia finales de los años ochenta, cuando la bonanza de las obras en Oriente Medio llegó a su fin, Galliera ya había conseguido dilapidarlo todo y prácticamente ya no trabajaba. Adriana a veces sacaba algo de dinero yendo a recoger peras en los campos. Pero las condiciones de la familia superaban ya el umbral de alarma. En el pueblo, el aspecto de Igor y Barbara era siempre alicaído. Él era el más sombrío de los dos. El más frágil. Delgado y pálido, hablaba poco y se mostraba totalmente sometido por la presencia de su padre. En el colegio sufría las vejaciones de los niños que se burlaban de él y le pegaban, volviéndolo más inseguro y silencioso cada día. Barbara era la más alegre, la más despreocupada y la más inteligente.

Había quien los llamaba «los feos», «los sucios del pueblo», y empezaron a circular rumores y chismorreos hirientes sobre cómo conseguía su madre dinero para alimentarlos. Los Servicios Sociales de Mirandola, municipio responsable de toda la zona, enviaron a una trabajadora social para hacer un seguimiento de la situación de los niños. Cáritas les facilitó vales de compra y cajas con víveres, aunque en el pueblo hubo quienes juraban haber visto a Romano intentando revender latas de salsa, paquetes de pasta y algún chuletón que le habían regalado en la carnicería.

Desahuciados de la casa de via per Modena después de meses de impagos en el alquiler, la familia Galliera obtuvo entonces una vivienda en el segundo piso de un modesto condominio de casas de

protección oficial de via Volta. Al otro lado de la calle vivía una pareja: la que formaban Oddina Paltrinieri y Silvio Panzetta, quienes vivían en un chalecito amarillo de dos plantas con sus dos hijas adolescentes. Silvio, un hombretón de tez morena, conocía bien a Romano. Era uno de los obreros que había trabajado con él en Arabia Saudí y no sentía la menor estima por aquel hombre superficial y de poca sesera. Pero a su esposa Oddina esa familia rota le había llegado al corazón. Era una mujer de carácter muy fuerte, que iba en una silla de ruedas a causa de un grave accidente que le había destrozado las piernas unos años antes, pero muy activa en el ámbito social y siempre dispuesta a echar una mano a los necesitados.

Se compadeció de Adriana, le regalaba alimentos y ropa o la invitaba a fumarse algún cigarrillo en la cocina de la planta baja, donde la escuchaba desahogarse. Después de Igor y Barbara, Adriana no quería tener más hijos y cuando volvió a quedarse embarazada prefirió abortar. A finales de 1989, sin embargo, hubo un nuevo embarazo. Y esta vez decidió tener el niño. Se llamaría Dario.

El último miembro de la familia Galliera nació el 16 de mayo de 1990 en el hospital de Mirandola, prematuro y con un peso de menos de dos kilos. Lo tuvieron en la incubadora durante unas semanas antes de dejar que se lo llevaran a casa. Dos años después era un niño rubio de ojos claros. Al crecer, había desarrollado una leve forma de estrabismo y algunos problemas motores. Chocaba y tropezaba constantemente. Era animado y expansivo. Un poco de alegría para dos padres ineptos y llenos de problemas. Pero también una boca más que alimentar. Las condiciones económicas de la familia empeoraron. En el caso de Igor, también las psicológicas. Acosado por los matones de su clase y exasperado por las constantes vejaciones, a los quince años se arrojó un día bajo un automóvil conducido por un anciano, salvándose de milagro, pero con numerosas fracturas en los huesos que le hicieron perder su trabajo vespertino en una carpintería.

En casa seguía faltando de todo y si la familia Galliera conseguía sobrevivir era gracias a la solidaridad de los vecinos. Pero no tardaron en empezar a acumularse los recibos impagados del alquiler tasado de la casa de protección oficial, y con ellos las cada vez más insistentes advertencias del Ayuntamiento. Hasta la fatídica mañana del lunes 27 de septiembre de 1993, cuando los alguaciles se presentaron en la puerta con una orden ejecutiva de desahucio. A Romano y a su familia apenas le quedaron unas horas para recoger sus pertenencias y abandonar inmediatamente el piso, mientras los hombres enviados por el Ayuntamiento iban y venían por las escaleras, desalojando las habitaciones de todos los muebles que encontraban. Romano no pudo aguantar más. Se desplomó en un rincón llorando. A los cincuenta y seis años y con una esposa, tres hijos y el peso de varios fracasos sobre sus hombros, no veía ya futuro alguno. Por la tarde, los Galliera cargaron algunas maletas en el viejo Talbot blanco, que se convertiría en su nuevo hogar. Luego Romano tomó de la mano al pequeño Dario y cruzaron juntos la calle, presentándose en la verja del chalecito amarillo donde vivían sus vecinos Oddina y Silvio, que tanto los habían ayudado. Esperaba poder conseguir un préstamo de tres millones de liras en un último y desesperado intento de saldar la deuda.

Oddina, en la puerta, lo recibió con insultos: «*A tse un bon da nient*», le dijo en dialecto. Eres un cero a la izquierda. Uno que ni siquiera puede pagar el alquiler tasado de una vivienda social. Un idiota. Luego miró a Dario, su hijo de tres años nada más. Se lo quedarían ellos hasta que todos se establecieran bajo un mismo techo.

El niño entró llorando en el chalecito amarillo, mientras sus padres se alejaban en coche en busca de un aparcamiento en el que instalarse. Estaba perdido y asustado. Oddina notó de inmediato lo delgado que estaba, probablemente a causa a la dieta de la familia Galliera, donde a menudo la única comida consistía en un trozo de pan empapado en leche. Así que empezó a ganarse su confianza al son de pasta con ragú y filetes cortados en trocitos, que el niño devoraba como si nunca hubiera visto nada parecido. En la planta de arriba, Dario encontró una cálida cama con sábanas limpias,

donde Giulia y Claudia, las hijas adolescentes de la pareja, lo mimaban y le contaban cuentos antes de dormir.

Sin embargo, fue con Silvio con quien el niño estableció más lazos. En su presencia, aquel grandullón renunciaba a su apariencia de hombre huraño: Dario era el hijo varón que nunca había tenido. Aprovechando el buen tiempo de principios de otoño lo montaba en su caravana blanca y se lo llevaba de viaje al zoológico, al puerto de Livorno y a ver los aviones a Pisa. El niño se repuso completamente y estaba feliz. Su padre y su madre iban todos los días a verlo e incluso la adaptación al jardín de infancia fue un éxito.

Los Servicios Sociales de Mirandola no tardaron en enterarse de ese alojamiento temporal y un responsable solicitó una reunión con Oddina. Le propuso que se uniera al programa y se convirtiera a todos los efectos en madre de acogida del niño. También le reconocerían una contribución de unos cientos de miles de liras al mes. Oddina se opuso firmemente. No necesitaba el dinero y no quería entrar en ningún programa. La trabajadora social insistió, pero la mujer se mostró categórica. Dario era el hijo de sus vecinos y ella le daría una cama y tres comidas calientes hasta que tuvieran el grado necesario de autosuficiencia para llevárselo con ellos. En el campo se hacía así desde la noche de los tiempos. Final de la historia.

Mientras tanto, la familia Galliera dormía en un piso de propiedad de la Iglesia en Finale Emilia y recurrieron a un párroco de la zona, el padre Giorgio Govoni, bien conocido como benefactor de los pobres y los inmigrantes. El religioso se estaba moviendo para ayudarlos a encontrar un asentamiento definitivo.

Pasó el otoño y llegaron las vacaciones de Navidad. Las dos familias pasaron juntas el 25 de diciembre en el chalecito amarillo. Comieron en la mesa grande de la sala de estar y luego abrieron los regalos del pequeño debajo del árbol. Dario estaba eufórico, pero luego ya de noche se fue a dormir con mucha fiebre. A la mañana siguiente, alrededor de las 9:30, alguien llamó a la puerta de la

casa. Una mujer se presentó como trabajadora social de Mirandola. Estaba allí por el niño. Acababan de encontrarle un nuevo alojamiento en una estructura regentada por unas monjas en Reggio Emilia, donde le esperaban desde esa misma mañana.

Oddina y Silvio insistieron en que lo dejaran allí con ellos, donde estaba bien, perfectamente integrado y donde sus padres podían visitarlo todos los días. ¿Qué necesidad había de llevarlo con las monjas, con lo lejos que estaban, además? Pero ante el decreto del Juzgado de Menores de Bolonia tuvieron que rendirse. Con mucho esfuerzo y tratando de contener las lágrimas, Giulia, la hija mayor, preparó una bolsa para Dario con algunas prendas de repuesto.

Todavía febril, el pequeño montó en el coche con Silvio y con ella para seguir al Panda blanco de la trabajadora social hasta Reggio Emilia. Les dijeron que estaría unos días en ese lugar y luego volvería. Pero sabían que no era así. Al cabo de más de una hora aparcaron los coches frente a un edificio de ladrillo rojo: el Cenáculo Franciscano, una institución donde se alojaban niños de familias pobres o problemáticas. Una monja les abrió la puerta. Nada más verla, Dario se aferró al cuello de Silvio con las pocas fuerzas que tenía. Parecía entender lo que ocurría. A duras penas lograron separarlo y de inmediato la mujer se alejó con él en brazos, mientras se retorcía y gritaba desesperado. En silencio, con expresión sombría, Silvio y Giulia regresaron a casa.

Cuando supo que a su hijo se lo habían llevado al Cenáculo Franciscano, Romano Galliera pareció volverse loco. Imprecaba, blasfemaba y maldecía a los trabajadores sociales. Fue a Mirandola, entró en las oficinas de la Delegación de la Unidad Sanitaria Local y montó una escena en la que parecía poseído, amenazando a todos y encadenándose a las puertas de entrada. No hubo nada que hacer. Solo podía ir a ver al niño a Reggio Emilia en los horarios establecidos, aunque para entonces ya no tenía ni coche. Unos veinte días después, Silvio, Oddina y sus hijas fueron a visitarlo, pero el niño se mostró extraño, casi indiferente. Para las monjas y operadores de Mirandola era mejor que no volvieran, para evitar exponerlo a nuevos traumas.

El proyecto de los Servicios Sociales era a largo plazo. Dario viviría hasta la mayoría de edad con alguien que pudiera cuidarlo y darle un futuro. A la familia Galliera se le permitiría verlo de vez en cuando. Así se había decidido.

Un año después de que lo alejaran de su familia, hacia finales de 1994, una joven psicóloga en prácticas llegó al Cenáculo Franciscano. Tenía veintiséis años. Se llamaba Valeria Donati. Hacía unos meses había comenzado a colaborar con los Servicios Sociales y una de sus primeras tareas fue precisamente encontrar una familia dispuesta a acoger al tercer hijo de la familia Galliera. Su primer encuentro fue bastante corto y Donati no tuvo oportunidad de hacer un diagnóstico, pero su impresión fue de inmediato la de tener ante ella un niño con bastantes carencias afectivas. Por otro lado, ese era el campo en el que se estaba especializando. Se había licenciado en Psicología Evolutiva y de la Educación en la Universidad de Padua y más tarde se había trasladado a Milán, donde asistió a cursos sobre el diagnóstico del maltrato y el abuso sexual en menores. Tras unos meses de investigación, Donati identificó a una pareja que le parecía adecuada para un niño complicado como Dario: Enrico y Nadia Tonini, que vivían en Gonzaga, un pueblo de la provincia de Mantua donde ya estaban criando a dos hijos de origen extranjero. A finales de la primavera de 1995, Dario dejó el Cenáculo y se mudó con ellos. Su cuarta vivienda en apenas cinco años de vida.

A Romano se lo llevaron de nuevo todos los demonios. Si ya toleraba a duras penas la idea de que a su hijo se lo hubieran llevado al Cenáculo Franciscano, ahora empezó a ver en esta entrega de la custodia a unos completos desconocidos algo podrido. ¿Qué estaban haciendo con su hijo? ¿Quién estaba beneficiándose del asunto?

Después del desahucio y de varios alojamientos provisionales, Adriana y él, con la ayuda del párroco Giorgio Govoni, habían encontrado por fin un lugar al que mudarse junto con Igor y Barbara. Era un edificio de dos pisos en un camino de tierra en medio del campo, justo a las afueras de Massa Finalese, donde compartían baño y cocina con una familia que acababa de llegar de

Albania. Una construcción vieja y aislada, imposible de ver desde la carretera principal cuando caía sobre los campos la *fumàna*, la densa niebla de la Bassa capaz de convertir en pocos minutos cualquier paisaje en espectral, tan densa que durante la mayor parte del año los habitantes la describían con la expresión «*as taia col curtel*», se corta con el cuchillo. Fue a esa vivienda pobre y húmeda donde los Tonini llevaban a Dario para que pasara el fin de semana con sus padres una o dos veces al mes, y luego volvían a buscarlo.

El resentimiento entre las dos familias no tardó en aparecer, aunque nunca se expresara fuera de sus respectivos muros domésticos. Si por un lado los Tonini veían a los Galliera como una familia extremadamente problemática, a la que su hijo iba a ver de mala gana y de la que siempre volvía sucio y hambriento, por otro lado, los Galliera estaban convencidos de que a Dario no le gustaba en absoluto la casa de acogida, especialmente a causa de los abusos de Matteo, uno de los hijos mayores, quien según él le pegaba.

En septiembre de 1996 el pequeño empezó a cursar primero en la escuela primaria de Pegognaga, cerca de Gonzaga. Su presencia no pasó desapercibida dentro de la clase. Dario no se movía como los demás. Era impetuoso, turbulento, descoordinado. Cuando llevaba la mochila, se volvía a menudo sin prestar atención y chocaba con quienes lo rodeaban. A veces encadenaba frases sin conexión lógica. Sus compañeros empezaron a echarse a un lado cuando estaba cerca, entre otras cosas porque se distraía a menudo durante las clases o las interrumpía, lo que obligaba a las profesoras a trasladarlo al primer pupitre. Rita Spinardi, una de las dos maestras, llamaba a menudo la atención a ese pequeño *straminato*, un término usado en el dialecto mantuano para indicar a las personas con la cabeza en las nubes. Lo que más le llamaba la atención del niño eran los ojos: una mirada indefinida que no mostraba curiosidad ni interés particular por ningún tema. Una

mirada en blanco. Una mirada *de recién nacido*. El pequeño Galliera parecía fluctuar en un mundo propio. Estaba ausente, se equivocaba siempre de cuaderno, ni siquiera era capaz de cuidar de sus propios útiles escolares, que se le caían constantemente del pupitre: no había lápiz, goma de borrar, estuche o libreta que no acabara regularmente en el suelo, interrumpiendo las clases y provocando su bochornosa hilaridad. Sin embargo, a pesar de sus problemas motrices y de la gran dificultad para que se concentrara en algo, Rita y sus compañeras decidieron esperar novedades y no solicitaron un profesor de apoyo.

Más tarde, sin embargo, durante las vacaciones de Navidad, Nadia, la madre de acogida empezó a notar cosas raras en el comportamiento del niño. Sus dificultades para concentrarse en los deberes parecían haber aumentado, su rendimiento escolar había disminuido y se tropezaba con más frecuencia. Comía menos de lo habitual y por la noche sus sueños eran muy inquietos. Además, había empezado a aparecerle una especie de mancha roja en la boca, un herpes debido probablemente a una bajada de las defensas inmunitarias.

Tonini pidió a los profesores que lo vigilaran. Unos días después de su regreso al colegio, en enero de 1997, una de las maestras hizo un aparte con él.

Durante la clase lo había llamado al escritorio para corregir juntos unos ejercicios, y Dario le había hablado casualmente sobre un episodio ocurrido durante uno de los regresos a su familia natural, cuando su hermano mayor Igor le había hecho «unas bromas bajo las sábanas» a su hermana Barbara que lo habían asustado.

Alarmada, la señora Tonini había asaetado al niño a preguntas. ¿Qué estaba pasando en la casa de esa familia pobre y desfavorecida? ¿Qué tipo de bromas se gastaban allí? Pero el niño no daba más explicaciones. Entonces Tonini llamó de inmediato a la profesional que la había elegido como madre del pequeño: Valeria Donati. Durante tres meses, la psicóloga lo recibió hasta dos veces por semana, y cuando regresaba a casa la madre adoptiva lo asediaba a fuerza de preguntas.

Romano Galliera y su esposa fueron citados en las oficinas de la Unidad Sanitaria Local, donde se les informó de que las visitas de su hijo quedaban suspendidas durante dos meses. El padre se lo tomó muy mal, llegando incluso a amenazar con rociarse de gasolina y prenderse fuego allí delante. Pero las operadoras le explicaron, por enésima vez, que debía tener paciencia.

Habían empezado a investigar a la familia. Habían oído hablar de ciertos rumores en el pueblo según los cuales Barbara mantenía relaciones sexuales con otros chicos frente a Igor. Tal vez incluso *con Igor*.

Mientras tanto, Tonini notó que Dario empeoraba visiblemente. De vez en cuando se lo encontraba mirando en silencio por la ventana. Balbuceaba, no comía. Estaba asustado y cada vez más retraído. Seguía sin concentrarse en sus deberes.

Hubo que esperar hasta principios de primavera para que empezara a contar algo. En la noche del 11 de abril de 1997, el niño reveló por fin un detalle significativo a la madre de acogida. Una vez Igor lo había obligado a tumbarse boca abajo en el sofá de la sala de estar y le había «hecho daño en las caderas». La mujer quedó más alarmada que de costumbre. ¿Qué significaba ese detalle anatómico? ¿Por qué en las caderas? ¿Dónde exactamente? Dario no dio más explicaciones.

Tonini llamó a Donati, poniéndola al día, como siempre lo había hecho, sobre cualquier palabra o expresión nueva utilizada por el niño. Pasó el fin de semana. En la mañana del martes 15 de abril volvió a sonar el teléfono de la oficina de los Servicios Sociales de Mirandola. Era Tonini otra vez. Era incapaz de dejar de llorar. Dario le había dicho a su nueva mamá que su hermano mayor le había enseñado sus genitales. Sus sospechas quedaban así confirmadas. Eso era lo que se escondía detrás de ese chico pálido y reservado que vivía a la sombra de su padre. Un peligroso pervertido que ni siquiera se detenía ante su hermano de seis años.

Al día siguiente no llegó ninguna llamada telefónica a la oficina de Donati. Fue la propia Tonini quien se presentó en su puerta, sin aliento, alterada y con la peor de las noticias: Igor había abusado sexualmente de Dario. El niño se había abierto por fin y le había contado que lo obligaban a mantener relaciones sexuales orales, lo que parecía explicar la presencia de herpes en sus labios, a las que siguieron actos de intimidación y amenazas. Y unos días después, he aquí un detalle nuevo e inquietante. Su padre, Romano, y su madre, Adriana. Ellos también habían abusado de él. Romano lo había conminado a que no dijera nada, porque si se lo contaba a alguien le haría «mucho más daño aún». A estas alturas, el cuadro de conjunto les parecía más que claro a las dos mujeres. Esa familia aparentemente solo pobre y aislada, estaba formada en realidad por unos animales completamente incapaces de mantener a raya sus más bajos instintos.

Valeria Donati y los responsables de los Servicios Sociales de Mirandola se pusieron inmediatamente en contacto con la Fiscalía de Módena, quien envió a un joven fiscal de treinta y un años, Andrea Claudiani, para investigar el caso. El fiscal escuchó al niño con atención. Dario mostraba más seguridad en sí mismo y hablaba cada vez con menos vacilaciones que cuando, en invierno, había manifestado los primeros síntomas de malestar. A esas alturas, se notaba el calor en el aire y el verano se acercaba. El 17 de mayo, un convoy de coches patrulla cruzó a toda velocidad la campiña en busca de Romano, Adriana e Igor Galliera.

3

En silencio, los coches patrulla de la policía bloquearon los dos lados de la pequeña via Milazzo en Mirandola, al tiempo que algunos agentes cruzaban el patio del edificio rojo del número 15, presionando con insistencia el botón del telefonillo en el que estaba escrito «Scotta». Eran las 4:30 de la madrugada del 7 de julio.

Cuando subieron al tercer piso y los obligaron a abrir, se encontraron frente a una pareja joven: un chico alto y delgado de veintidós años, con grandes orejas y pómulos pronunciados, y una menuda chica tailandesa de ojos almendrados, tez aceitunada y pelo negro y lacio. Estaban somnolientos y confundidos. El chico preguntó enseguida si le había pasado algo a su abuela paterna, que estaba enferma desde hacía algún tiempo. El inspector de policía Antimo Pagano, un hombre de complexión robusta y una larga barba que acentuaba sus facciones sarracenas, negó con la cabeza:

—Los señores Federico Scotta y Kaempet Lamhab, ¿verdad? Tenemos que registrar la casa. Traemos una orden judicial.

Scotta los dejó entrar asaetándolos a preguntas. Los hombres se pusieron guantes desechables de látex negro y se limitaron a responder que se les notificaría todo en un acta. Luego se concentraron en el piso. Los armarios, los cajones, los muebles del baño, la cocina, la lavadora. Todo fue abierto, levantado o vaciado con cuidado. En un armario encontraron álbumes familiares, que les fueron confiscados de inmediato.

A la misma hora, en el quinto piso de un enorme edificio de ladrillo rojo no muy lejos de allí, Francesca, una mujer de cuarenta y cuatro años, presenciaba la misma escena en su casa entre lágrimas. Era amiga de los Scotta. Los policías se habían

presentado en su casa y le habían pedido que despertara a su hija Marta, de ocho años, y le preparase una mochila con una muda. No habían añadido nada más. Se habían puesto los guantes negros y habían empezado a rebuscar en todos los rincones. Sin saber a dónde acudir, la mujer llamó a una amiga suya de Mirandola. «Anna, soy Francesca. La policía está aquí. No sé qué quieren, me están quitando todas las fotos.» Anna no la entendía: «¿Qué fotos?». Francesca estaba preocupada, porque sospechaba que la búsqueda tenía algo que ver con su hija y había intuido que los policías estaban allí para llevársela. «No te preocupes, Francesca —le dijo Anna antes de colgar—, ya verás como todo se aclara.»

Mientras tanto, en la casa de la familia Scotta, desde un cuartito llegó un gemido. La pequeña Elisa, de tres años, se había despertado ante tanto estruendo y empezó a llorar. Nick, el hermanito de unos meses, seguía durmiendo. Los agentes pidieron a la pareja que preparara a los niños. Dos de ellos reclamaron las llaves del Golf GT para registrarlo también. Luego, cuando el sol ya estaba en alto, pidieron que los cuatro los siguieran a la comisaría. Federico y Kaempet cargaron el cochecito en el maletero y montaron en el vehículo escoltados por los coches patrulla para recorrer los pocos cientos de metros que los separaban de las dependencias policiales.

Kaempet aún no entendía bien el italiano. Los agentes le explicaron a Scotta que debían dejar a sus hijos en la sala de espera unos minutos, solo el tiempo necesario para subir a la planta de arriba y despachar los trámites. Elisa se quedó en un sillón, Nick en el cochecito. Una vez que entraron en el despacho, la pareja se encontró frente al responsable de los Servicios Sociales de Mirandola. Un hombre de mediana estatura, bigote y canas: Marcello Burgoni. El hombre tenía en sus manos un decreto de alejamiento de sus dos hijos a causa de lo que se definían como «graves indicios de maltrato». Dario, un niño de Massa Finalese, había dicho recientemente a las psicólogas de la Unidad Sanitaria Local que Scotta y su esposa Kaempet habían abusado de él y de sus hijos en unos apartamentos entre Massa y Mirandola, junto con la familia Galliera. Federico empezó a injuriar al hombre y a los

policías, volcó una mesa y quiso salir de la habitación con su mujer, pero unos agentes plantados frente a la puerta se lo impidieron. Cuando por fin llegaron a la sala de espera para despedirse de los niños, la encontraron vacía. Se los había llevado un coche. Scotta se sentó y se llevó las manos a la cabeza. Kaempet se echó a llorar. Ya era la segunda vez.

Su historia había nacido seis años antes, al otro lado del mundo, en un pub de Bangkok. Federico tenía dieciséis años y había llegado hasta allí siguiendo a su padre, un viudo que viajaba regularmente desde Mirandola a Tailandia, donde alquilaba un apartamento para las vacaciones de verano. Las relaciones entre ambos no eran idílicas y Federico se pasaba los días solo, deambulando por la ciudad y entrenando en un gimnasio de boxeo tailandés, su gran pasión. A finales de los años ochenta conoció a Kaempet en un bar donde ella trabajaba como camarera. Dos críos de la misma edad. Quedaron por primera vez y poco después estaban saliendo juntos. De regreso en Italia, Federico empezó a escribirle. Volvió el verano siguiente, y al otro, esta vez con la intención de no abandonarla de nuevo. La pareja se casó en Tailandia y se trasladó a Mirandola en febrero de 1993. Tenían apenas dieciocho años. Federico encontró trabajo como operario por turnos en una empresa biomédica, mientras que Kaempet intentaba aprender italiano y limpiaba casas en negro. En Mirandola se hicieron amigos de Francesca y de su hija Marta.

Francesca era originaria de Casandrino, en la provincia de Nápoles, pero desde mediados de los años setenta vivía en Emilia Romaña, donde había criado sola a un hijo varón. Y aquí conoció a su nueva pareja, con quien había tenido a la niña en 1989. El final de su relación resultó tormentoso, y culminó en mutuos intercambios de acusaciones, denuncias y pugnas por la custodia de la hija, hasta el extremo de requerir la intervención de los trabajadores sociales. La pequeña acabó quedándose a vivir con ella y se había encariñado con aquella joven pareja ítalo-tailandesa que ahora esperaba un bebé.

Kaempet acababa de cumplir diecinueve años cuando se quedó embarazada. El 6 de marzo de 1994 llegaron las contracciones y Federico y ella corrieron al hospital: Elisa nació esa misma noche.

Pocos días después, Scotta volvió a casa a las nueve de la noche y encontró a la niña llorando desesperada. Kaempet no podía explicar por qué y era incapaz de calmarla. Scotta tomó al bebé en brazos y le pidió ayuda a Francesca, contando con su experiencia como madre. Pero Elisa siguió gritando hasta la mañana siguiente, cuando Federico, ya preocupado, la llevó a Urgencias. Los médicos notaron rápidamente que la recién nacida tenía equimosis, moratones y una fractura, como si hubiera recibido una salvaje paliza. Scotta le pidió explicaciones a su mujer. ¿Qué había ocurrido el día anterior? Kaempet le confesó que Elisa se había caído por las escaleras. Mientras tanto, los carabineros habían llegado al hospital, alertados por los médicos. Pero Scotta no creía en la versión de su esposa. ¿Por qué ocultarle ese accidente? Detrás de su silencio había algo más. Hasta que, tras estallar en lágrimas, le confesó que había sido una amiga suya tailandesa que había ido a verla la que había hecho daño a la niña. Según Kaempet, la mujer había tratado de obligarla a ejercer la prostitución y a pagarle un porcentaje. Ella se negó y la otra por despecho se había desquitado con la pequeña Elisa, tirándola contra la pared. La razón por la que se lo había ocultado a Federico —se justificó— era que su amiga la había amenazado con graves repercusiones contra sus familiares en Tailandia en caso de denuncia. Federico se puso hecho una furia, insultando a su esposa y amenazando con dejarla.

Pusieron una denuncia contra la mujer tailandesa, pero los carabineros, entre tanto, habían avisado a los Servicios Sociales de Mirandola, quienes, como medidas preventivas, suspendieron la patria potestad a Federico y Kaempet. Una vez fuera de peligro, la pequeña fue puesta al cuidado de una familia de un pequeño pueblo de la zona. Los Scotta tuvieron que seguir un proceso gradual de acercamiento antes de recuperar a su hija. Así que empezaron a ir a la casa de acogida y después de unos meses

consiguieron el permiso para llevarse a Elisa de vuelta durante períodos cada vez más largos. En 1997, a la edad de tres años, la niña había regresado definitivamente. Y esperándola estaba un hermanito de unos meses: Nick.

A principios de verano, para celebrar su regreso, Federico, Kaempet, Francesca y Marta fueron de excursión al Lidi Ferraresi. Pasaron el día en la playa y en la abadía de Pomposa, luego fueron a comer todos juntos a una pizzería, donde le pidieron a un camarero que les sacara unas fotos de recuerdo. Por la tarde estuvieron caminando por el paseo marítimo y Francesca y Marta se fotografiaron abrazadas junto al muro que bordeaba la avenida. Sería su última foto juntas.

Tras la conmoción inicial, Federico y Kaempet se levantaron de los sillones donde habían dejado por última vez a sus hijos. Antes de llegar a la salida, oyeron que alguien los llamaba. Era Francesca. Estaba llorando de desesperación. Los policías la habían obligado a seguirlos hasta allí con Marta. Francesca la sujetaba con fuerza en sus brazos, negándose a soltarla, pero al final la habían obligado a ceder. A su hija también la habían metido en un coche y se la habían llevado.

Dario, el niño de Massa Finalese que había acusado a los Scotta, también había mencionado los nombres de madre e hija. Francesca no se daba tregua. «Si no la devuelven, de mi casa saldrá un ataúd», no dejaba de repetir. Los tres se sentaron en la estrecha acera de la comisaría y organizaron una protesta. Los agentes los obligaron a alejarse, pero regresaron. Francesca llevaba consigo hojas de afeitar, y cuando los policías intentaron apartarlas, se hizo cortes en los brazos. Scotta y ella se quedaron allí defendiendo a voces su inocencia, en medio de una pequeña multitud de curiosos y algún reportero local que tomaba notas para el artículo del día siguiente. Se pasaron el mes de julio yendo y viniendo entre la comisaría, las oficinas de los Servicios Sociales y el Juzgado de Menores de Bolonia, como tres patéticos peregrinos, sucios, acalorados y exhaustos. Nadie quería escucharlos o recibirlos. Ni

siquiera el cuerpo de guardia de los coraceros del Palacio del Quirinal, ante quienes se presentaron el 1 de agosto para solicitar audiencia con el presidente de la República, Oscar Luigi Scalfaro.

Francesca estaba cayendo en una depresión cada vez más profunda. Marta y ella tenían una relación visceral y hasta el día de su alejamiento habían estado prácticamente siempre juntas. Cuando, tras la separación del padre, los Servicios Sociales empezaron a seguir el caso, surgieron fuertes roces entre la madre y los trabajadores sociales. Francesca no toleraba que esas mujeres hablaran con su hija, que quisieran que la visitara un psicólogo, que insistieran en la necesidad de dejar que se reuniera con su padre. Solo pocos meses antes del alejamiento, los Servicios Sociales habían escrito un informe sobre Marta, describiéndola como una niña muy bien atendida y muy apegada a su madre, culpable quizá de ser aprensiva en exceso con ella. Su ausencia resultaba insoportable para Francesca, quien se encontró completamente sola y abandonada hasta por las personas más cercanas. Anna, la amiga a la que había llamado en medio de la noche cuando la policía se presentó en su casa, le había pedido que no la metiera en ese asunto. Ella también tenía una niña pequeña y no quería correr el riesgo de atraer una atención no deseada hacia su familia. Y de la misma forma, muchas otras personas parecían haber desaparecido de la noche a la mañana.

Francesca y Kaempet habían preparado algunas cajas con algo de ropa y juguetes infantiles, pero los Servicios Sociales habían sido categóricos: nada de paquetes, nada de regalos, nada de mensajes.

Mientras tanto, en los periódicos de toda la península aparecían casi a diario casos sobre denuncias por abuso sexual. En Torre Annunziata habían sido detenidas diecisiete personas por abusos a una veintena de alumnos en una escuela de primaria. En Caserta se anunció una recompensa de diez millones de liras por cualquiera que facilitara información sobre un pedófilo que se acercaba a las víctimas a la salida de los colegios. En Florencia, el dueño de un bar fue arrestado por organizar fiestas con drogas y menores. En Monza, tres hermanitas de cuatro, seis y diez años

habían sido víctimas de abusos por cinco personas en la tienda de su madre. En Milán, un hombre de sesenta y ocho años había sido acusado de violar a seis niños de entre nueve y once años y un educador de una comunidad de recuperación había sido acusado de actos sexuales con nueve menores de catorce años. Y ahora, en la provincia de Módena, estaba a punto de estallar uno de los mayores casos jamás descubiertos.

Hacia finales de agosto, la familia Scotta y Francesca fueron convocados por fin en el Juzgado de Menores de Bolonia para retirar sus respectivos expedientes con las actas y los autos. Sin embargo, algunos funcionarios habían anotado en pósits amarillos las nuevas direcciones en las que se había acogido a los niños y, distraídamente, las habían dejado pegadas en la documentación. Federico descubrió así que sus hijos habían sido separados. Elisa había regresado con la familia que la había cuidado hasta los tres años. Nick había terminado en un pueblo no muy lejano, en la misma provincia de Módena.

Una vez fuera de allí, Francesca le susurró al oído:

—Federico, he visto que Marta está en el Cenáculo Franciscano de Reggio Emilia. ¿Me llevas a verla?

Cuando llegaron en automóvil a la entrada del edificio, notaron que no había nadie en el patio adyacente, rodeado por una verja. En la fachada, sobre el gran portal de madera, había un cartel rojo que representaba a San Francisco entre dos lobos: «*Fiat pax in virtute tua et abundantia de manibus tuis*». Kaempet se quedó en el coche, mientras Federico y Francesca recorrían el exterior del edificio, descubriendo así que el lado este se abría a un segundo patio con árboles, rodeado por una red de plástico verde, detrás de la cual llegaban voces de niños. Francesca se detuvo a mirar por los huecos y poco después se sobresaltó: su hija estaba entre los pinos, a pocos metros de ella. La llamó dos o tres veces, hasta que la pequeña se volvió y corrió a su encuentro. «¡Mami no te ha olvidado!», le dijo Francesca al borde de las lágrimas, tirándole por encima de la red el peluche con el que la niña acostumbraba a

dormir. Marta le preguntó si había venido a buscarla, pero la respuesta que recibió fue que en ese momento no era posible.

La escena, sin embargo, no dejó de llamar la atención de la hermana Annarita Ferrari, una enérgica cincuentona que inmediatamente llevó a la niña de vuelta al edificio, enfurecida con la madre. ¿Cómo habían conseguido encontrarla? ¿Quién le había dado permiso para presentarse allí? ¿Quién era el hombre que la acompañaba? No era posible que ella y Scotta estuvieran allí, tenían que irse de inmediato.

De regreso a casa, Francesca se sintió aliviada. A pesar de la dificultad de verse a través de la tupida red externa, había logrado retomar el contacto. Dos días después, sin embargo, la policía se presentó otra vez en su casa y en la de Federico con una orden de detención por «manipulación de pruebas». Los llevaron a la cárcel de Sant'Anna en Módena y permanecieron allí durante una semana, hasta que el juez les concedió el arresto domiciliario.

El 23 de septiembre de 1997, Elisa y Marta fueron llevadas a Milán a ver a la ginecóloga Cristina Maggioni y a su colega Maurizio Bruni para un reconocimiento. La doctora Maggioni quedó muy impresionada por aquella niña castaña un poco tímida, que se sometió al examen sin pestañear, demostrando una disponibilidad decididamente fuera de lo normal para sus ocho años. Marta no opuso ninguna resistencia, permanecía impasible. Cuando la tocaban para comprobar posibles lesiones, la pequeña parecía «en otra parte», casi «disociada». Para la doctora, esa era la actitud típica de los niños que cargan con abusos muy graves. Y ella, en su experiencia como asesora técnica de la Fiscalía de Milán, había visto muchos casos así. La exploración confirmó más tarde sus sospechas iniciales. La gravedad de los abusos sufridos por la niña superaba todos los parámetros que había encontrado hasta ese momento. Sin embargo, no era posible establecer con certeza el período en el que Marta había sufrido tal violencia. Podría haber comenzado muchos años antes y proseguido en el tiempo. O podría haberse consumado en un período que se remontara incluso a más de cuatro años atrás.

Después de explorarla, la doctora Maggioni se acercó a Marta

y le dijo que había «señales» debajo. Luego la miró a los ojos y la invitó a no guardarse ningún secreto. Si tenía algo que contar, tenía que hacerlo.

No pasó mucho tiempo antes de que el resultado de esa visita médica se filtrara entre los periodistas de las noticias locales y nacionales. Francesca y Federico lo descubrieron por pura casualidad dos días después en las noticias del Teletexto. Se hablaba incluso de «múltiples signos congruentes entre sí que hacían altamente probable la existencia de abusos previos» y graves daños que podrían comprometer una posible futura maternidad. La doctora había declarado que nunca había visto nada tan atroz en veinte años de profesión.

Sola en su apartamento bajo arresto domiciliario, sin poder llamar a nadie más que a su abogado, la madre de Marta entró en un estado de angustia del que era incapaz de recuperarse. No solo un niño la acusaba de haber participado en fiestas donde se vendían menores de edad para llevar a cabo prácticas sexuales, sino que también había un informe médico que hablaba claro.

El domingo 28 de septiembre, a la hora de comer, el abogado Ettore Savoca recibió una llamada telefónica de Francesca que no dejaba de llorar ni de jadear. Él trató de consolarla, recordándole una audiencia de la semana siguiente en lo que entonces se llamaba el Tribunal de la libertad.

—A mí no me interesa la libertad —replicó ella—. Lo único que me interesa es mi hija.

A las dos de la tarde fue el teléfono de casa Scotta el que sonó. Federico, también bajo arresto domiciliario, no podía responder, por lo que Kaempet levantó el auricular y puso el altavoz. Francesca desvariaba. Parecía borracha.

—Os he querido mucho. Ya no puedo aguantar más. Intentad mantener la calma y defenderos como podáis.

Federico trató de decirle algo, pero ella ya había colgado.

Temiendo lo peor, llamaron a la comisaría.

Mientras tanto, Francesca tomó un trozo de papel y escribió: «Soy inocente. Solo quiero que me devuelvan a mi hija».

Cuando Antonio Presti, agente patrullero de Mirandola, llegó al edificio de ladrillo rojo de la nacional 12, miró hacia arriba y entrevió a alguien asomado al balcón del quinto piso. Junto con un colega, entró a la carrera, subió e intentó abrir la puerta de la vivienda, que solo estaba cerrada con una cadenilla y consiguieron entornarla lo suficiente para ver a la mujer a horcajadas sobre la barandilla. Presti y su colega abrieron la puerta de una patada y entraron, pero Francesca ya se había dejado caer. Unas horas más tarde, los médicos de Urgencias de Mirandola constataron su muerte.

Al día siguiente, Marta no fue a clase. Las monjas del Cenáculo le dijeron que iba a recibir una visita importante. La niña llevaba un mes sin ver a su madre. Al principio la echaba de menos, pedía que la llevaran a su casa y seguía repitiendo que no le había pasado nada. Pero a lo largo de las semanas sus sentimientos se habían vuelto contrapuestos. Desde el alejamiento, la seguía una joven psicóloga del centro de salud, Valeria Donati. A ella y a la hermana Annarita Ferrari, la pequeña les había confesado que sentía quizá hasta un poco de miedo ante la idea de volver a verla. Sobre todo, después del examen médico: la doctora Maggioni le había dicho claramente que había un problema «allí debajo», y que por lo tanto debía de haber pasado algo. La pequeña tenía que esforzarse mucho en recordar, porque a veces algunas cosas malas uno tiende a olvidarlas. Marta estaba confundida, no conseguía recordar nada en absoluto, a pesar de que la monja insistiera mucho en que se lo contara.

Ese lunes, sin embargo, fue diferente. No había nadie para hacerle preguntas sobre el pasado y sobre su mamá. La psicóloga y la trabajadora social se presentaron en el Cenáculo por la mañana y se apartaron con ella junto con sor Annarita. Cuando le dieron la noticia de que su madre ya no estaba en este mundo, la pequeña se

inclinó hacia la monja, apoyó la cabeza en sus rodillas y lloró hasta quedarse dormida. Luego, cuando se despertó, se fue a jugar con los otros niños. En los días siguientes preguntó cuándo podría volver a ver a su madre.

—Está muerta —le repitió la hermana Annarita—. Si ha hecho algo malo y se arrepiente, el Señor la tendrá a su lado.

En las tardes siguientes, más de una vez, la monja sorprendió a Marta rezando en su cama:

—Esperemos que mamá se arrepienta, para que se vaya con Jesús.

—¿Por qué? —le preguntó otra vez la hermana Annarita—. ¿Qué crees tú que ha hecho?

—Me pegaba si no me portaba bien.

Para la niña, aquel fue un otoño turbulento. Semanas de recuerdos y de sensaciones diametralmente opuestas que se superponían. Las monjas notaron que el cuello de la niña se «hinchaba», una probable reacción psicofísica a su malestar. Empezó a comer de forma intermitente, a distraerse en clase, a jugar cada vez menos, a no dormir, a tener pesadillas. Oscilaba como un péndulo entre la certeza de que nunca le había pasado nada y la duda de que en algún rincón remoto de su memoria hubiera una caja que no se atrevía a abrir. Una caja en la que debía de haber algo malo encerrado. Algo de lo que las mujeres que la cuidaban ahora con tanto cariño la invitaban a deshacerse. Una tarde de diciembre, antes de irse a dormir, la niña le confió a una de las hermanas del Cenáculo que tenía miedo a la oscuridad y a las pesadillas. Tenía miedo de que alguien viniera a llevársela.

—Pero ¿quién crees que va a venir?

—Las personas que me hacen daño.

—¿Quiénes son esas personas?

—Tengo miedo. Me da vergüenza.

Luego, poco a poco, se armó de valor, abrió la caja alrededor de la cual había estado dando vueltas durante más de cinco meses y miró dentro. Francesca, su madre, que había optado por tirarse por un balcón para no enfrentarse a la realidad, dejándola sola en el mundo con sus angustias y sus sentimientos de culpa, no había

sido en realidad tan buena con ella. En el pasado, a veces la llevaba a un piso en las afueras de Mirandola, donde vivían dos hombres que disfrutaban abusando de ella. Se llamaban Marco y Matteo. Uno de ellos se turnaba para sacar fotos o vídeos con la cámara y al final le daban dinero a la madre. A veces también iba el amigo de su madre, Federico Scotta, que las acompañaba. Y en ese apartamento ella había visto a otros niños. Marta se esforzó por recordar cómo se llamaban o dónde estaba ese piso. Pero le costaba un esfuerzo tremendo. Algo la estaba bloqueando. Tal vez el trauma. Tal vez la vergüenza. Tal vez el miedo.

—¿Conoces a un chico que se llama Dario? —le preguntaron la psicóloga y la monja—. Fue él quien mencionó tu nombre. — Pero Marta no se acordaba. Estaba cada vez más confundida, cada vez más incómoda.

Una tarde, las monjas dejaron a los niños ver unos dibujos animados en la televisión con una educadora. En una de las escenas aparecieron unas calaveras. Marta pareció animarse y recuperar un fragmento de memoria. Su mamá también tenía una. Y también había visto otras en casa de Marco y Matteo.

La doctora Donati y el responsable de los Servicios Sociales, Marcello Burgoni, se encontraron ante un escenario cada vez más aterrador. Había pasado un año desde que Dario había manifestado sus primeras muestras de malestar. Esos silencios constantes, esa incomodidad y vacilación que tantas sospechas despertaban en ellos debían ocultar la puerta que se abría a un mundo infinitamente más complejo. Tal vez las personas que poco a poco iban pudiendo ser identificadas entre Massa Finalese y Mirandola no fueran *solo* un puñado de pedófilos harapientos, dispuestos a vender y comprar niños por unas cuantas decenas de miles de liras. Tal vez eso fuera solo la punta del iceberg. El tamaño de la parte sumergida todavía estaba por descubrirse. Dadas las premisas, sin embargo, allí abajo solo podía haber un mundo que tuviera muy poco de humano.

4

Dario vio a los dos hombres llegar al colegio de primaria Vittorino da Feltre en Pegognaga a la hora del recreo. El aire estaba tan frío como es normal a principios de enero. Uno de ellos, el más delgado, tenía un bigotito negro y el pelo amarillo ocre, probablemente una peluca. El otro, el más corpulento, tenía el pelo rizado, llevaba gafas y unas extrañas botas con una especie de tacón. Una inquietante pareja de individuos, que compartían el mismo nombre: Giorgio. Con un paso rápido y sin que se notara, Giorgio y Giorgio se deslizaron por la vieja verja gris que separaba el edificio de arquería roja de la calle, luego cruzaron rápidamente el patio y en un momento estaban en los pasillos. Cuando se acercaron, Dario los reconoció de inmediato y quedó petrificado. Sin perder tiempo, los hombres lo conminaron a que los siguiera. Obedeció sin rechistar y salió con ellos. El trío llegó hasta la verja, sin que nadie se percatara, y se trasladó a un gimnasio no muy distante, cerca del cual los esperaba un automóvil azul oscuro. Asustado e intimidado, el niño no hablaba. Sin embargo, no pasó por alto el detalle de una luz intermitente amarilla en el techo. Cuando vio al hombre que conducía, se estremeció de nuevo. Ya lo había visto poco tiempo antes en un cementerio y le daba mucho miedo. Tenía el pelo blanco, camisa y pantalón negros, y en la cabeza llevaba un sombrero con visera negra transparente y un escudo de armas. Los dos Giorgios empujaron al pequeño dentro del coche, que se marchó a toda velocidad hacia Massa Finalese. Al cabo de unos cuarenta minutos, el grupo se detuvo cerca de un restaurante muy grande, todo pintado de rosa. El aparcamiento estaba cubierto de grava. El niño había vacilado al entrar y uno de los hombres lo empujó por detrás, derribándolo. Las paredes interiores del local estaban forradas con grandes espejos oscuros.

De las ventanas colgaban cortinas blancas. Estaba vacío, pero el camarero —que se presentó con el nombre de Franco— permitió pasar a los hombres y comieron, dejando al niño al margen y sin comida. Una vez que terminaron, volvieron a montar en el coche y condujeron por una larga calle bordeada de árboles, luego se detuvieron nuevamente frente al cementerio.

Giorgio y Giorgio entraron y arrastraron al niño hasta dos tumbas cercanas.

—¿Las ves? —le preguntaron al pequeño con tono amenazador—. A tus padres de acogida los vamos a enterrar aquí.

El mensaje era claro. Ya había hablado demasiado con las psicólogas y la Fiscalía. De ahora en adelante tendría que quedarse calladito. Luego lo montaron de nuevo en el coche y lo llevaron de vuelta delante del colegio justo antes de que sonara la campana y el patio se llenara de madres.

Dario no sabía qué hacer. No era la primera vez que esos personajes se le acercaban para amenazarlo. Ya había sucedido justo antes de Navidad. Esa vez su madre biológica, Adriana, estaba con ellos. Dario la había visto desde la verja del colegio, mientras lo miraba con gesto de severidad. La mujer no se bajó del coche, pero lo llamó desde lejos: «¡Dario! ¡Tu padre Romano está sufriendo mucho!». Entonces uno de los dos hombres se acercó a la verja y le tiró del brazo, ordenándole que se fuera con ellos. Pero Dario había logrado soltarse y escapar, ayudado por dos compañeros de clase.

Durante las vacaciones invernales, el niño fue capaz de guardarse ese episodio para sí, sin contárselo a la señora Tonini. Pero esta vez esos dos habían demostrado que podían hacer lo que querían, cuando quisieran. Si los denunciaba, ¿qué les pasaría a sus padres de acogida? ¿Les harían daño también? ¿O se vería obligado a cambiar otra vez de casa, por enésima vez? ¿O tal vez incluso de familia?

Cuando Nadia fue a buscarlo como de costumbre a las cuatro y cuarto de la tarde, lo encontró nervioso y conmocionado. «¿Qué ha pasado?», le preguntó. Con voz temblorosa, Dario le contó lo del coche azul delante del colegio, con su madre y los dos Giorgios.

Ella optó por no hacer nada y dejarle tranquilo hasta el día siguiente. Entonces lo volvió a preguntar: «¿Qué pasó ayer?».

En ese momento Dario se lo contó todo, incluido el episodio del restaurante y el del cementerio. La madre adoptiva llamó al colegio de Pegognaga. Conocía bien a los profesores y al personal del centro, al que antes habían ido sus dos hijos adoptivos mayores. Fue la profesora Rita quien le contestó. Nadia Tonini le preguntó si la verja de entrada al colegio permanecía cerrada con llave durante el horario de clases. La profesora le contestó que no, que normalmente se quedaba abierta. Tonini le contó entonces lo de los extraños acercamientos de algunos hombres que amenazaron dos veces a su hijo y que en una ocasión incluso lo sacaron de allí. ¿No era posible al menos bloquear el acceso después de que los niños hubieran entrado? «Por supuesto», la tranquilizó la profesora.

Nada parecía, en cambio, capaz de tranquilizar a Dario. Un profundo terror se había apoderado de él, obligándolo a encerrarse en sí mismo. La señora Tonini no sabía ya cómo consolar a ese niño tan desdichado, que ya hacía tres años que había entrado en su casa y que tras su separación definitiva de la familia Galliera se había convertido en su hijo a todos los efectos. Ella misma estaba emocionalmente rota, como le había confiado en distintas ocasiones a Valeria Donati. Escuchar esas historias, por necesario que fuera, la atormentaba e inquietaba mucho. Se sentía impotente e insegura y, a menudo, se daba cuenta de que no tenía los medios para ayudarlo.

Había pasado un año desde el primer relato de aquel episodio de las travesuras bajo las sábanas, once meses desde que Dario había visto a sus padres por última vez y ocho desde que los carabineros habían rodeado su casa en Massa Finalese y los habían detenido junto con su hermano mayor Igor. Cuando se los llevaron, el 17 de mayo de 1997, todos lloraban. Los carabineros, tras registrar la casa, habían encontrado y requisado algunas revistas pornográficas. Poco tiempo después Igor había hecho una admisión

parcial, revelando su naturaleza morbosa y perversa. El niño no estaba mintiendo del todo, había declarado. Efectivamente, se habían *tocado* las partes íntimas uno al otro. Pero luego trató inmediatamente de hacer recaer la responsabilidad sobre su hermanito menor, alegando que fue él mismo quien le pidió que hiciera esas cosas. Más allá no había ido. Y, de todos modos, sí, también había toqueteado a su hermana Barbara, pero lo había dejado de inmediato, porque su madre Adriana lo había regañado. Sobre los abusos cometidos por su padre Romano, Igor se había limitado a decir que no sabía nada. Lo único que recordaba era que una noche oyó quejarse a Dario y rogarle a su padre que lo dejara dormir.

Sus padres, por el contrario, habían negado cualquier acusación, pero las palabras del hijo menor los habían puesto en un serio aprieto. En la primavera de 1997, el niño parecía haber hecho acopio de valor, revelando *otros* episodios que habían tenido lugar *fuera* de la casa de la familia Galliera. Y en los que también se vieron involucrados *otros* niños como él. La señora Tonini no dejaba de apuntar diligentemente todo lo que Dario decía en un cuaderno, para pasarle después la información a la psicóloga, quien durante las reuniones ahondaba y recopilaba más detalles. A veces Romano acompañaba a Dario a una casa de la zona, donde los esperaba una pareja. Ella se llamaba Rosa, él se hacía llamar «Ales». En una de estas ocasiones, Dario recordaba claramente haber presenciado una breve conversación entre su padre y esa mujer: «Yo te dejo el niño y tú me das algo de dinero». Luego Romano se marchaba.

Rosa era una mujer rara a la que le gustaban las cosas raras. Le prometió que, si hacía lo que le decía, se quedaría con ella y podría hacer lo que quisiera, sin tener que ir al colegio. Ella también vivía en una casa en el campo, aislada y lejos de miradas indiscretas. Cuando Dario estaba allí con ella, lo obligaba a golpearla con un atizador y a realizar actos sexuales, mientras Ales, su marido, sacaba fotos con una Polaroid. El niño no conseguía recordar nada más. Entre otras cosas, porque esos episodios habían ocurrido cuando era más pequeño y todavía vivía

permanentemente con sus padres antes del desahucio, por lo que probablemente se remontaban al período en el que tenía tres años. Había un detalle, sin embargo, que Dario nunca había olvidado. Cuando su padre volvía para recogerlo, la pareja le daba dinero por lo ocurrido.

Donati observaba con atención las reacciones del niño mientras contaba esas cosas. Se le veía fatal. El trauma que debió de causar en él esa pareja era profundo.

Después de hablar sobre ellos, Dario se acercó a la ventana del despacho y la abrió, diciendo que quería tirarse porque deseaba morir. Luego se sentó sobre sus rodillas para que lo consolaran. Si su padre estaba tan enfermo, si tenía tan pocos escrúpulos que hasta lo había vendido a unos amigos, ¿por qué su madre no lo protegía? Dario le había dado una explicación: Adriana y Barbara también acudían a esa casa maldita. También a ellas les gustaba que las golpearan con un atizador.

La madre de acogida estaba furiosa. Al principio sentía una mezcla de dolor y repugnancia por aquella mujer delgada e ignorante que ni siquiera era capaz de alimentar y vestir adecuadamente a su hijo, pero ahora la invadía una ira que le costaba ocultar incluso delante del niño. ¿Cómo pudo permitir una cosa así? ¿Qué clase de monstruos pervertidos había criado? ¿Estaba tan dominada por Romano como para «participar» incluso en esas «cosas»?

Dario la escuchaba y asentía. Ahora él también estaba enfadado. Pero el sentimiento de culpa —un sentimiento común entre quienes han experimentado abusos sexuales, aunque hayan sido solo y exclusivamente víctimas de ellos— no le daba tregua. ¿Quiénes eran esas personas amigas de su familia? ¿Dónde vivían? Dario trataba de hacer un esfuerzo para recomponer y dar sentido a sus vagos recuerdos. Eran sin duda de la zona de Massa Finalese, pero no podía indicar con exactitud dónde estaba esa casa «vieja, pero grande». La señora Rosa estaba casada, no tenía hijos. No recordaba su apariencia física. Quizá tuviera el pelo castaño. Ales, el marido que sacaba las fotos con la Polaroid, se parecía a su abuelo político, el padre del señor Tonini: un «hombre grande, con

bigote».

La policía investigó. Uno de los compañeros de malandanzas de Romano Galliera era un hombretón de unos cincuenta años, alto, corpulento y tatuado, con el pelo oscuro y un bigote negro de motociclista. Era originario de Massa Finalese, pero su nombre no era Ales, sino Alfredo, conocido en todos los bares con el apodo de Alfredone, o simplemente Fredone: un personaje con mala reputación y un historial delictivo repleto de antecedentes penales por delitos contra la persona y la propiedad, incluyendo extorsión y receptación de bienes robados. Rara vez trabajaba, jugaba a menudo a las cartas y no era de esos que se lo piensan mucho antes de decidir si propinar con sus manos grandes y carnosas un par de *sciafòn* (con la ese y la ce pronunciadas por separado, como si estuvieran separadas), un par de bofetones en la cara del desventurado de turno. En el pueblo se decía que también era un chulo y que tenía a una o dos chicas trabajando para él. Galliera estaba considerado como uno de sus lechuzos, a quien encomendaba encargos y trabajitos de diversa índole.

En esa época, Fredone vivía en una casa de campo en Scortichino, a menos de un cuarto de hora de Massa. La misma que constaba como residencia de una tal Maria Rosa. Cuando el inspector Antimo Pagano de la comisaría de Mirandola fue a detenerlos, la mujer se quedó de piedra. Fredone no tanto. Estaba más acostumbrado a la policía, a los registros, a las noches en una celda. «Esperemos que Romano no haya hecho ninguna gilipollez», le oyó comentar el inspector Pagano, refiriéndose a los problemas que Galliera había tenido con su último hijo, a causa de quien estaba en la cárcel. Rosa, en cambio, estaba muy nerviosa y no dejaba de preguntar a los policías que qué querían. Fredone se echó a reír. «No te preocupes, mañana estamos otra vez en casa.» Cuando se la llevaron a la cárcel de Ferrara, la mujer se enteró de lo que se le acusaba: ella y su compañero, actuando en connivencia con los demás sospechosos, habían violado presuntamente, según la acusación, algunos artículos introducidos solo un año antes en el código penal, «normas contra la violencia sexual». En la celda, donde ni siquiera había podido llevarse una bolsa con una muda,

Rosa se desplomó en el suelo. Fredone, recluido en la cárcel de Módena, ya no se reía tanto.

Unos diez días después, el fiscal abrió frente a Dario un álbum de fotos lleno de imágenes de sospechosos. El niño señaló la foto de un hombre y luego se retractó. La cara de Ales no estaba entre esas personas. Pero al poco tiempo de salir del despacho junto a la madre de acogida pidió que volvieran y señaló la imagen de un hombre alto y corpulento que en la foto sostenía a un niño en brazos: Alfredone.

El niño se había armado de valor y se había convertido en un río embravecido. Después de meses de silencio, había entendido gracias a Valeria Donati que podía permitirse dejar de tener miedo. Ahora estaba a salvo. Contar su drama, por difícil que fuera, lo liberaría de una carga y haría que se sintiera mejor. Y así empezó a sacar a la luz otros nombres. «Lady R. y su amigo comerciante», como habían empezado a llamarlos algunos periódicos locales, no eran los únicos que abusaban de él. Los padres lo habían llevado también a otro apartamento, donde vivían dos chicos que deambulaban por el pueblo en dos Vespas, una roja y otra negra. En casa de estos había visto a otros niños, a quienes sus padres dejaban allí durante unas horas. En esa casa también había presenciado actos de violencia de todo tipo, pero no fue capaz de identificar el lugar, ni a los dos verdugos.

Luego, dentro de la larga lista de nombres de cómplices, salieron a relucir los de una tal Francesca y un tal Federico. Y en el de las víctimas los nombres de dos niñas, Elisa y Marta. Entre los menores seguidos por las colegas de Donati se encontraban en efecto dos amiguitas de Mirandola, de tres y ocho años, que también habían sido vecinas y cuyos padres estaban unidos por una estrecha amistad: Federico y Francesca. El expediente de Elisa hablaba de una vieja historia de palizas, el de Marta, de una separación tormentosa. Aunque vivían a quince kilómetros de Massa, Dario las conocía a ambas.

5

En el verano de 1997, apenas tres meses después de las revelaciones de Dario, la red de pedófilos había alcanzado ya un diámetro de unos treinta kilómetros: Massa, Bondeno, Mirandola. El 11 de julio, mientras las radios emitían obsesivamente el nuevo éxito de Puff Daddy «I'll Be Missing You», el niño se reunió en una sala de los Servicios Sociales con el juez de instrucción de Módena Alberto Ziroldi, junto con Valeria Donati y una colega suya. Y con muchas dificultades pudo contarle también a él los abusos que había sufrido.

A los pocos días se emitieron las ocho solicitudes de enjuiciamiento contra Romano, Adriana, Igor, Rosa, Alfredone, los Scotta y la madre de Marta, Francesca. Esta última, sin embargo, se suicidaría en septiembre, dejando a los otros siete acusados a la espera del comienzo del juicio. Todo parecía listo para la Fiscalía de Módena. Contaban con el testimonio de Dario. Contaban con los resultados de los exámenes médicos de Elisa y de Marta, que tarde o temprano hablaría. Ya después de la conclusión de la investigación preliminar, parecía claro que los acusados estaban entre la espada y la pared.

Pero un día, en esa misma época, Valeria Donati se presentó muy alarmada ante el fiscal Andrea Claudiani. Tenía que hablar con él urgentemente. El hijo de los Galliera, que acababa de volver de las vacaciones de verano en Gargano junto a la familia Tonini, había contado algunos episodios nuevos. Esta vez había oculto algo mucho más siniestro. Claudiani interrumpió todas sus actividades y la escuchó con toda atención.

El niño había mencionado otro nombre: «Giorgio», un conocido de Romano, su padre, quien lo había llevado a casa de este individuo. Un «alcalde», como lo había definido Dario. Pero no

estaba del todo seguro. De hecho, se corrigió a sí mismo de inmediato. Quizá fuera un «médico». Aunque quizá no. El pequeño estaba confundido, porque en realidad había conocido a dos «Giorgio». El primero era el señor a cuya casa lo había llevado su padre Romano, que los había violado a él y a Marta a cambio de dinero. El segundo era un hombre casado que tenía una esposa con una trenza negra. Donati y la signora Tonini se habían concentrado en el primero, el alcalde que quizá fuera médico. Para ayudar al niño lo habían apodado «Giorgio 1». La madre de acogida le había señalado que la descripción era más compatible con la de un sacerdote. Estaba en lo correcto. Nada ni nadie aterrorizaba al pequeño Galliera como este hombre y su homónimo compadre, «Giorgio 2».

Un día le dijeron que ardería en el infierno, y desde entonces había tenido pesadillas terribles. «Infierno.» Esa palabra parecía haber revelado una trampilla que conducía al desván de los malos recuerdos. Dentro de ese desván había un recuerdo que databa de la última vez que había visto a su familia natural, antes del alejamiento. Aquello encendió un piloto en Donati: se acordó de un episodio del que el niño le había hablado casualmente tiempo antes. De pequeño había asistido al funeral de alguien, un pariente quizá, durante el cual había visto a una mujer cargando un ataúd, y quedó muy impresionado. ¿Podrían estar relacionados estos dos episodios? ¿El de los dos Giorgios que le hablaron del infierno y el del funeral? Sí, le contestó Dario, estaban relacionados. Ahora podía decirlo.

Un cementerio de noche. «Giorgio el alcalde» con la túnica. Algunos adultos a su alrededor. Romano, Adriana, Igor, Barbara, Federico, Francesca, Rosa, Ales el fotógrafo. Algunos de ellos llevaban máscaras de tigre, de pantera o de vampiro. Estaban celebrando un rito, un funeral o algo parecido. El caso es que abrieron unos ataúdes, y encerraron dentro a los niños que estaban allí: al propio Dario, a Elisa y a Marta, colocados cada uno en un féretro con una cruz encima. Dentro estaba todo oscuro y él no podía salir porque la tapa pesaba mucho. Se esforzaba por empujarla hacia arriba, pero sus brazos eran demasiado pequeños,

demasiado débiles para mover ese bloque de madera y metal, aunque solo fuera un poco. Recordaba haber llorado al tiempo que oía reírse a los mayores fuera. Luego, alguien quitó la tapa, y entonces volvió a ver a aquellas figuras lúgubres a su alrededor, mientras sus pulmones se llenaban de nuevo con el aire frío de la noche. El «alcalde Giorgio» se lo había anunciado solemnemente: los habían transformado en los hijos del diablo. Y luego hizo que los adultos presentes les dieran golpes y bastonazos.

Pero ¿era realmente un alcalde? ¿O un médico? Si llevaba una túnica blanca y celebraba un rito, quizá pudiera ser algo distinto, entre otras cosas porque Dario, poco a poco, había ido añadiendo detalles sobre él. Aproximadamente un metro sesenta, regordete, pelo gris oscuro y rizado, gafas. Llevaba zapatos de hombre con tacón alto. Durante ese famoso ritual le había dado al niño un cuchillo y le había ordenado que matara a un gato negro. Dario lo había golpeado débilmente, hiriéndolo y nada más. De modo que fue Igor quien se encargó de rematarlo, entre las risas de Ales, que luego cogió un jirón del animal y se lo colocó en la cara, como para comérselo.

Esta parte de la historia era la que más perturbaba a Dario. Le gustaban mucho los animales y en casa de la familia Tonini había una gata a la que tenía mucho cariño. La idea de hacer daño a criaturas como esa y a otros animales sacrificados durante la ceremonia del cementerio, incluido un perro, lo atormentaba.

A veces, con la psicóloga, el pequeño lloraba desconsoladamente. Solo Dios sabía qué otros horrores había presenciado entre las lápidas de quién sabe qué cementerio. Dario no recordaba dónde estaba, pero en su interior, de eso estaba seguro, había una iglesia.

Después de las primeras revelaciones sobre Giorgio 1 y 2, el inspector de la comisaría de Mirandola, Antimo Pagano, había empezado a investigar, yendo y viniendo entre los archivos policiales y los municipios de la Bassa. Sus primeras investigaciones se centraron en el cementerio de Massa Finalese. Estaba ubicado en la zona norte de la aldea, costeado por via Albero, una carretera de dos carriles que cruzaba los campos y el

canal de Burana, a pocos kilómetros de los confines entre Emilia Romaña y Lombardía. Pagano señaló que tenía «forma más o menos rectangular» y estaba delimitado por un muro perimetral. La entrada consistía en una puerta de rejas de hierro forjado. Estaba cerrado, pero en el lado sur, de construcción más reciente, se había abierto una segunda entrada que daba al aparcamiento. Al final del paseo principal había una iglesia. Como esa de la que había hablado Dario. En el interior había una sola nave grande con un pequeño altar, coronado por un candelabro de modesta factura. Al otro lado del paseo central, hacia el portón principal, el agente había notado una abertura en el lado izquierdo, donde se amontonaban las herramientas de trabajo del sepulturero. Desde allí se accedía a una serie de salas comunicadas. Era el osario, dentro del cual encontró un viejo ataúd de madera con un crucifijo en la tapa y algunas cajas funerarias, la más larga de las cuales no superaba el metro. Pagano había llamado a las puertas de las casas cercanas y preguntado a decenas de personas, pero, extrañamente, nadie parecía haber notado nunca nada. Luego, sin embargo, una de sus fuentes dentro del pueblo le reveló que había oído que un grupo de ciclistas había notado movimientos extraños dentro del cementerio a media tarde. Pero no consiguió localizarlos.

El niño había dicho que ese tal Giorgio vivía cerca de un campanario y dirigía los rituales. De modo que Pagano empezó a hacer un censo de todas las personas de la provincia que se llamaban Giorgio y que tenían algo que ver con la iglesia o los cementerios.

Encontró dos. Uno trabajaba como sepulturero en el cementerio de Concordia, no lejos de Mirandola. El otro era el padre Giorgio Govoni, párroco de Staggia y San Biagio, en el corazón de la «zona caliente». A Pagano le impresionó leer esos nombres. Aunque no era de la zona —se había establecido allí por razones de trabajo tras dejar su Nápoles natal— conocía esos lugares. Había estado incluso allí, en más de una ocasión y cuando no estaba de servicio, para asistir a algunas romerías y al montaje del belén viviente. El

párroco de aquellas iglesias rurales, recordó, correspondía perfectamente con la descripción hecha por Dario. Pelo rizado, sobrepeso, gafas. Además de esto, también recordó otro detalle. Durante una de las celebraciones había entrevisto bajo las vestiduras del sacerdote un par de botines, de esos que se usaban en otros tiempos. Así que volvió, de paisano, a realizar una inspección un domingo antes de la hora de comer, cuando ya habían terminado las dos misas de la mañana. El padre Giorgio y sus fieles ya no estaban allí, salvo tres mujeres que se habían quedado a rezar por su cuenta. Antes de volver al coche notó que ambas rectorías tenían un campanario. Es más, en San Biagio, la sacristía de la iglesia, que parecía reflejar la descripción del niño, estaba conectada con el cementerio por un sendero de cipreses. Pagano encontró el calendario de los funerales celebrados el año anterior y notó que algunos entierros y exhumaciones de antiguos cadáveres para la reducción de los restos del cementerio se produjeron coincidiendo con días en que Dario se hallaba puntualmente en la casa de los Galliera. El policía miró a su alrededor. No lejos de la iglesia del padre Giorgio había un establo y algunas viviendas. En un principio tuvo la tentación de llamar a las puertas para averiguar quiénes vivían allí y hacer algunas preguntas. Pero su instinto lo hizo desistir. El párroco era muy conocido en aquellos lugares. Y también muy popular. Cualquier pregunta sobre él o lo que pasaba en los cementerios de una pedanía de menos de mil habitantes llegaría a sus oídos en cuestión de minutos. Era mejor mantener un perfil bajo y continuar investigando de forma anónima.

El padre Giorgio Govoni era una auténtica institución en la Bassa de Módena. Incluso los trabajadores de los Servicios Sociales lo conocían, porque ayudaba a la familia Galliera desde hacía tiempo, y fue él quien les había encontrado la casa rural en via Abba Motto después del desahucio. Además de esto, desde que no tenían coche, los ayudaba cuando tenían que hacer alguna gestión, llegando incluso a acompañar a Igor a ver a su abogado a Módena, dada la

incapacidad del joven para llegar hasta una dirección cualquiera en una ciudad que era decididamente más grande que el poblachón donde se había criado. Al principio Dario dijo que no lo conocía. Pero luego se corrigió a sí mismo. Giorgio 1, el alcalde de la túnica, el sádico violador que dirigía el grupillo de pedófilos, era él, sin duda. Solo podía ser él, el monstruo. Ahora todo tenía sentido para los investigadores. Por eso el párroco era tan considerado con esos mentecatos indignos de cualquier ayuda estatal, que ni siquiera iban a la iglesia, y que revendían las conservas para comprarse cigarrillos, mientras sus hijos vagaban por el pueblo más flacos que unos clavos. Esa familia tenía algo en la casa que debía de ser de gran interés para él: un niño pequeño. Y el sutil trabajo que había hecho el padre Giorgio para llegar hasta el crío no se diferenciaba en nada del *child grooming*, la táctica de fascinación tan extendida entre los depredadores sexuales, que antes de dirigirse a las pequeñas víctimas se hacían amigos de familiares y parientes, creando las condiciones ideales para actuar más tarde con toda tranquilidad. En este caso el párroco parecía haber ido más allá, estableciendo una relación de dependencia económica y psicológica con todo el núcleo de la familia Galliera, con tal de llegar a ese muchachito descoordinado y desconcertado. No pasó mucho tiempo antes de que los periódicos empezaran a lanzar ráfagas de titulares: «*Sexy party* con niños, había incluso un cura. Un niño acusa al cura "al que conocía": el padre G. Sabemos que el cura pertenece a una parroquia de la Bassa. Los encuentros se filmaban, hasta con ornamentos sacros en el *set*. La homilía: "Fieles míos, soy inocente, pero ha llegado para nosotros el tiempo de las tinieblas"».

Sentado a *su* mesa de la Trattoria dalla Marta —lugar de encuentro de camioneros, agricultores y trabajadores de los campos que rodeaban San Felice sul Panaro, no lejos de Massa Finalese— el padre Giorgio Govoni no parecía dar demasiado peso a esas acusaciones. Era evidente que la prensa, aunque nunca lo nombrara directamente, había dado pistas lo bastante claras. Todos sabían que *ese sacerdote* solo podía ser él, y en los pueblos y parroquias de los alrededores más de una persona había empezado

a expresar sus dudas al respecto, leyendo las indiscreciones que se filtraban a diario desde las oficinas de la Fiscalía de Módena. Pero con sus amigos más cercanos, el padre hacía alarde (o pretendía hacer alarde) de serenidad. Todo era un enorme malentendido, solía decir con su voz un poco chillona y encogiéndose de hombros. La verdad acabaría saliendo a la luz, tarde o temprano. Era demasiado conocido, demasiado popular, demasiado amado para que alguien pudiera dar crédito a esas odiosas insinuaciones.

En más de medio siglo de vida nunca había tenido problemas con la justicia, ni con los miles de feligreses de San Felice, Finale, Massa, Camposanto, Staggia y San Biagio, a los que desde mediados de los años sesenta había bautizado, confirmado, casado y enterrado. Era difícil encontrar en toda la zona una parroquia o un oratorio donde no hubiera celebrado misa u organizado excursiones o construido pistas de patinaje para niños. Pero no era esa la razón principal por la que los habitantes lo tenían en especial consideración, por encima de los demás religiosos. En aquella tierra de obreros y trabajadores indefensos, en el corazón de la Emilia roja, el padre Giorgio era un hombre del pueblo. Uno que no se limitaba a quedarse detrás del altar para dar sermones y bendecir almas, sino que, como tantos otros, se despertaba cuando aún era de noche, se subía a uno de sus camiones y se ganaba el pan quemando kilómetros hasta el anochecer. El cura-camionero: así lo conocía ya todo el mundo.

Había nacido en 1941 en Dodici Morelli, una aldea no lejos de Finale Emilia, el segundo de los tres hijos varones de un camionero. Desde temprana edad parecía un predestinado. Justo después del final de la guerra, con seis años, un tío lo había llevado en peregrinación a San Giovanni Rotondo, contando a su regreso que el propio padre Pío de Pietrelcina en persona, al pasar entre la multitud, se había detenido repentinamente frente a aquel niño de pelo oscuro y rizado y ojos pequeños, y colocando una de sus manos vendadas en su frente le dijo: «Tú llegarás a ser sacerdote». El santo no parecía haberse equivocado. Al final del quinto curso, a

principios de la década de 1950, Giorgio le había dicho a su madre que tomaría los hábitos y se había mudado a un antiguo seminario en Nonantola, cerca de Módena. Una decisión dura y valiente, que implicó inviernos gélidos, semestres enteros sin ver a sus familiares, y que solo una vocación fuerte y obstinada pudo sostener.

Cinco años más tarde hizo los votos y en 1966 se convirtió en sacerdote a todos los efectos. Mientras tanto, sin embargo, el joven Giorgio se había sacado el carné de conducir para camiones, con la idea de continuar con el negocio de su padre, muerto prematuramente. Cuando no estaba celebrando misa en la parroquia, cargaba y descargaba remolacha y trigo por cuenta de las cooperativas emilianas recién formadas, y montones de tierra que llegaban desde Alemania a Mirandola y Sassuolo para abastecer a las empresas de cerámica que estaban transformando una región de artesanos en uno de los grandes motores de la economía italiana. Luego salía del trabajo y volvía a convertirse en el cura que, con un purito toscano siempre en los labios, predicaba el Evangelio, resolvía disputas y preparaba aniversarios, fiestas, romerías hasta bien entrada la noche. Un hombre en constante movimiento, que solo se detenía para tomar un plato de sopa y engullir una copa de vino en las tabernas rurales. Como la Trattoria dalla Marta, que, desde que se trasladó a San Felice sul Panaro a mediados de la década de los ochenta, se había convertido en su sede operativa, en su refugio.

Justo en esa época, a los campos de la Bassa empezaron a llegar extranjeros pertenecientes a la primera de las grandes oleadas migratorias africanas que alcanzarían las costas italianas en los años siguientes.

Muchas casas en ruinas abandonadas desde principios de siglo no tardaron en ser ocupadas por grupos de *maruchín* y *nègar*, de árabes y negros, que de día llamaban a las puertas de empresarios y agricultores ofreciendo mano de obra y de noche se arrastraban por los campos y las carreteras provinciales oscuras para volver cargados con bolsas de plástico a sus casuchas sin luz ni gas. Así que el cura-camionero se dedicó a localizar a los propietarios de

esos inmuebles sin valor para que se los cedieran en comodato de uso, a cambio de reformarlos y del permiso para albergar a esos musulmanes sucios y hambrientos que poco a poco se fueron convirtiendo en una fuerza laboral cada vez más grande.

Entre los pobres de los alrededores, norteafricanos y no norteafricanos, en 1993 el padre Giorgio también había ayudado a la familia Galliera después del desahucio. A menudo, cuando iba a visitarlos para llevarles comida y ropa de segunda mano para Igor y Barbara, sus amigos voluntarios lo veían levantar los ojos al cielo. «*Quel Romano lí, al dis na vrtà neanc per sbali*», solía repetir. «Ay ese Romano, nunca dice la verdad, ni aunque se equivoque.» Cuando el Ayuntamiento de Finale los había dejado en la calle, y la vecina Oddina Paltrinieri se había llevado a Dario a su casa, el padre Giorgio, maldiciendo contra el inútil de Romano, le había dado la enésima oportunidad de redimirse, encontrándole esa modesta casa rural en via Abba Motto, que la familia Galliera compartiría con una familia de albaneses recién llegados en lancha neumática. Y ahora aquella criatura de pocos años, de la que él apenas se acordaba, había puesto en peligro en el curso de una tarde una reputación construida con gran esfuerzo durante casi medio siglo.

Mientras tanto, en las dependencias de la Fiscalía de Módena, los informes de las investigaciones que poco a poco iban llenando el expediente sobre el padre Govoni exploraban el lado oscuro de un hombre en el que nadie antes parecía haberse fijado nunca. Después de las revelaciones del niño, los investigadores llevaban mucho tiempo esperando a que Marta revelara los secretos de esa oscura banda. El 31 de diciembre, casi seis meses después del alejamiento, la pequeña había comenzado a hablar. Y en enero de 1998 empezó el primero de una larga serie de juicios.

6

Cuando Lorena me abrió la puerta de su casa en Massa Finalese, me dio de inmediato la impresión de alguien jovial y muy amigable. Pelo corto, ojos celestes, ropa sobria, sin maquillaje. Una mujer devota de Dios. Nunca una palabrota, nunca una expresión fuera de lugar. Ni siquiera cuando —por enésima vez— repetía hasta las lágrimas la historia de su larga batalla contra los tribunales para recuperar a sus hijos.

Me recibieron también sus tres hermanos, Emidio, Giuliano y Giuseppe Morselli, todos ellos con años de prisión a sus espaldas después de haber sido acusados de pedofilia por sus sobrinos. También Enzo, el padre de Lorena, fue condenado, pero había fallecido unos años antes. Toda la familia se vio duramente afectada por ese asunto. Desde 1998, seis sobrinos de la familia Morselli no habían vuelto a casa y Monica, una de las cuñadas de Lorena, había muerto en la cárcel. Los tres hermanos de la mujer no habían llegado a recuperarse de esa experiencia. La depresión y la rabia gestadas durante tantos años habían dejado su huella en aquellos solterones que ya pasaban de los cincuenta, malhumorados y de pocas palabras. Ninguno de ellos se había casado ni había querido tener hijos. Su vida giraba ahora en torno a su madre Lina, una octogenaria enérgica y combativa que, quizá más que ningún otro miembro de la familia, había sufrido los embates de las repercusiones de la investigación. Entre 1998 y 1999 había perdido a toda su familia en el curso de pocos meses para verse prácticamente sola. Cinco nietos arrebatados, su marido y sus tres hijos varones encarcelados, y luego Lorena que huye a Francia para evitar que le quitaran a su último hijo. Ahora estaba sentada a la mesa en el modesto comedor lleno de viejas fotos y cartas enviadas a sus nietos a lo largo de los años y siempre

devueltas al remitente.

—Si vas a buscar a Veronica, mi nieta mayor —me dijo, entregándome un sobre arrugado—, hazme el favor de llevarle esta carta.

Pero a mí me hacían falta en primer lugar los documentos del juicio, o me habría resultado imposible continuar. Debía formarme una idea *propia* del caso, sin dejarme influenciar por las lágrimas y las hermosas palabras de una anciana. Al fin y al cabo, no conocía a la familia Morselli. No sabía nada acerca de ellos. Podían incluso darme la idea de ser gente decente que realmente había sufrido una colosal injusticia, pero eso no me bastaba. Habían sido acusados de violar a unos niños —sus hijos— y de torturarlos física y psicológicamente. Para la sociedad en la que crecí, no hay crimen peor y más infamante que ese. No podía ni quería permitirme confiar solo en mi primera impresión. Tenía que ver toda la documentación a la fuerza.

—Vamos, te voy a presentar a una persona —me dijo en determinado momento Lorena.

Así, desafiando el viento y la lluvia cortante que se había abatido de repente sobre la llanura emiliana, nos dirigimos en coche a un oratorio cercano, hogar durante casi medio siglo del párroco de Finale Emilia: el padre Ettore Rovatti. Era un anciano de tono cordial, que conocía este caso mejor que nadie, porque lo había seguido desde el principio. Ese encuentro supuso un auténtico punto de inflexión en mis indagaciones. El padre Ettore era el archivo y la memoria histórica de los juicios y de todo lo que se había hecho, dicho y escrito al respecto. Estaba obsesionado por el caso y lo había estudiado en profundidad, después de haber recopilado *toda* la documentación posible. Recordaba los nombres de los protagonistas, así como el mes y el año en que había ocurrido tal o cual episodio. Y conocía —o había conocido— a muchas de las personas implicadas, incluido el padre Giorgio Govoni, amigo personal suyo, a quien había dedicado un libro después de su muerte, *Don Giorgio Govoni: martire della carità,*

vittima della giustizia umana [El padre Giorgio Govoni: mártir de la caridad, víctima de la justicia humana], cuyos escasos ejemplares impresos se habían vendido como rosquillas sin que se realizara ninguna reimpresión, en parte por la intimidación que había recibido la editorial por parte de algunos de los abogados de los niños apartados de sus familias. El padre Ettore sostenía que todo el caso de los pedófilos de la Bassa de Módena era un montaje y que los cinco juicios que siguieron, aunque condenaran a varias personas, nunca probaron nada excepto la existencia de una antigua guerra que en este caso se libró en la piel de los menores: la del *Estado* contra la *Iglesia*. ¿Y qué tierra más simbólica para tal choque que Emilia Romaña, donde las administraciones de izquierdas habían llevado su árida ideología anticlerical incluso dentro del estado del bienestar y de los Servicios Sociales?

—Hay una mentalidad detrás de toda esta parafernalia jurídica. Es decir, la Familia siempre se equivoca. El Estado siempre tiene razón —me dijo el padre Ettore frente a la vieja puerta de madera del oratorio, mientras la tarde caía sobre Finale Emilia—. Esta gente quiere destruir la familia, así como el comunismo quería destruir la propiedad privada. Esas psicólogas y trabajadores de los Servicios Sociales estaban empeñados en demostrar que Dios, pobre hombre, no había sabido hacer bien su trabajo. Ellos sí que sabían hacer bien las cosas, mejor que el Padre Eterno.

En su opinión, el alejamiento de dieciséis niños había sido el resultado de una cacería de brujas que no tenía nada que envidiar a las realizadas por la Inquisición hace siglos, aunque con un objetivo diferente: demostrar que los valores que transmitía la más sagrada institución cristiana —la familia— eran, con mucho, inferiores y menos efectivos que los que un niño podía obtener de una estructura estatal basada en criterios muy distintos.

No me había convencido del todo. Una historia de abusos sexuales falsos —como él pretendía— o reales —como defendieron la Fiscalía y el Tribunal de Módena— no podía reducirse a la lucha de poder entre comunistas y católicos por mucho que hubiera dominado la posguerra del siglo XX. Y aunque aún no conocía a

fondo los detalles de este caso, por alguna misteriosa razón me había imaginado que, cualquiera que fuese la lógica que se escondiera detrás, sería bastante más simple y lineal, o bastante más compleja y multifacética que la interpretación de ese anciano párroco de hábito negro y aire bonachón.

El padre Ettore me había dejado entonces un ejemplar de su libro. Tan pronto como empecé a leerlo, me di cuenta de la inmensa fortuna con la que me había topado. Con el esfuerzo y tesón de un auténtico cartujo, durante seis años aquel hombre había recogido, seleccionado y transcrito extractos de documentación procesal que lo reconstruían *todo* de manera capilar, sin que faltaran fechas, referencias a sentencias, números de actas y datos personales de los protagonistas. Un mamotreto de más de trescientas páginas, una cronología detallada que no parecía ensamblada para un lector sin más, sino que tenía casi la forma de un vademécum para aquellos seriamente interesados en el caso. Aquí estaban los nombres, ahí estaban los lugares, ahí estaban las raíces del árbol, su tronco, sus ramas. Una tesis perfectamente desarrollada y bien discutida, sustentada en una documentación rica de referencias, que no dejaba lugar a digresiones, sino que —página tras página— se adhería a los hechos ocurridos y registrados. Un trabajo muy valioso, que sin embargo defendía una tesis muy clara: el alejamiento de todos esos niños entre febrero de 1997 y noviembre de 1998 fue, según el padre Ettore Rovatti, la consecuencia de una serie de estrepitosos errores de valoración por parte de los Servicios Sociales y de los organismos de investigación, asistidos por la psicóloga Valeria Donati y sus colegas. Según su versión, no era más que un increíble caso de histeria colectiva provocada por la inexperiencia e impericia de profesionales que, creyendo haber descubierto a un grupo de pederastas, habían destrozado familias enteras. Pero el padre Ettore también era muy amigo del padre Giorgio y de varios acusados implicados y había trabajado en un caso que involucraba directa o indirectamente a decenas de personas. ¿Cuánto y qué material había usado? ¿Se habría perdido o se habría pasado por alto algún detalle importante?

Una mañana temprano, poco después de nuestro encuentro, el padre Ettore sufrió un infarto que acabó con su vida.

Unas semanas después, Antonella, una maestra amiga del párroco, me abrió la puerta de su habitación en el segundo piso de la rectoría, dejándome sin palabras. El padre Ettore había vivido en una habitación pequeña y desnuda, con solo una vieja cama individual de madera, sobre la cual colgaban dos imágenes de Jesús y una del papa Wojtyła. Un gran armario de madera ocupaba toda una pared. Antonella lo abrió. Dentro había cuatro estantes llenos de carpetas de un palmo de ancho, con miles de páginas de sentencias del Tribunal de Módena, del Tribunal de Apelación de Bolonia, de la Casación de Roma, así como actas y documentos de los Servicios Sociales. Me senté en el viejo colchón del párroco y miré aquella montaña de papel. Llamé a Alessia para avisarla. Ahora lo teníamos todo.

Segunda parte
El mundo sumergido

7

Federico Scotta nos recibió una noche en un piso en las afueras de Bolonia y nos invitó a sentarnos en una pequeña habitación contigua a una cocina con poca luz. Compartía aquel lugar con unos estudiantes universitarios, que pasaban por ahí, saludaban distraídamente y se iban. Solo más tarde descubrí que no era realmente su hogar. Solo podía usar el baño y la cocina. Su alojamiento real era un viejo remolque en el jardín. Con el salario de vigilante nocturno a tiempo parcial no podía permitirse más que eso, la compra y unos cuantos cigarrillos.

Era un hombre respetuoso y cordial, de forma casi exagerada. Todas las llamadas telefónicas entre nosotros antes de esa reunión empezaban y terminaban con un «me disculpo si te he molestado». Parecía que tenía miedo de causar molestias o perjuicios, de la forma que fuera, incluso con su mera presencia. Cada vez que empezaba a decir algo, sentía la necesidad de levantar ambas manos y sujetarse la cabeza entre los hombros, como para aliviar a su interlocutor del peso de sus palabras, anteponiendo un «confío en acordarme bien», «no me gustaría ofender a nadie», «permíteme añadir algo más», «te ruego que me perdones, pero lo cierto es que no me acuerdo de eso». Un hombre que sentía de más. Siempre y con cualquiera.

Me causaba cierta impresión mientras miraba sus facciones marcadas y sus ojeras, propias de quienes han vivido extenuantes noches de pie mirando fijamente una puerta de entrada, y eso que solo nos llevábamos dos años de diferencia. Parecía tener muchos más. Al fin y al cabo, la vida le había pasado por encima. Desde que salió de prisión en 2008 vivía de esos trabajos que no llevan a ninguna parte, con turnos extenuantes de 4,50 € la hora que se renuevan cada tres, seis, o doce meses, y al final te vuelven a dejar

tirado en la calle en un abrir y cerrar de ojos.

Unos años después de haber cumplido también su libertad vigilada, una cooperativa lo había contratado para entregar medicamentos en farmacias repartidas por toda Emilia Romaña. En la nota de pedido con la lista de tiendas a las que debía entregar la mercancía, figuraban los nombres de varios municipios y distritos de la provincia de Módena. Scotta no prestó atención en un primer momento, pero cuando llegó el turno de la farmacia en un pueblo cerca de Sassuolo se le heló la sangre y se le vino a la cabeza un destello de varios años antes.

En el verano de 1997, cuando sus hijos Elisa y Nick le fueron arrebatados y Scotta se percató de los pósits en los expedientes en los que estaban marcados los nombres y direcciones de las familias a las que habían sido entregados, había memorizado esos nombres: Elisa se había ido a vivir con una familia de acogida cerca de Mirandola; al pequeño Nick lo habían mandado a vivir con una familia precisamente de la misma población a la que se dirigía. Scotta sabía que tratar de acercarse a ellos inmediatamente después de la orden de alejamiento era demasiado arriesgado. Así que marcó el número del servicio de información del listín de abonados de la compañía telefónica, facilitó el apellido y la ubicación de la familia adoptiva de Nick y descubrió que los nuevos padres de su hijo tenían una farmacia. Incluso sabiendo dónde encontrar a la nueva familia del pequeño, nunca quiso acercarse, acordándose de su detención, varios años antes, por el mero hecho de haber acompañado a su amiga Francesca a buscar a Marta. Repetir el error le habría costado muy caro. Y, en cualquier caso, no quería crear un trauma a ese niño cuya patria potestad ya había perdido. Luego llegó la sentencia en firme por pedofilia, y aunque hubiera querido ir, habría tenido que esperar al final de la pena.

Después de que la cárcel lo hubiera escupido en medio de la calle con quince kilos y varios dientes menos, deprimido y asustado, el destino burlón lo había metido en *esa* camioneta que

se dirigía a *ese* pueblo y a *esa* farmacia. Scotta aparcó cerca de una avenida arbolada, cogió el paquete y entró. A esas horas de un domingo no había nadie en el local, salvo un chico con un chándal Nike azul. Cuando sus ojos se encontraron, Scotta volvió a verse a sí mismo de joven. El hijo que había dejado en el cochecito de la comisaría de Mirandola una mañana de hacía diecisiete años le sonreía desde detrás del mostrador, con el pelo negro cortado a cepillo y los ojos levemente almendrados heredados de su exmujer tailandesa, Kaempet.

—¿Está el dueño? —preguntó Federico.

—En este momento, no, pero soy su hijo, déjeme el paquete a mí —contestó el chico.

Scotta sonrió, le dio las gracias y salió. Luego volvió a montarse en la camioneta, recorrió algunos centenares de metros, encontró un área de descanso aislada, se detuvo y rompió a llorar, devastado por los sentimientos de culpa. Con cuarenta años de edad, era un expresidiario sin perspectivas de futuro. Un fracasado que ni siquiera había sido capaz de conservar una familia y un trabajo más que durante unos pocos años. A esas alturas, sus hijos eran mayores de edad que se habían criado en otras familias y no tenían la menor idea de quién era, ni querrían tener contacto con él. Scotta encendió un cigarrillo y volvió a ver la película de su vida.

La noche en que la policía entró en su casa y se llevó a Elisa y a Nick, tenía veintidós años y un trabajo estable. Unos días más tarde, cuando la noticia y su foto acabaron en los periódicos, la empresa biomédica de Mirandola para la que trabajaba le pidió que presentara su renuncia y muchos amigos y compañeros se habían distanciado de él. Sin dinero para pagar el alquiler, Scotta mandó a su esposa Kaempet a vivir con unos parientes y se fue a vivir solo a una caravana, con la ayuda económica de su abuela mientras esperaba el juicio.

Una vez que terminó la investigación, su abogado lo convocó en su despacho de Mirandola. «Federico, yo aquí veo una

condena», le había dicho sin demasiados rodeos. En contra de Scotta estaba el testimonio de Dario, más las evidencias médicas en los cuerpos de su hija Elisa y de su vecina Marta. Los fiscales se muestran beligerantes, los periódicos también, y en una época en la que la lucha contra la pederastia se había convertido en una auténtica cruzada, iba a resultar difícil defenderse de un planteamiento acusatorio que sobre el papel tenía todos los elementos para mandarlos derechos a la cárcel a él y a la banda de pedófilos. «Tal vez deberíamos considerar la hipótesis de un acuerdo», concluyó el letrado encogiéndose de hombros. Pero para Scotta el acuerdo con la Fiscalía estaba fuera de discusión. Iría a juicio y probaría su inocencia. Estaba seguro de ello. Así como estaba seguro de que podría recuperar a sus hijos. Era joven y audaz. Pero desde las primeras audiencias, en enero de 1998, quedó claro que las cosas iban a ponerse feas. Los abogados defensores se habían centrado mucho en la incompetencia de la doctora Donati, demasiado joven e inexperta para casos complejos como esos, insinuando que podría haber influido fuertemente en las historias de Dario y más tarde de Elisa y Marta. Además, insistieron los abogados, no había nada que demostrara el vínculo entre el «grupo de Massa», los Galliera, Rosa y Alfredone, y el «grupo de Mirandola», Scotta y la fallecida Francesca.

Sin embargo, al otro lado de la barricada, la acusación había desplegado un arsenal de guerra, exhibiendo una evidencia tras otra. Empezando por los dibujos de Dario, una galería de horrores expuesta en la sala que dejaba pocas dudas sobre sus experiencias traumáticas: niños atados muertos al final de un sufrimiento extremo, o encerrados en una caja fuerte, o con la cabeza aplastada. Monstruos con orejas puntiagudas y puñales en las manos, un vampiro con alas negras que sobresalían de la espalda, debajo de un bocadillo que rezaba «Ales».

Según los asesores del tribunal, el niño no era muy imaginativo, «desprovisto de condiciones psicopatológicas», y a pesar de que sus historias no estaban exentas de lagunas, vacilaciones y dudas, el fiscal Andrea Claudiani había logrado convencer al colegio de jueces de que era absolutamente creíble:

«Dario ha expuesto una enorme cantidad de hechos, ha señalado personas, lugares, grupos familiares, casas, costumbres, automóviles y motocicletas, con sus colores, actividades precisas y detalladas realizadas por diversas personas. Ha declarado sobre hechos aterradores, numerosos y complejos, articulados entre sí... ha contado que fue sometido a coito oral y a sodomía, a prácticas eróticas sadomasoquistas con hierro y cuero, a rituales satánicos en los que fue encerrado en un féretro. Las afirmaciones de Dario han sido cotejadas, como hemos visto, un número excepcional de veces. ¿Puede entonces a partir de algunos errores, en el caso de que se consideren efectivamente subsistentes, sustentarse la falta de credibilidad del testigo?».

Y, sobre todo, ¿podría un tribunal creer siquiera una palabra de los miembros de una familia como la de los Galliera? Los Servicios Sociales los habían investigado a fondo. Un educador había hablado con un chico de catorce años perteneciente a una familia muy desfavorecida de Massa, quien había declarado que los conocía y que una vez había ido a su casa a participar en una especie de fiesta a base de sexo y alcohol con Barbara y su madre, Adriana. Y poco importaba que luego se hubiera retractado de sus declaraciones, incluida aquella en la que aseguraba conocer a Alfredone y su notoria «pasión por las chiquillas». En el domicilio de este último y de su compañera Rosa se habían encontrado polaroids, ninguna de las cuales representaba a Dario ni actos de pedofilia, aunque en un par de tomas se inmortalizaba al hombre en una pose vulgar con un falo de plástico, hallado entre sus efectos personales.

No fue solo Dario quien habló de él, a pesar de llamarlo Ales. También la pequeña Elisa Scotta de Mirandola había mencionado su nombre a Valeria Donati, mientras que con las frases fragmentadas de una niña de tres años hablaba de una casa a la que iba con su padre Federico, su amiguita Marta y su madre Francesca a jugar con unos gatos que luego había dibujado llenos de tiritas. Había más. Su madre de acogida había contado que la pequeña le había pedido una vez que le dibujara un hombre desnudo, y que cuando regresaba de casa de sus padres biológicos

siempre tenía enrojecimiento en el pompis, donde en efecto los médicos de Milán —Cristina Maggioni y su colega Maurizio Bruni — habían encontrado una fisura sospechosa.

Al colegio de jueces no le costó mucho comprender que todos los acusados «pertenecían a familias problemáticas con dificultades económicas, con profundas carencias atribuibles a contextos subculturales», lo que permitía «considerar a su cargo una no completa capacidad de evaluar su conducta de acuerdo con las normas de la vida civil». De modo que la tesis de la conspiración de los Servicios Sociales pregonada en los tribunales por Federico Scotta y Romano Galliera no fue más que un vano y patético intento de guarecerse de un huracán de pruebas que no tardaría en barrerlos a ellos y a sus cómplices. Era inútil seguir mintiendo, negar la evidencia. Y daba igual que Massa y Mirandola fueran dos pueblos distintos, separados por veinte kilómetros, y que la efectiva relación y trato entre las familias Galliera, Scotta y Francesca hubiera quedado por demostrar.

El vínculo entre los de Massa y los Mirandola estaba allí, vaya si estaba. Lo había descubierto el inspector de policía Antimo Pagano, ahondando en el turbio pasado de cada uno de ellos. La madre de Marta —esa frágil napolitana que probablemente ante la evidencia de los abusos sufridos por su hija se había tirado por el balcón para no tener que enfrentarse a la justicia—, veinte años atrás, según constaba en los archivos policiales, había trabajado como prostituta en el bar Brennero, un tugurio para camioneros en San Prospero. El local llevaba cerrado bastante tiempo, pero Pagano había localizado a un antiguo empleado, quien le había confirmado que había visto al padre Giorgio Govoni acudir allí a comer dos veces por lo menos en el pasado. Por lo tanto, lo más probable era que la mujer y el sacerdote se conocieran. Y en efecto, Dario había contado que había estado en la casa de ese tal Giorgio, el acosador, y había visto allí precisamente a la señora Francesca. Y si el cura-camionero en esa ocasión había evitado el juicio, porque se le había incluido tarde en la investigación, el fiscal y la policía no lo perdían de vista, y tarde o temprano lo habrían incriminado también. Todo encajaba. El tribunal había apreciado

mucho la competencia y el equilibrio demostrado por la psicóloga Valeria Donati, por el responsable de los Servicios Sociales Marcello Burgoni y por la monja Annarita Ferrari, responsable del Cenáculo Franciscano.

El 10 de abril de 1998 llegaron los seis golpes con los que el tribunal cerró el caso. Romano, Adriana e Igor Galliera, Rosa y Alfredo y Federico Scotta fueron condenados a penas de entre cuatro y trece años de prisión. Los padres de Dario, Elisa y Nick perdieron también la patria potestad sobre sus hijos.

Mientras continuaba manifestando su arrogancia habitual de matón de pueblo, Fredone no estaba bien en privado. La acusación y luego la condena por pedofilia lo habían marcado. En privado, el hombretón grande que en otros tiempos intimidaba a sus vecinos deambulando por el pueblo con gafas de sol y las manos siempre listas para romper narices y cejas estaba preocupado y demacrado. Una etiqueta infamante como aquella era demasiado incluso para alguien como él. «*Dio boia. Mi a so un putanièr, un làder, ma non so brísa un pedofil.*» «Me cago en Dios. Seré un putañero, un ladrón, pero desde luego no soy un pedófilo», le había confiado a un amigo. Había cometido muchos pecados en su vida, pero a los niños jamás los había tocado.

Un par de semanas después de la sentencia de primera instancia que lo condenaba a trece años de cárcel, algunos de sus vecinos de enfrente notaron que el brazo grande y grueso de un hombre sobresalía de la barandilla del balcón del primer piso de su casa en Massa. Fredone se había desplomado en el suelo y respiraba con dificultad. Cuando llegó la ambulancia, los asistentes tuvieron que derribar la puerta para entrar, pero lo encontraron tirado en el suelo ya sin pulso. El segundo muerto en siete meses. Y no iba a ser el último.

8

Pocas semanas antes del final del juicio contra los pedófilos de la Bassa, alrededor de las 9:15 de la mañana del 16 de marzo de 1998, un automóvil procedente de Mirandola estacionó frente a la escuela primaria Carlo Alberto Dalla Chiesa en Massa Finalese. Del coche bajaron dos policías, la doctora Valeria Donati y la trabajadora social Maria Teresa Mambrini. Los cuatro entraron en el centro escolar, donde se encontraron esperándolos al director, a quien los policías le mostraron una hoja con la orden de alejamiento de una alumna de III B. El director los condujo a una sala contigua al aula, donde los estaba esperando una niña de pelo castaño. Se llamaba Margherita Giacco. Había dos profesores con ella.

Los adultos departieron un momento, luego Donati y Mambrini se sentaron a hablar con Margherita y le explicaron que ese día no volvería a casa. La llevarían a un lugar seguro, porque tenían que entender algunas cosas acerca de ella y su familia.

La pequeña se conmovió cuando una de sus maestras trató de consolarla: «Margherita, no te preocupes. Siempre te esperaremos». Luego subió al coche de la policía, que partió hacia un pueblo al sur de Reggio Emilia, donde los Servicios Sociales le habían encontrado una casa comunitaria vinculada a las monjas del Cenáculo Franciscano, regida por una pareja que había hecho de la acogida familiar una auténtica misión: Lara y Giovanni, ambos de cincuenta y dos años.

Tenían una casa grande de dos plantas donde vivían varios niños, mayores que Margherita. Giovanni era un profesor ya cerca de la jubilación, Lara había elegido ser ama de casa para atender a todos los niños, naturales y adquiridos. Aunque estaba acostumbrada a tener menores de toda clase de edades y

problemáticas a su alrededor, la llegada de Margherita la preocupaba. En general, todas las nuevas incorporaciones se realizaban de manera gradual, para que la entrada en el hogar de los niños fuera lo menos traumática posible. En este caso, sin embargo, ni siquiera se les había dado el preaviso, y se trataba de una solicitud de disponibilidad para una acogida familiar de seis meses. Al principio, Lara había respondido: «No, nos es imposible, lo siento». Después de casi veinte años, ella y su marido empezaban a estar cansados de esas constantes idas y venidas, y habían pensado en aminorar un poco la actividad de la casa comunitaria. Pero luego los Servicios Sociales la llamaron otra vez. Se trataba de una emergencia. ¿No sería posible, aunque solo fuera un mes? «Si es por un mes, de acuerdo.» Pero no más. Entre otras cosas, porque la historia que arrastraba esa pequeña no era en absoluto sencilla. Los dos empleados de los Servicios Sociales que habían acudido a reunirse con la mujer un par de días antes se lo habían dejado claro: por ciertas cosas que Margherita había declarado se sospechaba que podría haber sido objeto de graves abusos, por más que todo estuviera aún pendiente de ser comprobado. Pero después de la fase inicial de aclimatación, Lara respiró aliviada. Margherita era sociable y tranquila, y parecía apreciar esa gran familia extendida. Valeria Donati había fijado de inmediato un calendario de reuniones en su despacho y había aconsejado a la madre de acogida que escuchara atentamente todo lo que decía la pequeña y, es más, que la animara a hablar, porque durante las entrevistas con ella le resultaba difícil hacerlo.

Una semana después del alejamiento, en un día de primavera marcado por una insólita nevada, Lara acompañó a Margherita en coche hasta Milán, donde las esperaba la ginecóloga Cristina Maggioni. La madre de acogida estaba ansiosa. Antes de irse, Donati y la asistente social Mambrini le habían preguntado explícitamente a la niña: «¿Tú crees que te han hecho daño?». Su respuesta las hizo recelar: «No lo sé». La doctora se mostró amable y atenta, esforzándose para que se sintiera a gusto. Le enseñó a Margherita el instrumento que iba a utilizar, «una especie de telescopio», y procedió con gracia y delicadeza, sin encontrar

resistencia. Pero una vez finalizada la visita, Maggioni se acercó a la pequeña. «Sí, te han hecho daño —le dijo—. De todos modos, no tienes de qué preocuparte, porque lo que pasó no afectará tu futuro. Podrás tener hijos.»

Después de volver al coche y tomar la autopista A1 en dirección a Bolonia, rumbo a casa, Margherita parecía por fin más relajada. Pararon en un área de servicio y Lara la dejó calentita en el coche, desafiando la nieve para ir a comprarle algo de comer. Luego volvieron a arrancar y unos minutos más tarde la niña dormía profundamente. El estrés y la ansiedad de esa semana debían de haberle pesado mucho.

Hacía dos meses que —en secreto— los Servicios Sociales de Mirandola, el Juzgado de Menores de Bolonia y la Fiscalía de Módena seguían de cerca su caso. Todo había empezado a las 12:15 del 22 de enero de 1998, precisamente en el patio del colegio de Massa Finalese. Acababa de sonar el timbre y a la salida una profesora de III B fue abordada por una de las madres de la clase, Antonia, quien le pidió hablar con ella en privado de un asunto muy serio relacionado con una amiga y compañera de clase de su hija. Las dos chicas se veían a menudo, entre otras cosas porque vivían en el mismo edificio de viviendas de protección oficial de via Volta. Tania vivía en el segundo piso, Margherita en el primero. Sin embargo, desde hacía algún tiempo, Tania había empezado a contarle a su madre que Margherita, cuando estaban juntas, hacía y decía cosas raras. Tenía la costumbre de desnudar a Big Jim y a la Barbie y superponerlos en posiciones vulgares, emitiendo ruidos, usando un lenguaje que no era propio de una niña de nueve años. Había llegado a decirle a su amiguita que había visto a uno de sus hermanos mayores practicando sexo oral con su novia. La mujer empezó a sospechar. ¿En qué clase de familia vivía esa compañera de clase de su hija, que se quedaba a menudo a comer en su casa y a la que siempre acompañaba al colegio en coche por la mañana? Por eso había decidido hablar del tema con Maria, la madre de Margherita, que, sin darle demasiada

importancia a esas historias, le contestó que quién sabe, tal vez como muchas veces dormía en la cama grande con ella y su marido Santo, que veían cintas de vídeo en la habitación hasta tarde, la niña habría podido «ver» algo en la televisión. Pero Antonia no quedó convencida y decidió hablarlo con las profesoras, quienes a su vez habían informado a Giovanni Maccaferri, el director.

Maccaferri conocía bien a la familia Giacco. Era una familia numerosa de origen campano que llevaba muchos años viviendo en Massa y que había mandado a varios niños a cursar primaria en su centro, pero se acordaba del nombre de Margherita también por otra razón. Tres años atrás, en 1995, cuando estaba en primero, la niña había empezado a acumular ausencias desde el principio del año escolar, y faltaba durante largos períodos. El director había citado a los padres, que se habían justificado hablando de una hospitalización y de una serie de viajes entre el norte y el sur que los obligaban a llevarse consigo siempre a la niña. A final del curso, Margherita había faltado la mitad de los días lectivos, lo que obligó a los profesores a aconsejar que repitiera curso. Las cosas no habían mejorado después. Todo lo contrario. Las ausencias injustificadas continuaban y la niña siempre estaba muy atrasada respecto al programa escolar.

Maccaferri no tuvo más remedio, por lo tanto, que contactar con Marcello Burgoni, responsable de los Servicios Sociales. Estos intervinieron para evaluar la situación de la niña, certificando un «trastorno evolutivo mixto del desarrollo del lenguaje y de las habilidades de aprendizaje, en un contexto de carencia cultural». Margherita solo sabía expresarse en dialecto napolitano, razón por la cual se le asignó una maestra de apoyo. La misma a la que ahora una vecina de la familia le confiaba esos detalles, incluido el hecho de que la familia Giacco solía ir por la noche a un pub, al que también se llevaban a Margherita, y donde actuaba un cantante gay a quien en una ocasión el padre le había regalado unas braguitas. Era lógico que estuviera demasiado cansada por la mañana para despertarse a las siete y prepararse para el colegio. Y quién sabe qué clase de películas veía hasta tarde en la cama grande con su padre y su madre, si luego, cuando jugaba con la

hija de la vecina, le hablaba de la «pilila» de su hermano y le enseñaba «los ruidos del amor».

Así pues, Maccaferri escribió un informe para la policía de Mirandola, subrayando que «Margherita suele ver películas pornográficas en casa junto con sus padres o su hermano». El informe terminó sobre la mesa de los fiscales de Módena, ya involucrados en el juicio contra los pederastas que habían lastimado a Dario, Elisa, Nick y Marta. Ahora aparecía un nuevo caso, otra vez en Massa Finalese. Pero no fue solo esto lo que intrigó a los investigadores: la familia Giacco vivía en el edificio de viviendas de protección oficial de via Volta, el mismo donde había vivido la familia Galliera antes del desahucio de 1993, y donde el pequeño Dario había dado sus primeros pasos. Santo y Romano habían sido vecinos de casa y, por lo tanto, se conocían. El inspector Antimo Pagano empezó a investigar.

Santo y Maria Giacco se habían mudado a la Bassa desde la provincia de Nápoles en 1976. Él había nacido en Afragola, ella en Casavatore, dos localidades muy pobres infestadas por la camorra. Cuando se conocieron, ella tenía trece años y él diecisiete. Después de dos años de noviazgo, planearon un «rapto de la novia» y se fueron a vivir a casa de los padres de él. Las familias se reunieron para organizar de inmediato la boda. A los dieciséis, Maria ya estaba embarazada de su primera hija. A los veinte años montaron en un tren que iba a Módena en busca de fortuna.

Tras su llegada a Emilia Romaña, Santo, un chico con bigotes de manillar, empezó a trabajar como albañil y montó una pequeña empresa constructora. Las cosas iban bien y entraba algo de dinero, por más que su vicio de apostar en las carreras de caballos pesara a veces sobre la economía familiar. Maria, pequeña y de pelo muy negro, se pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en casa. No salía nunca, a menos que la acompañara alguien. Sola se perdía, se confundía, se ponía muy nerviosa. No sabía conducir, «ni siquiera sabía montar en bicicleta». Y además ya tenía bastante que hacer entre las paredes de casa, donde mientras tanto la familia no dejaba de crecer. Aunque lejos de su tierra natal, la familia Giacco había logrado recrear su propio microcosmos napolitano en el

corazón del valle del Po y en esa casa llena de adolescentes y niños se hablaba sobre todo en dialecto. Margherita nació en 1989, la menor de seis hijos. La más pequeña, y también la más mimada. Su madre la dejaba a menudo dormir con ellos en la cama grande y, cuando llegó el momento de enviarla a primaria, Maria —que nunca había ido al colegio y que no sabía leer— hizo lo mismo que había hecho con sus otros hijos: considerar el colegio como un lugar al que asistir siempre que hubiera tiempo. Le daba pena obligar a la pequeña a despertarse tan temprano por la mañana y muchas veces la dejaba dormir sin límite, sin que le importaran las ausencias ni la opinión de las maestras.

Los otros hijos de la pareja eran todos mayores ya y algunos hasta tenían hijos por su cuenta. Uno de los hermanos de Margherita había tenido algunos problemas con la ley, pero por lo demás la familia nunca había despertado el interés de las fuerzas del orden.

Ahora, en cambio, en la comisaría de Mirandola querían averiguar qué ocurría en esa casa. Sobre todo, lo que había en esas cintas de vídeo de las que la vecina de los Giacco les había hablado a las maestras. Así que idearon una estratagema. Un mes más tarde de recibir la notificación por parte de la escuela, se presentaron en casa de los Giacco inmediatamente después de comer. Santo acababa de salir de la ducha cuando notó en la pared del baño el reflejo de las luces intermitentes que venían del patio. Desde la ventana vio cinco o seis coches patrulla y lo primero que pensó fue que alguien se había suicidado. Entonces llamaron a su puerta. Maria y él eran sospechosos de haber participado en un robo, los agentes les dijeron:

—Han sido ustedes vistos mientras usted entraba en la tienda y su esposa lo esperaba al volante.

Santo los miró como si estuvieran locos.

—Pero ¿qué clase de película se han montado? Mi mujer ni siquiera tiene carné de conducir.

Los agentes no quisieron atender a razones. Tenían que registrar la casa.

—Señor Giacco, ¿dónde tiene el arma? —preguntó uno de

ellos.

—Soy enlucidor, no armero —contestó el albañil de Afragola con el sarcasmo arrogante que le caracterizaba.

—No se ande con tanta sorna.

Pero mientras esperaba que terminaran de revolverlo todo, Giacco notó que algunos estaban confiscando su colección de cintas de vídeo. La mayoría eran viejas películas de acción y péplums de Maciste, Hércules, Sansón y otros. ¿Qué tenía *eso* que ver con el robo? Luego, entre unas cintas de vídeo apiladas en el garaje, salió una que tenía una mujer desnuda en la sobrecubierta. Uno de los hijos varones de Santo explicó de inmediato a la policía que era suya. El padre se encogió de hombros, estaba seguro de que cintas como esas las había en todas las casas. Y por segunda vez: ¿qué tenía que ver con el robo? Al cabo de dos horas, se llevaron a Santo a la comisaría de Mirandola y regresó a última hora de la tarde, convencido de que aquel desagradable malentendido se aclararía lo antes posible.

Cuando, un mes después, Margherita desapareció literalmente del colegio, sus padres no relacionaron los dos episodios. En absoluto. Al principio, la familia Giacco estaba convencida de que alguien la había secuestrado. No entendían quiénes eran esos asistentes sociales y esos psicólogos que les hablaban del alejamiento como medida de precaución y convocaban a la madre y al padre que acudieran a encuentros semanales. Y sobre todo no entendían ese nuevo término que ahora estaba en boca de todos. *Petofonía. Pedofonía*. Nunca habían oído hablar de aquello.

—Es cuando alguien viola a los niños —les explicaron.

Santo Giacco seguía sin entender.

—Yo creía que se llamaba *pervertío*.

Una tarde de finales de primavera, Lara y Margherita se encontraban solas después de cenar en el cuarto de estar de la casa comunitaria. La pequeña vivía allí desde hacía más de dos meses y empezaba poco a poco a confiar en aquella mujer dulce y amable que la había acogido en su hogar, hasta el punto de pedirle poder

hablar un rato en privado. Alguien la había lastimado una vez. Alguien en un bar de Finale Emilia donde los padres iban a menudo a visitar a uno de sus hermanos, que vivía justo encima del local. De vez en cuando, cuando subían a verlo, la dejaban abajo jugando a videojuegos. Sola. Y un día un hombre se la había llevado al baño, donde le había hecho cosas ahí debajo con las manos.

—¿Quién era este hombre? —le preguntó Lara.

—El que traía el café.

Así que probablemente el camarero. ¿Y cómo se llamaba el bar?

—No me acuerdo. La Torre... o tal vez El Castillo.

Lara consultó la guía telefónica de la provincia de Módena. Páginas de Finale Emilia. Bares. Había uno llamado La Corte del Re.

—¡Sí, sí, es ese! —dijo Margherita.

Conmocionada, Lara le pidió a la pequeña que escribiera todo lo que le había pasado. Tal vez la ayudaría a recordar. Sabía que había más que Margherita aún no era capaz de sacar a la luz.

—Hay algunas cosas que tienen que ver con su padre que no quiere decir, que no consigue decir —le había dicho la doctora Donati al final de una de las reuniones—. Si al final consigue decírselas a usted, avíseme.

Y de esta manera la pequeña escribió y confió a su diario que había visto a ese hombre misterioso que la molestaba en el baño hablando con su padre, Santo Giacco. Su padre le daba miedo. Una vez, cuando estaban solos en la habitación y su madre no estaba, le enseñó incluso una cinta de vídeo porno. Por eso, y por otras razones que aún no era capaz de decir, no quería volver a verlo en absoluto ni regresar con su familia natural.

Si en lo referente a la violencia sufrida aún no había señalado con el dedo a ningún miembro de su núcleo familiar, era solo cuestión de tiempo y de paciencia. Los operadores sociales de Mirandola lo sabían. Los niños siempre hacen lo mismo. Al principio, después de

haber sufrido el trauma del abuso, pasan por una fase de bloqueo psíquico que puede durar semanas o meses. En el caso de la pequeña Giacco fueron dos, en el de Dario, tres, en el de Marta, nada menos que seis. Todo de lo más normal. Al fin y al cabo, habían vivido en un mundo al revés, en el que sus principales enemigos eran las personas que se suponía que debían amarlos y protegerlos. Y aunque ya tuvieran una edad que les permitía distinguir con bastante claridad lo que estaba bien de lo que estaba mal, todavía no disponían de todos los instrumentos racionales y emocionales para comprender y elaborar lo que había sucedido.

Sin embargo, con el tiempo, si se creaba un ambiente de empatía con ellos, si se les veía en las sesiones semana tras semana, si se les ubicaba en un ambiente amigable de personas que los animaban a recordar y a hablar, se acababa encontrando casi siempre un resquicio en la costra aparentemente dura e impenetrable de esas expresiones verbales y físicas que repetían, «no, no lo sé, no me acuerdo». Bastaba tener ganas de perseverar, de preguntar, de mirar en su interior, para ayudarlos a encontrar el valor y la fuerza para contar la verdad. Para *liberarse*. Para sentirse mejor. Y quién sabe, hasta para olvidarlo todo algún día. Bastaba con insistir con las preguntas. A veces con delicadeza, a veces con más determinación. Pero sin dejar de insistir. Al final, tímidamente —casi en un susurro—, aparecían las primeras revelaciones, salían a relucir historias feas y vergonzosas, desvelando la verdadera naturaleza de aquellos padres que ofrecían en cambio su cara más bondadosa y amable en las reuniones con los psicólogos de la Unidad Sanitaria Local. Lo llamaban la «técnica del desvelamiento progresivo». Un método de trabajo muy utilizado por psicólogos de centros como el Children's Institute y el National Center on Child Abuse and Neglect de Estados Unidos, con el que habían colaborado para identificar a cientos de abusadores en serie.

Y Valeria Donati, esa psicóloga de treinta años que había entrado en la Unidad Sanitaria Local como becaria solo cuatro años antes, había demostrado un don raro del que pocos otros profesionales podían presumir. A pesar de su edad y todavía escasa experiencia, poseía el instinto y la capacidad de leer personas y

situaciones, y de intuir cómo detrás de un silencio —*de esa clase de silencio*— se celaba un mundo oscuro en el que solo las almas más fuertes eran capaces de adentrarse. Si ese caso había salido a la luz, gran parte del mérito era sin duda suyo. Si Dario, Elisa, Nick, Marta y ahora Margherita disfrutaban de una nueva vida a salvo, de mayores bendecirían su indomable voluntad de indagar y no rendirse. Y por más que los padres de aquellos niños la acusaran de ser una engreída, una mitómana, una que había puesto esas palabras en boca de sus hijos en aras de quién sabe qué beneficio personal, los exámenes médicos realizados por la doctora Maggioni a las niñas no habían hecho más que confirmar sus habilidades investigadoras y humanas. «La Valeria», como la llamaban ya los niños, era la llave maestra que sabía cómo abrir la puerta de cada uno de ellos y entrar de puntillas en los rincones oscuros de su inconsciente, donde era capaz de identificar con gran delicadeza los traumas y desbloquear los mecanismos de defensa y remoción que al final les permitían liberarse y sentirse mejor.

Para la Fiscalía de Módena, la «doctora Donati» era la mujer valiente cuyo testimonio clave había hecho posible ganar de manera aplastante un juicio en el que el colegio de jueces del Tribunal de Módena, al mencionarla en la sentencia, había apreciado su «competencia y equilibrio». Las declaraciones de los niños fueron evaluadas por los peritos judiciales siguiendo un método llamado *Criteria-Based Content Analysis*, utilizado para evaluar la fiabilidad y autenticidad del testimonio de las víctimas de abuso mediante una serie de indicadores, que incluían la estructura lógica, las correcciones o añadidos espontáneos, la autorreprobación y la cantidad de detalles realistas presentes en los relatos, como la descripción de sensaciones físicas relacionadas con el momento en el que se sufría la violencia. E incluso en estos casos la interpretación proporcionada por la doctora se consideró correcta.

En torno a ella, Marcello Burgoni había creado un equipo de psicólogos y trabajadores sociales con los que el Juzgado de

Menores, la Fiscalía y la policía actuaban ahora como un frente compacto para localizar a los pedófilos. Y posiblemente para llegar a la organización cuyo negro corazón, según ellos, latía en quién sabe qué ciudad italiana o europea, financiada y encubierta por quién sabe qué poderosa organización secreta, si sus tentáculos habían logrado llegar incluso hasta los caminos rurales de la Bassa.

Las noticias de sucesos procedentes de Bélgica en aquella época parecían dar la razón a esas sospechas. Apenas dos años antes, en febrero de 1996, sus habitantes se habían familiarizado con el rostro de Marc Dutroux, un criminal detenido junto a su mujer por violar a once niñas, cuatro de las cuales habían muerto. La historia del monstruo de Marcinelle había dado la vuelta al mundo y en los meses posteriores a su captura fueron aflorando detalles que conmocionaron a la opinión pública. Dutroux ya había sido detenido en 1985 por secuestrar y violar a cinco adolescentes, y a pesar de que un tribunal lo condenara a trece años en 1989, recuperó la libertad en 1992. Además, antes de volver a detenerlo, la policía y la judicatura habían hecho caso omiso de algunas pistas evidentes que, de haber sido tomadas en cuenta, podrían haber salvado la vida de por lo menos dos niñas, que más tarde serían halladas muertas de inanición. La actitud de las autoridades había sido tan superficial, tan incompleta y opaca, como para generar en la población la legítima sospecha de que era en las propias instituciones donde se escondían los cómplices e inductores de aquel maníaco homicida. Unos meses después del arresto de Dutroux, casi trescientas mil personas salieron a las calles de Bruselas exigiendo justicia, desplegando pancartas que gritaban: «*Ils sont partout, demasquons-les!*», «¡Están por todas partes, desenmascarémoslos!».

El eco de este colosal escándalo había sido recogido por la prensa italiana durante 1997 y 1998, cuando trascendió la noticia de otro caso, también en Bélgica, en el que estaban implicados hasta trescientos cuarenta niños. Pero no fueron solo estos casos —que empezaban ahora a salir por fin a la luz y a abrirse hueco en

los debates públicos— lo que preocupaba a fiscales y fuerzas policiales de todo el mundo. La llegada de internet estaba dando origen a chats en línea y páginas pornográficas clandestinas que comercializaban imágenes y vídeos de menores de todas las edades. La pornografía infantil, hasta ahora limitada al tráfico de VHS en grupos de alcance limitado, se estaba volviendo accesible a un número cada vez más elevado de usuarios. Y la oferta corría ahora el peligro de crecer exponencialmente. Los periódicos abordaban el asunto cada vez con mayor frecuencia. Y las Fiscalías del norte de Italia, en particular la de Milán, levantaron la primera línea de frente en la guerra contra los pedófilos bajo la dirección de un fiscal como Pietro Forno.

Mientras tanto, en Finale Emilia, la policía estaba determinada a identificar al hombre que había molestado a Margherita: solía usar un simpático sombrero que le caía sobre las orejas y se hacía llamar «Giuly».

9

El verano de 1998 estuvo marcado por una anómala ola de calor que azotó Italia y gran parte de Europa. El 2 de julio fue, con mucho, uno de los días más calurosos, y los termómetros alcanzaron cifras récord. También para el mundo del fútbol, aquel fue un día marcado a fuego y reinaba una gran expectación ante los cuartos de final de la Copa del Mundo que se celebraba en Francia entre la selección italiana y los anfitriones.

Ese jueves, hacia las 9:30 de la mañana, en una casa de campo de Pavignane, cerca de Massa Finalese, empezó a sonar con insistencia el teléfono. Giuliano Morselli, de treinta y siete años, ceramista, fue a contestar. Al otro lado del auricular sonó una voz femenina: la señora Benati, jefa de la sección de menores de la Unidad Sanitaria Local de Mirandola.

—Señor Morselli, tenemos que adelantar la reunión de mañana. Por favor venga con su hija esta misma mañana. Le estaremos esperando.

Giuliano suspiró y llamó a su hija Cristina, una niña de ocho años, pelo castaño, frente muy alta y unas gafas grandes y redondas.

—Vámonos, que nos están esperando en Mirandola.

La pequeña lo entendió todo de inmediato y, llorando, corrió a esconderse debajo de la cama en su habitación.

—Vamos, sal de ahí —trató de convencerla su padre.

Pero ella no se movía. No dejaba de llorar. Después de insistir sin lograr nada, Giuliano se vio obligado a sacarla tirando de un brazo. Él también estaba llorando.

En el cuarto de hora en coche que separa Pavignane de

Mirandola, Morselli y su mujer, Monica Roda, intentaron tranquilizar a su hija. En casa tenían algunos problemas que mamá y papá iban a resolver. Por esa razón, los Servicios Sociales habían decidido encomendarla temporalmente a otra familia —le explicó él—, pero sería por poco tiempo. Irían a verla tantas veces como quisieran, hasta que las cosas se arreglaran.

Giuliano y Monica eran ambos de Massa Finalese. Llevaban casados casi diez años, pero hacía tiempo que no se llevaban bien. Ella era una mujer extremadamente frágil desde que, de niña, sobrevivió a una meningitis que le causó una serie de problemas físicos y numerosas inseguridades. Después de Cristina llegó un segundo hijo, Riccardo, nacido sietemesino con un retraso psicomotor. El posparto la dejó muy postrada. Los ataques epilépticos, que hasta ese momento habían sido esporádicos, se intensificaron, al igual que sus violentos cambios de humor, que en ocasiones también habían afectado a Cristina. Monica estaba aterrorizada ante la idea de sufrir una nueva crisis mientras Giuliano estaba de turno en la fábrica. Ya había sucedido una vez, cuando ella y su hija estaban solas. Además, el recién llegado necesitaba cuidados constantes. Por lo tanto, los padres habían decidido confiárselo a Lina, la madre de Giuliano.

Mientras tanto Monica se había mudado a casa de su madre con la niña y venía a casa solo los fines de semana. Una decisión que había causado no pocas fricciones. Giuliano detestaba esa situación, y detestaba a su suegra, quien le correspondía. Le hubiera gustado que Monica y su hija pasaran más tiempo en Pavignane, pero con el empeoramiento de las condiciones de salud de su mujer, tuvo que resignarse. A los problemas de la pareja se habían sumado también las dificultades lingüísticas de Cristina, que requirieron el apoyo del servicio de neuropsiquiatría infantil de Mirandola.

El doctor Veronesi, quien la seguía en el programa de logopedia, notó de inmediato que la familia de la que provenía la pequeña vivía en una situación de intenso malestar, tal vez a causa de la madre. En su opinión, el nacimiento de su hermanito Riccardo y su constante necesidad de ayuda habían agravado el

malestar de Cristina, que empezaba a expresar su temor a no sentirse ya querida por nadie y a no ser amada. Por ello, Veronesi suspendió el programa de logopedia y encomendó a la niña a una colega, Emma Avanzi, anotando en el expediente que la pequeña padecía un «importante malestar psíquico de naturaleza depresiva con vivencias de abandono y ansiedad generalizada».

Avanzi estudió a la niña con mucha atención. Cristina, según sus apuntes, parecía «apagada». No tenía iniciativa, estaba triste, no parecía tener ni una pizca de autoestima, se veía fea. A veces, durante las sesiones, tenía actitudes «extrañas». Se mostraba nerviosa, necesitaba moverse, pedía una y otra vez permiso para ir al baño. Cuando jugaban en la alfombra, adoptaba una posición diferente a la de los otros niños: a menudo tenía «las piernas separadas». Y además estaban esas extrañas historias que contaba durante los juegos. Historias de monstruos y angustias, en la línea de Hansel y Gretel, los dos niños capturados por la bruja que quería comérselos. Esos relatos de Cristina, sin embargo, «nunca acababan por cerrarse». No se llegaba a una resolución mágica, a ningún resultado positivo.

Para la doctora Avanzi, el verdadero gran problema de la niña estribaba en la figura materna, que evidentemente la había descuidado con arrebatos de ira y una excesiva atención a su segundo hijo. Cristina parecía más apegada a su padre, pero al observar su postura y expresión facial cuando hablaba de él, la psicóloga comprendió que había algo que la pequeña no contaba. No manifestó entusiasmo ni siquiera cuando contó la tarde en la que su padre la había llevado al cine a ver *Titanic* o le había hecho regalos. Lo que más le preocupó a la doctora, sin embargo, fue el hecho de que, en la primavera de 1998, dos años después de que la niña empezara a seguir los programas neuropsiquiátricos, no parecía haber hecho progresos. Al contrario, se apreciaba una notable regresión. Una niña *normal* no podía tener esos ataques de llanto en las horas de religión y catecismo. Una niña *normal* no podía inventarse historias de monstruos y de personajes que se comportaban como padres malvados dentro de la casa del Lego, donde había tres camas pegadas unas a otras, donde había rejas,

donde había alguien haciendo «pipí» y «caca», donde también había sangre, donde se usaron «cánulas y tubitos», y donde papá la miraba de manera rara cuando ella se bañaba.

La doctora interpeló a sus colegas de los Servicios Sociales, quienes le presentaron a la joven psicóloga Valeria Donati. Emma Avanzi había oído hablar de ella y de su trabajo con los niños de Massa y Mirandola. De modo que le explicó el caso de Cristina. Esa niña no presentaba ninguna discapacidad mental, no era psicótica, no deliraba. Con todo, había logrado provocar una profunda sensación de malestar en la psicóloga, lo que la llevó a pedir ayuda a su colega: «Mira, yo llevo dieciséis años con este trabajo, pero nunca había visto algo así, ¿tú qué opinas?».

Se decidió que la acogida temporal sería sin duda la mejor solución. Trasladarla a un lugar neutral, sin la interferencia de los miembros de la familia, permitiría evaluar la situación con más profundidad.

Una vez que llegaron a las oficinas de la Unidad Sanitaria Local de Mirandola, madre, padre e hija subieron al servicio de menores. Giuliano miró a su alrededor. Le habían dicho que en esa reunión conocería a la familia de acogida que cuidaría de su hija durante unos días, pero allí no había nadie. Monica Benati pidió a los padres que entraran en su despacho para firmar unos papeles, mientras la pequeña se quedaba jugando en una habitación. Cuando salieron, a Cristina ya se la habían llevado. Los Morselli no se dieron cuenta de inmediato de lo que estaba ocurriendo. Luego, en los pasillos, se encontraron con Lina, la madre de Giuliano, llorando. También la habían convocado, junto con el pequeño Riccardo. Se lo habían quitado con la excusa de un examen médico. El asunto, al parecer, era bastante más serio.

El 2 de julio Cristina fue encomendada a una familia de un pueblo de la zona. Gilda, la madre de acogida, una doctora que trabajaba en asuntos comunitarios, supo de inmediato que algo andaba mal.

Le llamó la atención el pelo de la niña: parecía grasiento, como si no se lo hubiera lavado desde hacía mucho tiempo. En general tenía un aspecto poco sano, descuidado. Parecía no conocer las reglas básicas de higiene, de comportamiento en la mesa, de relación con los demás. Y luego, cuando tenía que cambiarse, se encerraba en su habitación, aterrorizada de que los hombres de la casa la vieran. Por la noche tenía un sueño muy inquieto y de vez en cuando le decía que había soñado que su padre Giuliano abusaba de ella y le hacía cosas allí abajo, mientras su madre Monica se quedaba detrás de la puerta del dormitorio, oyéndolo todo. Unos días después, una trabajadora social se la llevó a Milán, a la consulta de la ginecóloga Cristina Maggioni. El resultado de la visita no hizo más que confirmar las sospechas de los psicólogos. Había indicios. A ella también la habían lastimado.

Giuliano y Monica no entendían nada. Nadie les decía dónde se hallaban sus hijos, nadie les hablaba de visitas, ni de una fecha prevista de regreso. Al contrario, pocos días después del alejamiento habían recibido una sentencia del Juzgado de Menores de Bolonia, según la cual se creía que la niña podía haberse visto sometida a «comportamientos gravemente perjudiciales en el seno de la familia», motivo por el cual quedaban suspendidas la patria potestad y los contactos con los hijos por un período de dos meses. A Cristina y a Riccardo los habían separado, asignándolos a diferentes familias.

Fue entonces cuando su padre pidió ayuda a su hermana mayor, Lorena. Era la segunda de los cinco hermanos Morselli. Giuliano era el tercero, a solo diecinueve meses de distancia. Pero en realidad no era la edad lo que los separaba. Era el carácter. Lorena siempre había sido la hija dominante: la que decidía, organizaba y los metía a todos en cintura —incluido al hijo mayor, Emidio— cuando mamá Lina y papá Enzo estaban en la fábrica o en el campo recogiendo fruta.

Ella era a quien acudían cada vez que había un problema. Baja de estatura, con el pelo castaño siempre corto y ojos de un azul intenso, Lorena Morselli era una mujer decidida y combativa. Cuando supo que sus dos sobrinos estaban bajo la custodia de los

Servicios Sociales, la hermana de Giuliano quedó devastada. ¿Qué derecho tenían a hacer tal cosa? Tras unos días sin recibir noticias de Cristina, Lorena descolgó el auricular y llamó a las oficinas de Mirandola para pedir explicaciones. La conversación telefónica con la trabajadora social Odette Magri no condujo a nada en concreto. Lorena estaba furiosa. Sabía que el alejamiento de su sobrina era un duro golpe para su hermano y su cuñada. Y aunque solo los viera en cumpleaños y aniversarios, y desaprobara la excesiva severidad con la que a veces trataba a Cristina, sentía pena por aquella mujer frágil e insegura, todavía tan hija y tan poco madre.

Lorena se presentó en persona en las oficinas de la Unidad Sanitaria Local. Discutió. Se peleó. Pero no sirvió de nada. La niña había sido separada de su familia como resultado de sospechas de abusos que le había mencionado a la doctora Avanzi, por lo que era necesario esperar e investigar. «Qué quiere usted, señora Morselli, los niños siempre dicen la verdad.»

10

El trabajo de Valeria Donati y de los investigadores empezaba a dar sus frutos. Los nombres de los componentes de la banda iban saliendo a la luz, uno tras otro. Periódicos como la *Gazzetta di Modena* y el *Resto del Carlino* recibían puntualmente información sobre las últimas novedades por parte de la Fiscalía. Las ediciones locales horneaban artículo tras artículo. Los identificados eran ya doce por lo menos. Los sospechosos, muchos más. A esas alturas no cabía la menor duda sobre el hecho de que había una banda de pedófilos. En el mapa de la zona, la policía había dibujado una red de conexiones.

Lo que aún faltaba, sin embargo, era la confirmación de los rituales satánicos de los que Dario le había hablado a la psicóloga. Elisa Scotta era demasiado pequeña para poder ofrecer un testimonio preciso o creíble y Marta, Margherita y Cristina dudaban en constatarlo. No se acordaban. O tal vez tuvieran demasiado miedo de las consecuencias que tendrían que afrontar.

Cuando se acercaban las vacaciones de verano de 1998, Dario volvió a hablar. Le contó a Tonini otra visita al colegio de aquellos dos inquietantes personajes. Giorgio 1 y 2. Habían vuelto a entrar sin ser molestados, con la ayuda de una bedela, pero esta vez no lo habían sacado de allí. Durante el recreo lo habían estado esperando en su clase vacía. El niño había oído una voz que lo llamaba. Era Rita Spinardi, su maestra. «Ven, que tus amigos están aquí», dijo, tirando de él con fuerza.

Él no la entendía. ¿De qué «amigos» le hablaba? ¿Por qué la maestra lo trataba de esa manera? Tan pronto como entró, el corazón de Dario dio un respingo. Giorgio 1 se había acercado y lo

había besado. El niño se soltó dándole una patada y puso hecha una furia a la maestra, quien lo había abofeteado, obligándolo a ir a su pupitre, cerca del cual estaba sentado Giorgio 2. Fuera, sus compañeros seguían con sus juegos. De mala gana y lleno de miedo, Dario fue a sentarse. Aquella mujer era su cómplice. Era mejor no hacer que se enfadara y esperar a que se fueran. El mensaje, una vez más, le llegó alto y claro. Tenía que estarse calladito, o sería peor para él y toda su nueva familia.

A su madre de acogida le costaba creerle. La maestra Rita. ¿Qué tenía que ver *ella* con eso? ¿Cómo podía conocer a esos hombres, que con toda probabilidad procedían de la zona de la Bassa de Módena, a cuarenta minutos de la provincia de Mantua? ¿Tan extensa era la red de la que formaban parte Romano Galliera y los demás personajes repugnantes que habían aterrorizado y puesto las manos sobre su hijo? ¿De verdad podían contar con la complicidad de tantos seguidores?

Según Dario, Rita los había dejado entrar más de una vez. También había pasado en otra ocasión, cuando fue al baño y se los encontró frente a él. Lo inmovilizaron y lo abofetearon, causándole un desgarrón en la boca. Le habían hecho escupir sangre. La madre, efectivamente, se acordó de un día en que su hijo había salido del colegio quejándose de un corte en la boca y cuando le pidió explicaciones a esa maestra precisamente, esta minimizó el episodio.

—Se habrá mordido la lengua mientras comía o jugaba.

Pero no era así. Había sido una vez más aquel maldito Giorgio 1, el monstruo que llenaba de pesadillas las noches de Dario. Rita lo encubría. Rita lo ayudaba. Rita era su «novia». Rita era mala con los niños y con Dario. Rita lo había castigado más de una vez. Lo abofeteaba, lo ponía con la cara contra una columna, o con las manos en alto. Lo había llamado mentiroso y le había confiscado su diario, después de haberlo visto dibujar a Giorgio 1 y a Giorgio 2. Rita no era la mujer que Tonini creía conocer bien. Pero ahora todo encajaba. Su constante minimización de las cosas, el hecho de que nunca veía *nada*, de que nunca parecía haber notado el malestar tan evidente de su hijo. Todo formaba parte del plan

diabólico en el que ella también estaba involucrada. Además, ¿por qué al diario del niño se le habían arrancado algunas páginas?

En aquellos días la maestra estaba ausente. Había sido hospitalizada por una operación difícil y muy delicada. Tan pronto como le dieron el alta, una compañera fue a recogerla en coche.

—Rita, tengo que decirte algo. La policía te está buscando. Creo que se trata de Dario. Quería decírtelo antes de que te los encuentres sin preaviso delante de la puerta.

La mujer, todavía convaleciente de la intervención, no entendía nada.

—¿Qué quieren de mí? —comentó—. En veintiocho años de enseñanza nunca he tenido el menor problema con nadie.

Luego volvió a su casa agotada y se metió de inmediato en la cama, para despertarse con cuarenta de fiebre y el timbre de la puerta. Era Antimo Pagano, de la comisaría de Mirandola. El inspector había elaborado un expediente sobre ella. Afirmaba que había hablado con algunos padres de la clase de Dario, según los cuales la maestra infligía castigos corporales a los niños. Los hacía ponerse de pie con las manos en alto, a veces durante horas, o bien les tiraba del pelo y les soltaba un bofetón en la cara. Ahora estaba allí, en la puerta, con una notificación de imputación en la mano.

La maestra no fue la única, en aquel período, que recibió la visita de la policía. Unas semanas más tarde, una hilera de coches patrulla llegó a las dos casas parroquiales del padre Giorgio Govoni en Staggia y San Biagio con una orden de registro. El fiscal había decidido salir al descubierto. A esas alturas, en los municipios entre Módena y Ferrara, hasta las piedras sabían que el sacerdote camionero estaba en el ajo.

El padre no estaba en casa. Lo detuvieron no muy lejos en su Fiorino blanco. Una vez dentro de la vivienda, la mirada del inspector Pagano se había posado en un estante donde había dos tomos de la *Enciclopedia del amor*. Antes de requisarlos, el policía los hojeó rápidamente y notó algunos dibujos de figuras retratadas mientras se apareaban.

—¿Son suyos estos? —le preguntó después Pagano al padre Giorgio, señalando una habitación llena de zapatos de todo tipo y

color, entre los cuales había notado un par de botines beis con tacones.

El religioso asintió. Pagano los confiscó de inmediato. Parecían encajar con la descripción de Dario. ¿Y qué decir de las dos máscaras de carnaval de mujer que había encontrado en un trastero entre otros cachivaches? ¿Qué hacía algo así en la casa del sacerdote?

En un cajón se encontraron varios juegos de llaves, correspondientes a algunas casas que gestionaba el padre Giorgio. Cuatro de ellos abrían cerraduras en la casa donde el padre había alojado a la familia Galliera después del desahucio, junto con la familia balcánica: «vivienda Romano», «cocina Romano», «habitación Igor» y, por último, «habitación niños albaneses». El inspector ordenó que fueran confiscados también.

Luego se fijó en nueve bloques de cheques de otras tantas cuentas corrientes y en bastantes recibos de bonos del Estado por valor de entre cinco y cien millones de liras.[1]Entre sus últimos movimientos destacados había un pago de unos cuarenta millones a un tal Emer. Probablemente un albanés. Había algo que no encajaba. Todo ese dinero, todas esas cuentas, toda esa disponibilidad de casas eran muy, demasiado, sospechosos para un cura rural. Y daba igual que fuera dueño también de una empresa de transporte. Un control en Tráfico reveló 47 matrículas a su nombre a lo largo de los años. Una enormidad. Había un ordenador en un escritorio.

—¿Es suyo? —le preguntaron al padre.

—Me lo han regalado.

Un supervisor lo encendió y revisó el historial. Tres búsquedas recientes: «niña», «*hard*», «amigos de los niños». El padre Giorgio Govoni estaba metido en un lío muy serio.

Una semana antes del 15 de agosto, durante un coloquio con Valeria Donati en el Cenáculo Franciscano, Marta volvió a hablar. Había pasado casi un año desde que su madre se había tirado por el balcón de su casa y ocho meses desde que la hija denunció por

fin que la habían llevado a pisos de hombres desconocidos que habían abusado de ella. Ahora la pequeña le contó a la psicóloga que su madre la acompañaba a un cementerio, donde se habían reunido con otras personas que llevaban túnicas blancas y negras que les llegaban hasta los pies. Los adultos habían «cavado y abierto» una fosa y le habían enseñado un cadáver, que tenía «la cara con sangre» y al que le faltaba un brazo. El cuerpo era el de un «señor que me había hecho daño». Pero luego los mayores habían logrado traumatizarla aún más de lo que ya estaba, explicándole que aquel muerto podría volver a la vida. La pequeña también recordó muchas calaveras, «de las de verdad», que colocaban a su alrededor cuando «me hacían daño». No fue capaz de nombrar el lugar donde ocurrió todo esto, ni de señalarlo en un mapa. Sin embargo, recordó que ella no había sido la única niña presente en esos rituales satánicos. Donati corrió de inmediato a la oficina del fiscal para hablar con Claudiani. Ahí tenían la confirmación de lo que Dario había contado meses antes. La dinámica de la que Marta había hablado era la misma. No era una coincidencia. No podía ser una coincidencia.

Cuando en septiembre los Giacco y los Morselli volvieron a pedir a los Servicios Sociales y al Juzgado de Menores permiso para ver a sus hijos —Margherita, Cristina y el pequeño Riccardo—, les dijeron que no era posible. Todavía era necesario «comprender un poco mejor» lo que había sucedido. Las niñas, mientras tanto, habían vuelto a ir al colegio en los municipios a los que habían ido a vivir y se reunían periódicamente con las doctoras Donati y Avanzi. Su estado de sufrimiento y malestar empeoró, y aunque parecían incapaces de verbalizarlo, se detectaron varios signos preocupantes en su comportamiento.

Un día, mientras estudiaba el libro de historia, Cristina casi tuvo un ataque de histeria cuando se topó con un capítulo sobre las catacumbas cristianas y los ritos sepulcrales que tenían lugar en ellas. Esas cosas la asustaban. Gilda, su madre de acogida, no sabía cómo comportarse con ella. Por su parte, la profesora de catequesis

le había contado un episodio ocurrido una tarde, cuando les había hablado a los niños sobre la figura del diablo. Cristina había comenzado a gritar. No, el diablo no existía, el diablo no era de verdad, el diablo no podía llevarse a los niños. Margherita también parecía obsesionada con la figura del diablo. Estaba convencida de que era un ser vivo y que se escondía entre los hombres. Hablaba de ello con todos los adultos con los que tenía trato. Con la maestra, con un sacerdote con el que se había confesado, con las hermanas del Cenáculo, con su madre de acogida. Y con Donati, quien había intuido que el miedo de la niña a hablar de lo que realmente pasaba en casa de papá Santo y mamá Maria estaba ligado al miedo a que el diablo se la llevara.

—Hablas muy a menudo del diablo —le dijo—. ¿No lo habrás visto por casualidad?

La pequeña había abierto los brazos, mirándola directamente a los ojos:

—Por fin lo has entendido.

En la última semana de octubre de 1998, tres de los siete niños separados de sus familias hicieron revelaciones que marcaron un punto de inflexión crucial para la Fiscalía. El primero en armarse de valor fue Dario, quien tras los abusos intrafamiliares y los del cementerio contó un detalle que los dejó a todos atónitos: una noche, durante un ritual en el que había participado cuando tenía apenas seis años, había cometido un asesinato. Su padre, Romano, le había puesto un cuchillo en las manos y lo guio en el asesinato de un «niño albanés». Luego los mayores lo «cosieron» y se lo llevaron a su madre, que los miró como si se hubieran vuelto locos. ¿Qué iba a hacer ella con un niño muerto? No le servía de nada. Así que los adeptos lo hicieron pedazos y luego lo quemaron en la estufa. Los investigadores sintieron que habían encontrado el fondo de aquel pozo negro por el que el pequeño los había guiado durante meses con sus relatos. Ese era el objetivo final de la secta: matar. Experimentar la ebriedad de esa perversión extrema, que inevitablemente debía de tener una matriz diabólica. No podía

haber otra explicación. Y si habían sido capaces de hacer que un niño cometiera un acto tan vil, debían de haberlo hecho otras veces. Pagano y sus colegas comprendieron que tenían que buscar en los archivos a personas cuya desaparición hubiera sido denunciada. Pero si las víctimas de *aquello* eran —como parecía— de origen extranjero, no resultaría fácil.

Luego Margherita también se había «liberado» de esos recuerdos que no había podido sacar a la luz durante meses. Era cierto, su padre Santo le había hecho daño. La había llevado a «sitios muy feos», donde había otros niños a los que obligaban a disfrazarse con túnicas y máscaras. Se trataba del cementerio de Finale Emilia y del castillo de la Rocche, que data del siglo XV y está ubicado en el centro del pueblo. Allí se escondía la ropa para esos rituales. Los adultos se disfrazaban de diablos y obligaban a los pequeños a decir «cosas malas contra Jesús». Los niños no eran más que monedas de cambio entre los padres, que se los pasaban los unos a los otros para realizar actos sexuales entre las lápidas.

El testimonio de Cristina fue aún más devastador, porque involucraba prácticamente a todos los miembros de su familia. Papá Giuliano y mamá Monica habían sido despiadados: además de abusar de ella varias veces, habían puesto su cuerpecito a disposición de toda la familia Morselli. El abuelo Enzo, el padre de Giuliano, y sus tíos paternos, Emidio y Giuseppe, se presentaban en la casa de campo de Pavignane casi todas las noches, sacándola a veces de la cama a la fuerza.

Un linaje de maníacos depravados, evidentemente criados en un contexto de degradación que los hacía más semejantes a animales que a seres humanos. Y, además, ¿qué clase de animal permitiría que otro le hiciera algo así a su propia prole? Los Morselli mataban a los gatos y obligaban a Cristina a beberse su sangre; en algunos casos se la «inyectaban» directamente con una jeringuilla. La montaban en un coche y luego se marchaban hacia los callejones oscuros del pueblo. Casi todas las tardes. La pequeña se acordaba de que iban «muy apretados» dentro de los coches, que se iban sumando uno tras otro en la carretera. La comitiva llegaba al final a un cementerio. No el de Finale Emilia, del que había

hablado Margherita, sino el de su pedanía, Massa Finalese. Iban allí en coche. Una vez ante a la verja, los adultos lanzaban cuerdas al otro lado y trepaban, para ayudar luego a los niños a hacer lo mismo.

Dentro había personas vestidas con sayos de monje con «capuchas de diablos». Cristina no recordaba cuántas. Tampoco recordaba sus rostros. El «jefe» era su tío Emidio, el hermano mayor de Giuliano. Después de los abusos, la niña había hablado de rituales cuyo propósito era transformarlos a todos en «hijos del diablo», porque así «gobernarían el mundo». La misma historia que también había contado Dario, cuando meses antes había hablado del «falso funeral» y del desenterramiento de cadáveres. Cristina, al igual que Dario, había experimentado también un insoportable sentimiento de culpa por haber hecho daño a los animales.

La doctora Avanzi la escuchó con atención. Massa Finalese era el pueblo donde ella se crio y vivió de niña. Algunos de sus familiares estaban enterrados en ese cementerio. La niña le había dibujado un mapa del lugar, representando la entrada principal y la lateral en la placita del aparcamiento. Se lo describió. Parecía conocerlo bien. Luego reveló un nuevo detalle, que confirmaba lo que ya habían declarado Dario y Marta: el intercambio de dinero. Papá Giuliano y mamá Monica habían recibido «mucho» del «jefe de la secta», es decir, de tío Emidio, probablemente como pago por haberla llevado allí.

Además de él, entre los oficiantes de las misas negras había también un sacerdote, cuyo nombre, sin embargo, a Cristina le costó recordar. Pietro quizá. El padre Pietro. Y además de ella en el cementerio también había otros niños, entre ellos sus cuatro primitos. Los hijos de la tía Lorena: Veronica, Pietro, Federico, Aurora. Era el propio Giuliano quien los llevaba. Pero lo hacía a escondidas de sus padres, yendo a buscarlos por la tarde a casa de su hermana con el pretexto de llevarlos a jugar con Cristina, para acompañarlos luego a casa de Lorena a altas horas de la noche con mil excusas diferentes, por ejemplo, que se habían quedado dormidos en su casa.

En los Servicios Sociales esta nueva información causó

indignación. Aun suponiendo que la señora Morselli no supiera nada del hecho de que toda su familia formaba parte de un grupo de maníacos devotos de Satanás, ¿qué clase de madre podría permitir que sus cuatro hijos pasaran fuera de casa tantas noches a la semana y volvieran en mitad de la noche? ¿Y cómo era posible que no se hubiera percatado de su trauma? Las psicólogas informaron al fiscal, quien pidió a la policía de Mirandola que investigara. Pero a estas alturas a los investigadores ya no les resultaba fácil pasar desapercibidos en Massa Finalese, donde la policía ya había realizado registros e inspecciones cuando se había ocupado de los Galliera, de Alfredo, de Rosa y de los Giacco, y cuando había intentado —sin éxito— dar nombre y dirección a las personas que Dario había señalado como cómplices de Romano y la banda. Los Morselli eran una familia numerosa y conocida, además de muy ligada a la figura del padre Giorgio Govoni.

Enzo, el padre, era uno de los integrantes de la generación más anciana de Massa. Emidio había regentado un supermercado. Giuliano era más esquivo, pero su boda con Monica y la antipatía entre sus respectivas familias se habían convertido en tema de conversación y cotilleo. Giuseppe, el hermano menor, el rockero de la familia, tocaba en tres grupos musicales que recorrían los locales de la zona. Y luego estaba Lorena, maestra de párvulos, muy activa en la parroquia y en el oratorio, donde participaba en todas las actividades junto a su marido Delfino.

Lorena era toda una institución en Massa Finalese. A los treinta y nueve años, y con casi veinte años de experiencia laboral en su haber, había visto crecer a cientos de niños, cuyas familias conocía bien. Ella y su marido eran voluntarios de la Unión Nacional Italiana para el transporte de enfermos a Lourdes y otros santuarios internacionales. Lorena era *dama de compañía*, Delfino *camillero*. Se casaron en diciembre de 1986. Al año siguiente nació Veronica, luego llegaron dos niños, Pietro y Federico, y en 1995 nació Aurora.

Era Lorena sobre todo quien se encargaba de los niños en los primeros años de vida. Delfino los consideraba como personitas fuera de su alcance. No sabía cómo cambiarlos y no tenía ni idea

de cómo poner un pañal. Lorena dio a los pequeños una educación fuertemente católica. Por la mañana los acompañaba a la guardería o al colegio, donde pasaba a recogerlos por la tarde, para emprender luego un vía crucis entre los scouts y las clases de natación, fútbol, voleibol, a las que se sumaban las mil actividades parroquiales. Ella era quien preparaba la comida y los acostaba, después de la inevitable oración vespertina al borde de la cama.

Si el séptimo día para ella era sagrado, con la misa y el oratorio, para Delfino, que ya tenía tratos con el Señor por su cuenta entre semana, el domingo era sagrado por algo mucho más profano: el fútbol. Era su enfermedad, su pasión. Tanto es así que se había apuntado a la peña del Milan de Mirandola, junto a cuyos integrantes recorrían a menudo las más de dos horas de camino que separan la Bassa del estadio de San Siro, desde donde el Milan de Baresi, Maldini, Van Basten y Donadoni dominaba Italia y Europa. A medida que los niños crecían lo suficiente como para entender algo, Delfino les echaba una bufanda rojinegra alrededor del cuello y se los llevaba con él. Y cuando no iba al estadio, los domingos por la noche tenía el monopolio del mando a distancia del único televisor que había en casa, con el que navegaba entre informativos y retransmisiones deportivas. Era un hombre conocido y querido por todos, pero al que le hacían falta su propio espacio y sus momentos.

En 1998, Veronica había empezado a cursar sexto de primaria, Pietro cuarto, Federico segundo y Aurora había entrado en la guardería. Vivían en un piso de tres habitaciones en la primera planta de un edificio de la zona sur de Massa, en una pequeña calle sin salida.

La policía no había encontrado nada sobre la familia Covezzi-Morselli. No tenían antecedentes. Al igual que Giuliano, sus hermanos y su padre Enzo. Pero Cristina había sido muy clara al mencionar los nombres de sus primitos. Ellos también estaban en los cementerios, punto final. Los servicios y agentes sociales recopilaron la mayor cantidad de información posible. Profesión, trabajo y domicilio. La redada estaba prevista para las primeras luces del alba del jueves 12 de noviembre.

La mañana del miércoles 11 Delfino había ido a recoger su coche nuevo, un Lancia Dedra. Los niños se emocionaron cuando el padre les explicó que podía alcanzar los 200 kilómetros por hora. Por la tarde fueron a comer castañas con su abuela paterna, que acababa de quedarse viuda. Lorena no estaba con ellos. Había ido a ver a la familia Giacco para saber si habían tenido noticias de Margherita, a quien no veían desde hacía siete meses ya. En el pueblo hacía tiempo que se venía hablando de aquello. Aunque no tenían trato, la mujer los sentía cercanos porque vivían el mismo drama que su hermano Giuliano.

Aunque Oddina Paltrinieri —la vecina que había hospedado a Dario— había difundido el rumor de que había algo turbio detrás de esos alejamientos, no eran pocos los que manifestaban recelo hacia los individuos implicados. Los Galliera eran considerados gente con trastornos de personalidad, los Giacco venían de fuera y no eran muy conocidos, y Giuliano, pues bien, Giuliano a algunos les parecía un tipo bastante peculiar, siempre con esos sombreros raros que llevaba en la cabeza y esa esposa que *lan simbrava minga tant nurmala*, no parecía ser del todo normal.

Esa noche Lorena acostó a sus hijos y se fue a dormir temprano. Los tres primeros estaban en su cuartito, mientras que Aurora dormía en una camita en la habitación de sus padres. Aproximadamente a las 5:40 la niña se sentó en el colchón: «Mamá, pis». Lorena la cogió en brazos, la llevó al baño y luego otra vez a la cama. Antes de volver a acostarse fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua, pero justo en ese momento oyó sonar el telefonillo y su corazón dio un vuelco. ¿Quién podría ser a esas horas?

—Señora, no se preocupe. Policía.

Lorena miró por la ventana y vio a varios agentes en el patio. Cuando entraron en la casa, los contó. Siete.

—¿Le ha pasado algo a alguno de mis hermanos? —preguntó.

—No, señora, pero despierte a su marido, por favor. Tenemos una orden de registro.

Lorena entró en la habitación, seguida de los agentes, quienes se colocaron alrededor de la cama doble donde Delfino dormía

profundamente. Lo despertaron y les pidieron a ambos que se vistieran. Las voces y las luces encendidas, mientras tanto, también habían despertado a los niños. Lorena podía oír susurros que venían de su habitación. Mientras tanto, los policías pidieron a la pareja que los siguieran hasta el comedor. Había algunas hojas sobre la mesa. Lorena notó algunas palabras resaltadas. «Capuchas.» «Demonios.» «Cementerios.» No entendía nada.

—Estas son declaraciones de su sobrina, señora Morselli. Vista a sus hijos. No están siendo investigados, pero deben acompañarnos a la comisaría.

Lorena pidió poder llamar a Lina, su madre, para que los acompañara y se quedara con los nietos mientras Delfino y ella iban a Mirandola.

—No, señora. Su madre no puede reunirse con ustedes en este momento. Toda la familia debe venir con nosotros.

Lorena insistió. ¿Qué querían? ¿Por qué estaban allí? La casa, a esas alturas, estaba iluminada por las luces de la mañana. Los agentes no les facilitaron más información. Abrieron los álbumes de fotos y se incautaron de las cintas de vídeo de las películas de bautizos, comuniones y cumpleaños, junto con un ejemplar del semanario *Famiglia Cristiana*, en el que aparecía un artículo que hablaba del caso de pedofilia en la Bassa. A los niños se les permitió desayunar, pero los policías impidieron que sus padres hablaran con ellos. Entonces Delfino apresuró las cosas.

—Basta, vámonos ya todos.

Cuando la comitiva llegó a la comisaría, una mujer joven salió a recibirlos. Sonrió y se presentó: Valeria Donati, psicóloga de la Unidad Sanitaria Local. Los padres debían subir al primer piso para firmar un documento. Delfino se volvió hacia Lorena:

—Ya subo yo, tú quédate con los niños. No los dejes solos. —Estaba a punto de suceder algo malo. Todos lo presentían.

La madre se sentó rodeada de sus hijos, aún adormilados. Aurora estaba en su regazo jugando con una carpeta y algunas pinturas. Entonces Veronica, la mayor, empezó a sollozar y Federico la imitó.

—¿Por qué los hace llorar? —preguntó Donati con insistencia.

Lorena era consciente de que, si empezaba a gritar, la situación empeoraría. Ella también tenía que subir, pero sabía que pasaría algún tiempo antes de volver a verlos. No abrazó a los niños. No los besó. Los miró por última vez. Luego dio media vuelta y subió las escaleras, siguiendo a Donati.

En la habitación del primer piso, entre los agentes, estaba Delfino con la cabeza entre las manos. Sollozando. Frente a él, Marcello Burgoni leía un decreto del Juzgado de Menores de Bolonia. Él y Lorena habían sido unos padres incapaces. No habían cuidado de sus propios hijos. Los habían dejado a merced de esa banda de depravados. Por tal motivo el tribunal suspendía su patria potestad y prohibía cualquier encuentro por un período no inferior a dos meses. Entre lágrimas, Lorena insinuó una protesta. ¿Era *esa* la respuesta a todas sus preguntas de los meses anteriores, cuando había ido a pedir cuentas de su sobrina alejada de su familia ese verano?

—Lo siento, señora.

A los niños los montaron en los coches patrulla y se los llevaron hacia un destino desconocido. Confundidos, desconcertados, los Covezzi volvieron a su coche y corrieron hacia Massa. Lorena quiso ir de inmediato a contárselo a su madre Lina. La noticia le rompería el corazón. Después de perder a Cristina y Riccardo, y ahora también a los cuatro nietos con los que Lorena había llenado su casa, quedaba reducida a la condición de abuela de nadie. Pero tan pronto como llegaron a su vivienda, la encontraron llorando. Al amanecer la policía también había estado allí y se los había llevado a todos: a su esposo Enzo, al hijo mayor Emidio y al menor Giuseppe. A Giuliano habían ido a buscarlo a su casa de campo en Pavignane, donde había sido arrestado junto con Monica. Madre e hija lloraron durante mucho tiempo. De la noche al día toda una familia había sido borrada del mapa. Lorena corrió entonces a los colegios de los niños para buscar a las maestras. ¿Había venido alguien alguna vez a hablar con los niños en los días anteriores? Las profesoras no sabían nada al respecto.

Al caer la tarde, los Covezzi regresaron a casa. El silencio de aquel piso de tres habitaciones causaba impresión. A Lorena le pareció que habían retrocedido doce años, hasta el día en que su marido y ella volvieron de su luna de miel. Y ahora estaban ahí, más de dos lustros después, miserables y exhaustos, secándose las lágrimas, sentados en esas camas vacías, llorando mientras ordenaban los juguetes y miraban las fotografías de una vida feliz que alguien les había arrebatado de repente bajo sus pies.

Tercera parte
Un ejército de fantasmas

11

La antigua fábrica de embutidos Bellentani es un conjunto de edificios que se extiende, con el tamaño de un campo de fútbol, a lo largo de la provincial 468 en la entrada suroeste de Massa Finalese, separada de la carretera de dos carriles por un canal. En los años cincuenta y sesenta y hasta finales de la década de los setenta, dio trabajo a cientos de hombres y mujeres. «Embutidos de fama mundial», rezaban los viejos anuncios de mediados de siglo, uno de los cuales representaba a un africano y a un piel roja alborozados entre jamones que colgaban de un árbol de la cucaña. Ahora el centro de producción es un amasijo de hormigón en desuso y abandonado, al que el terremoto de 2012 le dio el golpe final, provocando el derrumbe de una parte en el lado norte.

Entré allí con Alessia una mañana de febrero, sorteando la red metálica oxidada que impide el acceso a los chavales aventureros de la zona. El complejo se halla en tal estado que probablemente bastaría con otra sacudida sísmica inferior a la de magnitud 6,1 que arrasó pueblos enteros en la provincia de Módena para que se hundiera el pavimento o se derrumbara otro pedazo de techo. En sus zaguanes fantasmagóricos y desnudos reinaba el silencio, interrumpido únicamente por el ruido de los cristales y escombros bajo nuestros zapatos. El moho y el óxido hacía tiempo que se habían apoderado de todos los rincones. Cuando entramos, acabábamos de terminar de leer una pila de papeles de al menos tres dedos de alto con la historia y las declaraciones de Cristina.

Esta era precisamente la *casa de los horrores* que la pequeña había reconstruido con el Lego ante la doctora Avanzi durante sus encuentros. Fue aquí donde, según contaba, mató a otros dos niños mayores —uno de diez años y una rubia de ojos azules de ocho años— después de que los adultos los ataran a una mesa con una

cuerda. Su padre Giuliano y «el cura» se encargaron de ayudarla. A las víctimas las llevaban a la antigua fábrica de embutidos desde una casa-cárcel en el campo con las persianas cerradas, dentro de la cual vivían los niños, tirados en el suelo como animales y alimentados con restos de comida y basura. Cristina había estado allí dentro. Había ido una noche para llevarles comida con su padre. Y los había visto. Sucios, demacrados, desnutridos. Esos no eran niños. Eran carne de matadero. Alguien le había explicado que eran hijos de los propios satanistas, probablemente no registrados en ningún lado, criados en esas condiciones inhumanas solo para ser objeto de abusos y sacrificados sin que nadie se diera cuenta de su desaparición.

Tras ser llevadas al cementerio o a la fábrica abandonada, aquellas desdichadas criaturas eran despedazadas y colgadas del techo con ganchos. Probablemente los mismos techos bajo los que caminábamos ahora, en una amplia sala de la planta baja con un techo blanco iluminado por cuatro ventanas con vistas al canal.

En noviembre de 1998, el inspector Antimo Pagano había entrado en la antigua fábrica para una inspección y había notado que justo afuera, en el lado este frente a los campos, había algunos establos y pocilgas. Pagano se había acercado hasta allí y su mirada se posó en algunos juguetes tirados en el suelo, entre ellos un triciclo, junto al que había un poste de madera con un «gancho de metal bastante llamativo». No muy lejos había un contenedor lleno de zapatos, «incluyendo calzado de niños y de mujeres, amontonados allí, tirados por el suelo, por todas partes. Luego, un poco más allá, también detrás de las pocilgas, había restos de hogueras, de cenizas viejas, de algo que había sido quemado, y entre las cosas quemadas estaban los restos de una muñeca negra».

No se había encontrado nada más en la antigua fábrica de embutidos. Ni cadáveres, ni rastros de sacrificios humanos, ni ADN, ni cuchillos, cuerdas o mesas utilizadas como altares. Quienquiera que hubiera entrado allí debía de haber hecho un trabajo de limpieza de la escena del crimen muy minucioso, eliminando cualquier rastro de su paso. Desde luego, no le había faltado tiempo para hacerlo. El relato de Cristina se había

producido cuatro meses después de su partida, y era probable que la hubieran llevado a Bellentani incluso antes, cuando tenía siete, o tal vez incluso seis años.

En cualquier caso, no dejaba de resultar extraño que nadie en el pueblo se hubiera percatado de lo que estaba sucediendo aquí. Bellentani es una edificación imponente, en comparación con las otras casas de Massa, a pocos metros de una carretera por la que pasan coches y camiones a todas horas. Cualquiera que entrara habría tenido que iluminar las salas con varias linternas, cuyas luces disparadas contra las paredes y los cristales en las noches oscuras de la Bassa habrían tenido que notarse incluso a cierta distancia. Además, las instalaciones están rodeadas de viviendas, en su mayoría chalés, todas ellas en un radio de unas pocas decenas de metros. Y, sin embargo, ninguna de las personas interpeladas por la policía había visto nada raro.

En el cementerio de Massa Finalese, al otro lado del anejo, Alessia y yo experimentamos una sensación parecida. Hasta allí se llega tranquilamente andando desde el bar Pesa, un lugar de encuentro muy frecuentado, en la curva de la carretera que lleva a Mirandola. Aunque se encuentre en un paseo arbolado que limita en parte una visión completa desde lejos, un par de piedras tiradas desde el muro sur del cementerio podrían impactar en las casas o jardines cercanos. Además, via Albero es una carretera de dos carriles que se recorre para entrar y salir del pueblo. Cerca del cementerio la acera se estrecha y el grupo de adoradores del diablo se habría visto obligado a formar una larga columna. Parecía extremadamente improbable que decenas de personas encapuchadas con niños a cuestas pudieran llegar aquí sin ser notadas por alma viviente. Y, además, suponiendo que un grupo numeroso de niños exhaustos por el sueño hubiera logrado trepar por encima de las dos verjas de acceso para hacer luego todas esas cosas —desenterrar ataúdes, violencia de grupo, rituales, sacrificios —, de noche en los cementerios se hace necesaria alguna forma de iluminación. Algo que, durante muchos meses, ninguno de los cuatro mil habitantes de Massa denunció jamás a la policía de Mirandola o a los carabineros de Finale. ¿Y qué decir de los

ruidos? Gritos, llantos, chillidos de dolor y miedo durante los asesinatos. ¿Nadie había oído nunca nada en medio de la noche?

Alessia y yo medimos la distancia desde el patio interior del cementerio a la ventana de la casa más cercana, al otro lado del aparcamiento: unos sesenta metros, más o menos el espacio que hay entre la portería y el centro de un campo de fútbol. Por el contrario, el lado norte del cementerio da al campo. Pero incluso si la secta hubiera decidido operar en esa zona más apartada, cuyos prados, por otra parte, están más despejados de ataúdes y lápidas, los habitantes de las casas de la pedanía de Palazzina, a solo ochenta metros de distancia, habrían tenido que notar algo a la fuerza. Y, en todo caso, una vez más: es imposible que nadie se dé cuenta de una treintena de personas que entran o salen de un lugar así bien entrada la noche, varias veces por semana. Sobre todo, en un pueblo donde circulan los rumores, y donde todos saben todo sobre todos en tiempo real. Al cabo de varios días pasados en ese lugar, yo mismo, que he crecido en una ciudad de alrededor de un millón y medio de habitantes como Milán (casi cinco, contando con las ciudades satélites) había empezado a acostumbrarme a la dinámica de una realidad como esa. Massa Finalese no parecía ser más que un enorme patio. Cualquiera podía hablar durante veinte minutos por lo menos de cualquier vecino, enumerando primero a sus parientes, continuando luego con una relación cronológica y anecdótica de su vida (estaba en la misma clase de mi primo / a los diecisiete años tuvo un grave accidente cerca de Medolla / antes de dedicarse a la cerámica abrió un bar que luego cerró), para entregarse por último a sartas de cotilleos y bromas sarcásticas en dialecto (su hermana *faceva dei gran buchín*, se le daban de miedo las mamadas). Más de una vez, en el momento de conocer a alguna persona —un padre o pariente de alguno de los hijos separados de sus familias— ya estaba yo al corriente de distintos detalles, verdaderos o presuntos, de su vida. Sobre todo, los de carácter más íntimo. Ningún aldeano se libra de la metódica y despiadada radiografía de su propia comunidad, ni del perverso placer de comentar y reírse de las desventuras o *disgrassie* ajenas. «Aquí las cosas son así —comentó en broma un comerciante—, si

cierro la tienda durante cinco minutos para ir al baño, cuando vuelvo a abrirla ya lo saben todos.»

¿Cómo era posible que, al gran ojo malicioso e indiscreto del pueblo, que todo lo sabe, todo lo ve y todo lo imagina, se le hubieran escapado esas extrañas peregrinaciones nocturnas?

Con tres veces el número de habitantes de Massa Finalese, Finale Emilia tiene más bien las características de una pequeña ciudad de provincias. El epicentro exacto del terremoto de 2012 fue aquí mismo, seis kilómetros por debajo del castillo de la Rocche, parcialmente derrumbado y ahora apuntalado por andamios que le han quitado parte de su encanto. En los mismos días de octubre de 1998 en los que Cristina les empezó a contar a los investigadores los rituales en los cementerios de Massa Finalese y en la antigua fábrica de embutidos Bellentani, Margherita, la hija de Giacco, le había revelado a la doctora Donati lo que sucedía precisamente en ese castillo, donde Giulio —o Giuly, como a veces llamaba al extraño personaje que la había acosado en el baño del bar— la llevaba junto con un conocido. «Aquí había otros niños además de mí, y para que vinieran algunos niños me mandaban a mí a llamarlos. Nos disfrazaron de demonios y los adultos también se disfrazaron de demonios y vampiros.»

Los satanistas guardaban ropas y máscaras en el castillo para los rituales. Hacían que los niños se cambiaran allí, y luego se encaminaban en procesión hacia el cementerio de Finale. Una cosa de lo más rara. El castillo de la Rocche se halla en el centro histórico de la ciudad y está literalmente rodeado por docenas de edificios de viviendas y actividades comerciales. Bares, tiendas, farmacias, restaurantes. La topografía del barrio es la propia de un casco antiguo, con calles estrechas y callejones que no permiten que grupos de personas disfrazadas pasen desapercibidas en ninguna época del año que no sea carnaval. ¿Cómo era posible que esa pintoresca procesión saliera del castillo, cruzara todo el centro histórico en silencio, pasara la rotonda de piazza Baccarini, atravesara el concurrido cruce de via Marconi y enfilara via

Cimitero, escapando a las miradas de los que regresaban tarde del trabajo o salían de los restaurantes a la una de la madrugada? ¿Y con un recorrido de un kilómetro?

Al igual que el cementerio de Massa, también el de Finale se halla en dirección a la campiña y no lejos del río Panaro. Pero la zona está en todo caso repleta de viviendas. Incluso desde el patio interior del cementerio podía verse claramente un edificio rosado, cuyas ventanas daban a la explanada de lápidas. La propietaria del apartamento se llama Federica. Cuando llamamos a su timbre, estaba tejiendo un suéter para su nieta de pocos años. Federica nos dejó entrar. La ventana que daba al cementerio era la de una pequeña habitación del primer piso con una cama individual, junto a un gran armario empotrado. Cualquier luz o ruido que viniera del patio interior se percibiría con toda claridad. Pero la mujer, que vivía en esa casa desde antes de que estallara el caso de pedofilia, no solo no se había percatado nunca de nada, sino que ni siquiera había sido interrogada por la policía.

—Esta es la primera vez que alguien me pregunta algo —nos respondió perpleja—. ¿Están seguros de que los niños se referían a este cementerio en concreto?

Yo no podía dar crédito a aquello. Si había una vecina en toda la zona que podía haber visto lo que pasaba allí dentro de noche, era ella. ¿Por qué nadie se había molestado en llamar a su puerta? ¿No era precisamente *ese* lugar el que Margherita había señalado como uno de los focos de la secta? La pequeña había estado allí para una inspección con los investigadores y la doctora Donati, y había indicado con precisión los puntos donde recordaba que la habían llevado su padre Santo y los satanistas.

El guardián del cementerio, Filippo Neri, cuya casa estaba junto a las tumbas, dijo durante un interrogatorio que nunca había visto nada. Ni siquiera los grandes montículos de tierra que hubieran debido encontrarse a la mañana siguiente cerca de los agujeros excavados por los seguidores de la secta para desenterrar tumbas de dos metros de profundidad, o para arrojar en ellas nuevos muertos. Nada en absoluto. Como si quienes entraban de noche a cavar, remover la tierra y sacrificar seres humanos y

animales lo dejaran todo exactamente como estaba antes de llegar. Un ejército de fantasmas.

«Había una cuchilla que caía desde lo alto y cortaba —añadió Margherita—. Una vez se me cayó encima la cabeza de un niño y me asusté mucho. Las cabezas y otros trozos las metían en una cesta y luego se arrojaban a un río.»

El Panaro. Que discurre tan solo a doscientos metros del cementerio. Fue allí donde un sábado de tres años antes, en 1995, los cinco chicos de Finale encontraron por casualidad la calavera mientras pescaban. Esa calavera que en su momento no tuvo significado alguno para la Fiscalía, pero de la que ahora alguien se acordaba, porque tal vez pudiera ayudar a conectar los puntitos de esa historia de terror. El teléfono del departamento forense volvió a sonar. Había que sacar de los depósitos ese extraño cráneo desprovisto de mandíbula y residuos orgánicos que había dejado perplejos al doctor Beduschi y a sus colaboradores.

Con todo, seguía habiendo algo que no cuadraba. Según contaba la niña, el punto de la margen del Panaro donde los asesinos habían decidido arrojar los pedazos de los cadáveres no era el que estaba cerca del cementerio de Finale Emilia, donde se había encontrado el cráneo, sino otro en un lugar completamente fuera de la zona, llamado Casoni, que está a casi treinta kilómetros de Finale. ¿Qué sentido tenía ir hasta allí cuando, una vez terminados los rituales, los satanistas habrían podido dejar tranquilamente atrás las lápidas, cruzar el corto tramo de campo deshabitado que los separaba de la orilla del río y entrar en el único rincón de sombra resguardado de casas, calles y miradas indiscretas, donde con la oscuridad, los árboles y la niebla, deshacerse de un cuerpo habría sido una tarea fácil a fin de cuentas? ¿Por qué ir en coche desde Finale hasta Casoni? La niña conocía ese lugar porque le resultaba familiar. Antes de mudarse a Massa Finalese, la familia Giacco había vivido allí durante algunos años y Flora, una de las hermanas mayores de Margherita, se había quedado a vivir en esa localidad. Sin embargo, en Casoni y sus alrededores Antimo Pagano no había descubierto nada, salvo que la casa de Flora estaba ubicada muy cerca de la orilla «y que a

escasos metros de distancia hay una especie de caminito cuesta arriba que lleva a la margen», donde luego «se emplea un momento en deshacerse de lo que uno quiera». La Fiscalía no había querido dejar nada por intentar y encargó a una empresa que dragara el Panaro y sondeara el fondo del mar con flotadores móviles en busca de posibles cadáveres. La operación costó 140 millones de liras,[1]pero nunca se encontró nada.

Las largas y costosas investigaciones en todo el territorio y los registros domiciliarios de los sospechosos habían reunido muy pocos elementos, ninguno de los cuales parecía lo suficientemente relevante para los fines de la investigación. Unas cuantas revistas o cintas pornográficas, unos botines con tacón, una vieja Polaroid, algún objeto de uso doméstico, pero en ningún caso armas o rastros de sangre, ni fotos o vídeos de pornografía infantil o *snuff movies* en cementerios.

Tras la operación de la madrugada del 12 de noviembre de 1998, los hijos de Lorena, acogidos cada uno por una familia diferente, habían iniciado el habitual programa de visitas con la doctora Donati en su despacho, situado en el Cenáculo Franciscano de Reggio Emilia, donde la mujer solía recibir desde hacía tiempo a los niños separados de sus familias. El centro, dirigido por monjas a las que la psicóloga ya conocía bien, era cómodo para los padres de acogida, que vivían todos en la zona, y estaba lo suficientemente lejos de Mirandola, donde los niños hubieran corrido el riesgo de cruzarse con algún padre o pariente.

Los Covezzi no habían dicho nada durante todo el invierno, pero después de los dos primeros meses los Servicios Sociales lograron obtener una prórroga de la suspensión de la patria potestad, impidiendo de hecho que Lorena y su esposo pudieran tener contacto alguno con los niños. La pareja no permaneció en silencio. Movilizó de inmediato a abogados y periodistas, dando entrevistas y participando en programas de televisión. Por su historia se interesó incluso el diputado Carlo Giovanardi, quien, en marzo de 1999, junto con el abogado y senador Augusto

Cortelloni, informó del caso al ministro de Justicia Oliviero Diliberto con una pregunta parlamentaria. El largo y detallado documento se cerraba con una pregunta: «¿Por qué se han llevado a niños que nunca han dicho nada, que además son hijos de padres que ni siquiera han sido investigados?».

El 17 de marzo, sin embargo, un día antes de la respuesta programada por el ministro, había llegado a la casa de los Covezzi una notificación de imputación: los dos hijos mayores, Veronica y Pietro, los acusaban de abusos sexuales al cabo de cuatro meses. Una extraña coincidencia.

Veronica había acusado a su padre Delfino de abusar de ella mientras su madre asistía a la escena desde detrás de la puerta. También sus tíos maternos, los mismos acusados por su prima Cristina, eran unos ogros. Le vendaban los ojos en un cobertizo y abusaban de ella por turnos con una «barra de hierro». Pietro, el segundo hijo de la familia Covezzi, había hablado inmediatamente después de Veronica. El tío Giuseppe, el hermano músico de su madre, lo sodomizaba «con un punzón». El tío Emidio hacía lo mismo con papel de lija. Los abusos se producían tanto en su casa como en el gallinero de los abuelos maternos, donde el tío Giuliano en cambio los azotaba a él y a sus hermanos con cables eléctricos. Federico habló en tercer lugar. De Aurora, que solo tenía tres años, no habían obtenido más que algunos destellos de recuerdos de su madre dejando las llaves en la puerta para que los «marroquíes» pudieran entrar a su casa cuando quisieran.

No pasó mucho tiempo antes de que los niños, que nunca se reunieron, hablaron entre ellos o se influyeron unos a otros, le explicaran a Donati lo que ocurría cuando a ellos también se los llevaban a los cementerios. «Nos ataban en una cruz de madera, luego empezaban a tirarnos puñales, cuchillos... nos obligaban a sujetar una herradura caliente en las manos... Los curas que estaban allí afilaban sus cuchillos, luego a veces nos los tiraban... Nos hacían quemar las cruces de Jesús, porque ellos no creían en Jesús, o sea, creían en el diablo, porque el diablo hace cosas malas y ellos también querían hacer cosas malas. Luego, cuando prendían fuego a estas cruces, nos hacían rezar por el diablo... nos ataban y

ponían petardos alrededor de nosotros y los encendían... luego nos hacían daño en el trasero con una lima, un punzón, con tenazas, con papel de lija... cuando era invierno y hacía frío, nos llevaban allí en camiseta y calzoncillos, cuando había nieve de verdad... luego, cuando quedaban niños en la furgoneta, metían en ella dos ratas grandes...»

Pietro, en concreto, era quien había ofrecido a los investigadores los detalles más inquietantes. Contaba que mataba a niños en un teatro parroquial, con la ayuda de su padre y de su madre. Quince a la semana por lo menos. A sus ojos Lorena y Delfino eran dos depravados sedientos de sangre. Nada de gente devota de la Virgen de Lourdes. Gente muy distinta a esos padres modelo todo hogar-trabajo-parroquia en torno a los cuales se había reunido una comunidad religiosa al completo en señal de solidaridad y protesta. No, no querían volver con esos dos. De hecho, las familias de acogida estaban asombradas de lo poco que habían llorado por mamá y papá, y de lo rápido que se habían acostumbrado y apegado a sus nuevos padres.

Aunque, por un lado, yo seguía muy perplejo por la dinámica real de los hechos descritos, por el otro no podía entender por qué absurdo motivo habían dicho *ellos también* cosas tan graves sobre sus padres. Veronica tenía doce años. Ya no era una niña, sino una preadolescente. Es decir, mucho más madura y más consciente del mundo que la rodeaba que un niño de siete años como Dario o una niña de ocho años como Marta. ¿Por qué razón mentiría, expresando acusaciones tan feroces contra aquellos a quienes en teoría debería haber amado más que a cualquier otra persona en el mundo? Era incapaz de explicármelo. Ni como periodista, ni como padre de dos niños pequeños que desde hacía algunos años habían revolucionado mi existencia y la escala de mis prioridades. Aquella historia era como un agujero negro. Cuanto más me asomaba a su interior, menos parecían responder sus mecanismos a las normas sociales y humanas de comportamiento y a las relaciones de causa y efecto que hasta ese momento había dado por supuestas. Parecía

una suerte de universo paralelo, donde todo estaba deformado. Me aterrorizaba, aunque al mismo tiempo me hechizara su perversa fascinación. Ya no podía desprenderme de aquello. Me estaba obsesionando. No leía sobre nada más. No conseguía hablar de nada más. No me interesaba nada más. De cena con amigos, en el trabajo, donde quiera que estuviera, la conversación derivaba inevitablemente hacia eso, con mis interlocutores mirándome aturdidos y aterrorizados. Pero cuanto más me metía en esta historia, más sentía el peligro. No tenía nada que ver con ningún otro caso que hubiera tratado hasta ese momento. Estaba hecho de un material fangoso, pegajoso y negro, y se me quedaba pegado incluso horas o días después de cerrar archivos y notas.

Me sentía incómodo, profundamente confundido. Obligado a lidiar, por primera vez en mi vida, con ansiedades y miedos capaces de penetrar mucho más allá de la coraza que había ido poniéndome con los años para evitar contaminarme con el sufrimiento de los demás. Los niños cuyas tragedias familiares se habían convertido en mi pan de cada día tenían más o menos la edad de mis hijos. ¿Qué habían visto o vivido en casa? ¿Podría ser, como afirmaban sus padres, que alguien los hubiera condicionado? Y si fuera cierto, si fuera *posible*, ¿puede alguien ser capaz de romper en tan poco tiempo el profundo amor que une a una madre con sus hijos? Sentí miedo. Miedo de las pequeñas cosas, de los pequeños gestos cotidianos. Miedo de que mis hijos me vieran deambulando desnudo por la casa después de una ducha y luego pudieran decir o dibujar en el jardín de infancia algo que alguien pudiera malinterpretar. Miedo de que incluso un simple gesto como lavarlos pudiera volverse contra mí algún día si alguien les preguntara: «¿Tus padres te han tocado alguna vez?». Pero no podía ser tan simple. Tenía que haber necesariamente algo más entre esas familias de Massa y Mirandola que yo no podía saber. Algo debía de haber sucedido en su seno. ¿Cuánta verdad había en esos cientos de páginas que estudiaba día y noche sin poder despejar la niebla que parecía envolver cada línea? ¿Todo? No podía ser. ¿Nada? No tenía sentido. ¿Solo una parte? ¿*Cuál*, entonces? ¿Dónde se ocultaba el límite entre lo real y lo

imaginario? ¿Quién lo había establecido? ¿Y cómo? No había manera de entenderlo.

12

Alessia y yo nos pasamos meses estudiando la documentación para reconstruir todo aquel embrollo judicial. Cinco juicios, una veintena de acusados, condenas y absoluciones que se alternaban y superponían, dando a veces la impresión de una ausencia total de lógica.

Cuando empezó esta historia en 1997, partió de una causa que inicialmente involucraba a un número muy restringido de personas, también conocida como *Pedófilos-1*. Acabaron siendo sometidos a juicio la familia Galliera junto con Federico Scotta, Rosa y su compañero Alfredo. Los delitos que se les imputaban en ese momento eran *únicamente* los abusos sexuales en relación con los menores Dario, Marta, Elisa y Nick, cometidos en sus domicilios o en pisos no identificados de la zona. Todos los acusados fueron condenados en primera instancia en Módena, en apelación en Bolonia y en el Tribunal Supremo en Roma.

Sin embargo, mientras se llevaban a cabo las audiencias del caso *Pedófilos-1*, en octubre de 1999, tras las revelaciones adicionales de los niños ya involucrados y los testimonios de otros nuevos recién separados de sus familias, se había iniciado otro procedimiento paralelo —*Pedófilos-2*—, en el que estaban involucrados los acusados del primer juicio, más los señalados ahora por Margherita, Cristina y los cuatro hijos de los Covezzi: el padre Giorgio Govoni, Santo Giacco y su hijo Antonio, y además Giuliano, Monica y toda la familia Morselli, y por último una madre de Mirandola y un padre de Massa Finalese. Las acusaciones no se limitaban ahora a actos sexuales domésticos contra menores de edad entre cero y once años, sino que incluían encuentros con finalidad orgiástica y ritual en cementerios. El padre Giorgio y Rita Spinardi, maestra de Dario en Pegognaga, también fueron acusados

de cooperación necesaria, por haber privado a Dario de la libertad personal y sacarlo del colegio para amenazarlo.

Los niños, que habían sido alejados de sus familias hacía menos de un año y medio, no parecían dispuestos a volver a verlas. Todo lo contrario. Ya en octubre de 1998, cuando solo llevaba tres meses viviendo con su familia de acogida, Cristina, la principal acusadora, había escrito una carta en dos hojas a los jueces del tribunal. La localicé entre los cientos de páginas de documentos y actas del juicio que había encontrado en los archivos del difunto padre Ettore Rovatti. Desde el dormitorio de la nueva casa donde ahora vivía, la pequeña parecía querer descargar su ira y reclamar su derecho a ser escuchada y creída.

> Estimado Juez:
>
> Hacedles un buen juicio a estas personas, pero hay una cosa que la verdad es que no se [*sic*] esas otras personas de las que he hablado a Emma [Avanzi] del grupo de esos hombres cuyo nombre no se [*sic*], y no me acuerdo. Tratare [*sic*] a toda costa de acordarme quiénes eran esas personas me parece que son personas que conocen a mis padres y quizá también son amigos de mis padres. El jefe del grupo es quizá un cura que estaba estudiando la vida de Jesús y de Dios. Yo juez creo en Dios, María, Jesús y se [*sic*] que ellos me querrán como unos padres... Me siento muy mal y tardaré un poco para que pueda entender las cosas que han pasado. Hare [*sic*] todos mis esfuerzos para esforzarme por entender. Pero primero quiero decirle: si mis padres y tíos empiezan a decir que las cosas que digo son ciertas, sea amable con ellos, pero mientras no digan la verdad, sea duro siempre.

El tribunal había pedido que los niños se sometieran a pruebas psicodiagnósticas a cargo de algunas doctoras de Turín, que trabajaban con el Centro de Estudios Hansel y Gretel, una institución de vanguardia en la lucha contra la pedofilia. Las psicólogas Cristina Roccia, Sabrina Farci y Alessandra Pagliuca, después de haber escuchado y filmado los encuentros con menores solos o junto a los jueces, habían «excluido de raíz la presencia de patologías mentales capaces de afectar la capacidad de distinguir la realidad de la fantasía», o de llevar a los niños «a inventarse acusaciones relativas a hechos tan graves». El cuadro de

personalidad que se delineaba era el «típico de la víctima, plenamente compatible con una experiencia real de violencia sufrida». Las psicólogas habían constatado que en todos los casos los testimonios de los pequeños estaban inicialmente fragmentados, con la llamada «modalidad racimo, que consiste en una exigua historia inicial, a la que se van añadiendo nuevos detalles progresivamente y con el paso del tiempo». Una progresión psicológica que tenía «la lógica coherente y típica de las víctimas traumatizadas», porque, tras superar la compulsión interior hacia el silencio y el bloqueo derivado del trauma, del miedo y del vínculo con los familiares, los contenidos de las revelaciones se volvían cada vez más graves.

En su alegato, el fiscal Claudiani había enumerado las pruebas con las que la acusación habría aplastado y acorralado a los imputados: las ya conocidas declaraciones que los niños habían hecho primero a Donati y a sus colegas de Mirandola, y luego a los asesores técnicos de Turín. Los informes médicos de la ginecóloga Cristina Maggioni. Y, por último, los diversos fragmentos de pruebas que el inspector Antimo Pagano había recogido en el transcurso de sus registros, entre ellos sondas vaginales encontradas en la casa de la familia Morselli que Cristina había mencionado al hablar de los abusos, y una interceptación telefónica en la que Monica, su madre, desde la cárcel, hablaba del padre Giorgio Govoni como de un «anticristo». Además, estaba la página arrancada del diario en la que Dario decía que había representado a Giorgio 1 y 2, así como la confirmación de que el párroco conducía una camioneta blanca como aquella en la que los pequeños testigos afirmaban haberlo visto cargar los cadáveres después de los sacrificios. Y, además, el cráneo encontrado en el río Panaro en 1995, «cuya compatibilidad —dijo Claudiani— con esas actividades de dispersión de restos humanos desenterrados en estas zonas intentaremos demostrar». Ese fragmento de hueso se había convertido en la prueba de que algo había sucedido sin duda en los cementerios. La prueba de que los niños no mentían. Como era evidente, faltaban pruebas de las decenas de asesinatos denunciados durante la fase de instrucción. Al principio, los

investigadores estaban convencidos de que —no habiendo encontrado casi nada entre los informes de desapariciones que se produjeron en esos años— las víctimas del sacrificio debían provenir a la fuerza de fuera. Probablemente de Europa del Este. De hecho, Dario había dicho que había matado y visto quemarse en la estufa a un niño albanés. En ese momento acababa de terminar la guerra de Kosovo, que había provocado una hemorragia de refugiados hacia Albania y Europa Occidental. Incluso antes de ese conflicto, hubo otro que desgarró a Yugoslavia, transformándola en una región de trata de seres humanos, especialmente de mujeres. Y según algunos informes, también de menores de edad. En el curso de su investigación, Antimo Pagano y su familia habían conocido a una mujer de unos cincuenta años de origen bosnio, residente en Finale Emilia. Había huido de su país varios años antes, llevándose a su hijo con ella y ahora «se dedicaba a limpiar casas en los círculos parroquiales». Pero luego descubrieron que había huido de un marido que la amenazaba. El proceso por los asesinatos rituales fue inmediatamente sobreseído por ausencia total de pruebas.

Pero el ambiente que reinaba en esa sala —y que pude ir reconstruyendo poco a poco gracias a las transcripciones de las actas de las audiencias— fue en algunos momentos de gran hostilidad. El día de la apertura del proceso, uno de los abogados que defendían los intereses de la empresa sanitaria para la que trabajaban Donati y su responsable Marcello Burgoni tomó la palabra, dirigiéndose con desprecio a las familias Morselli y Covezzi, presentes en la sala. «Estamos aquí para reclamar el precio del dolor que han soportado los que hoy se han convertido en hijos de los Servicios Sociales, los que antes eran hijos vuestros y hoy ya no lo son, sino que son hijos nuestros, ¡a quienes representamos hoy bajo todos los aspectos!»

En el juicio —en el que una vez más la doctora Donati era uno de los testigos clave— se alternaron los asesores técnicos del tribunal, de la acusación y de la defensa, que daban muchas veces

interpretaciones muy diferentes entre sí. Los abogados y psicólogos de los acusados habían cuestionado el método de trabajo de los operadores de Mirandola, hablando de contagio, de condicionamiento, de declaraciones en red, de entrevistas claramente sugestionadoras, destinadas simplemente a hacer que los niños confirmaran la tesis acusatoria preestablecida y carente de fundamento de la que se habían convencido unas profesionales que, según su propia admisión, no tenían experiencia previa en casos como aquellos.

Para los jueces, en cambio, los niños eran creíbles. Y ya está. No solo lo sostenía Donati, sino también los peritos que habían venido de Turín que no tenían nada que ver con ella. De hecho, el tribunal había abrazado plenamente la tesis de la acusación y más de una vez defendió el trabajo de Donati: «Debería suponerse que la psicóloga... ha violado a sabiendas las más elementales reglas profesionales», con el objetivo de inducir a los niños a construir historias articuladas «con plena conciencia del daño que infligía a la menor y a otros adultos. ¿Con qué objeto?», aparece escrito en la sentencia de primera instancia.

Y además estaban los informes médicos de la doctora Cristina Maggioni, que hablaban de abusos —muy graves incluso— en casi todos los casos. La prueba se había considerado como tal, a pesar de que del análisis de las fotos que el médico había tomado de los genitales de los niños —proyectadas en una gran pantalla frente a la cual se habían sucedido médicos forenses y ginecólogos— se desprendiera que los signos de esa violencia no eran en el fondo *tan evidentes*.

Uno de los momentos que más discusión había causado durante el juicio fue el enfrentamiento entre la doctora Maggioni, perito de la Fiscalía, y Cristina Cattaneo, una anatomopatóloga de Milán llamada como asesora por el juez para las indagaciones preliminares. Según esta última, en los cuatro hijos de Lorena y Delfino Covezzi no había signos «que demuestren claramente actos de abuso sexual». Y ante la fotografía de los genitales de una niña cuyo himen, según Maggioni, había desaparecido debido a las repetidas y gravísimas violencias, Cattaneo había señalado que ese

himen, por el contrario, resultaba claramente visible.

En el debate que había surgido a tal propósito, Maggioni había comentado que tras el inicio de la menarquia —es decir, el primer ciclo menstrual— un himen desgarrado podía *volver a crecer*. Una declaración que había hecho dar un respingo a los colegas, porque carecía de toda base científica. Y que había enfurecido a los abogados defensores y a los padres, que ahora se preguntaban por el auténtico grado de competencia de la médica que había visitado a todos esos niños y cuyos informes habían determinado su alejamiento. Más de un perito consultado por la defensa no compartía las conclusiones de la ginecóloga milanesa. Entre ellos se contaba también Antonio Fornari, una eminencia de la medicina forense en Pavía que a lo largo de su carrera se había ocupado de casos muy famosos. Después de analizar el trabajo y las metodologías adoptadas por la doctora Maggioni, Fornari comentó: «No estoy en absoluto de acuerdo... No veo absolutamente nada que pueda señalar, con certeza, que los niños examinados hayan sido objeto de violencia sexual...».

Las divergencias de puntos de vista entre Maggioni y los demás peritos habían llevado al tribunal a solicitar la formación de una junta compuesta por dos expertas, que establecieron en última instancia para algunos de los niños un cuadro de abusos «posibles» o «indicativos». Es decir, algunos signos observados en las zonas genitales —fisuras, pequeñas incisiones, enrojecimiento— que podrían interpretarse tanto como lesiones o conformaciones físicas comunes a muchos, así como huellas «compatibles» con actos de violencia. Pero no había certeza alguna. En ninguno de los niños o niñas se encontraron signos «específicos», es decir, «seguros».

Entre otras cosas porque —como llegaría a aprender en la literatura científica actual que trata este tema— solo es posible obtener la certeza absoluta de actos de abusos sexuales contra un menor en casos que presenten huellas inequívocas, como laceraciones, embarazos o enfermedades de transmisión sexual. Sin embargo, ello no excluía a priori que algo menos identificable

pudiera haber sucedido de todos modos. Y para compensar la incertidumbre, estaban las duras palabras de acusación de los niños que inculpaban a los adultos. En mayo de 2000 el fiscal del proceso *Pedófilos-2* solicitó penas que en algunos casos llegaban hasta los quince años de prisión, como para el padre Giorgio Govoni, considerado uno de los líderes de la secta.

Algunos de sus feligreses y viejos amigos me dijeron que el padre, cuya involucración era ahora bien conocida en toda la Bassa, parecía tranquilo, aunque resignado. Solo tenía confianza en la *justicia divina*, decía. La humana la había visto agonizar en las salas de los tribunales, audiencia tras audiencia, testimonio tras testimonio. En la tarde del 19 de mayo, el padre Govoni montó en coche y desde Staggia fue a Módena para ver a su abogado, Pier Francesco Rossi. No tenían cita. El párroco, como de costumbre, había comunicado su llegada con una rápida llamada, sospechando que estaba siendo interceptado. Tenía que decirle «algo importante».

El letrado tenía un cliente en el despacho ese día, pero le encontraría un hueco. Rossi era un joven penalista que se estaba granjeando cierta fama en el panorama judicial modenés. Se habían conocido tres años antes, cuando le fue asignado de oficio a Igor Galliera, el hermano mayor de Dario acusado de molestias y luego de abusos contra el niño. Como Galliera, en aquel momento un joven de veintidós años, era incapaz siquiera de llegar al bufete de su abogado en autobús desde Massa Finalese, el sacerdote lo había acompañado de vez en cuando en coche, y así, cuando fue incluido entre los sospechosos, eligió al mismo abogado como defensor. El padre Govoni se sentó en una salita esperando su turno. De repente, desde detrás de la puerta de su despacho, Rossi escuchó un grito ahogado y alguien llamó gritando: «¡El padre Giorgio no se siente bien!». El sacerdote yacía en el suelo, con el cuerpo presa de espasmos. Rossi se tiró al suelo para socorrerlo. La intervención de la ambulancia fue inútil. Govoni había muerto entre sus brazos, fulminado por un infarto.

En pocas horas, la noticia de su desaparición llegó a la campiña de la Bassa, donde al anochecer todas las campanas doblaron a muerto. Tañidos de indignación, de dolor. La banda sonora de los cuatro funerales organizados en su memoria en los lugares donde había vivido, profesando un Evangelio hecho de sudor y sacrificios, donde ahora se elevaba el lamento de miles de feligreses que habían optado por estar de su lado desde el principio, pretendían que su ira se sintiera hasta las salas del Tribunal de Módena. Y aunque no hubiera faltado alguien que en la noche hubiese manchado los carteles de luto de San Felice con la inscripción «Cerdo, bastardo», pocas horas después de su muerte, el padre Giorgio ya se había convertido en mártir en San Biagio, Massa, Finale y Staggia. La enésima víctima de un monstruo que estaba dejando tras de sí un reguero de cadáveres y familias destrozadas por el dolor. La historia había llamado incluso la atención de los periódicos nacionales, mientras que en la prensa local campeaban titulares con citas de parientes, conocidos y miembros de la curia: «Que los jueces cambien de trabajo». «Han sido ellos los que lo han matado.» «La policía solo estaba tratando de incriminarlo.» «Quinientas antorchas contra los fiscales.» «Es Satanás quien engaña sus mentes.»

Pocos días después, la sentencia de primer grado de *Pedófilos-2* se cerró con un aluvión de duras condenas para trece acusados, entre ellos los Galliera y los Scotta, ya condenados en *Pedófilos-1*, y además Santo Giacco, toda la familia Morselli y la maestra Rita Spinardi. Y por último el padre Govoni, sobre quien el tribunal había escrito que no podía proceder «por la muerte del reo».

Una de las personas que pagó un precio más alto por esa sentencia, incluso antes de que fuera pronunciada, fue Rita Spinardi, quien dos años antes había recibido una comunicación del Ministerio de Educación por la que se le suspendía el ejercicio de la docencia. La mujer —sola, sin hijos y recién salida de una delicada operación—

había empezado a recorrer la provincia de Mantua haciendo entregas puerta a puerta de guías telefónicas, o trabajando en un bar para complementar el subsidio alimentario de setecientas mil liras mensuales[1] que le pasaba el Estado, apenas lo suficiente para pagar el alquiler y los honorarios legales. Cuando no estaba trabajando, hacía de voluntaria en la Cáritas de Mantua, donde preparaba comida en un centro de escucha. El resto del tiempo lo pasaba encerrada en casa, con las persianas bajadas, para protegerse de la angustia persecutoria que acompañaba sus días desde hacía tiempo, a veces bajo la apariencia de un viejo Fiat 124 verde que parecía seguirla a todas partes. ¿Sería una imagen real? ¿O una proyección que la conmoción y el miedo generados por aquella historia le había dejado en la cabeza? Sus llamadas telefónicas habían sido interceptadas, y su vida privada y laboral había terminado en la *Gazzetta di Mantova*, donde se dio a entender que había participado en el secuestro de aquel niño de segundo curso que vivía en Gonzaga. Fue ella, según el tribunal, quien intentó ocultar las pruebas que el pequeño Dario había dibujado en su diario: el retrato robot de esos dos extravagantes Giorgio 1 y 2 que, según los abogados defensores, no habían venido a perseguirlo desde Massa Finalese, sino desde un rincón remoto y oscuro de su fantasía traumatizada por horas y horas de preguntas de una ansiosa madre de acogida y de una joven psicóloga inexperta.

El año siguiente a la condena, en medio de un período de oscuridad y fuerte depresión, llegó de Bolonia la absolución en segundo grado para la maestra de Pegognaga. El Tribunal de Apelación anuló parcialmente la sentencia del Tribunal de Módena, retirando todos los cargos de abusos en los cementerios por falta de pruebas. Además de Rita, también fueron absueltos Santo Giacco y otros dos padres involucrados, mientras que se confirmaron las sentencias —solo por abuso intrafamiliar— para Enzo, Emidio, Giuliano, Monica y Giuseppe Morselli. El Tribunal Supremo validó en 2002 la sentencia del Tribunal de Apelación. A los ojos de la opinión pública, parecía cada vez más claro que algo había fallado en aquel asunto judicial que había marcado la historia de los

En ese mismo año se había iniciado otro proceso, el *Pedófilos-3*, en el que solo estaban imputados Lorena y Delfino, quienes fueron juzgados por separado por las acusaciones de violencia contra sus hijos. Hacía más de tres años que la pareja no sabía nada de ellos. Lorena llevaba mucho tiempo viviendo fuera de Italia. En 1999, período en el que sus hijos habían empezado a confirmar las historias de su prima Cristina a Donati y a sus familias de acogida, la ya exmaestra de jardín de infancia había descubierto que estaba embarazada de un quinto hijo. Como si ese Dios todopoderoso al que ella recurría todas las noches desde que aprendió a rezar, que no la había defendido mientras su familia era desmantelada y encarcelada, hubiera querido concederle un último asidero al que aferrarse antes de deslizarse a un abismo sin luz y sin retorno. Durante meses no le dijo a nadie nada al respecto, escondiendo su pequeño secreto bajo ropas cada vez más holgadas. Sus abogados se lo habían advertido. Dar a luz en Mirandola no sería una sabia decisión. Un año antes, el 17 de julio de 1998, Kaempet, la mujer de Federico Scotta, había dado a luz a Stella, su tercera hija. Pero mientras a ella la cosían en el quirófano al terminar la cesárea, los trabajadores sociales se presentaron en el hospital con una orden del Juzgado de Menores e hicieron trasladar a la recién nacida a una salita inaccesible a sus padres, antes de llevarla a un hogar de acogida y hacer que se perdiera su rastro.

—Si te quedas aquí harán lo mismo contigo —les dijeron los abogados a Lorena y a Delfino.

La mujer, preocupada, recurrió a su comunidad de feligreses y voluntarios.

—Hay frailes franceses en Finale Emilia —le confió el padre Ettore Rovatti—, voy a pedirles ayuda.

Los frailes de Saint-Jean eran los guardianes del Santuario degli Obici y tenían contactos en Salernes, en el sur de Francia, donde conocían a los responsables de una casa comunitaria que podrían ayudar a los Covezzi a esconder al recién nacido. Así fue

como Lorena y Delfino se marcharon de su pueblo una noche de diciembre de 1999, enfrentándose a un viaje en coche de casi siete horas hacia lo desconocido. El niño nació el 27 de diciembre. Lo llamaron Stefano. Lorena se quedaría con él en Salernes, mientras que Delfino iría y volvería a la Bassa para no perder su trabajo y seguir de cerca los asuntos judiciales que los atañían.

Su proceso había tomado un feo cariz desde el principio. Poco después de la huida a Francia, su abogado fue acusado por uno de los hijos de la pareja de haberle dirigido amenazas durante una audiencia protegida, asegurándole que la doctora Donati «moriría a los cincuenta». El abogado fue acusado formalmente y renunció de inmediato a su encargo como defensor. Cuando lo conocí —años después— en su bufete me reveló que su mujer le había suplicado que se apartara de esa historia, temiendo que alguien les quitara a su pequeña hija.

Los Covezzi se habían visto obligados a buscar otro abogado, pero sus problemas estaban lejos de terminar. Los niños seguían acusándolos de presiones y amenazas. Dos de ellos le habían dicho a Donati que su madre se les había acercado en ese mismo período a la salida de su nuevo colegio: «¡No lo olvides, no digas nada, de lo contrario te matarán!». De esta manera Lorena había empezado a llevar un diario detallado de todos sus desplazamientos, anotando cotidianamente los nombres de las personas que encontraba en Francia y que podían atestiguar haberla visto, además de guardar los recibos de comidas y facturas, de los peajes de las autopistas y de los restaurantes de carretera, así como los recibos de las llamadas telefónicas de su casa.

Iba a Italia lo menos posible. En Salernes empezó a buscar un nuevo trabajo. Nada que ver con jardines de infancia ni con niños, ni con todo lo que había estudiado y aprendido en los veinte años anteriores. Se habría contentado con ser la *femme de ménage*, la señora de la limpieza. Y en todo caso, le angustiaba la idea de que durante su estancia en Italia alguien pudiera ir a buscar a Stefano a Francia para llevárselo.

Después de una condena de doce años en primer grado, ella y Delfino fueron absueltos, pero el Tribunal Supremo hizo repetir el

juicio de apelación, en el que se les declaró nuevamente inocentes. Sin embargo, Delfino murió de un infarto en 2013, antes de asistir a la última sentencia al año siguiente. Interpelado por segunda vez, el Tribunal Supremo expresó bastantes dudas y perplejidades sobre la labor de los psicólogos de Mirandola y los asesores técnicos de Turín. Los relatos de los menores se consideraron «carentes de toda verificación y recibidos acríticamente» por las profesionales. A esas mismas psicólogas, cuya pericia había apreciado el Tribunal de Módena años antes en los procesos *Pedófilos-1* y *Pedófilos-2*, se las definía ahora como «profesionales jóvenes carentes de experiencia específica», tanto como para inducir a los jueces a escribir lo difícil de creer que les resultaba que se les hubiera confiado una historia tan delicada y compleja. Además de esto, los magistrados se habían declarado estupefactos «por el hecho de que las psicólogas, tras el examen forense, informaran a los niños de que los médicos pensaban que alguien les había hecho daño», sobre todo después de haber constatado la cantidad de errores que dichos exámenes contenían. Por tanto, Lorena había quedado absuelta «por no haber cometido los hechos». Dieciséis años después de que sus hijos, ahora mayores de edad, ahora a años luz de distancia, ahora llenos de rencor hacia ella, le hubieran sido arrebatados en el corazón de la noche.

Mientras tanto Monica, su cuñada y madre de Cristina, había fallecido en la prisión de Módena tras un largo proceso de deterioro físico y psíquico. A los pocos meses de su detención, agotada por los continuos ataques epilépticos, había dejado de escribir y presentaba notables dificultades para hablar y caminar, hasta el extremo de que, en su último coloquio con Giuliano, su marido, quien también se encontraba detenido en la misma institución, tuvo que ir acompañada del brazo por dos mujeres policías. La trombosis cerebral que la sorprendió en su celda resultó fatal. La siguió Enzo, el padre de la familia Morselli, que murió por complicaciones derivadas de un derrame cerebral, tres días después de jurarle a su esposa Lina frente al crucifijo que

nunca les había puesto la mano encima a sus nietos.

Los problemas de los hermanos de Lorena continuaron más allá del proceso *Pedófilos-2*, hasta desembocar en un nuevo procedimiento penal en el que esta vez eran los únicos acusados, *Pedófilos-4*, celebrado en este caso en Reggio Emilia.

Un día, Veronica, la hija mayor, le dijo a Donati que a la salida de su nuevo colegio se habían presentado su abuelo y sus tíos Emidio y Giuseppe, quienes la habían secuestrado cuatro veces antes de que subiera al autobús escolar, la habían llevado a una arboleda adyacente al centro y la habían violado con la rama de un árbol. Ninguno de las docenas de alumnos presentes había visto nunca nada. Después de los abusos, añadió Veronica, sus familiares la llevaron de regreso a la casa de los padres de acogida para esfumarse luego. A pesar de la extrema gravedad de las lesiones que la chica había denunciado haber sufrido, el Tribunal de Reggio Emilia no autorizó ningún examen médico. También *Pedófilos-4*, al cabo de más de diez años, concluyó con absoluciones para todos los acusados. El fiscal que no creyó en las acusaciones de la menor me contó sin embargo que, inmediatamente después de la sentencia de primer grado, alguien de la Fiscalía de Módena había llamado a su oficina quejándose y pidiendo explicaciones de por qué había optado por una estrategia diferente a la seguida por los colegas modeneses hasta ese momento. También el quinto y último proceso, el del antiguo abogado de Covezzi acusado de amenazas, terminó con una condena en primer grado en Módena y una posterior absolución en el tribunal de apelación.

Con el paso de los años, todo este complejo asunto legal parecía una enorme ciudad abandonada y sin forma, diseñada por un arquitecto que en algún momento debió de volverse loco. No había nada que respondiera a ningún criterio lógico. Calles de varios sentidos sin salida, pasos elevados que dan al vacío, edificios y casas en curva donde —como en un cuadro de Escher— cada piso, cada escalera y cada muro respondía a una ley de gravedad propia, en contraste con los demás.

Si las historias de abusos que contaba un niño resultaban dignas de crédito para algunas personas, no lo eran en absoluto para otras. Como si los jueces hubieran hecho una extraña operación de *cherry-picking* o falacia de la prueba incompleta, seleccionando solo unos pocos segmentos de sus declaraciones y pasando por alto todo lo demás. Se mirara por donde se mirara, esta historia resultaba increíblemente grotesca. Los acusados habían sido condenados o absueltos sobre la base de las mismas pruebas.

Muchas veces he pensado en el archivo del padre Ettore Rovatti, y en la primera vez que me encontré frente a todos esos expedientes. Decenas de kilos de papel que, si se apilaban, podían tocar fácilmente el techo de su habitación. Actas de audiencias, memorias exculpatorias de los abogados, extensos informes de los peritos, transcripciones de interrogatorios. Es difícil establecer el número exacto de personas que trabajaron en estos casos durante casi veinte años, entre abogados, jueces, agentes de policía, psicólogos y psiquiatras, ginecólogos, médicos forenses y profesores universitarios procedentes de todos los rincones de Italia. Por no hablar de las decenas de testigos o personas informadas de los hechos llamados a declarar en la sala. ¿Cuántas *miles* de horas de trabajo había allí? ¿Cuánto habían costado esos cinco juicios en términos económicos, que habían hecho de todo excepto responder a la única y crucial pregunta: *esos niños ¿habían sufrido abusos o no?*

Alessia y yo hemos tratado varias veces de encontrar un sentido en esos archivos, preguntándonos a menudo qué probabilidad había de que tantos profesionales de diferentes escuelas, sectores y lugares pudieran llegar a tomar decisiones tan cuestionables dentro del mismo caso.

¿Era posible que los informes médicos de la doctora Maggioni, por ejemplo, uno de los dos grandes pilares sobre los que la Fiscalía había levantado su planteamiento acusatorio, estuvieran realmente *todos errados*? ¿Era posible que un médico de una clínica de

renombre como Mangiagalli pudiera cometer una equivocación de tal calibre?

Pues puede que sí.

La chispa de la sospecha acabaría por prenderse precisamente en la ciudad en la que trabajaba esa doctora: Milán.

En el mismo período en que se celebraron en Módena los juicios que la tenían entre los protagonistas como asesora del ministerio fiscal, la ginecóloga se vio envuelta en una feroz polémica por otro caso de abusos, esta vez en el tribunal de la capital lombarda. Un caso mucho menos conocido que el de la zona de la Bassa de Módena, que sin embargo arruinó su carrera y, por encima de todo, minó su credibilidad: el de Marino Viola, un taxista acusado de haber agredido sexualmente a su hija de tres años.

En 1996, la mujer de Viola notó que su hija había empezado a usar a menudo la palabra *pito* en casa, especialmente cuando hablaba de su padre. De acuerdo con su marido, recurrió al CBM, el Centro para el Maltrato Infantil de Milán, una institución muy conocida entre los psicólogos que trataban a menores. Una profesional del centro la puso de inmediato en guardia: se trataba de un caso de abuso sexual, probablemente por parte del mismo padre. La mujer tenía que abandonarlo de inmediato e ingresar en una institución protegida con la niña, de lo contrario habría sido considerada como cómplice y se habría arriesgado a perder a su hija. A pesar de creer en la inocencia de su marido, la mujer, presa del pánico, había seguido las instrucciones de la psicóloga. El caso le fue confiado a Pietro Forno, un conocido fiscal que desde hacía algunos años había declarado la guerra al fenómeno de la pedofilia. A su alrededor nació un equipo de expertos con la tarea de identificar los abusos y llevar a juicio a los culpables.

Y entre los peritos de mayor confianza de Forno, además de las psicólogas del CBM, estaba la doctora Maggioni.

Sin embargo, tres años después del estallido del caso, a Forno le sustituyó otra fiscal, Tiziana Siciliano, que tras estudiar los papeles había pedido la absolución del padre, lanzando una dura acusación contra la ginecóloga de la clínica Mangiagalli: «Jamás

volveré a convocarla como perito...», había dicho Siciliano durante su alegato de acusación. «Digamos que nunca da la sensación de ser particularmente conocedora del tema... hay una documentación fotográfica muy extensa que contradice de manera tan radical las declaraciones de la doctora Maggioni, que nos lleva a preguntarnos si se trata de una incompetente total o de una persona de mala fe... a mi parecer son pericias falsas. Es decir, son pericias hechas por personas que deberían cambiar de trabajo.» Sus palabras acabaron en todos los periódicos, generando un terremoto dentro de la Fiscalía de Milán que desembocó en el traslado de Forno a Turín. A su método de investigación, ofuscado según sus críticos por un fuerte sesgo a favor de la culpabilidad, dedicaron los diarios artículo tras artículo, enumerando distintos casos de personas que terminaron siendo sometidos a juicio a raíz de pruebas poco sólidas, o contaminadas por asesores inadecuados.

«A él», escribió el periodista del *Corriere della Sera* Paolo Biondani

> ha de atribuírsele el mérito (o demérito) de haber creado un «método de investigación» utilizado en cientos de juicios por violación o abuso: denuncias y testimonios de presuntas víctimas recogidos por secciones especializadas de la policía; informes periciales encomendados a ginecólogos y psicólogos de confianza; inserción en las investigaciones de las confidencias hechas por los niños a educadores; denuncias de complicidad contra cónyuges y familiares que no confirman las acusaciones; coordinación con los juzgados de menores, para separar inmediatamente a los niños de los padres sospechosos; estrecha colaboración con un restringido grupo de instituciones de protección infantil. Una «maquinaria» judicial tan eficiente que, según sus críticos, se vuelve implacable hasta con los inocentes.

Maggioni —de quien quedó constatado, por indagaciones y preguntas parlamentarias, que había participado en casi cuatrocientos peritajes— fue despedida de su clínica y continuaba ejerciendo la profesión por su cuenta.

Empecé a investigar un poco en internet y descubrí que la doctora se había visto involucrada en otros casos controvertidos. En su web, Cristina Maggioni se define como «una obstetra y

ginecóloga que trabaja con conexiones corporales-mentales y trastornos psicosomáticos». La doctora aparece también en la página web de la Universidad de Milán, como profesora del Departamento de Ciencias Clínicas y Comunitarias.

Cuando le expliqué por teléfono que quería hablar sobre el caso de Módena, tuve la impresión de que no quería seguir con esa conversación. «Oh, Dios santo —dijo primero—, ¿por qué lo hace?» Luego me planteó de inmediato lo que para ella era una verdad innegable: «Los peritajes fueron vistos por otros diecisiete peritos, todos los cuales confirmaron las gravísimas lesiones». No era cierto en absoluto. Los demás expertos se mostraron todos mucho más cautelosos que ella y hubo quienes criticaron su trabajo. Nadie habló nunca de lesiones muy graves. Cuando se lo hice notar, Maggioni se corrigió. Solo un perito no había estado de acuerdo con ella: la doctora Cattaneo, asesora del juez de instrucción, quien según Maggioni llegó a elaborar «pruebas falsas» con tal de defender que no hubo abusos. Me quedé perplejo. Le pedí que fuera más concreta. ¿Estaba diciendo que Cattaneo había elaborado falsificaciones? «Bueno, como usted sabe bien es posible reconstruir algo con el ordenador, ¿verdad? Pueden hacerse montajes», respondió Maggioni.

Me quedé sin palabras. Según ella, su colega —no se sabe cómo— había modificado a propósito con un software los documentos de las actas que retrataban áreas genitales de los niños, para poder afirmar que no había pasado nada. Se trataba de una declaración absurda, totalmente ilógica. ¿Por qué razón habría hecho Cattaneo algo así? ¿Es que estaba de parte de los pedófilos? Maggioni no se había detenido allí. Según ella, Cattaneo incluso había sido desenmascarada durante el juicio, hasta el extremo de que los jueces, en la sentencia, habían escrito que no la inhabilitaban del Colegio de Médicos por haber escrito una cosa falsa «solo porque era una forense». Aquello tampoco tenía sentido. No podía tener sentido. Y era una información evidentemente falsa. Por si fuera poco, Maggioni —a pesar de su larga experiencia en ámbito judicial— parecía ignorar algunas nociones básicas de derecho penal que cualquiera que tuviera un mínimo de

familiaridad con el tema no podía dejar de conocer. Los jueces de un tribunal no tienen facultades para *expulsar* de la profesión a un médico —y menos aún en un juicio en el que desempeñaba el papel de simple perito, y no de acusado—, ya que se trata de una prerrogativa que corresponde únicamente al colegio al que pertenece el profesional.

La conversación empezó a adquirir un tono de lo más extraño. No era capaz de seguirla, pues ante mis insistentes preguntas respondía con otras preguntas: «¿Qué pretende usted? ¿Quiere impedirme que ejerza de médico durante el resto de mis días?».

Pero si a estas alturas ya tenía una idea más que clara de la enorme chapuza judicial que había nacido a raíz de este asunto —y de la solidez de las pruebas médicas que habían condenado indiferentemente a unos y absuelto a otros—, había sin embargo un enorme e incomprensible misterio que seguía cerniéndose sobre esta historia: los relatos de los niños. No entendía su origen. No comprendía cómo niños tan pequeños habían llegado a verbalizar todos esos horrores. No cabía duda de que había en ellos elementos de fantasía. Pero la duda seguía presente. ¿Y si hubiera sucedido *algo* en su casa de todos modos? La respuesta había que buscarla lejos de Mirandola y Massa Finalese. En otro continente. En otra época.

13

Lo último que vio Bridget Bishop antes de cerrar los ojos para siempre fue la pequeña multitud que se había reunido en un día a finales de la primavera de 1692 en Gallows Hill, la «colina de los ahorcamientos». Allí había ido a parar con las manos atadas a la espalda después de que un juez de la localidad de Salem, en la costa noreste de las entonces colonias británicas americanas, la condenara a muerte. Bishop, una sexagenaria con dos matrimonios a sus espaldas, un carácter aguerrido y un estilo llamativo que no pasaba desapercibido en una comunidad compuesta mayoritariamente por protestantes puritanos, había sido acusada de practicar la brujería a unas chicas que desde hacía tiempo mostraban signos de malestar, acompañados de ataques de histeria.

Las sospechas se centraron inicialmente en tres mujeres, entre ellas una vagabunda y una esclava caribeña, quienes bajo amenazas habían confesado y mencionado los nombres de otras personas, incluido el de Bishop.

Según algunos testigos, la mujer regentaba una taberna de mala reputación donde se reunían los jóvenes del lugar. Y donde probablemente ocurrían cosas extrañas. De esta manera había sido convocada ante los jueces e identificada por algunas de las chicas, quienes al verla habían lanzado gritos y se habían quejado de dolores, inculpándola con una irrefutable confirmación: la llamada *prueba fantasmal*, a causa de la que fue sentenciada a muerte. El 10 de junio, el verdugo le ató una soga al cuello. Fue la primera de una larga lista de *brujas* a las que la comunidad había declarado la guerra. Habría dieciocho ahorcamientos más y una muerte por aplastamiento antes de que el gobierno local pusiera fin a la persecución y algunas de las chicas, ya adultas, se retractaran de las acusaciones.

La historia antigua, moderna y contemporánea en cualquier latitud está salpicada de fenómenos de caza de brujas como el que ocurrió en Salem a finales del siglo XVII. Los judíos en Europa fueron una de las comunidades más afectadas por la acusación de rituales que implicaban sacrificios violentos de los que eran víctimas especialmente niños cristianos, cuya sangre —según creencias populares transmitidas durante generaciones— les servía para preparar los tradicionales panes ácimos. El primer episodio del que se tiene constancia escrita tuvo lugar en Norwich, Inglaterra, en 1144. En ese año, la ciudad de East Anglia se vio sacudida por un suceso de crónica negra relacionado con el misterioso asesinato de William, un aprendiz de curtidor de doce años, de cuya muerte se responsabilizó a miembros de la comunidad judía. Episodios similares aparecen en los anales y crónicas de todo el mundo. La idea, o más bien el temor de que en toda comunidad existan individuos o grupos de personas con una doble vida, sin escrúpulos, dispuestos a cometer cualquier clase de atrocidades en nombre del Mal Absoluto ha cruzado épocas y océanos, generando psicosis de masas que muchas veces tienen una matriz común. Hombres y mujeres encapuchados que actúan en la oscuridad. Sacrificios de animales, especialmente de gatos. Liturgias que prevén la ingestión de sangre. Misas negras en los cementerios con desenterramientos de cadáveres. Abusos sexuales. Asesinatos. Canibalismo. Los mismos elementos que se repiten en los grabados de la Edad Media y en los guiones de películas y series de gran éxito aún hoy. De trasfondo está siempre el satanismo, el eterno movimiento anticristiano que celebra al ángel que se rebeló contra Dios en el Apocalipsis.

Antes de ocuparme del caso de los Demonios de la Bassa, mis conocimientos del satanismo se limitaban a algunos artículos periodísticos, a películas o a leyendas urbanas que había oído desde niño. Más tarde me tropecé con un texto académico del

erudito turinés Massimo Introvigne. En *Satanism, a Social History* se explica que este fenómeno tiene orígenes bastante recientes. Los primeros satanistas que la historia recuerda aparecen en Francia a caballo entre los siglos XVII y XVIII: una cortesana del rey Luis XIV, Catherine La Voisin, fue descubierta mientras organizaba para las damas de la corte las primeras *misas negras* en las que se rendía culto al diablo para obtener favores o ventajas materiales. Dos siglos y medio más tarde, un extravagante ocultista inglés, Aleister Crowley, había definido las reglas fundamentales del satanismo —«Haz lo que quieras, serás toda la Ley. No hay otro Dios que el Hombre»—, y basándose en ellas había fundado a principios de la década de 1920 en Cefalú, provincia de Palermo, la abadía de Thélema. No tardaron los diarios locales, describiendo en sus artículos las fiestas a base de sexo, sodomía y sacrificios de animales que organizaba ese excéntrico personaje, en definirlo como «el rey de la depravación, el hombre más perverso del mundo, la bestia humana», contribuyendo así a su expulsión por orden del gobierno de Benito Mussolini.

Fue en Estados Unidos, sin embargo, donde el satanismo salió por primera vez al descubierto, convirtiéndose en 1966 en un movimiento religioso a todos los efectos gracias al esotérico Anton LaVey, fundador de la Church of Satan, una organización californiana que todavía hoy tiene una sede legal, un sitio web y una radio, y que cree en Lucifer no tanto como reencarnación del mal, sino como símbolo de la libertad humana, asociada a placeres como el poder, el sexo y el dinero.

Hasta finales de los años sesenta, el asunto de los cultos y las matanzas rituales en Estados Unidos no era un tema muy tratado en los medios de comunicación. Luego, en agosto de 1969, todo el país enmudeció ante la noticia de que un grupo de seguidores del fanático Charles Manson había llevado a cabo asesinatos de trasfondo ritual en la casa de la actriz Sharon Tate en Los Ángeles, apuñalando a cinco personas. Manson fue inmediatamente identificado por algunos como la encarnación del diablo. Poco después, en los años setenta se asistiría al surgimiento de escritores de renombre mundial, como Stephen King, y el enorme éxito en el

cine de películas de terror como *El exorcista* en 1973. Ese nuevo género, si por un lado cautivaba al público, por otro lo confrontaba con sus propios miedos y con sus angustias más profundas.

Nueve años después de la matanza de la familia Manson, otro caso de crónica negra conmocionó a Estados Unidos: el suicidio en masa de más de novecientos seguidores del reverendo James Warren Jones en una aldea de Guyana. Jones había logrado persuadir a decenas de familias para que lo siguieran al país caribeño, donde vivirían en una comuna agrícola bajo la bandera del *socialismo apostólico*, una ideología salpicada de teorías de la conspiración. Preocupados, algunos familiares de los adeptos recurrieron a un político californiano, Leo Ryan, que voló a la selva amazónica con una delegación de periodistas para visitar el lugar. Sin embargo, antes de que se marcharan, algunos fieles del Peoples Temple de Jones abrieron fuego y mataron a Ryan y a otras cuatro personas. Esa misma noche el reverendo convenció a sus seguidores de que el ejército no tardaría en ir a buscarlos y distribuyó dosis de cianuro a todos, grabando en casetes su último sermón en medio de los gritos agonizantes de hombres, mujeres y niños. Un tercio de las víctimas encontradas días después amontonadas en el templo eran menores de edad. La noticia del «suicidio revolucionario» de Jonestown fue la más seguida del año, provocando una nueva ola de miedo a las sectas capaces de manipular las mentes e inducir a personas corrientes a acciones colectivas incomprensibles.

Dos años después, en 1980, apareció en las librerías estadounidenses un libro destinado a desatar lo que hoy se recuerda como una de las mayores manifestaciones de histeria colectiva de la historia: el pánico satanista. *Michelle Remembers* es la historia real de una canadiense de veinticuatro años, Michelle Smith, que conoció al doctor Lawrence Pazder en Victoria, en el estado canadiense de Columbia Británica, cuando quiso tratarse una depresión. Tras las primeras sesiones, el psiquiatra intuyó que el origen del malestar de su nueva paciente era la violencia sufrida de niña y reprimida posteriormente, de modo que decidió proceder a la recuperación de sus recuerdos anteriores a través de varias

sesiones dirigidas de hipnosis. Un día Michelle se despertó sobresaltada después de soñar con cientos de diminutas arañas saliendo de un corte en su brazo izquierdo. No tardó en recordar una larga serie de abusos sufridos a los cinco años por una organización satanista: orgías, rituales, sacrificios, torturas, violaciones. En el curso de estos ritos, la niña afirmó haber estado encerrada en una jaula. Los satanistas la habían rociado con la sangre de niños y adultos asesinados y la habían atado junto con un cadáver dentro de un automóvil que luego estrellaron en una carretera. Tan pronto como se publicó, el texto se convirtió en un éxito editorial, vendiendo una cantidad inimaginable de ejemplares en Estados Unidos. Decenas de noticiarios y programas televisivos empezaron a abordar historias de personas que contaban haber tenido experiencias similares a la de Michelle Smith, o a denunciar casos de asesinatos de presunta matriz satánica. A pesar de las dudas iniciales de algunos periódicos sobre la veracidad efectiva de lo que contaba la mujer, esa historia ya había conmocionado a millones de estadounidenses, que habían descubierto un nuevo enemigo interno, invisible. Un enemigo más peligroso que el representado en el pasado reciente por la amenaza comunista enarbolada por los partidarios del macartismo y de la lejana Unión Soviética durante la Guerra Fría, porque era capaz de penetrar en las ciudades y en los colegios, donde podía afectar a los seres más pequeños e indefensos de la sociedad: el llamado SRA, acrónimo de «abuso satánico ritual».

Tres años después de la publicación de *Michelle Remembers*, en una guardería de Manhattan Beach, en California, una madre notó que su hijo de dos años y medio se comportaba de manera extraña. Al poco tiempo, después de apremiarlo a preguntas, se convenció de que el niño había sufrido abusos por parte de la familia McMartin, que dirigía el centro. La mujer, a quien previamente se le había diagnosticado una forma de psicosis, contó historias muy extrañas a la policía. El pequeño había asistido a escenas en las que las maestras practicaban sexo con animales en el aula, y un día había

visto volar a uno de los educadores, Ray Buckey.

En consecuencia, la policía decidió enviar una carta a aproximadamente doscientos padres de niños que asistían o habían asistido al centro McMartin: «Estimados padres, este departamento está realizando una investigación sobre un caso de abusos de menores. Os pedimos que nos ayudéis. Pregúntale por favor a tu hijo si alguna vez ha sido testigo de un crimen como este o si ha sido víctima de él... Es posible que se hayan tomado fotos de niños desnudos». La larga carta pedía a padres y madres que averiguaran si sus hijos habían visto alguna vez a Ray Buckey salir de la clase con un niño de la mano y se aconsejaba que no se hablara del caso con nadie fuera del círculo familiar. Los padres hablaron con sus hijos y entre ellos, desencadenando un efecto dominó. Poco tiempo después corrió el rumor de que solo en la pequeña localidad de Manhattan Beach, que en esa época contaba con poco más de treinta mil habitantes, hasta 1.200 niños habían sido víctimas de abusos rituales satánicos. Una ginecóloga llegó a la conclusión de que el 80 por ciento de los 150 niños que visitó habían sufrido actos violentos.

Durante el juicio, en el que el propio doctor Pazder —para entonces considerado como un experto de fama nacional— fue requerido como perito, siete integrantes del jardín de infancia se vieron obligados a enfrentarse a trescientos cargos de acusación por abusos. Los testimonios fueron todos de lo más extravagante. Un niño contó que, después de que sus madres los dejaran en el colegio, los maestros los subían a un avión que los llevaba al desierto de California. Uno de ellos afirmó que nada menos que el célebre actor Chuck Norris asistía a los rituales. Según la Fiscalía, el objetivo final de los administradores del centro era ganar dinero vendiendo fotos y películas de pornografía infantil, a pesar de que no hubiera pruebas que confirmaran semejante tesis. El de los McMartin fue el proceso más largo de la historia de Estados Unidos, y se cerró al cabo de siete años con la absolución de todos los acusados.

Mientras tanto, se había generado una histeria colectiva en la que el papel de los medios de comunicación resultó decisivo. Personalidades de la televisión como Oprah Winfrey empezaron a conceder espacio en sus programas a personas que decían haber formado parte de sectas en las que se veían obligados a comer carne humana, y el 25 de octubre de 1988, a las ocho de la noche, la NBC transmitió un controvertido programa especial del popular periodista Geraldo Rivera llamado *Exposing Satan's Underground*: un viaje del reportero a través del mundo del heavy metal, del vudú haitiano y de casos de crónica negra aunados en la teoría de que Satanás y sus seguidores eran parte integrante de la sociedad estadounidense. Si por un lado Rivera fue duramente criticado por diarios como el *Washington Post*, que en un editorial titulado «El diablo previo pago» lo describió como un reportero enriquecido «gracias a una serie de especiales sórdidos y de ínfima calidad que exploran las zonas sombrías de la sociedad estadounidense», por otro, el programa alcanzó índices de audiencia vertiginosos. No era Rivera, sin embargo, el único que luchaba en primera línea en la cruzada antisectas que defendía los valores cristianos y conservadores de América en plena era republicana.

Gordon Coulter, un «policía/predicador» que se autodefinía como experto en el tema, distribuyó un videotutorial entre las fuerzas del orden en el que explicaba cómo reconocer símbolos ocultos en sus ciudades. Entre estos se encontraban grafitis del famoso pentáculo, la estrella satánica de cinco puntas invertida, trozos de cuerda, botellas de anestésicos y algunas clases de velas. Para permitir a sus colegas identificar casos de presuntos asesinatos rituales, Coulter montó un decorado con dos falsas columnas antiguas y un catre, donde había colocado a una modelo en bikini sobre cuyo cuerpo habían sido dibujadas unas marcas con un rotulador.

El terror a las sectas satánicas no perdonó ni siquiera a las publicaciones dirigidas a los niños. El libro ilustrado *Don't Make Me Go Back, Mommy* se comercializó en 1990 como un «texto para niños sobre los abusos satánicos rituales». La psicosis puso en dificultades también a grandes multinacionales como Procter &

Gamble, en cuyo logo —un hombre barbudo mirando las estrellas — alguien había identificado varias referencias al diablo, noticia que se difundió.

Pero fueron los jardines de infancia estadounidenses los principales braseros desde los que se expandió un incendio en los años ochenta y noventa que parecía haber hecho retroceder a la sociedad varios siglos. Los llamados centros *daycare* habían florecido en la segunda mitad del siglo, cuando un número cada vez mayor de mujeres empezaron a encontrar trabajo y a confiar a sus hijos durante el día a instituciones externas, a menudo de gestión familiar. Después del caso McMartin, cientos de casos que parecían fotocopias de este llenaron las páginas de los periódicos locales y nacionales.

Gerald Amirault, su madre y su hermana, que dirigían la guardería Fells Acres Daycare Center en Malden, Massachusetts, fueron acusadas de violar a niños con cuchillos y obligarlos a presenciar el sacrificio de pájaros. Los cónyuges Keller, dueños del jardín de infancia Oak Hill en Austin, Texas, vivieron una historia aún más increíble en su propia piel. Según tres pequeños testigos, cuyos padres habían entrado en contacto con los de los niños de la guardería McMartin, la pareja había despedazado delante de ellos varios animales y a un bebé. Y, exactamente igual que en el caso McMartin, contaron que habían presenciado el desenterramiento de cadáveres —de forma parecida a cuanto contaban Dario, Marta y Margherita— y que los habían sacado del centro y montado en un avión con destino a México, donde fueron violados en una base militar por miembros del ejército. Todo eso antes de regresar al jardín de infancia justo a tiempo para que mamá y papá los recogieran por la tarde. Los Keller fueron condenados en 1992 a 48 años de prisión después de un juicio de seis días. Hubo que esperar a 2009 para que el joven ginecólogo que había realizado el examen a la *niña cero*, confirmando las sospechas de la madre y la policía, revelara al periódico *The Austin Chronicle* que estaba equivocado. No tenía suficiente experiencia en aquel momento para reconocer lo que en realidad era un cuadro clínico completamente normal.

Todas estas historias parecían compartir el mismo guion. Y también la misma génesis: una madre angustiada por un cambio repentino en el estado de ánimo de su hijo que, tras convencerse de que ha sufrido abusos, acude a un psicólogo. Una dinámica increíblemente similar a lo que sucedió en la Bassa en 1997, cuando la señora Tonini, la madre de acogida de Dario, notó que el niño estaba cansado, se distraía más a menudo y tropezaba algunas veces más de lo habitual. ¿Algo le preocupaba? ¿Qué era?

—Vamos, tienes que decírmelo.

—Las bromas bajo las sábanas de Igor.

Bromas bajo las sábanas. Inmediatamente interpretadas por la mujer como sinónimo de abusos que al pequeño le costaba verbalizar. Y había hablado de ello con la doctora Donati. Y juntos habían empezado a hacerle al niño pregunta tras pregunta. Después de lo cual, como todos los *niños cero* del mundo, Dario había pronunciado algunos nombres. Igor, Romano, su madre Adriana. Y así el fenómeno se fue extendiendo como aguas residuales densas y negras a otras familias, desencadenando una reacción en cadena que inevitablemente acababa cayendo sobre los escritorios de detectives y fiscales.

De nada sirvieron los estudios e indagaciones de investigadores atentos que —en todo ese carrusel de recuerdos fantasiosos, llenos de máscaras, de pájaros descuartizados, de tortas hechas con excrementos, de juegos eróticos filmados y de personas voladoras— habían entrevisto los rasgos recurrentes de un preocupante fenómeno social, muy similar al de la «caza al propagador» que tuvo lugar en los siglos XVI y XVII en la Europa diezmada por la peste. En 1992, el agente del FBI Kenneth Lanning publicó un informe en el que planteaba serias dudas sobre la existencia real de esas modalidades de violencia ritual, cuyas denuncias se acumulaban ya en los archivos de las comisarías desde las costas del Pacífico hasta las playas del Atlántico: «Una madre me contó que después de que su hijo fuera reconocido como víctima, se sintió un poco mejor», escribió Lanning, para quien la mujer prefería creer que su hijo vivía en una comunidad

controlada por satanistas en lugar de aceptar la idea de que fuera un mentiroso patológico.

El análisis de Lanning me impactó mucho. Por paradójico que parezca, se trata de un mecanismo psicológico que se repite desde la noche de los tiempos. En clara equivalencia al ritual judío del chivo expiatorio, en el que el animal era enviado al desierto después de haber sido cargado simbólicamente con todos los males de una comunidad, que de esta manera podía considerarse purificada, ahora los padres y las madres incapaces de interpretar las fases de malestar o dificultades comunes a muchos niños identificaban a alguien sobre quien hacer recaer todos sus problemas y angustias.

En sus conclusiones, Lanning se preguntaba: «¿No estaremos compensando siglos de silencio al aceptar ahora ciegamente cualquier acusación de abuso infantil, por absurda o improbable que sea?».

La misma pregunta se la plantearon en 1994 algunos expertos contratados por el National Center on Child Abuse and Neglect, quienes después de analizar más de doce mil casos denunciados no habían encontrado una sola evidencia que confirmara las denuncias de los llamados *satanic ritual abuses*.

«Identificar al malo te confiere tranquilidad —me explica Giuliana Mazzoni, profesora de psicología de fama internacional y estudiosa de los fenómenos de psicosis masiva—. Te devuelve la posibilidad de vivir contigo mismo y no tener que decir “es culpa mía”.»

Sin embargo, a pesar del creciente escepticismo que estas oleadas de casos habían generado sobre todo en parte de la comunidad científica, a principios de los noventa la paranoia americana había traspasado las fronteras nacionales, afectando también al Reino Unido. En muchas localidades británicas afectadas, me sigue diciendo Mazzoni, se habían celebrado con anterioridad conferencias de expertos o presuntos expertos, que «básicamente informaban a profesores y padres de familia de la existencia de abusos sexuales colectivos de tipo satánico, e invitaban a padres, profesores y trabajadores sociales a interrogar a

los niños, sin enseñarles en realidad *cómo* interrogar a los niños. Y es muy curioso cómo a los pocos meses de estos seminarios empezaran a llover las denuncias».

No siempre fueron las guarderías las que acabaron en el punto de mira de investigadores y fiscales. A veces, la mirada inquisitiva de la ley se posaba sobre familias enteras. Algunos de estos episodios parecían idénticos a los de Massa y Mirandola. A principios de los años noventa, en Rochdale, cerca de Manchester, las historias de fantasmas de un niño de siete años preocuparon a maestros y trabajadores sociales, quienes acabaron convenciéndose de que habían descubierto una secta de violadores y adoradores del diablo. Una mujer vio cómo las autoridades se llevaban a sus cuatro hijos y estos no tardaron en mencionar otros nombres. El número de las separaciones no tardó en elevarse hasta una veintena de menores. En South Ronaldsay, la más meridional de las islas Orkney, en Escocia, algunos de los nueve niños recogidos en plena noche por la policía e interrogados por los Servicios Sociales señalaron con el dedo a un párroco de la zona, el reverendo Morris McKenzie, quien, como en el caso del padre Giorgio Govoni, había ayudado económicamente a una de las primeras familias involucradas. Y al igual que el padre Giorgio, se decía de McKenzie que vestía una túnica con capucha y que, junto con sus padres, llevaba a los niños a una cantera al aire libre, donde los mayores se entregaban disfrazados a extravagantes danzas —idénticas a las descritas por Margherita en el cementerio de Finale— tras encender grandes hogueras. Los pequeños, uno a la vez, eran recogidos por el sacerdote con un largo bastón curvo de pastor. Una dinámica que, sin embargo, les pareció de inmediato muy extraña a los investigadores a los que se les había asignado el caso, dado que hay muy pocos árboles en Orkney, y que las grandes hogueras nocturnas deberían haberse visto desde kilómetros de distancia. Pocos meses más tarde, los niños fueron devueltos a casa, donde los esperaba una multitud jubilosa en el aeropuerto de Kirkwall.

El miedo al diablo, mientras tanto, había vuelto a despegar hacia otro destino. Unos años más tarde aterrizaría en Bolonia,

donde el 22 de febrero de 1996, en el diario *la Repubblica*, apareció una noticia de sucesos que parecía una reseña de la última película de terror recién estrenada:

> Encerrado en un ataúd oscuro, encarcelado en una tumba durante un rito satánico, con una calavera en las manos, con solo tres años. Juguemos a un juego, le dijeron. Como en el cine. Y él, como buen niño, obedeció, al menos la primera vez. Los amigos de la «tía» no podían hacerle daño. Así que se deslizó sin protestar entre las paredes de mármol del nicho. Y se dejó encerrar en el pequeño ataúd.

La «tía» del niño era Elisabetta, una amiga de la familia a quien los padres se lo encomendaban durante el día. Una joven de dieciséis años que se codeaba con una asociación llamada Hijos de Satán, fundada por Marco Dimitri y conocida en el submundo *underground* emiliano por unos rituales evocativos celebrados en el campo, en casas abandonadas y en un pequeño templo lleno de imágenes demoníacas. No era un grupo de adoradores del Maligno, sino de seguidores de la filosofía de vida del inglés Crowley, que setenta años antes habían llevado el verbo del satanismo hedonista al norte de Sicilia. Después de que Elisabetta denunciara haber sido drogada y violada por algunos de ellos, la atención de la Fiscalía de Bolonia se había centrado en ese pequeño de tres años, que con su lenguaje aún no del todo desarrollado había logrado revelar actos de violencia increíble. Dimitri y su grupo fueron acusados incluso de sacrificios humanos. En el juicio, todo el planteamiento de la acusación construido por la fiscal Lucia Musti se derrumbó de inmediato ante la casi total falta de pruebas y las contradicciones en las que muchas veces caía la acusadora, que no tardó en perder su credibilidad.

En junio de 1997, después de meses de tam-tam mediático, Marco Dimitri y los Hijos de Satán fueron absueltos. Casi en el mismo momento en el que, a unos setenta kilómetros de distancia, en las habitaciones del Cenáculo Franciscano de Reggio Emilia, un niño rubio, con gafitas, un pequeño algo *straminato*, con la cabeza llena de pájaros, señalaba a una joven psicóloga de Mirandola y a los fiscales de Módena los nombres de una nueva secta de

monstruos: los pedófilos de la Bassa.

Cuarta parte
Una noche que dura ya veinte años

14

Encontrar al *niño cero*. Encontrar a Dario. Fue el primer objetivo que Alessia y yo nos propusimos nada más empezar a indagar en esta historia. Todo había empezado con él. Y, sin embargo, entre esos papeles, no habíamos encontrado más que poquísimas frases suyas transcritas durante una entrevista ante el juez de instrucción. El resto de sus declaraciones estaban en boca de Valeria Donati y la madre de acogida en las actas y en los testimonios prestados en el juicio. Aquel niño parecía un fantasma. Un holograma sin voz, sin su *propia* versión de los hechos. No había por ningún lado una historia auténtica contada en primera persona por él, sin filtros y exhaustiva. ¿Qué recordaba de aquellos meses dramáticos? ¿Qué idea se había formado de toda aquella historia, tan retorcida, tan absurda? Cuánto me habría gustado saberlo. Pero la idea de seguir su rastro me situaba al mismo tiempo frente a un arduo dilema ético. ¿Qué derecho tenía *yo*, que no era nadie para él y que nada tenía que ver con esta historia, de llamar a su puerta y hacerle revivir aquel drama? ¿Qué sabía yo de lo que había sido de él en los años sucesivos, o qué itinerario psicoterapéutico había tenido que emprender para superar los traumas y pesadillas que había tenido que aprender a manejar a medida que crecía? ¿Podía permitirme de verdad entrar a lo bruto en su vida sin pensar en lastimarlo?

Después de las revelaciones sobre abusos, cementerios y rituales homicidas que había realizado progresivamente entre febrero de 1997 y octubre de 1998, el mundo de aquel niño se había transformado en un cuarto de espejos que alguien parecía haber roto en mil pequeños pedazos, alterando toda su percepción. Los

conceptos de «real» e «imaginario» se habían fusionado irreversiblemente en un único y enorme caldero de pesadillas, ansiedad y delirios de persecución que lo habían vuelto aún más inestable. Aún más inseguro. Y, tal vez, aún más solo.

Cuando la señora Tonini supo que Giorgio 1 y 2 habían ido a buscarlo al colegio de Pegognaga, con la presunta complicidad de la maestra Rita Spinardi, se dejó llevar por el pánico. Se había corrido la voz entre los padres, creando un clima de recelo que había afectado a los propios alumnos del centro Vittorino da Feltre. Ellos también habían sido secuestrados, Dario los había visto en el cementerio. Tonini ya no podía más. Si lo dejaba en ese colegio, la vida de toda su familia correría peligro.

De esta manera, a través de los Servicios Sociales, lo matriculó en otro centro, en Gonzaga, no muy lejos de allí. Tan pronto como Dario se incorporó a la nueva clase, los carabineros se acercaron a la directora, Ines Monti: «¿Pueden garantizarnos que se respetan las normas de seguridad? —le preguntaron—. El niño no debe ver a nadie.» Monti no entendía el porqué de todas esas precauciones ni por qué los trabajadores sociales de Mirandola que seguían al recién llegado estaban tan obsesionados con la cuestión de su incolumidad, advirtiéndole a ella y a todo el personal del colegio que las puertas y las verjas debían permanecer siempre bien cerradas. Unos días después fue a echar un vistazo a la clase de Dario. «¿Qué tal el niño? ¿Qué tal se está integrando?», le preguntó a la maestra Marinella, apartándose con ella. Su compañera le contestó que Dario era un poco especial, que tenía momentos «de embelesamiento, de melancolía», y de vez en cuando había que llamar su atención. Entonces, inesperadamente, la responsable del centro notó que le tiraban de la chaqueta por detrás. Era Dario, que la miraba con curiosidad:

—¿Quién eres tú?

Monti se sorprendió.

—Soy la directora de este colegio.

Pero eso no fue suficiente para él. Quería saber qué hacía

exactamente, dónde estaba su despacho.

—¿Por qué nunca te veo? ¿Cómo te llamas?

—Soy la señora Monti.

—¿Y de nombre? ¿Cuál es tu nombre?

—Ines.

Poco tiempo después, Dario también la había acusado a ella. La había visto en los cementerios de Massa Finalese. Es más, esa mujer lo había amenazado una vez. Y había también un hombre de pelo entrecano un poco largo y perilla que había inquietado al pequeño de manera particular. Un conde que dirigía los ritos satánicos en el cementerio de Gonzaga. Dario parecía conocer bien ese lugar, allí, según contaba, había visto una «puerta en el suelo con escaleras» y los restos de un niño asesinado. El conde era el padre de un compañero suyo de clase. En el capó de su coche la policía forense había encontrado un pequeño rastro de sangre, rápidamente analizado: era de origen animal. El hombre había sido citado a juicio en Módena. Le pidieron que dijera exactamente a qué distancia estaba su casa del cementerio y tuvo que explicarles al fiscal y a los jueces el motivo de aquel rastro hemático en el auto:

—Debe de haber sido un gato, supongo, al ser sangre animal.

—¿Y usted se había dado cuenta de esa mancha antes de que llegara la policía?

—Sí.

—¿Ya se había percatado?

—Sí.

—¿Cómo es que no lo había limpiado?

—Porque para eso tendría que haber ido a un túnel de lavado.

Un día, también en Gonzaga, Dario le dijo a Tonini que un hombre «con una pistola» se le había acercado al salir del colegio. Aquello era demasiado. La madre estaba exhausta. Tenían que irse de allí. Todos. Dario, ella y los otros dos niños de acogida. Lo habló con su marido. Ya ni siquiera podían quedarse en esa zona. Se había vuelto peligroso.

Entonces Tonini recurrió a una buena amiga suya que tenía familia en Crema, en la provincia de Cremona. En su edificio había

una casa libre. Se mudaron allí de inmediato, matriculando al niño en una escuela pública. La adaptación parecía estar yendo bien. Quién sabe, tal vez el distanciamiento de aquellos lugares podría darles por fin un poco de serenidad a todos. Sin embargo, Dario no tardó en mostrar signos de inquietud también en la escuela de Crema. Giovanna, la nueva profesora de matemáticas, le decía que no era capaz de hacer nada, lo castigaba siempre, lo humillaba. Tonini fue a ver a la maestra, quien negó haberle dicho o hecho algo al niño. En ese momento él había añadido un detalle inquietante: un día Giovanna lo había sacado de la clase, porque había alguien que quería hablar con él en el teléfono del colegio. Al otro lado del auricular estaba la profesora de Pegognaga, Rita, cuyo juicio mientras tanto ya había comenzado, y ahora lo conminaba a que no dijera nada y a que no hablara con nadie. No fue la única persona del pasado que dio señales de vida. Frente al colegio de Crema también había visto a la directora del centro de Gonzaga, Ines Monti, quien evidentemente los había seguido hasta allí. La interminable red de maestras malvadas, amigas de los satanistas, lo había localizado de nuevo, a más de 120 kilómetros de su casa. Mudarse no había servido de nada.

La madre de acogida estaba desesperada. Furiosa. «Lo habían encontrado en ese colegio también, mediante esa llamada telefónica, y... una vez más no lo habían protegido», había comentado la mujer durante el juicio a quienes le preguntaron por qué había decidido sacarlo con tanta prisa de aquel colegio también, para matricularlo en un cuarto centro en menos de un año.

Esta vez se trataba de un colegio privado de primaria, en Crema también, donde el niño seguramente estaría más supervisado que en los centros públicos. No fue así. Porque, a los pocos días de su llegada, el obispo de Crema, monseñor Angelo Paravisi, fue a visitar a los niños para felicitarlos por Semana Santa. Tan pronto como entró en su clase, Dario lo reconoció. Lo había visto en el cementerio de Massa Finalese durante los rituales. Es más, poco después del breve encuentro, un asistente del propio obispo se acercó para amenazarlo. Monseñor Paravisi terminó

entre los imputados en el juicio *Pedófilos-2*, y llegó a ser interrogado por los fiscales Claudiani y Marzella, antes de que se le retiraran los cargos. Y la cosa no acabó ahí. Porque igual que había ocurrido en la escuela de Pegognaga meses antes, Giorgio 1 también se había presentado una tarde a ese centro privado de Crema, después de haber logrado entablar amistad con una de las maestras, que lo había ayudado a entrar.

Tonini se rindió de nuevo. Y sin saber ya dónde esconder a ese hijo de acogida que los ogros eran capaces de encontrar hasta en el fin del mundo, en la primavera de 1999, dos años después de la detención de la familia Galliera, lo había enviado temporalmente de regreso al único lugar donde tal vez podría estar protegido. El único lugar realmente vigilado, con una entrada siempre cerrada, una verja alta cubierta por una red y monjas atentas y valientes que velaban por todo y por todos. El lugar donde había empezado la odisea del niño en aquel lejano 26 de diciembre de 1993, cuando a los tres años salió llorando de la casa de su vecina de Massa Finalese, Oddina Paltrinieri: el Cenáculo Franciscano de Reggio Emilia.

Aquella era la última noticia escrita que teníamos sobre él.

Diecisiete años después, me vi tecleando su nombre por todas partes en los motores de búsqueda y las redes sociales, con la esperanza de encontrar algún rastro. Alessia y yo habíamos hablado del asunto durante bastante tiempo. Al final, nos convencimos de que lo mejor que podíamos hacer era darles, tanto a él como a todos los demás niños apartados de sus familias, la oportunidad de contemplar esta historia desde otra perspectiva. La de adultos con los medios y la capacidad para leer con ojo crítico la documentación de ese caso. Podría causarles daño, de eso no cabía duda. Pero tal vez lograríamos aclarar un poco lo sucedido. Nos moveríamos con la mayor delicadeza, prometiéndonos que a la primera señal de incomodidad lo dejaríamos en paz.

Dario, sin embargo, no aparecía por ninguna parte. Ni siquiera estábamos seguros del aspecto que tendría. Me había

tropezado con dos homónimos que vivían en Emilia Romaña, pero que por edad no coincidían con él. Y nada más. Si quería descubrir dónde vivía, tenía que recorrer todas las etapas de su vida desde el principio y reunirme con quienes lo habían conocido. Empezando por su familia natural.

La casa de via Abba Motto, en Massa Finalese, era la última residencia conocida de la familia Galliera. A ella se llega siguiendo un camino de tierra que, desviándose de la carretera principal, se dirige hacia unos campos sin árboles, en dirección al pueblo de Macchioni. El edificio amarillo en mal estado se encuentra en el punto donde el sendero hace una curva pronunciada. Hoy está vacío y abandonado, envuelto por la niebla, rodeado de hierbajos. Cuando entré, caminando sobre trozos de tejas y cristales rotos, traté de imaginar cómo se las apañaba aquella desdichada familia, que vivía en la penuria y que, cuando no tenían dinero para cigarrillos, fumaban las colillas que recogían por la calle.

Quién sabe en cuál de esos cuartos gélidos y sin radiadores habría dormido Dario, cuando venía de vez en cuando los fines de semana para ver a Romano y Adriana. Quién sabe lo que había visto u oído o vivido, entre esas paredes. Quién sabe quiénes eran *de verdad* los Galliera y en qué condiciones de pobreza económica y cultural vivían, aunque solo fuera verdad la mitad de lo que había leído en los documentos y oído de los habitantes de Massa en la plaza. Rumores que hablaban de relaciones incestuosas entre Igor y Barbara. Rumores sobre Romano que, para saldar sus deudas, ofrecía a sus acreedores alguna forma de pago en especie por parte de Adriana. Rumores de que Adriana y Barbara, madre e hija, se prostituían detrás del parque. Rumores sobre Romano, que montaba en coche con Dario y un televisor y se iba a ver a ese bandido de Fredone. «¿Qué *cojones* iba a hacer él allí?» Rumores de pueblo. Chismorreos en los que, sin embargo, la verdad, saltando de boca en boca, corre siempre el riesgo de desplomarse, y en determinado momento un término como *privación* se convierte en *depravación*.

Y, de todos modos, ¿quién podría decir si a su tercer hijo, dentro o fuera de esa casa, le había pasado algo de verdad? El

médico que lo había examinado inmediatamente después de los primeros informes de abuso había dicho que no. Nada anormal. Después ya no le habían llevado más niños. Y Maggioni se había hecho cargo de todo. Pero a esas alturas parecía claro lo relativo que, en el ámbito judicial, podía llegar a ser el concepto de «opinión de un médico». O de un psicólogo. O de una sentencia de condena. O de absolución. Vista a una decena de metros de distancia, en medio de la niebla, la casa de via Abba Motto, destartalada y desgastada por el tiempo, parecía el icono perfecto de aquella absurda historia. Lejos de todo y de todos. Con un cartel rojo de *stop* apoyado ahí, en la fachada, en medio de la nada. Con las ventanas tapiadas o colocadas asimétricamente. Como si la hubiera dibujado un niño.

El último que vivió allí fue Romano Galliera, el viudo de Adriana. A ella la había traído de vuelta en 2009 un coche de la policía penitenciaria desde la cárcel de San Quirico, en Monza. Tenía el pelo gris, estaba llena de metástasis, pesaba poco más de treinta kilos y estaba tan débil que no podía sostenerse de pie. La habían excarcelado antes de tiempo por lástima, a pesar de que se quejara de haber sido presionada hasta el final, más de diez años después de las declaraciones de su hijo. «¡Querían que confesara que había quemado a los niños en la estufa!», les repetía a todos.

Romano la seguiría cinco años después, abatido por un tumor en el único pulmón activo que le quedaba. Despiadada incluso tras su muerte, la miseria lo siguió hasta el cementerio de Massa Finalese, donde hoy, entre las lápidas de mármol de los difuntos, destaca una simple cruz de madera sin valor, impregnada de humedad, con una foto plastificada en el centro de un hombre de setenta y seis años, que mira fijamente al objetivo con ojos de un azul intenso:

ROMANO GALLIERA
18-7-1937 17-1-2013

Nadie parecía saber dónde estaban sus otros dos hijos, Igor y Barbara. Había oído decir de Igor que había estado en la cárcel

durante poco más de un año y luego había salido. De Barbara había encontrado lo que parecía ser su perfil de Facebook, aunque solo había fotos de flores. Y, en cualquier caso, un mensaje en internet, especialmente cuando se trata de asuntos tan delicados, nunca es la mejor forma de acercarse a una persona. Mejor en persona, o por teléfono como mucho.

Entonces busqué la casa de los vecinos que los habían ayudado después del desahucio en septiembre de 1993. Oddina Paltrinieri había fallecido el año anterior, tras una larga enfermedad, dejando un marido y dos hijas, Giulia y Claudia, ambas adultas. Cuando me presenté se mostraron enseguida muy acogedores, aunque al principio creo que me miraban con cierta desconfianza. No entendían por qué un periodista de Milán estaba tan interesado en aquella historia, hasta el extremo de ir hasta allí a propósito, tanto tiempo después de que hubiera terminado. Por más que no supieran o no recordaran muchos aspectos de esa historia, habían vivido de cerca la obsesión de la madre, quien, al igual que el padre Ettore Rovatti, lo sabía todo sobre el caso de los pedófilos de la Bassa, había guardado los artículos periodísticos y nunca perdía la oportunidad de hablar de ello con quien pudiera ayudarla a difundir la historia.

Oddina había sido, según decía todo el mundo, una mujer impulsada por un intenso sentido de justicia social, siempre de las primeras en ayudar a quienes necesitaban que les echasen una mano. Desde que una trabajadora social llamó a su puerta el 26 de diciembre de 1993 con un decreto que mandaba al pequeño Dario al Cenáculo Franciscano, ella, Silvio y sus hijas sintieron que habían perdido a un miembro de su familia.

Aunque ese niño un poco raro y larguirucho hubiera estado con ellos tan solo tres meses, debía de haber dejado en ese chalecito un vacío tan grande como un abismo. Un vacío que más de veinte años después se notaba sobre todo en los ojos de Silvio. Huraño como era e imbuido de la pérfida ironía campesina emiliana, cada vez que la conversación recaía sobre Dario no podía

ocultar el brillo en sus ojos. En las paredes de la cocina quedaban algunas fotos del niño sacadas en aquel breve período que pasaron juntos. En un rincón del chalecito, entre algunas películas antiguas, había dos cintas de vídeo que contenían filmaciones de aficionado del pequeño Galliera. En algún lugar del sótano había un videograbador polvoriento.

—*Prova mo' a vedere se funsiona ancora* —«prueba tú a ver si aún funciona», me dijo Silvio encogiéndose de hombros con aire de quien tiene poca familiaridad con esa clase de tecnología.

Las cintas estaban desgastadas, pero todo seguía siendo visible. Había una imagen de Dario en la guardería de Massa Finalese durante la fiesta de Navidad de 1993, unos días antes de que se lo llevaran. Estaba sentado entre decenas de niños vestidos con un mono blanco y una especie de caparazón de mariquita en la espalda. Esperaban con impaciencia la llegada de un Papá Noel un tanto torpe, mientras arrastraba un saco lleno de regalos en medio de los gritos de emoción que cubrían la música de fondo.

Luego había otro vídeo de un almuerzo en su cocina. Esta vez, Dario, vestido con un mono rojo y azul, jugaba a la mesa con un cochecito de carreras. Silvio lo había levantado, pidiéndole que cantara. El niño parecía diminuto entre sus enormes manazas, y de pie en un banco había entonado una canción del *Zecchino d'Oro*.[1]«¡Mueve las manitas!», le decía Oddina, y el niño había empezado a agitarse de manera descoordinada, antes de arrojarse a los brazos de Silvio: «¡Muy bien!». En la siguiente escena, estaban todos alrededor del árbol y Dario, tropezando, caminaba por la habitación con una chaquetita roja que le acababan de regalar.

«¿Estoy guapo?»

«¡No mucho!», le tomaba el pelo Oddina, tumbada en el sofá, antes de ajustarle el cuello.

Todos ellos eran recuerdos de un tiempo lejano. Poco después Silvio, Oddina y sus hijas habían seguido a distancia y con horror la metamorfosis de aquel niño, mientras sus conocidos se veían esposados o en los periódicos, u obligados a separarse a la fuerza de sus hijos. Nunca más lo habían visto ni oído. Pero se habían mantenido en contacto con su hermana Barbara y su hermano Igor,

siempre agradecidos a esa familia por todas las veces que se habían presentado ante su puerta en el pasado con una cacerola de pasta con salsa, o algo de dinero para salir adelante una semana más. «Si quieres, te los presento ahora mismo», me dijo Giulia, la mayor de las dos hijas.

Igor vivía a un cuarto de hora por carretera de Massa Finale. No tenía coche. No tenía hogar. No tenía nada. Habitaba en un piso miserable en un edificio de viviendas sociales lleno de imágenes de la Virgen y vivía de contratos ocasionales en un vertedero. A los cuarenta años, soltero y con un sueldo mísero, hacía tiempo que se había acostumbrado a no esperar nada de la vida. Como si su padre Romano no le hubiera dejado en herencia nada más que una vía podrida llena de malas hierbas por la que nunca transitaría ningún tren. La maldición de llamarse Galliera. Quizá también por eso no tenía hijos y no los quería. Metidos en un coche aparcado frente al castillo de Finale Emilia, con las ventanas empañadas, la lluvia que tamborileaba en los cristales, Igor nos contó su historia a Alessia y a mí, de manera directa y sin autoconmiseración, con ese vozarrón amplio y demasiado profundo para el cuerpo de un hombre tan grácil y raquítico. Flaco, pálido, con el rostro demacrado por años de depresión, la boca casi desdentada de quien también ha perdido la lucha contra la piorrea, Igor me daba la impresión de alguien que había empezado a aguardar su propio final con mucha anticipación.

Tenía curiosidad por hablar con él. De todas las personas juzgadas a lo largo de los años, él fue el único que hizo una admisión parcial, cuando declaró en la investigación que él y su hermano pequeño se habían tocado, pero a petición del propio Dario.

—Nunca pasó nada entre mi hermano y yo —nos respondió seca y decididamente—. Y lo confirmo.

Según lo que contaba, el niño y él, separados por quince años de diferencia, solían estar juntos cuando sus padres no estaban y se llevaban muy bien. Veían la televisión, jugaban a videojuegos. A

Dario le gustaban aquellos en los que había que matar monstruos. O «le comprábamos libros para colorear y él se pasaba el tiempo con eso, mientras yo echaba una mano a mi padre para cortar leña. Porque teníamos una estufa de leña, en la familia...». Dario casi siempre dormía con sus padres. Era la solución que preferían todos, antes que dejarlo con ese hermano mayor inmaduro que una vez, manejando descuidadamente un calentador de camas, estuvo a punto de hacer que las sábanas se incendiaran y casi se quema. De vez en cuando era Igor quien lo lavaba cuando hacía falta. Y esas, dijo, fueron las únicas veces que lo había *tocado*. Nada más. Entonces ¿a qué se refería Dario cuando hablaba de las «bromas bajo las sábanas» que le hacía a Barbara?

—Me eché la culpa de algo que nunca había hecho. De tocar la pierna de mi hermana.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Porque tenía miedo. Y para no pasar mucho tiempo en la cárcel. Cuando me detuvieron, leí en el papel donde toman las huellas dactilares la razón, y leí esa palabra tan rara... pero yo no sabía qué significaba esa palabra tan rara, la palabra *pedofilia*. Me lo dijeron cuando estaba encerrado. El abogado me dijo: «Para mí tú eres culpable». Y yo con razón no paraba de decir: «Pero si yo no he violado a nadie, no he tocado a nadie». Seguí diciéndolo una y otra vez. Y lloraba, de eso me acuerdo. A los veintidós años todavía eres un crío. Yo no entendía lo que era la cárcel, no entendía lo que eran los años, no entendía nada a esa edad. Así que se me ocurrió la primera chorrada que me vino a la mente.

Esta era su versión de los hechos. Él a Barbara solo le había hecho *cosquillas*. Nada más. Todo lo que su hermano pequeño había contado había salido de su imaginación. O de la de otra persona. En su familia nunca había sucedido nada raro. Nadie había abusado nunca de nadie. Nadie había hecho nunca nada equívoco con un pariente cercano. Su padre Romano tenía, claro, unas cuantas revistas pornográficas escondidas en algún rincón de la casa. ¿No sería que Dario las había encontrado e, igual que el propio Igor quince años antes, las había hojeado? ¿Y era suficiente una revista pornográfica para desencadenar un tsunami como ese?

No sabía si me estaba mintiendo o no. Era imposible establecerlo. Pero yo no lo estaba juzgando. Yo no estaba allí para eso. Entonces Alessia le preguntó si echaba de menos a Dario. E Igor, quizá por quincuagésima vez en el transcurso de nuestra conversación, se encogió de hombros y arqueó la boca en una expresión de falsa indiferencia: «A veces».

En 2009, cuando a Adriana le quedaban ya pocos meses de vida, Romano les había pedido a él y a Barbara que le hicieran un regalo y buscaran a Dario, ya mayor de edad, para que pudiera verle una última vez y despedirse de él. Lo localizaron en un pueblo de la provincia de Reggio Emilia, cuando regresaba a pie a casa. Seguía siendo rubio. Era más alto que ellos. Llevaba vaqueros y una cazadora azul, con un poco de tupé según la moda de los veinteañeros de aquellos años. Se parecía mucho a su madre. Y a Igor. Cuando los reconoció parecía tranquilo, a pesar de todo lo que había pasado. Hasta que sonó su móvil. Era Nadia Tonini, la madre de acogida. La habían informado de que unos desconocidos estaban hablando con Dario de camino a casa. Y él se puso nervioso de inmediato. Tenía que volver, o ella se enfadaría.

—Pasamos de cinco a diez minutos juntos, le hicimos una foto, que todavía tengo en un marco. Después nos fuimos —suspiró Igor—. Y no lo hemos vuelto a ver desde entonces.

En la foto, Dario está en el medio, abrazando a su hermano y a su hermana mientras esboza una sonrisa. Pero su mirada parece estar dirigida más que nada a un punto indistinto en el vacío. Más allá de la lente de la cámara. Una mirada *straminata*.

Nos reunimos con Barbara en el aparcamiento de un hipermercado en una localidad a una hora de Massa Finalese. A diferencia de Igor y Dario, parecía haberlo sacado todo de Romano, con esos ojos pequeños y una nariz ligeramente curva. La vida parecía haber sido un poco más amable con ella. Después de pasar años completamente sola, esperando a sus familiares encarcelados, había conocido a un chico, se habían casado y tenían una niña.

También según Barbara, a Dario nunca le había pasado nada.

Nadie lo había tocado nunca ni le había hecho nada. Habían sido *ellos*, los Tonini, los que habían sugestionado al niño, metiéndole todas esas historias en la cabeza.

La verdad, según ella, era que Dario no estaba contento con ellos. En absoluto. Se lo había confiado un día en que había vuelto a casa, antes de desaparecer del todo. Matteo, el hermano de acogida unos años mayor, le pegaba. A pesar de los años lejanos y de ese brevísimo encuentro tiempo atrás, Barbara no había perdido la esperanza de reencontrarse con lo que para ella había sido «mi niño».

—Lo echo de menos —me dijo mientras el antiguo dolor de esa familia pobre y sencilla afloraba en sus sollozos—. No sé... verlo, abrazarlo, que sienta que estoy ahí si me necesita. Me gustaría decirle que todo lo que ha oído no es cierto. Nunca le hemos hecho daño... Ahora que mamá y papá ya no están aquí, desearía que estuviéramos los tres juntos.

Pero no tenía idea de dónde estaba. Dario ya no vivía donde lo había localizado años atrás. Se había desvanecido en el aire. De nuevo.

15

En la casa de Oddina, entre unas cajas, encontré un montón de cartas que la familia Galliera se había enviado a lo largo de los años durante su encarcelamiento. Igor a su madre, Romano a Barbara, Adriana a Romano. Pasé una noche entera leyéndolas, en la sala de estar del chalecito amarillo de via Volta. Transcrito en decenas de papelitos con una letra a veces vacilante y desordenada, a veces redonda y adolescente, se hallaba el núcleo emocional que unía a esos cuatro seres desesperados. Páginas y páginas de frases cariñosas, de ánimo, de apoyo mutuo, de promesas de «que todo saldrá bien y pronto volveremos a estar todos juntos». Pero también los largos desahogos de rabia y frustración de quienes escriben detrás de las rejas. «Estoy cansada, porque pasan los meses y no veo ningún cambio y estoy perdiendo la *pasiensa*», le escribió Adriana a Romano en una carta desde Monza. «Yo amor no estoy enfadada contigo sino con todas las personas que han destrozado nuestra familia. Estar en un sitio como este sin haber hecho nada es muy duro. Te amo.» Romano estaba menos acostumbrado a los romanticismos epistolares, pero en su escritura yo no podía evitar leer un intento honesto, por torpe que fuera, de expresar sus sentimientos hacia sus hijos, especialmente en sus momentos más oscuros.

Junto con esas cartas, Oddina había conservado mucha documentación procesal y recortes de periódicos cuidadosamente archivados. Desde que empezó esta historia había librado su propia batalla personal contra los Servicios Sociales —culpables en primer lugar de no haberle permitido cuidar al pequeño Dario y de haber trazado a su alrededor un laberinto que lo había llevado a la locura —, escribiendo cartas y correos electrónicos a parlamentarios de todas las tendencias e investigando en internet acerca de las

personas involucradas: las psicólogas de Mirandola, a algunas de las cuales conocía personalmente desde sus días de infancia en Massa; a las de Turín del Centro de Estudios Hansel y Gretel, y los demás profesionales que, según ella, habían ayudado a montar ese caso de la nada. Cuando empezaron los juicios, su chalecito amarillo se había convertido en el lugar de encuentro de abogados, periodistas de la prensa local y psicólogos peritos de la defensa, que entre una copa de Lambrusco y un plato de *turtlèin*, tortellini, de calabaza con ragú discutían en torno a la mesa de su cocina sobre qué hacer, o se pasaban los números de teléfono de los expertos que la propia Oddina había encontrado. A menudo se quedaba despierta hasta altas horas de la noche escribiendo notas o encontrando casos similares de niños separados de sus padres en el resto de Italia, para ponerse en contacto luego con sus abogados y sus familias.

Como el de una niña de siete años de Milán, Angela Lucanto. En noviembre de 1995, una prima adolescente con trastornos psiquiátricos acusó a toda la familia de actos de violencia, sosteniendo que la pequeña Angela también era víctima de ellos. Así, sin investigar a fondo siquiera, una trabajadora social y dos carabineros la habían sacado de la escuela y la habían llevado a un centro para niños maltratados. Luego, una psicóloga le pidió a Angela que dibujara un fantasma en una hoja de papel. Para la profesional, la figura que había dibujado la niña se asemejaba a un símbolo fálico. Luego fue el turno de la ginecóloga —una vez más Cristina Maggioni—, quien había planteado la hipótesis de la presencia de signos de abusos sexuales.

Su padre había terminado en la cárcel, pero después de dos años y medio fue absuelto. Demasiado tarde. Porque mientras tanto el Juzgado de Menores había declarado a la niña «adoptable». Sus padres y su hermano la habían buscado durante mucho tiempo, hasta que un día la encontraron en una playa de Liguria, junto a la nueva familia, cuando ya era una niña de diecisiete años. Los había estado esperando desde el día en que se la llevaron. Quería saber por qué la habían abandonado. Durante más de diez años había sido objeto de amenazas y torturas

psicológicas por parte de los trabajadores sociales, quienes con tal de mantenerla emocionalmente alejada de mamá y papá le habían dicho de todo. Incluyendo que ya no la querían. O que estaban muertos.

Oddina se informó sobre ella en los periódicos, se había puesto en contacto con los protagonistas y había descubierto que una vez más el caso había sido tratado por los profesionales del Centro para el Maltrato Infantil de Milán, ya involucrados en el asunto del taxista y su hija de tres años. Los protagonistas cambiaban, pero el círculo de expertos siempre era el mismo.

Parecía haber una explicación para todo esto. En esos años, Italia empezaba a ser cada vez más consciente de la violación como un fenómeno que debe tratarse con medios y conocimientos específicos. En 1996, justo antes de que estallara el escándalo de los pedófilos de la Bassa, el Senado aprobó el artículo 66 del código penal, «Normas contra la violencia sexual», que había transformado el tipo delictual de «delito contra la moral pública» en «delito contra la persona». Al año siguiente le tocó el turno a la ley 285, gracias a la cual se creó un Fondo Nacional de la Niñez y la Adolescencia, que destinó recursos para la «ejecución de intervenciones a nivel nacional, regional y local» destinados a ayudar a los menores en dificultades. Con la consiguiente financiación de centros dedicados al tratamiento de los traumas por abusos, y la aparición de categorías de profesionales especializados de los que Fiscalías, juzgados ordinarios y de menores, Servicios Sociales, casas de acogida familiar y otras estructuras de apoyo tenían cada vez más necesidad. Muchos de ellos habían comenzado a inscribirse, en particular, a una asociación formada en ese momento: el Centro Italiano de Servicios contra el Maltrato y Abuso Infantil. Más conocido por las siglas de CISMAI.

Se trataba de una red de distintas asociaciones y centros antiviolencia repartidos por todo el territorio, cuyos miembros ofrecían cursos de formación a psicólogos en prácticas y al

personal de muchos colegios y estructuras sanitarias para aprender a reconocer y tratar a los menores víctimas de abusos, utilizando técnicas de observación, de interacción y de escucha muy específicas, a partir de una idea común. Es decir, que los niños dicen la verdad y es difícil que mientan. Y que para los pocos casos de pedofilia y abusos rituales satánicos que llegaban a los tribunales italianos, aún existía un *subsuelo* muy extenso y demasiado subestimado, del cual nadie parecía conocer las dimensiones reales. El CISMAI solicitaba a los aspirantes a miembros que firmaran una declaración de consentimiento que estipulaba la adhesión a un protocolo de intervención, cimentado en el presupuesto de que había «indicadores psicológicos» específicos de abuso en el comportamiento de los niños. «Cuanto más daño ha sufrido el niño por los abusos, más puede verse comprometida su capacidad de recordar y contar», se lee en el punto 5.1 de las líneas orientativas de la asociación. En la entrevista con un menor, el psicólogo tenía que basarse en un enfoque *empático*, ayudándolo a decir lo que no tenía la fuerza o el valor de decir por sí mismo.

Oddina y los defensores de los niños separados de sus familias no tardaron en empezar a reunir las piezas del rompecabezas, y a darse cuenta de que varios psicólogos involucrados en la historia de los pedófilos orbitaban alrededor del CISMAI. Y no solo eso. Entre los asociados estaba también el Centro para el Maltrato Infantil de Milán, donde Valeria Donati había realizado cursos de formación para trabajar con niños con dificultades. El mismo centro que más tarde supervisaría y avalaría el trabajo de Donati y de sus colegas con los niños de Massa y Mirandola. El mismo centro cuya presidenta, la profesora de la Universidad Católica Paola Di Blasio, desempeñaba *también* la función de asesora psicológica de la Fiscalía de Módena en los juicios.

Del CISMAI formaban parte también Cristina Roccia y Sabrina Farci, los peritos del juez de instrucción del Centro de Estudios Hansel y Gretel de Turín. Es decir, las psicólogas que, después de

que lo hiciera Valeria Donati, habían entrevistado a los niños durante largas audiencias protegidas y las diligencias preliminares. Al final de las cuales las palabras de los niños se habían convertido a todos los efectos en *pruebas* contra los acusados en la corte.

Lo que todos estos profesionales parecían excluir a priori era la posibilidad de que las historias de los niños alejados de sus padres hubieran sido *contaminadas* de alguna manera. Y que en su memoria se hubiese implantado la semilla de una especie alienígena extremadamente agresiva, germinada y crecida a lo largo de meses y años hasta fagocitar su experiencia real, reemplazándola por algo parcial o totalmente artificial: un fenómeno estudiado desde hace tiempo en el resto del mundo, pero todavía muy subestimado, especialmente por los psicólogos que no tenían pleno conocimiento de las investigaciones sobre las funciones mnemotécnicas del cerebro.

Se trata de los llamados *falsos recuerdos*. En 1996, la revista estadounidense *Psychology Today* publicó una larga entrevista con una profesora universitaria, quien declaró: «Los testigos que señalan con el dedo a un acusado inocente no son unos mentirosos, porque realmente creen en la veracidad de su propio testimonio... Ese es el aspecto más aterrador: la terrible idea de que lo que pensamos saber, aquello en lo que creemos con todo nuestro corazón, no es necesariamente la verdad».

La profesora se llamaba Elizabeth Loftus y desde mediados de los años setenta llevaba realizando estudios experimentales sobre la memoria, en los que ponía de relieve hasta qué punto esta función psíquica estaba compuesta en realidad de un material extremadamente permeable y delicado. Hizo ver a algunos voluntarios vídeos de accidentes de tráfico para analizar luego a través de una serie de preguntas su capacidad para recordar la escena que acababan de ver. No tardó en darse cuenta de que las respuestas a sus preguntas podían variar en función de los términos que ella optaba por utilizar. A la pregunta «¿A qué velocidad iban los dos coches cuando *chocaron*?», los entrevistados generalmente daban una cifra más baja que cuando se les preguntaba «¿A qué velocidad iban los dos coches cuando *se estrellaron*?». Un simple

verbo era capaz de alterar la percepción de la memoria del entrevistado, dando lugar a una respuesta diferente. Lo que en una sala del tribunal podría haber llevado a diferentes resultados.

Prosiguiendo con su investigación, Loftus se concentró en la credibilidad de los testimonios en los juicios y en los recuerdos reprimidos, un asunto que Freud abordó por primera vez a principios de siglo y que, después de la publicación de *Michelle Remembers* en los años ochenta, se había convertido en un tema de gran interés para el mundo de la psicología y los medios de comunicación.

La idea generalizada en aquellos años era que cuando una persona, especialmente un menor, vivía una experiencia traumática como la del abuso sexual, su inconsciente expulsaba instintivamente los recuerdos, congelándolos y almacenándolos en una especie de caja fuerte dentro del cerebro. La víctima entonces los olvidaba, pero solo en apariencia, puesto que, mientras tanto, habían tenido en cualquier caso un profundo impacto en su sistema cognitivo. Y cuando manifestaba más tarde síntomas de malestar cuyo origen no comprendía, podía toparse con algún profesional que hipotetizara la presencia de recuerdos traumáticos reprimidos y que se ofreciera a descifrar el código de acceso a la caja fuerte, y a extraer el contenido preservando su absoluta autenticidad.

Exactamente eso era lo que había sucedido en las guarderías estadounidenses, cuando algunos expertos, reales o no, en recuperar memorias habían convencido a miles de niños de que en algún lugar de su cabeza había una serie de feos recuerdos que había que extraer a toda costa y por cualquier medio: hipnosis regresiva, muñecos anatómicos, dibujos y preguntas dirigidas, orientadas a ayudar a los niños a reconstruir un episodio específico, o a confirmar los relatos de otros niños oídos previamente. No era raro que fueran los propios terapeutas los primeros en plantear a los jóvenes entrevistados la idea de los abusos satánicos rituales.

Sin embargo, Loftus y otros estudiosos como ella habían

comenzado a trabajar a contracorriente, demostrando cuán fácilmente resulta influenciada la memoria por la imaginación, la emotividad y sobre todo por el método de investigación utilizado por el interrogador. «Una información nueva es capaz de penetrar dentro de nosotros exactamente como un caballo de Troya, precisamente porque somos incapaces de entender de qué forma nos afecta», escribió la psicóloga al final de una de sus publicaciones en la que describía su famoso experimento llamado *Lost in the Mall*, «Perdido en el centro comercial». Loftus y algunos de sus colegas, James Coan y Jacqueline Pickrell, hoy profesores de Psicología en la Universidad de Virginia y Washington, escogieron algunos «conejillos de indias» para someterlos a un test, presentándoles cuatro episodios de su infancia, uno de los cuales nunca había ocurrido: el día que se perdieron en un centro comercial cuando eran niños antes de que sus padres los encontraran. Algunos entrevistados que habían contestado al principio que no recordaban el hecho, acabaron corrigiéndose y reconstruyendo toda la escena desde cero, enriqueciéndola con detalles: las tiendas por las que habían pasado mientras buscaban a su madre, la anciana que los había ayudado, el miedo y el consiguiente ataque de llanto. Después de repetir esta historia varias veces, el «falso recuerdo» implantado por los psicólogos se fosilizaba en la memoria de los participantes, mezclándose con los de hechos reales.

Este tema me fascinaba. Empecé a hablar de ello entre compañeros y conocidos, y siempre encontraba a alguien consciente de conservar en algún lugar de la memoria falsos recuerdos. Yo también tenía uno. Cuando era niño, una noche fui al teatro con un amigo para ver el espectáculo de nuestros cómicos favoritos. La función terminó tarde, y a la salida él y yo nos despedimos, para ir a tomar nuestros respectivos autobuses. Al día siguiente mi amigo me contó emocionado que, mientras esperaba en la parada, habían pasado algunos de los cómicos y amablemente, al verlo solo, le preguntaron si quería que lo llevaran en coche hasta la estación de

metro más cercana. Su historia debió de impactarme, tanto que varios años después, al recordar el episodio, me vi preguntándome si esa escena me había sido relatada o si la había vivido yo mismo en primera persona. Me acordaba de la parada y me acordaba de uno de los cómicos que, mientras montaba en el coche, me preguntaba: «¿Necesitas que te acerquemos al metro?». Pero era algo que nunca sucedió. A mí no.

En la historia de los Demonios de la Bassa de Módena, el falso recuerdo también había contagiado a niños que ni siquiera habían sido alejados de sus padres. Mientras buscaba a los amigos de la infancia de Dario en las distintas ciudades por donde había pasado obsesionado por su manía persecutoria, encontré una lista de sus compañeros de segundo curso en Pegognaga. Entre ellos había un nombre: Marco G. Lo llamé una tarde, explicándole que lo buscaba por una vieja historia acerca de un compañero con el que había compartido primero y segundo en 1997-1999. Dudó por un momento.

—¿Se trata de Dario?

—Sí.

Pausa. Respiración. Luego, con voz débil:

—Nooooo...

Estaba en estado de *shock*. Claro que se acordaba de él. Antes de cambiar de colegio habían sido compañeros de pupitre y en alguna ocasión hasta fue a jugar a su casa. Pero Dario había trastornado su infancia a los pocos meses. Marco hablaba de forma entrecortada. Ese nombre lo había arrojado de nuevo a una pesadilla lejana en el tiempo. Una pesadilla que creía haber conseguido encerrar en un baúl para siempre. Y ahora, casi veinte años después, aparecía un desconocido que volvía a abrirlo de repente ante él. Claro que se acordaba de aquel año maldito, y de ese chico rubio con gafas que contaba extrañas historias. Lúgubres. Historias de terror. Un día Dario les reveló a él y a los otros niños que había estado en el cementerio con su maestra, Rita. Marco no era capaz de recordar en concreto lo que había dicho, pero no

podía olvidar con cuánta intensidad lo habían sugestionado esas historias. Tanto es así que plantó en su propia memoria el mismo «recuerdo».

—Yo... estoy seguro de que lo que te voy a contar nunca ha sucedido —me confesó en los pocos minutos que estuvimos hablando por teléfono—, pero tengo el recuerdo claro de Rita que nos llevaba al cementerio de noche, y que abría la verja para dejarnos entrar.

Por lo que me dijo y la forma en que lo hizo, intuí que probablemente nunca había superado el trauma asociado con esa época. Entre otras cosas porque, cuando volví a llamarle para pedirle que nos viéramos, nunca más me contestó.

La memoria le había jugado a él también una mala pasada.

Loftus quedó impresionada por una encuesta en la que el 22 por ciento de los terapeutas sostenían que alentaban a sus pacientes a «dejar volar su imaginación» para recuperar recuerdos de traumas pasados. Si era posible engañar a los adultos, más fácil aún resultaba en el caso de los niños. Sus investigaciones abrieron un nuevo frente en el campo de la psicología del testimonio, en una época marcada por el fenómeno del pánico satanista, cuando decenas de miles de niños se veían involucrados cada año en casos de abusos sexuales.

El profesor Stephen Ceci, de la Universidad Cornell en el estado de Nueva York, había concentrado sus estudios precisamente en los menores, planeando un experimento muy especial. Él y su equipo se reunían una vez por semana con algunos niños de entre cuatro y seis años de edad, a quienes les preguntaban durante la conversación si se acordaban de un episodio en el que acabaron en el hospital tras meter accidentalmente el dedo en una ratonera. La pregunta se repetía varias veces en el transcurso de otros coloquios, lo que llevó a más del cincuenta por ciento de los pequeños —que en un principio habían dicho que no— a cambiar de opinión, inventándose una historia de arriba abajo que se iba haciendo cada vez más detallada

a lo largo de las semanas. Ceci argumentaba que incluso la mera repetición de la misma pregunta era capaz de desestabilizar al niño, insinuándole una duda capaz de crear un pequeño cortocircuito mnemotécnico, activando el mecanismo de la imaginación para compensar el vacío de memoria. «No hay nada en la mente de un niño que sea impermeable a la contaminación de las repetidas sugestiones por parte de un adulto —declaró en una entrevista con el *New York Times*—. Leyendo las transcripciones de las investigaciones de muchos casos de abusos sexuales se descubrió que los adultos no solo querían creer en la hipótesis de que habían sucedido, sino que en ocasiones llegaban a obligar a los niños a confirmarla.»

Como en el caso de la guardería McMartin, en el que a los niños se les hacían preguntas «cerradas», que ya daban por sentada la existencia de hechos de los que, sin embargo, ellos no habían hablado aún.

> Entrevistador: ¿Te acuerdas de las fotos que os sacaban cuando estabais desnudos?
> Niño: (Hace un gesto de negación con la cabeza.)
> Entrevistador: ¿No recuerdas ese episodio?
> Niño: (Hace un gesto de negación con la cabeza.)
> Entrevistador: Trata de pensarlo mejor, ¿de acuerdo? Puede que así se te vengan a la cabeza.

Hasta que el niño, presionado varias veces con frases como «mira que los otros niños se acuerdan», adaptaba su recuerdo al de los demás.

> «¿Quién crees que jugaba al juego del caballito?»
> «Ray y la señora Peggy.»
> «¿Ray y la señora Peggy? ¿Y la señora Peggy luego se desnudaba?»
> «Sí.»
> «Seguro que era muy divertido, ¿verdad? ¿Tenía las tetas grandes?»
> «Sí.»
> «¿Y hacía que se balancearan?»
> «Sí.»

Los estudios de Loftus, de Ceci y de muchos otros investigadores que poco a poco se fueron interesando por el fenómeno del «efecto de desinformación» desencadenaron una auténtica guerra en el mundo de la psicología, que se dividió en dos bandos enfrentados. Por un lado, los que abogaban por la prudencia y la aplicación de técnicas de entrevista que evitaran el riesgo de falsos recuerdos —mediante el uso de preguntas abiertas y que nunca sugestionaran— y, por otro lado, los profesionales que en cambio hacían hincapié en que este tipo de enfoque tendía a favorecer a los abusadores a expensas de las pequeñas víctimas. Un conflicto a base de estadísticas, estudios, publicaciones, experimentos y conferencias, a través del cual esas dos antagónicas escuelas de pensamiento pretendían obtener cada una mayor credibilidad ante los ojos del mundo judicial. Y, por lo tanto, a hacer prevalecer su propia visión de la ciencia en los tribunales.

En Italia no tardaría en suceder lo mismo. En 1996, cuando la conciencia de la amenaza que representaba el fenómeno de los abusos sexuales contra los menores estaba alcanzando su apogeo, y la palabra *pedofilia* se hacía cada vez un hueco mayor en los titulares de las páginas nacionales de sucesos, un grupo de profesionales encabezado por el profesor y abogado Guglielmo Gulotta redactó la Carta de Noto, un documento que contenía las pautas principales para examinar a los menores en casos de abuso y que solo más tarde se convertiría en una piedra angular en el campo de la psicología jurídica. En uno de los puntos fundamentales de la carta, los firmantes aconsejaban a los expertos «evitar, en particular, el uso de preguntas sugestionadoras o implicatorias que den por sentada la existencia del hecho que es objeto de la investigación».

El protocolo definía de manera inequívoca el papel del perito convocado por un fiscal o un tribunal para interrogar a una presunta víctima: «No se debe hacer al experto una pregunta destinada a determinar la verdad desde un punto de vista judicial». En otras palabras: la tarea del psicólogo es *únicamente* comprobar que el menor está en condiciones de declarar y que su versión de los hechos no ha sido contaminada desde el exterior. No

determinar si es o no víctima de abusos. Porque esa es una tarea exclusiva de los jueces. Un planteamiento del asunto en marcado contraste con lo que parecían ser los principios cardinales de muchos profesionales asociados al CISMAI, criticados por algunos profesionales de la psicología jurídica por promover un método de escucha considerado peligroso. Un método basado en teorías anticientíficas con un serio riesgo de sugestionar a los niños, contaminar su memoria y causar un daño comparable al de los abusos realmente sufridos.

A tales acusaciones respondió la asociación con una dialéctica ya conocida en otras partes del mundo. No eran ellos el verdadero peligro para los menores, sino aquellos psicólogos que anteponían los derechos de los adultos maltratadores y potenciales pederastas a los derechos de los niños. La Carta de Noto, desde su lado de la barricada, no garantizaba la seguridad de las víctimas.

La nueva presidenta —la psicóloga ferraresa Gloria Soavi, elegida en 2014— no lo ocultó durante una larga entrevista que me concedió por teléfono: «El planteamiento ha de ser considerar al niño en cuanto presunta víctima, con un estado psíquico y una situación traumática, en la conciencia de que no puede haber neutralidad absoluta en la relación con un niño».

El niño «en cuanto presunta víctima».

Una tarde estaba en casa de Silvio, inclinado sobre unas carpetas con viejos artículos del archivo de Oddina. Sus hijas, Giulia y Claudia, me habían dicho que, justo antes de morir, su madre les había hecho prometer a ambas que nunca tirarían esa documentación. «De este modo, si algún día aparece algún periodista interesado, podréis dárselo todo», les había explicado. Mientras me tomaba el enésimo café, tratando de dar un orden cronológico a aquellos expedientes, con el rabillo del ojo noté que Giulia bajaba por las escaleras de la casa con una gran caja beige que acababa de encontrar en el desván.

—Mira, estaba entre las cosas de mamá.

No parecía haber ningún papel dentro esta vez. Eran viejas

cintas de vídeo. Docenas de cintas de vídeo. Cada una tenía escrito un nombre con bolígrafo. *Marta. Margherita. Cristina. Veronica. Federico.* Elegí una al azar: *Pietro*. La cinta había que rebobinarla por entero. Lo empujé por la boca del reproductor. *Brrrrr*. Presioné reproducir en un lugar aleatorio. En el monitor aparecieron unas líneas onduladas. Luego la imagen se volvió cada vez más clara. Un niño con un suéter blanco y chaleco sentado a una mesa frente a un papel y un bolígrafo Bic. Por encima de él, un micrófono que colgaba del techo. A sus espaldas, un radiador amarillo pegado a una pared gris oscuro. El niño estaba diciendo algo: «Al primer niño tuve que clavarle un cuchillo en el corazón, luego a otro, al segundo tuve que atarlo alrededor de un bloque de hormigón... con una marca de hierro caliente tuve que dejarlo sobre el fuego durante una hora... y luego al tercero lo azoté, y luego se murió así, y tuve que clavarle un cuchillo en la espalda...».

Me vi sentado en el sofá, con las manos en las mejillas, los ojos de par en par, el corazón palpitante. Incrédulo. Ahí estaban, los niños. Meses y meses dedicados a leer sus historias. Y ahora los tenía todos ahí, en esa caja que parecía una máquina del tiempo. Con sus ojos. Su postura. Sus gestos. Sus expresiones faciales. Sus vacilaciones. Sus voces.

Saqué todas las cintas de vídeo y empecé a apilarlas sobre la mesa de comedor de madera en el salón de la casa de Silvio. Las conté: cincuenta y seis, filmadas a lo largo de unos cuatro años. El equivalente a ochenta horas por lo menos de charlas que los niños, después de los distintos encuentros con Donati —que nunca fueron grabados en vídeo— habían mantenido con los psicólogos que auxiliaban a la Fiscalía y a los jueces. Había sido uno de los abogados defensores el que se las había dejado a Oddina, quien probablemente las había visto una por una.

—Puedes llevártelas a casa para verlas, si quieres —me dijo Giulia.

Hacía años que no tenía un reproductor de vídeo. Y convertir todo aquello a formato digital me costaría un riñón. La solución llegó de manos de la tía Maria, la hermana de Oddina: ella se encargaría de hacerlo.

—No te preocupes —me dijo—. A mí tiempo me sobra. Solo dime en qué formato las quieres, luego te las mando.

No sabría decir si me quedé más contento o más sorprendido de tener frente a mí a una señora de pueblo de casi setenta años que también era una friqui de la informática. Y así, un lunes por la mañana, un par de semanas después, un mensajero llamó a mi interfono para entregarme un paquete. Me senté, abrí el ordenador y lancé un largo suspiro. Tenía ochenta horas de interrogatorio por delante para observar, transcribir, ordenar. Aquella pila de DVD sobre la mesa de mi cocina parecía una montaña.

16

Tres adultos esperaban impacientes en la habitación. El hombre de traje color crema sentado a un lado de la mesa, en la zona izquierda del encuadre, era el juez de instrucción de Módena, Alberto Ziroldi. Frente a él, una mujer de unos cuarenta años con un vestido con motivos florales: la psicóloga Anna Cavallini. Sentada junto a ella, una chica de veintiocho años, con una blusa azul, pelo negro corto y gafas: la psicóloga Valeria Donati. Entre ellos, un chico rubio con un polo oscuro: Dario. La ventana detrás de él estaba abierta de par en par, probablemente para aliviar un poco el bochornoso calor de ese 17 de julio de 1997. La tensión era evidente.

Fue el juez quien habló primero:

—Tú has dicho algunas cosas que han dejado muy preocupados a los adultos... porque las cosas que has contado son muy muy serias... te voy a hacer unas preguntas porque al otro lado de la cámara hay gente que no sabe todas estas cosas... vamos a tener que ser lo más precisos posible. ¿De acuerdo?

Pero el pequeño Galliera no colaboraba. Estaba distraído, jugaba continuamente con el micrófono, cambiaba de tema. Y, sobre todo, no parecía entender la importancia de esa reunión. Quería hablar de su gata, Luna, que acababa de tener gatitos. Y de que a los pocos días se iría de vacaciones de verano con la familia Tonini. Las playas del Gargano lo esperaban.

Antes, sin embargo, había un problema más urgente que abordar: los pedófilos de los que el niño había comenzado a hablar solo unas semanas antes con Donati.

—Tengo curiosidad por saber cómo estabas en Massa —le preguntó el juez.

—Mal.

—¿Mal por qué?
—¿Por qué me hacían esas cosas…?
—¿A qué te refieres?
—Que me metían…
—¿Te metían qué?
—El pito en la boca, el pito en el trasero.
—¿Quiénes?
—Mis verdaderos padres.

Primero fue Igor, después Romano. «Pero ¿después de cuánto?» Se lo habían preguntado varias veces. El niño ni siquiera parecía saberlo y de vez en cuando respondía a preguntas que nadie le había hecho: «Al mediodía nunca, nunca, nunca se comía allí».

Estaba más concentrado en su dibujo. Ellos insistieron: «¿Después de cuánto?». Mientras tanto, él había empezado a dar signos de impaciencia: «Estoy cansado…». Quería hablar de la playa y el mar. Quería los moldes para colorear. Ni siquiera los escuchaba ya. La descripción de los abusos en casa de los Galliera se limitaba a retazos de frases que repetía una y otra vez, sin añadir nada sobre esos episodios. Como si no hubiera habido ni un antes ni un después. Solo violencia sexual, resumida en menos de diez palabras.

Por turnos, Ziroldi, Cavallini y Donati trataban de que su atención volviera al tema del encuentro, a costa de grandes esfuerzos que no condujeron a nada. Pasaba lo mismo cuando se le preguntaba sobre las cosas que sucedieron en la casa de la señora Rosa y su compañero, el señor Ales, a quien los investigadores habían identificado como Alfredo Bergamini. Rosa era una mala persona y le había enseñado a su madre a hacer esas cosas. Querían saber qué. Cómo. Dónde. Cuándo. Con qué medios. Por cuánto dinero. Pero Dario empezaba a decir cosas que quedaban inconclusas, se dejaba caer al suelo, pedía que le permitieran estar en los brazos de «la Valeria».

En un momento dado, Ziroldi tuvo que advertirle: «Mira que si sigues así la playa se aleja, eh…», y entonces Dario pedía

garantías: «Cuando haya terminado todo, ¿me voy enseguida?». Y él: «Enseguida te vas, te vas a la playa...».

Su prisa era palpable. Y también su frustración cuando él se desviaba del asunto.

«Cuanto más rápido nos lo cuentes, más cerca estará la playa, ¿sabes?», prosiguió Ziroldi, mientras Cavallini le echaba un quite: «Ya verás el mar azul que hay allí...». Y luego Ziroldi decía: «Pero primero me tienes que echar una mano, eh, si no...». Y Cavallini otra vez: «Vamos, saca esos músculos... si nos dices todo lo que realmente te ha pasado, cuando salgas por esa puerta disfrutarás más del voleibol, del mar, de todo lo que haces... y mirando tus músculos pensarás: "Anda, ¡pero qué bien lo he hecho!"». Entonces Dario dice: «¿Todavía tenemos que quedarnos aquí?», y el juez: «Cuanto más respondas, menos estarás», y otra vez la psicóloga: «¡No escuchas, no escuchas! ¡Y esto no te sirve de nada, no te sirve, de lo contrario nos quedaremos aquí mucho tiempo y tardarás más en irte!».

Mientras tanto, el niño dibujaba un barco en una hoja de papel. «Ese barco es muy bonito. Ahora tenemos que quedarnos un rato aquí... dices que Ales sacaba fotos... ¿A quién le sacaba esas fotos?» Pero Dario no la seguía. «No entiendo nada...» Al cabo de una hora y media el juez y las dos psicólogas se habían dado por vencidos. Podía irse a la playa.

Había algo que no me cuadraba. La impresión clara que tuve fue que los adultos no estaban allí para *escucharlo* abiertamente, para entender si le había pasado algo y qué era, sino para *hacerlo hablar*, para que repitiera las mismas cosas que había contado durante los meses anteriores en casa de la madre de acogida y en el despacho de Donati. Todo me parecía enormemente forzado. Al final del coloquio, el niño había formulado acusaciones extremadamente segmentadas, que puestas por escrito no habrían llenado ni una página. Y, sobre todo, que no constituían un discurso con una lógica, con un principio y un final.

Volví a ver el vídeo por segunda vez, marcando en una hoja

de papel cada vez que los adultos habían pronunciado la palabra *playa* para incitar al niño a colaborar, o para utilizar sus ganas de irse de vacaciones como una especie de chantaje: once veces. Durante el mismo coloquio. Si ese era el método utilizado en el curso de un acto oficial grabado en vídeo en presencia de un juez, ¿qué habría sucedido cuando Dario estaba solo con Donati? Ese vídeo documentaba solo las etapas iniciales del asunto judicial. ¿Había sido basándose en *eso* por lo que se había detenido a todas esas personas?

Como no parecía haber rastro de Dario en internet, empecé a hacer averiguaciones sobre su familia de acogida, que mientras tanto lo había adoptado a todos los efectos. Un viejo artículo de un periódico de Emilia Romaña hablaba de su padre, el señor Tonini, quien resultó herido en un leve accidente al caerse de un cortacésped. En el artículo se mencionaba el nombre del lugar donde había ocurrido. Se trataba de una minúscula pedanía de menos de veinte habitantes. Fui allí una tarde de invierno junto con Alessia y Giulia, la hija de Oddina y Silvio, que había traído consigo un álbum con algunas fotos de Dario cuando era niño. Nada más llegar, preguntamos a algunos aldeanos dónde vivía la familia. Se habían mudado a un pueblo a un cuarto de hora en coche de allí. El nuevo hogar de la familia de Dario era un edificio blanco de dos pisos a pocos pasos de un arroyo que separaba el pueblo de un bosque. En el patio de delante había un chico de tez oscura. Era Matteo, el hermano adoptivo, también criado por los Tonini. «¿Está Dario? —le preguntó Giulia—. He venido desde de Massa Finalese porque quería saludarlo.» Matteo se volvió y señaló a una mujer que se había asomado a un balcón no muy distante. «Es mejor que hables con mi madre.» Era la señora Tonini. La mujer bajó inmediatamente a la planta baja y abrió la puerta principal.

Parecía muy preocupada. ¿Quiénes eran estas personas que buscaban a su hijo después de tantos años, después de todas las pesadillas por las que habían pasado para escapar de los demonios

que los perseguían?

—Ni siquiera deberíais saber dónde vive, lo cual es algo muy preocupante, así que os pido que os alejéis de esta casa de inmediato. No digáis nada más, no me enseñéis ninguna foto, no me habléis de nadie. No quiero tener que volver a recorrer caminos por los que ya he pasado y que son muy duros.

No parecía haber mucho margen para una conversación.

—Marchaos inmediatamente, no digáis nada más, o llamo a la policía. ¡Llamo a la policía!

Quedarse solo hubiera creado problemas. Era mejor que nos fuéramos, pero volveríamos. Queríamos hablar directamente con Dario, que ya tenía veintiséis años y podía decidir por sí mismo si contarnos su versión de los hechos o despedirnos.

A las pocas semanas aparcamos el coche a unos treinta metros de aquella casa, con la esperanza de que Dario saliera solo para poder acercarnos a él. Estábamos seguros de que vivía allí —a la señora Tonini se le había escapado durante ese brevísimo encuentro—, pero desconocíamos sus costumbres. Habíamos elegido ir allí temprano un sábado por la mañana, confiando en el hecho de que casi seguro estaría en casa y no en el trabajo. Si es que tenía alguno.

Estaba lloviendo. La espera en el coche parecía no tener fin. Durante una interminable serie de minutos, los vehículos que pasaban zumbando por la autopista parecían ser lo único que se movía. Entonces, justo antes de la hora de comer, mientras revisaba las noticias en mi móvil para engañar al aburrimiento, entreví la silueta de una persona que cruzaba el sendero de entrada de la casa blanca con un perro y venía directamente hacia el coche. Cuando alcé los ojos, vi por una fracción de segundo el rostro de un chico que pasaba a unos centímetros de mi ventana. Lo reconocí por los ojos claros y asimétricos, agrandados por un par de lentes muy gruesos. La misma mirada que había visto en las fotos y vídeos de Oddina. Era Dario.

Con el corazón en la garganta, Alessia y yo esperamos a que

se alejara, para esquivar el riesgo de que algunos de sus familiares nos vieran hablando con él y para evitar que se sintiera incómodo. Luego salimos, siguiéndolo a cierta distancia. Iba vestido con un chándal, un gorro de lana y un chaquetón, la clásica ropa descuidada de quienes tienen que dar un corto paseo antes de regresar a casa.

Cuando lo alcanzamos y le explicamos quiénes éramos y por qué lo estábamos buscando, no parecía asustado. A los veintiséis años aún no tenía un rumbo claro en su vida. De vez en cuando trabajaba como jardinero, cuando lo llamaban, por el momento sin planes de verdad en la cabeza.

En cuanto entramos en el meollo de la conversación, nos salió con un comentario que nos dejó boquiabiertos:

—La verdad, sinceramente ya no estoy seguro de lo que pasó o no pasó... Además, muchos psicólogos intentan hacerte decir lo que ellos quieren, entendéis, por dinero; así que ya ni estoy seguro... Algunos recuerdos están ahí, pero no sé si son reales o no..., es decir, de un niño sacas lo que quieras...

El *niño cero* de esta historia, la voz que había desencadenado el huracán, había empezado a cambiar de opinión desde hacía algunos años y a dudar de lo que había dicho. Era lo último que esperábamos escuchar. Dario parecía haber reelaborado ya su experiencia, contemplando el pasado con los ojos de un adulto. De Donati, que lo había seguido hasta la mayoría de edad, no guardaba un buen recuerdo. En su opinión, esa mujer se había servido de él para ganar dinero y hacer carrera, dado que tras su alejamiento familiar ella había adquirido una posición muy relevante, «embolsándose muchísimo dinero», aunque no especificó a qué se refería en particular. Dos veces en el transcurso de la conversación usó la expresión «lavado de cerebro».

—Las mismas personas que trataron de ayudarme intentaron romper mi familia —añadió, en alusión a algún problema que debió surgir también entre Donati y la señora Tonini, quien había empezado a colaborar con ella en un círculo de familias de acogida, pero a la que no le habían pagado todo lo que le debían. Tampoco en eso había querido profundizar Dario.

A estas alturas era todo agua pasada, y lo único que quería era olvidar cuanto antes aquella historia. Sobre todo, después de haber cambiado tantas veces de colegio y de ciudad. El tormento causado por esos fantasmas persecutorios había durado mucho más allá de la experiencia de la escuela primaria. Dario pasó su adolescencia guardándose las espaldas. «Vinieron a buscarme incluso cuando ya estaba en la secundaria..., o sea, había un montonazo de gente que venía a buscarme... de todos modos, los profesores los mantenían a raya, siempre se aseguraban de que no me vieran. Tenía una paranoia perenne encima.» Una paranoia que arrastraba incluso cuando, con unos veinte años, se fue a vivir a Módena, donde por alguna extraña razón «estaba seguro de que vendrían a matarme». Tanto como para inducirlo a evitar los recorridos habituales, cambiándolos constantemente. No tenía la menor idea de cómo había acabado esa historia. No estaba al corriente de cuántas personas se habían visto involucradas, de cuántas condenas hubo, de cuántos niños. Su conocimiento del caso se limitaba a su implicación personal y nada más. En el recuerdo de aquellos años y de las personas que había nombrado, a esas alturas era imposible distinguir los hechos de las pesadillas, las personas reales de los hologramas mentales, las escenas de la vida vivida de los acontecimientos imaginados. De los abusos en casa de los Galliera, de eso sí, se acordaba «a trozos». De todo lo que había venido después, de pocas, poquísimas cosas.

—¿Te acuerdas de haber estado en un cementerio? —le preguntó Alessia.

Dario se lo pensó un momento.

—De algo me acuerdo, quiero decir, de muros, de paredes como de piedra... aunque..., o sea, ni siquiera sé si era un cementerio o una vieja casa abandonada, ya me entiendes... O sea, me acuerdo vagamente de las cosas que... Todas esas lamparillas rojas, o sea..., una vidriera de colores...

Y si de las historias que repitió hasta la saciedad de niño, su memoria le restituía tan solo tres, cuatro fotografías, ¿qué recordaba en cambio de lo que pasaba *dentro* de los cementerios?

—Por ejemplo, ¿crees que de verdad mataste a niños...? —le

pregunté a bocajarro.

Dario suspiró.

—El recuerdo lo tengo, porque hasta hace cinco años me martilleaba...

—¿El de matar a un niño en el cementerio?

—Sí.

—Pero ¿sabes que nunca se llegó a encontrar a ningún muerto?

—No...

—¿Cómo que no?

—O sea, yo sé más o menos que se llevaron a gente, que la metieron en la cárcel... pero nunca encontraron nada, nunca nadie me dijo...

Los primeros en darle la noticia de que esos crímenes solo estaban en su cabeza fuimos Alessia y yo. Las psicólogas que habían seguido su caso, sobre todo Valeria Donati, nunca se habían molestado en informarlo del resultado de las investigaciones. Por primera vez en el curso de nuestra conversación, aquel chico rubio con gafas y gorro de lana en la cabeza parecía sentirse aliviado. Tal vez podría aspirar ahora a liberarse de ese terrible sentimiento de culpa que había destruido su infancia y adolescencia. Tal vez no fuera un asesino.

—¿Cuál es el recuerdo que siempre te ha perseguido? —le pregunté.

Dario rebobinó la cinta desde el principio. Había un dolor antiguo, que durante todos esos años había llevado dentro. No la persecución. No los ritos satánicos. No los abusos. Sino el recuerdo, ese sí muy claro, marcado, real, de la lejana mañana del 26 de diciembre de 1993. Cuando solo tenía tres años, una trabajadora social se presentó en casa de su vecina Oddina, que estaba cerca, lo vistió y lo metió en un automóvil que se dirigía a un instituto de monjas en Reggio Emilia, para empezar una nueva vida.

—El abandono... cuando me llevaron a un lugar de cualquier modo y ni siquiera se molestaron en decirme lo que estaba pasando... cuando me llevaron al Cenáculo.

Acordamos que seguiríamos hablando durante los días siguientes. Quería saber más. Volver al origen de todo, recorrer hacia atrás la propia historia, comprender qué había desviado de aquella manera el curso de su vida. Le enviamos por correo electrónico material sobre otros casos parecidos al suyo que ocurrieron en Estados Unidos y el Reino Unido. Nuestra intención era solo asegurarle ulteriormente que, a pesar de que se le hubieran quedado grabado en la cabeza, esas matanzas en los cementerios nunca habían ocurrido. Esta noticia parecía haberle revolucionado la vida. En un mensaje me contó que había tenido problemas con el alcohol por eso mismo. Ahora, en cambio, empezaba a sentirse un poco mejor. Debió de pasarse la noche sin dormir leyendo, porque a la mañana siguiente nos mandó un correo electrónico escrito a todo correr:

> A la fuerza un niño habla de fantasías, después de ocho horas de estrés, y presión solo quieres irte a dormir. lo siento x todas las buenas personas que fueron arrestadas. hasta hace tres años seguía creyendo en tdo eso. o x dentro quizá no entiendes si es verdad o no. pero si no puedes recordar muchas cosas después, llegas a comprender que te han usado como han querido, o para sus propios fines. y me echo la culpa, porque me podían haber alejado de mi familia vale, pero sin meter en medio a gente que nunca ha tenido nada que ver en una historia montada y vuelta a montar por mil niños, solo que cn diferentes nombres, el jefe de los ritos siempre un nombre raro. en mi caso el diablo. y cuanto más vas para adelante, más esperas que nadie venga a darte la lección que te mereces. llevo un año y pico cn serias dudas de todo. y trato de vivir sin darle demasiado peso. pero cn rabia hacia las personas que se han aprovechado de mi!!

Las dudas que las oleadas de recuerdos del pasado habían empezado a nacer en él desde que había dejado de ver a Donati encontraban nuevas confirmaciones. Odiaba a los psicólogos y a los trabajadores sociales con los que había tratado. Ahora le parecía verlo todo cada vez con mayor claridad, aunque por algunos de sus mensajes tenía la impresión de que estuviera colocado. Le pedí que nos reuniéramos tranquilamente para tomar un café, pero de repente desapareció y durante todo un día no supimos nada de él.

Preocupados, intentamos llamarlo un par de veces. En respuesta, llegó un mensaje:

> Intenta acercarte de nuevo a mi casa y tocar las pelotas a mi familia y verás lo que te espera. Mantente fuera de mi vida y de la gente que me rodea si no quieres problemas con los carabineros. No quiero saber nada de mi pasado, y tampoco de gente de mierda como tú.

Un cambio de actitud demasiado drástico. Alessia y yo intuimos que debía de haberse producido la intervención de alguien. Dario ya no contestaba. Era inútil insistir. Luego, unas noches después, llegó un mensaje de su hermano adoptivo Matteo a través de Facebook. Tenía cosas importantes que decir y quería que nos pusiéramos en contacto con él por teléfono. Parecía extremadamente paranoico. Hacía continuas referencias al terror de ser asesinado o encerrado en un centro psiquiátrico por alguien —un enemigo oscuro— sin rostro y sin nombre. Simplemente *Ellos*:

> Si no me pasa nada en sesenta días os digo todo lo que sé, si me hacen algo en cambio enseñadles este mensaje a vuestros abogados... Llegarán esta noche... se acabó para mí, si no me matan montarán un suicidio... Si paso la noche (algo improbable) encontraremos la manera de encontrarnos... Me están jodiendo a base de bien, he pasado la noche pero seguro que me joden durante el día (harán que se encuentre algo en la casa y luego me despellejarán el cuartel/prisión/simulacro de suicidio).

Y así sucesivamente. Una delirante sucesión de mensajes que formaban un único monólogo psicótico. La única parte que parecía tener un mínimo de sentido era lo que atañía a Dario: «Al principio él estaba + bien predispuesto hacia vosotros, nuestra madre le dijo que lo queréis meter en la mierda».

La señora Tonini y sus obsesiones, veinte años después. ¿Qué estaba pasando en esa familia? ¿Era una coincidencia que dos de los niños que había criado se sintieran como dianas ambulantes? ¿Que estuvieran convencidos de que alguien estaba tratando de matarlos? Al igual que su hermano menor, al cabo de unos días Matteo se desvaneció.

17

Los faros de mi coche iluminaban las oscuras callejuelas de Mirandola y sus casas históricas, apuntaladas por los andamios que, tras el terremoto, le daban al pueblo esa sensación de perenne inestabilidad. Entre estos también estaba el edificio de seis pisos de tejas rojas en la esquina entre via Pascoli y la carretera nacional 12, donde habían vivido los Scotta y desde donde Francesca, desesperada, se había lanzado al vacío cuando le quitaron a su hija Marta. Idéntica a la casa de via Abba Motto de los Galliera, a veinte minutos en coche, en pleno campo: unas ruinas desmoronadas, un termitero vacío y cercado. El Excélsior. Nunca entendí por qué la llamaban así en Mirandola.

La dejé atrás y aparqué a un kilómetro de allí, frente a un chalecito en una zona residencial sin tiendas ni actividad comercial. Había un hombre esperándome en la puerta. Tenía la frente amplia y una voz profunda. Cuarenta y cuatro años. Carlo. Me recibió amable, pero noté cierta renuencia. No iba a entrar solo. Junto a mí metía dentro de esa casa una historia que había trastornado su existencia veinte años antes. Y que desde entonces había hecho que su día a día estuviera marcado por una profunda amargura.

—Vamos, entra, las cosas están en el ático.

Subimos un tramo de escaleras hasta llegar a un desván abarrotado de cosas.

—Perdona el desorden, pero acabo de trasladarme y todavía tengo que colocarlo todo.

Luego sacó una vieja caja de mudanza. Dentro estaba todo lo que quedaba de su madre Francesca. Y de su hermana Marta.

—Disculpa mi actitud, pero el otro día, cuando llamaste... me volvió a salir todo y no me sentí bien. Haz lo que tengas que hacer.

Estoy abajo por si te hace falta algo.

En 1997, Carlo tenía veinticuatro años y hacía tiempo que ya no vivía con su madre. Ella lo había criado sola, antes de encontrar una nueva pareja con quien había tenido a su segunda hija, dieciséis años más joven. Carlo la quería, aunque en los primeros años había sentido celos de esa almendra garrapiñada a la que estaban reservadas todas las atenciones y a la que, a diferencia de él, todo parecía concedido. La apodó «la Jefa», porque lo que Marta pedía, Marta lo obtenía. A pesar de esto, jugaba con ella e iba a visitarla a menudo. La adoraba.

El 7 de julio, alrededor de las 18:20 horas, recibió una llamada telefónica. Era su madre. Que jadeaba. Esa mañana se habían llevado a la niña. Carlo no sabía qué hacer. Cualquier intento de tranquilizarla, de convencerla de que tuviera paciencia, de que todo acabaría por resolverse, caía en saco roto. Así que fue a la policía para pedir explicaciones. No hubo explicaciones. Que le dijeran por lo menos cómo estaba. «No podemos facilitar ninguna información, hay una investigación en curso.» Una vez llegó a levantar la voz. Ya estaba bien. Iba a contratar a un abogado, montaría un «follón». Pero luego, un agente al que conocía se apartó con él. «Será mejor que te alejes lo que puedas de esta historia. No te metas. Si no, acabarás tú también entre rejas, y no saldrás».

El chico se asustó. Era preferible esperar la evolución de los acontecimientos en silencio. Mientras tanto, empezaron a aparecer en los periódicos artículos con las primeras indiscreciones de la Fiscalía. Su madre fue acusada de especular con su hermana pequeña, llevándola a pisos llenos de maníacos sexuales que le daban mucho dinero a cambio. Carlo se sintió confundido. Francesca nunca le había hecho algo parecido. Había sido una madre larga de manos, eso sí, pero nunca había ido más allá. Pero no dejaron de entrarle dudas. La policía, los periódicos, los Servicios Sociales que lo llamaron para interrogarlo: ¿quién era realmente la mujer que lo había traído al mundo? ¿Cómo se

comportaba con la niña? ¿Había visto alguna vez algo extraño? Cuanto más pensaba en aquello, más eran los problemas sin resolver entre los dos que se le venían a la cabeza. Para empezar, nunca había querido decirle quién era su padre. Luego estaba ese *otro* gran enigma que llevaba arrastrando toda la vida. A veces, cuando él era niño, ella llegaba tarde a casa, más tarde de la hora de cierre del bar donde estuvo trabajado algún tiempo. Y ahora corrían todos esos rumores sobre su pasado como prostituta. ¿Estaba seguro de que *realmente* la conocía?

Las relaciones entre ellos se habían vuelto tensas. Francesca estaba al borde de un ataque de nervios, siempre fuera de casa, siempre debajo de la comisaría para protestar. La policía lo llamaba a menudo. «Su madre está aquí otra vez, por favor venga a hablar con ella. No quiere irse. Quiere cortarse las venas.» Un día subió a su piso. La puerta estaba cerrada por dentro con la cadena echada. Francesca no respondía al timbre ni a los «Mamá, abre», «Mamá, contesta», «Mamá, ¿dónde estás?», y Carlo acabó llamando a la policía. Un agente había roto la cadena dando una patada a la puerta. La madre estaba tirada en la cama, inmóvil y agonizante. Había ingerido una dosis masiva de fármacos. La habían metido a toda prisa en una ambulancia, salvándole la vida por un pelo unas horas después en el hospital. Luego, un domingo de finales de septiembre, llegó la enésima llamada telefónica desde la comisaría. Carlo estaba con su novia en una playa de Lido degli Estensi, disfrutando de uno de los últimos fines de semana soleados antes de la temporada de otoño.

—Estoy en la playa —respondió—, si no es nada grave, me pasaré más tarde.

No era nada grave, le habían asegurado. Lo estarían esperando a última hora. Se acercó a la jefatura antes del anochecer. En el primer piso había un salón lleno de sillas que daba a unas oficinas. Un agente había venido a recibirlo.

—Tu madre ha muerto. Se ha suicidado. Lo siento.

Luego, tras una palmada en el hombro, dio media vuelta y se fue, dejándolo allí, sin palabras.

La casa estaba bajo secuestro judicial, pero uno de los policías

le dio permiso para entrar a llevarse sus pertenencias. En el interior había notado una serie de cosas de la niña apiladas a un lado, junto con una pequeña caja con el poco oro que le quedaba a su madre. Pulseras, collares, algunos anillos. Al costado había una nota escrita en bolígrafo: «Dadle esto a Marta». A partir de ese día, cada 28 de septiembre, Carlo tomaba un tren a Nápoles, para pasar unas horas en silencio frente a Francesca, antes de regresar a casa esa misma noche.

No había ni rastro de su hermana Marta. Nadie podía ni quería ayudarlo a encontrarla. La pequeña, después de un año en el Cenáculo Franciscano de Reggio Emilia, había sido dada en acogida a una pareja que vivía en aquella zona. Un día había tecleado su nombre y apellido en Facebook. El único resultado disponible correspondía al perfil de una chica de pelo castaño ondulado y un arete de plata en la fosa nasal derecha, que sonreía frente al mar. Tenía unos veinte años.

«Hola. Estoy buscando una persona que se llama como tú. Se trata de mi hermana», le escribió Carlo. La respuesta llegó poco después: «No soy la persona que buscas. Deseo que encuentres a tu hermana». Luego lo había bloqueado. Era ella.

—¿Has podido encontrarla? —me preguntó la primera vez que me puse en contacto con él por teléfono.

Había podido. Fui a buscarla con Alessia al parvulario donde había descubierto que daba clases, pero sus compañeras nos dijeron que se acababa de trasladar. Una de ellas todavía tenía sus datos de contacto. Así encontramos su hogar, un chalecito en el campo de los alrededores de Reggio. Sus padres adoptivos aparecieron en la puerta y nos pidieron que nos fuéramos después de asaetearnos a preguntas. Así que nos retiramos y la llamamos. Marta se mostró amable, pero inflexible: «Todo lo que tenía que decir sobre esta historia ya se lo dije hace años a quien correspondía. No tengo nada que añadir».

Carlo me preguntó si había conseguido verla después en persona. No. Si en mi opinión existía la más remota esperanza de que Marta diera señales de vida. Yo lo dudaba mucho. Si sería una buena ocurrencia ir directamente a su casa y pedirle retomar una

relación que se interrumpió abruptamente hacía dos décadas. Yo no tenía ni la menor idea.

Lo primero que noté cuando abrí la caja fue un par de zapatitos rojos de bebé, todavía guardados en un estuche rectangular transparente. Luego las fotos. Muchas fotos de madre e hija sacadas durante los ocho años que habían estado juntas. Francesca amamantándola en la cama, Marta en la trona, Marta dando sus primeros pasos o jugando con un perrito, en la playa, en casa, en la terraza. A menudo aparecían abrazadas. Junto a las fotos había también una vieja cajita roja con un rosario desgastado por el tiempo y dos o tres imágenes de la Virgen María dentro. Algo de ropa. Un pequeño monedero de niña con un billete verde de cinco mil liras dentro. Y luego dos carpetas de color crema. Los dibujos de Marta en el colegio. «Mamá te quiero mucho.» «Mamá te amo.» El otro contenía informes antiguos de los Servicios Sociales, anteriores al estallido del caso, cuando Francesca y su pareja se separaron y entablaron una guerra por la custodia de la pequeña. En varias ocasiones los trabajadores sociales habían descrito a la madre de Marta como una mujer con la que era imposible establecer un diálogo. «La señora» era posesiva, poco colaboradora, con comportamientos abiertamente contrarios a cualquier decisión tomada por los operadores. Hasta julio de 1997, los desencuentros estuvieron principalmente vinculados a las visitas supervisadas del padre de Marta. Luego, en los coloquios con un niño de Massa Finalese, a quien Francesca afirmaba no haber visto nunca, surgió su nombre. Y ahí, precisamente en relación con su nombre y con el de su amigo Federico Scotta, estaba uno de los grandes puntos decisivos que inexplicablemente la Fiscalía y los tribunales se habían saltado. En el juicio, Donati había explicado cómo se llegó a identificarlos precisamente a ellos.

Cuando Dario le dijo al principio que también había otros niños involucrados, ella había tratado de investigar para comprender mejor de quiénes se trataba. Un día «durante un coloquio, me preguntó a mí o a la madre adoptiva “si los chinos

tienen la piel amarilla". Se hizo esta pregunta mientras dibujaba a niños futbolistas». Dario también preguntó si los chinos tenían ojos almendrados además de piel amarilla. Y si eran de color «verde». Donati receló de inmediato. «Relacioné todos estos hechos, y ahora debo informar que la pequeña Elisa, a la que conozco, es una niña con evidentes rasgos somáticos asiáticos (su madre es tailandesa) y tiene la particularidad de tener ojos almendrados y verdes al mismo tiempo.» De modo que le preguntó al pequeño si le había hecho esa pregunta sobre los chinos porque estaba pensando en una niña llamada Elisa.

Por lo tanto, ese nombre no había salido de él. Había sido *ella*. Que había asociado arbitrariamente una banal pregunta sobre la forma y el color de los ojos de toda una población con el retrato robot de una niña de tres años con ojos almendrados a la que seguían los mismos Servicios Sociales. Y se la había presentado a Dario, quien lo había confirmado, como por otro lado solía hacer a menudo. Y eso a pesar de que era evidente que él no sabía quién era, pues durante el reconocimiento fotográfico la había confundido con otra niña: casualmente, la vecina de Elisa, cuya madre era muy amiga de los Scotta. Casualmente, también seguida por los operadores del servicio: Marta. Quien, sin embargo, incluso meses después del alejamiento, cuando había empezado a contar los abusos que sufría por parte de los amigos de su madre, siempre había negado conocer a Dario, desmintiendo en repetidas ocasiones una de sus historias, según la cual a ambos los habían llevado a casa de un cura que los había violado. Ella no conocía a ese niño. Ella nunca lo había visto. Sin embargo, para los investigadores y psicólogos había una explicación: Marta sentía aún cierta resistencia y le costaba sacarlo todo a la luz. Dario, en cambio, seguro que tenía razón. Siempre y en cualquier caso. Así lo dijo también el fiscal Claudiani en su acusación del juicio *Pedófilos-2*. No había razón para pensar lo contrario.

Yo no podía creer lo que estaba leyendo. De la boca monstruosa de aquel niño emocional y psicológicamente inestable habían salido coches de la policía que se abalanzaban a toda velocidad sobre familias enteras que ahora ya no existían. Sus

palabras habían sido utilizadas para desviar o trastornar la vida de otras criaturas. Incluso sus sueños habían sido sondeados en busca de pistas.

Como en el caso de su primer relato sobre los rituales en el cementerio. Todo nació del hecho de que un día Dario le contó a Donati que había asistido a un funeral, que había visto a una mujer cargando un ataúd y que había quedado impresionado. Tiempo después, revelando sus angustias, habló de su miedo a arder en el infierno. La psicóloga había vuelto a crear un puente entre las dos palabras clave: *funeral* e *infierno*. «Le pregunté si aquello (el infierno) tenía vínculos con una vieja historia que me contó, según la cual Dario había sido acompañado a un funeral, en el que había visto a una mujer cargando con un ataúd y se había asustado mucho. Dario respondió: "Tienes toda la razón".»

Y así nació la hipótesis de los ritos satánicos. No del relato espontáneo de un niño, sino de un enlace arbitrario que se le presentó listo y empaquetado, imbuido de una narración predeterminada, para ser simplemente aprobado. *Tienes toda la razón*.

Bastantes meses después, también Marta confirmaría la misma historia, de nuevo a Valeria Donati. Y se lo repetiría a los peritos del Centro de Estudios Hansel y Gretel de Turín frente a una cámara. También en este caso, la actitud de las psicólogas no parecía orientada a la escucha, sino más bien a la búsqueda de una confirmación de la idea que tenían muy clara en sus cabezas. En uno de los vídeos que encontré en el archivo de Oddina, fechado «Enero 1999», Marta vestía con un suéter rojo y estaba sentada frente a la doctora Sabrina Farci en una oficina de Mirandola. La pequeña no había vuelto allí desde el día que se la llevaron de su casa, un año y medio antes. Estaba contenta de volver.

—También hemos pasado por la plaza —comentó con una tímida sonrisa.

—¿Habéis pasado por la plaza? ¿Y qué efecto te ha hecho verlo? —replicó Farci.

—Un poco de emoción.

—¿Podrías... dar un nombre a esta emoción?

—¡De alegría! —había respondido Marta. Pero evidentemente esa respuesta no era suficiente para la psicóloga.

—Quizá también sientas alguna otra emoción junto con la alegría. ¿Sientes otra emoción o no?

«No, solo un poco de alegría», fue la respuesta decidida de la niña por segunda vez. Y entonces la doctora colocaba en su mente un elemento nuevo, al que Marta nunca se había referido.

—Tal vez puede que haya incluso un poquito de sufrimiento por volver aquí. ¿Podría ser?... Solo que a ti te cuesta decirlo... Quizá también te hayan pasado cosas que te duele recordar...

Marta se había dado por vencida y había asentido. *Mmmm*. El vídeo continuaba con sus acusaciones contra Francesca.

—Así que me estabas diciendo que... ¿tu mamá?

—Me llevaba a lugares malos, al cementerio y a casas de otras personas.

—¿Y cuándo te llevaba al cementerio?

—Mmmm... por la tarde...

—Por la tarde...

—A veces también después de comer.

—¿Y qué pasaba en estos lugares?

—Que me hacían daño...

—¿Se lo hacían a todos o solo se lo hacían a algunos?

—A todos los niños que iban allí.

—Ah, ¿había muchos niños que iban?

—Sí, sí... Y después al final le daban el dinero a mi madre.

—Le daban dinero a tu madre...

—Mmmm...

—Sabes, esto es realmente triste. Te entiendo, sabes, debió de ser muy difícil para ti... Tal vez en ciertos momentos estarías también un poco enfadada con tu madre entonces...

—Sí, sí...

—Así que solo pudiste expresar tu rabia cuando ella ya no estaba...

—Mmmm...

Ahí estaban de nuevo. Las insinuaciones. Las preguntas que sugerían. La actitud confirmatoria que volvía, pasando por encima

de cualquier cosa absurda que saliera de la boca de la pequeña —por ejemplo, los rituales satánicos en los cementerios «después de comer»— siempre y cuando corroborara la «gran tesis» que ya había sido decidida por los adultos a priori.

Carlo había preferido no ver los vídeos de su hermana. Demasiados recuerdos, demasiado dolor. No tenía nadie con quien hablar del asunto, nadie con quien desahogarse, nadie que pudiera entender su historia y su drama. Tal vez —me confesó sin pensarlo mientras nos despedíamos— ni siquiera estuviera *listo* para presentarse ante su puerta. Permanecería un poco más ahí, en su limbo, con la esperanza de que quizá, algún día, sonara el timbre de su puerta.

Lo que me había llamado la atención hasta ese momento en muchos de los familiares de los niños separados era sus intensos titubeos a la hora de tomar la iniciativa de ir a buscarlos. Que sufrieran estaba fuera de discusión, hasta el extremo de que todos ellos, con diferentes maneras y tiempos, habían buscado un tímido contacto con hijos y nietos, una vez que habían alcanzado la mayoría de edad. Pero nadie parecía haber dado continuidad a esa iniciativa. Cartas, postales, mensajes en redes sociales, algún intento de llamada telefónica, poco más. Como padre de dos niños pequeños, al principio no podía entender el porqué de tantas vacilaciones. Instintivamente pensaba que, en su lugar, yo hubiera ido a buscar a mis hijos hasta el fin del mundo, iría allí en persona, rogándoles cinco minutos de su tiempo para que me miraran a los ojos y escucharan mi versión de la historia, obligándolos por lo menos a escuchar mi voz que gritaba mi inocencia, mi dolor, mi verdad. Pero luego comprendí que detrás de ese miedo se ocultaba un mecanismo atávico de defensa y protección de los propios hijos de las consecuencias de tal elección. Por ejemplo, el causarle aún más daño que el que ya habían sufrido.

—¿Por qué no vas a ver a tus hijos? ¿Qué es lo que te frena? —le pregunté a Lorena un día en el salón de su casa en Salernes. Durante todos los años posteriores a su alejamiento, les había escrito carta tras carta y enviado paquetes a sus cuatro hijos, sin

llamar a su puerta ni una sola vez.

—Bueno... No quiero causarles ningún sufrimiento más, eso es todo... Me pregunto: ¿A ellos les hace falta verme? ¿Necesitan reunirse conmigo?

Sin embargo, otra razón para bloquear a quienes, como ella, se sentían víctimas de aquella monstruosa injusticia era también el instinto de autoconservación, que les había permitido sobrevivir a esos largos años de soledad. De ello me habló Federico Scotta, que le había enviado un mensaje a Elisa por Facebook poco después de cumplir los dieciocho años, sin obtener respuesta.

—El miedo a ser, cómo puedo decirlo, juzgado por decimoquinta vez, es lo que me ha refrenado bastante... porque, en fin, te lo imaginarás, es horrible oír a un hijo decirte «no quiero volver a verte más»... o «¿quién eres?... tú no eres mi padre, eres el que me hizo daño, el que tenía que protegerme y no lo hizo».

Muchos de ellos prefirieron no tocar cuerdas tan delicadas, con el riesgo de romper incluso la sutil e irracional esperanza de que algún día los chicos volvieran a casa. La vida los había condenado a una espera que duraba ya veinte años. Y eso seguirían haciendo. Esperar. Algunos rezando rosarios todas las tardes y todos los domingos, algunos hojeando álbumes viejos hasta agotarse, algunos siguiendo en secreto la vida de sus hijos en las redes sociales a través de fotos de sus cumpleaños, de sus títulos universitarios, de sus noviazgos. Tomar cualquier otra iniciativa resultaría emotivamente peligroso. Y obtendría la confirmación de ello a través de una de las personas que menos me lo hubiera esperado. Una chica de pelo castaño lacio y ojos verdes ligeramente almendrados, que llevaba toda la vida intentando encontrar a su hermano Nick: Elisa Scotta.

Cuando Alessia se puso en contacto con ella a través de Facebook, Elisa accedió de inmediato a reunirse con nosotros. El 7 de julio de 1997, a la edad de tres años, fue devuelta a la casa de los mismos padres de acogida con los que vivió temporalmente tras las primeras denuncias de palizas, y que a partir de ese día serían su

familia adoptiva. No recordaba prácticamente nada de esa historia. Sus padres naturales, Federico y Kaempet, eran dos sombras desvaídas, dos destellos lejanos que no era capaz de enfocar. Había sido una niña feliz, rodeada por otros hermanos adoptivos que la querían como su nueva mamá y papá.

Sin embargo, tras cumplir los veinte años, empezó a echar la vista atrás y a replantearse su pasado y sus orígenes. Había leído en los periódicos algo sobre el grave caso de los pederastas en la zona de la Bassa de Módena, y sintió nacer la curiosidad al descubrir que alguien lo había definido un «error judicial», fruto de una colosal sugestión por parte de quienes habían investigado. Pero esa no fue la razón por la que accedió a reunirse conmigo en un café de las afueras de Módena, en el que los parroquianos eran sobre todo ancianos que jugaban a las cartas. No era a sus padres a quienes echaba de menos, sino a Nick, su hermanito de pocos meses del que tenía un recuerdo muy claro. Lo había visto por última vez justo antes de quedarse dormida aquella mañana de julio en la sala de espera de la comisaría de Mirandola, mientras Federico y Kaempet, en la planta de arriba, recibían del responsable de los Servicios Sociales Marcello Burgoni el decreto que los alejaba para siempre de sus hijos. Cuando despertó, ya no quedaba nadie. Ni sus padres ni Nick. Alguien había decidido que estarían separados para siempre, cada uno en una familia, cada uno con una nueva identidad.

A los veintidós, Elisa se puso en contacto con Valeria Donati, pidiéndole una reunión para aclarar su pasado. Le respondieron que no era posible.

—Solo quiero encontrarlo a él —me dijo, con el tono de alguien que ha pasado la vida pensando intensamente en una persona inalcanzable—. A él y a Stella. —La hermanita que llegó más tarde y a la que se llevaron de la misma sala de partos, cuyo rastro se había perdido para siempre. Le prometí que lo intentaría. Pero también sentía curiosidad por entender qué sentía hacia su madre y Federico. Elisa se encogió de hombros.

—Para mí es indiferente, es decir, no me cambia... No volveré atrás... Por mí que se quede donde esté... No puedo decir que lo

considere entre comillas un «padre»... porque no lo ha sido. No he recibido nada, y no quiero nada. Quiero decir... puede que sea inocente como puede que no lo sea... pero por su culpa nos separamos, después de todo lo que ha pasado todos nos hemos separado.

A pesar de la aparente indiferencia que, sin embargo, ocultaba a duras penas una rabia latente, urdida durante años, Elisa estaba ansiosa por comprender. Quería leer la documentación, formarse su propia idea de la historia. A las psicólogas no les dijo demasiadas cosas cuando era niña. Con Donati recordaba haber hablado tan solo de unos gatitos que habían resultado heridos y necesitaban ser atendidos. Nada más. El resto se lo habían contado más tarde fuentes secundarias. Reunirse con sus padres biológicos no era una prioridad en ese momento. Primero quería a sus hermanos.

De Nick yo solo sabía el nombre del pueblo y de la farmacia donde Federico lo había visto años antes, mientras sustituía a su padre adoptivo en el mostrador. Así que busqué el apellido del dueño de la farmacia e hice una búsqueda en internet, y me encontré con un antiguo plantel de futbolistas juveniles de un equipo local. En la lista se indicaban las fechas de nacimiento de cada uno. Incluida la del chico que estaba buscando. Por fin aparecía en la pantalla un joven con evidentes rasgos asiáticos.

Elisa estaba extasiada. Tenían los mismos ojos. El instinto y la memoria no la traicionaban: era él. Así que una noche ella se armó de valor y le escribió, pero su respuesta le dolió. Él le agradecía que lo hubiera buscado, le había hecho ilusión, pero ahora tenía ya su propia vida. Ya tenía una familia. Ya tenía hermanas. No sentía la necesidad de nada más. Elisa había llorado. Tantos años pasados buscándolo, pensando en él. Y ahora todo terminaba con dos líneas. De Stella no había rastro por ninguna parte. Se sintió sola de nuevo.

—No echo de menos a mis padres —nos dijo entre lágrimas—, es a ellos a quienes extraño... y nada más... porque en todo caso los hijos no hemos hecho nada para merecernos esto.

No era la única que había perdido a sus hermanos. Los otros

niños apartados de sus familias corrieron también la misma suerte. La política de los Servicios Sociales y del tribunal de menores siempre había sido muy clara: desvinculación total con cualquier miembro de la familia de origen. Incluidos abuelos, tíos, primos. A ninguno de ellos se les había concedido nunca el derecho de visita y, a menudo, ni siquiera el de enviar cartas, fotos o regalos.

18

A pesar de haber negado en repetidas ocasiones haber influido de ninguna forma en los niños, a la doctora Donati se le escapaban algunas veces, durante sus numerosas declaraciones, algunas afirmaciones que parecían demostrar exactamente lo contrario. En una de las actas de las audiencias encontré una que destaqué varias veces con un círculo rojo. Me pareció muy significativa, porque revelaba, quizá mejor que ninguna otra, el mecanismo distorsionado en torno al cual giraba toda esta historia. El fiscal le había preguntado con qué frecuencia se reunía con Margherita después del alejamiento de su familia. Donati respondió: «Pues como con todos los demás niños, los vemos una vez a la semana, excepto en los momentos en que hay una necesidad particular de verlos. Por ejemplo, para... prepararla para un posible testimonio».

Prepararla para un posible testimonio. Es decir, el momento en el que los niños iban a ver a las psicólogas asesoras del juez que recogerían sus declaraciones durante las investigaciones preliminares. ¿Para qué tenía que *preparar* exactamente Donati a los niños? ¿Para un guion que habían de representar? Porque esa era la impresión que daba. Sobre todo, tras ver el vídeo del interrogatorio de uno de los hijos de Lorena, que al final de su enloquecido relato de múltiples asesinatos rituales le preguntó a la asesora del juez, Cristina Roccia: «¿Lo he dicho todo bien?». Como si pretendiera una confirmación de haber acertado con su exposición de los hechos.

Roccia también había hablado con Margherita. La hija de los Giacco conocía su trayectoria profesional incluso antes de conocerla. Había sido Donati quien la había *preparado*: «Sé que has hablado con Valeria, estudiaste un poco con ella...», le había dicho la pequeña a la psicóloga durante su primer encuentro. «Es cierto,

nos conocimos en Milán, hicimos juntas un curso de formación para niños maltratados y cómo ayudarlos...», le contestó la mujer. Un curso impartido por los expertos del Centro para el Maltrato Infantil de Milán.

Luego entraron en el meollo del asunto. Como la mayoría de los niños, Margherita se mostraba tranquila frente a la cámara, enumerando los episodios más traumáticos con la misma actitud de quien cuenta un cuento. Y si con las palabras expresaba el temor de que esos personajes demoníacos pudieran hacerle daño, emocionalmente no lo demostraba en absoluto.

—¿Qué es lo que te preocupa si cuentas las cosas?

—Que pueda venir el diablo.

—Así que lo que te preocupa es que este diablo pueda llevarte de verdad con él. Eso significa que eres muy buena enmascarando tus emociones porque si yo creyera que el diablo va a venir a por mí, me asustaría mucho... Pero ¿hay alguna forma de defenderte del diablo? ¿Hay algún lugar donde puedas sentirte segura y el diablo no venga a buscarte?

—Cuando hablo con el juez, entonces hay alguien delante de la puerta...

—Si hay personas que te protegen, ¿estás a salvo del diablo?

—Sí...

—Entonces, estamos muy seguros aquí... ¿Has visto que la policía está aquí afuera...? Yo te entiendo, ya lo sabes, tú has ido además a ese sitio, veías al diablo, los esqueletos, te echaban sangre encima, entiendo que estés muy asustada. Pero aquí fuera hay un montón de policías, aquí es imposible que venga el diablo...

En vez de esforzarse por entender por qué una niña de diez años presentaba esa clase de paranoia, la psicóloga parecía en cambio alimentar sus miedos: «Seguro que el diablo no te lleva consigo. He hablado con muchos niños que nos contaron muchos secretos y tenían miedo de que los mataran, de desaparecer... He hablado con una niña que tenía miedo de volverse loca, pero luego a esos niños nunca les pasó nada... los mayores les dijeron "mira que si hablas el diablo te lleva con él", pero luego nunca ha pasado nada».

Más de una vez, mientras escuchaba esas conversaciones con mis auriculares en la cocina de mi casa, estuve a punto de atragantarme con el café. Era como si esos vídeos vinieran de una dimensión paralela en la que la razón y el sentido común parecían conceptos extraños: «No hay duda de que alguien te hizo daño en el culito o la rajita. Está claro, porque el médico (Maggioni) te lo ha dicho. ¿Tienes ganas de hablar de este dolor del culito y de la rajita que alguien está claro que te hizo? Toma otra hoja y trata de dibujarme lo que te pasó en la rajita».

Margherita había hablado de tocamientos con la mano. Pero la psicóloga había insistido. No pudo haber pasado *solo* eso. Seguro que fueron más lejos. Y al final Margherita había cedido. La habían violado. El mecanismo, ese sí diabólico, escondido detrás de preguntas como esa explicaba muchas, demasiadas cosas. El resultado del examen médico de la ginecóloga se utilizaba para inducir a los niños a hablar, incluso cuando durante largos meses habían repetido que nunca había pasado nada. Solo más tarde, en el transcurso de los juicios, otros médicos habrían coincidido también en el caso de Margherita en la ausencia de «signos evidentes» de abusos, pero cuando ya era demasiado tarde. Porque la niña, como todos los demás, temía a todos los miembros de su familia.

—¿Qué pensaste cuando te sacaron de casa? —le había preguntado Roccia.

—Al principio no lo entendía, pero luego descubrí que me estaban haciendo ciertas cosas y dije «menos mal que me sacaron de allí».

No lo recordaba. Lo había *descubierto*, probablemente a través de técnicas de recuperación forzada de recuerdos traumáticos anteriores, no muy diferentes a las utilizadas durante la psicosis satanista estadounidense.

Roccia había comentado: «¡Menos mal que te sacaron! Yo habría dicho: "¡Ahhh, qué suspiro de alivio!"». Qué derecho asistía al perito de un juez para hacer un comentario tan negativo y degradante hacia la familia del niño era algo que resultaba incomprensible.

En otro vídeo, Margherita estaba sentada ante el juez de instrucción de Módena, Alberto Ziroldi, a quien le contaba cómo la llevaban al cementerio por la noche, y cómo los satanistas le ordenaron que fuera a reclutar a otros niños, con la excusa de «que un mago quería conocerlos».

El juez, un poco estupefacto, le preguntó:

—¿Adónde fuiste a buscar a los niños por la noche?

—Fui a buscarlos a los parques.

—¿Cómo encontrabas a los niños en los parques de noche? Generalmente, los niños están en sus casas a esas horas.

Y Margherita seguía como si nada:

—Sí, pero yo conocía a estos niños, ellos les pedían permiso a sus padres y luego se reunían conmigo.

Pese a lo absurdo de la situación que rozaba el descaro, Ziroldi no había indagado más y había cambiado de tema.

A la edad de doce años, Margherita fue filmada nuevamente mientras respondía a preguntas de un juez de menores. El vídeo estaba fechado en marzo de 2001. Exactamente habían transcurrido tres años desde que había visto a sus padres por última vez. Sus rasgos habían cambiado. Se habían alargado, transformando el rostro redondeado de una niña en el de una chica preadolescente. Llevaba una camisa de cuadros negros, rojos y blancos. Sonreía. Se mostraba mucho más segura de sí misma, mucho más consciente. Estaba bien donde estaba, dijo. Con Lara y Giovanni. Sus padres de acogida. Sus salvadores. No tenía ningún deseo de volver a casa. Todo lo contrario. Le pidió al juez que apartara también a sus sobrinos, hijos de una de sus hermanas mayores. Según dijo, por ellos no sentía ya nada. Le habían enviado una carta recientemente, pero era una historia cerrada para ella.

Una vez más me detuve a reflexionar, devorado por las dudas. Que Margherita había relatado una historia completamente tergiversada estaba fuera de discusión, tanto que después de la condena de Santo, su padre, en primera instancia en Módena, los

mismos jueces del tribunal de apelación de Bolonia y del Supremo no le habían creído, absolviéndolo. Pero seguía sin entender. Si, como afirmaban sus padres y hermanos, los vínculos entre ellos y la pequeña eran tan fuertes, ¿cómo era posible que se rompieran de cuajo en tan poco tiempo?

Un cariño puro, visceral, nacido en el útero materno y criado con los primeros pasos, los juegos, el simple hecho de estar juntos durante miles de noches y días, ¿podía disolverse como si nunca hubiera habido nada?

Muchas veces pensaba en mis hijos y en la relación que nos unía. No conseguía convencerme por completo de que todo lo que íbamos construyendo en los años cruciales de su crecimiento, lo que mi esposa Debora y yo éramos para ellos, pudiera cercenarse limpiamente con tanta facilidad. La propia hipótesis de que algo así pudiera suceder me aterrorizaba. No podía, o no quería creerlo. Consulté a varios expertos en psicología legal, algunos de los cuales habían seguido de cerca el caso como peritos de las partes. En lo que prácticamente todos coincidían como elemento determinante de ese radical cambio de actitud era la rabia, pero también la profunda decepción con la que los niños habían vivido no tanto la idea del abuso sexual, como el sentimiento de haber sido rechazados y abandonados por sus familias. Tal como nos había contado Dario durante nuestro breve encuentro.

Tenía sentido. El trauma que todos ellos habían sufrido en el momento de su separación debió de haber sido violento. Tras despertarse una mañana en su cama, en su habitación, en la que hasta entonces había sido su casa, su pueblo, su colegio, sus amigos, sus pasiones, los deportes, se encontraron catapultados esa misma noche en una familia desconocida, en otra cama, con otras reglas y dinámicas, otra ropa, otras mascotas, otros juguetes. Y luego en otra clase, con otros profesores y otros compañeros.

Siete, ocho, diez años de vida cancelados en el espacio que corre entre el desayuno y la cena. Un mundo carente de apoyos, de puntos de referencia. ¿Y dónde estaban sus familiares? ¿Por qué no los buscaban? ¿Por qué no iban a buscarlos? Ahora en su lugar había una mujer. Una doctora. Que desde los primeros minutos del

coloquio empezó a usar esas palabras tan raras y tan alarmantes a la vez. «Problemas.» «Seguridad.» «Protección.» Veronica, la hija de Lorena, lo había verbalizado ante el juez en uno de los vídeos, explicando cómo le había justificado Donati, a pocas horas de la separación de su familia, el motivo de esa decisión:

—Inmediatamente me dijeron: «Estás protegida, ahora hay que entender bien de qué», porque yo aún no había dicho nada.

El juez Ziroldi le había pedido que lo aclarara.

—A ver... te preguntaste: «Pero ¿de quién tengo que protegerme?». «¿Por qué tengo que ser protegido?» ¿Eso fue lo que te preguntaste? ¿Se lo preguntaste a alguien?

La niña se encogió de hombros.

—Me lo preguntaba a mí misma, pero... quiero decir, es como si no pudiera encontrar la respuesta. Valeria (Donati) y yo empezamos a entenderlo cuando empecé a contar historias.

Tampoco ante una información tan llena de indicios había estimado necesario Ziroldi indagar más y había cambiado de tema.

—Valeria me ha explicado que tenéis dificultades para encontrar casas de acogida para los niños y que os cuesta trabajo —le dijo de ella Margherita al juez de menores en la parte final de su última entrevista grabada—. Pero yo creo que hacéis bien, porque... de acuerdo, aunque no sabéis los problemas que tienen, a mí me hicisteis un favor... no veía la hora de dejar esa familia, porque me hacían daño. Me puse muy contenta.

La familia Giacco vivía en el primer piso de las casas de protección oficial de via Volta, en el mismo edificio donde vivía la familia Galliera antes del desahucio. Cuando fui a verlos, Santo estaba en el patio descargando unas cajas de naranjas de su furgoneta. Bigote y pelo blanco, los dientes amarillentos de quien se ha pasado la vida fumando. Lo seguí hasta arriba, a un piso de tres habitaciones lleno de fotos enmarcadas de sus seis hijos y veintitrés nietos. Las de Margherita estaban esparcidos por todas partes. Había imágenes de ella de niña y en el pasillo también algunas imágenes más recientes que algún familiar había conseguido descargar a

escondidas desde su perfil de Facebook. La ventana de la cocina estaba empañada por los vapores que salían de la cacerola con el agua de la pasta y de la sartén donde hervía la salsa de tomate. Maria vestía una gruesa bata azul y blanca. El cuartito donde dormía Margherita seguía estando igual que el día en que no volvió a casa: las paredes rosa salmón, los armarios naranjas, una oruga y una mariposa dibujadas en el cabecero de dos camas individuales, sobre las que descansaban dos peluches, un osito y un león.

Maria se había derrumbado por el suelo, llorando.

—¿No podrías hacer que volviera? Aunque solo fuera media hora. ¡Antes de morir quiero verla!

Luego, mientras yo hablaba en la habitación con Santo, cogió mi grabadora, que había dejado sobre la mesa y nos dejó un mensaje para su hija del que no me percataría hasta más tarde. «Todos los días hablamos de ti, Margherita, te lo dice tu mamá. Te han dicho muchas mentiras, vuelve a casa. Pienso en ti noche y día, soy tu mamá. No creas que me he olvidado de ti... Mi amor... Te echo de menos. No quiero nada de la ley. Quiero a mi hija...»

La detención y los meses de cárcel y arresto domiciliario que precedieron a la absolución de Santo en 2001 lo obligaron a cerrar su empresa de construcción, lo que asestó un duro golpe a las finanzas de la familia. Los niños habían visto impotentes cómo los trabajadores de una tienda de decoración entraban en su casa para llevarse los muebles comprados a plazos, y las escenas histéricas de Maria, que de repente se encontraba sin marido y sin su hija menor.

—Llegamos a creer que se había vuelto loca —me contó Antonella, una de las hermanas mayores de Margherita—. Una vez hasta hubo que llamar a la ambulancia y tuvimos que ponerle la camisa de fuerza.

Al final del juicio, Santo volvió a trabajar como albañil durante una época, luego había empezado a «recorrer los mercados» vendiendo fruta. Las cosas no iban bien.

—¿Cómo os trataba tu padre? —le pregunté a Antonella apartándome con ella.

«Perfectamente.» Jamás les puso la mano encima, jamás les hizo nada raro a ninguno de ellos. Y encima en el caso de Margherita, «ni pensarlo». Era el ojito derecho de la casa. Amada, muy bien recibida y muy mimada. A los nueve años todavía tomaba leche y galletas con biberón, para desayunar y antes de acostarse. Maria se lo daba a escondidas, porque Santo no quería, «¿cómo?, ¿tan mayor y sigue con el biberón?», dado que además «hacía que le crecieran los dientes torcidos». Cuando se la llevaron, su madre se apresuró a ir a ver a los trabajadores sociales con una caja con los efectos personales de Margherita, implorándoles «dadle el biberón a la bebé, de lo contrario no se quedará dormida».

Era una familia sencilla, pero muy cariñosa. La casa era un ir y venir de familiares que entraban, salían, tomaban café, se fumaban un cigarro en la cocina y luego se iban. Pero todas aquellas personas y esos niños no parecían capaces de aliviar el dolor que se percibía en esa casa desde la primavera de 1998.

Unos años después, Antonella pudo localizar la casa comunitaria donde vivía su hermana pequeña y la llamó. Margherita se mostró fría. Le preguntó por qué, si realmente tanto les importaba, nadie se había movido antes para ir a buscarla. «Le dije que no podíamos, ninguno de nosotros podía hacer nada», me dijo Antonella. Su hermana le respondió entonces que a ella siempre le habían dicho lo contrario, es decir, que nadie la había buscado nunca, y que después sus padres habían muerto en un grave accidente automovilístico. Cuando Margherita cumplió dieciocho años, Antonella fue a buscarla en persona, pero la chica le contestó que no, gracias, que no le interesaba restablecer ninguna clase de relación.

Maria estaba obsesionada con su recuerdo, y más de una vez durante mi visita se echó a llorar. Santo la regañaba, con ese dejo de sarcasmo que le ayudaba a mantener al resto del mundo a distancia, ostentando una indiferencia que era mera apariencia. Mientras hablábamos apartados, sentados a la mesa de la cocina, me miró directamente a los ojos.

—Dime la verdad. ¿Has estado en casa de mi hija?

—Sí.

—¿Y cómo lo encontraste? ¿Qué tal la casa? ¿Y ella? ¿Estaba *palidilla*?

Yo no me había fijado en eso. Y la casa ni siquiera la había visto. Margherita, cuando Alessia y yo fuimos a verla, no nos había dejado entrar. Permaneció asomada al alféizar de la ventana del primer piso de un patio interior en las afueras de un pueblo, a una hora en coche de Massa Finalese. Y desde ahí nos estuvo escuchando, cuando le explicamos que estábamos indagando en el caso y que había cosas que queríamos entender. Pero a ella no le interesaba. Quería que la dejaran en paz.

—Comprendo —respondió Santo, resignado.

En la mesa de la cocina había un paquete de cigarrillos, un encendedor y un cenicero. Y luego algo que aún no había notado, pero que Maria había sacado para mí. Un casete de audio: «Inspección ocular del cementerio». Encontré un viejo reproductor de casetes. En la cara A había algunos temas históricos de Queen. En la cara B, una grabación de audio de algunas personas en un automóvil. Tres voces masculinas. Antimo Pagano, baritonal. El fiscal Claudiani, más cristalino. Luego, otro fiscal con un fuerte acento napolitano, Carlo Marzella, hoy fiscal adjunto de la Dirección de Distrito Antimafia de Palermo. Una voz femenina, con acento emiliano: Valeria Donati. La voz de una niña: Margherita. Le habían pedido que diera un paseo en automóvil para identificar algunos de los lugares donde se habían llevado a cabo los rituales que le había descrito a la doctora.

> Claudiani: Elige tú los sitios que quieres ir a ver.
> Margherita: Todo recto.
> Donati: ¿Podemos ir al cementerio?
> Margherita: Sí.
> Donati: ¿Puedes enseñarnos por dónde se va? ¿Recuerdas el trato, verdad? Cuando ya no quieras, porque tienes miedo, nos lo dices, porque si no, nosotros no podemos saberlo...

Una vez que llegaron frente al cementerio de Finale Emilia, le habían preguntado si quería bajarse del coche. Margherita estaba aterrorizada. Prefería quedarse dentro, desde donde había indicado

algunos sitios que recordaba.

Marcella: ¿Hay algún lugar en particular que te recuerde algo?
Margherita: Ese.
Marcella: ¿Este puente? ¿Por qué, qué hacíais ahí?
Margherita: Allí mataban a los niños y... bailábamos... hacíamos todos esos gestos feos con nuestra ropa... entonces...
Marcella: Mataban a los niños, ¿cómo?
Margherita: Con esa flecha... no sé... la de cortar cabezas...
Marcella: ¿Y eso pasaba de día o de noche?
Margherita: Cuando estaba oscuro. Entonces en ese pequeño prado... Allí, si mal no recuerdo, cavaron unos chicos, y pusieron a unos niños.
Marcella: ¿Recuerdas quién estaba allí cuando sucedían estas cosas?
Margherita: Mi padre, todos los niños, a veces mi madre...

Y luego había mencionado el nombre de un sacerdote.

Margherita: Giulio... el padre Giulio...
Claudiani: ¿Quién?
Marcella: Gio...
Margherita: Ehhh... El padre... espera... ¡El padre Giorgio!

Lo habían corregido. La pequeña había hablado del padre Giulio, nombre que ya había repetido antes. Pero el fiscal Marcella había sugerido el nombre *correcto* que debía decir. No era la primera vez que el padre Giorgio salía a relucir de esa manera tan rara.

Entre los primeros en insistirle a la niña para que recordara el nombre del sacerdote estaba también el padre de acogida de la niña. Una noche, de regreso a casa después del enésimo encuentro con Donati, el hombre se la había llevado aparte. Lara, la madre de acogida, lo había contado en el juicio. «Se ve que hacía tiempo que insistía con ese asunto. Mi marido decía: “Vamos, por lo menos dime por qué letra empieza ese nombre”.» Se pararon en la ge, «y él le dio toda una serie de nombres, Giovanni, Giuseppe, Giordano, Gelsomino. Y luego dijo Giorgio...».

Y fue ese *Giorgio* lo que se quedó. Aunque a veces se convertía en *Giulio*. Pero no importaba. Quizá porque ya se había decidido

que el padre Giorgio Govoni fuera el jefe de la secta. Y esto a pesar de que no hubiera prueba alguna contra él.

La indagación en su ordenador, que al principio había despertado las sospechas de la policía, no había arrojado nada relevante a los ojos de los peritos de la Fiscalía. «Niña», «*hard*», «amigos de los niños» no eran claves para acceder al mundo de la pornografía infantil, sino siglas vinculadas a asociaciones en defensa de los animales o a componentes técnicos del propio ordenador, o a páginas web que se ocupaban de adopciones.

Daba igual. Ya estaban los niños para acusarlo. Estaba Cristina, que junto con la doctora Emma Avanzi —de quien el padre Giorgio había sido profesor de religión, y a cuya hija había bautizado incluso— habían llegado a la misma conclusión. Ellos también habían hecho el juego de nombres con la ge, como admitió más tarde la propia Avanzi en el juicio. «Primero yo dije "Giuseppe", luego ella dijo "Gian". Entonces empezamos con "Gianmarco", "Gianantonio", "Gianvittorio"... todos con Gian... y hubiésemos seguido un buen rato. Pero ella empezó a decir: "Estoy mala. Me duele la tripa"... Al final se detuvo de repente y dijo: "Giorgio. El padre Giorgio".»

19

Un día de octubre de 1998, en pleno período de máxima alerta, aquel en el que varios niños habían empezado a confirmar las historias del cementerio de Dario, Valeria Donati había concertado una cita en su despacho con una niña de cinco años de Mirandola que había sido alejada de su familia junto a su hermano pequeño por un problema de drogadicción de sus padres naturales. La madre Roberta estaba siguiendo un plan de acercamiento con sus hijos Melania y Marco, a quienes la doctora visitaba semanalmente para monitorizar su desarrollo e integración.

Melania había llegado a la cita con la psicóloga acompañada de su padre de acogida, quien, sin embargo, se había apartado con la mujer para contarle un episodio preocupante ocurrido poco antes. La niña y él estaban hojeando juntos una revista: «Estábamos mirando unas fotografías del lago Maggiore y me preguntó... si la persona que había hecho esas fotos estaba viva, o si había muerto». Se ve que esa pregunta le impresionó. «En ese momento me dejó de piedra, entre las muchas preguntas que puede hacer una niña, desde luego no está esa.» Donati intensificó los encuentros: «A partir de ese momento, de modo particular, recuerdo que durante la semana Melania me dijo que a ella también la habían llevado a cementerios y allí había sufrido violencia... Me dijo: "Tengo que decirte una cosa importante", y quiso que yo entrara en la habitación con ella, y allí se echó a llorar...».

Poco tiempo después, Melania le contó a Donati que había presenciado el degollamiento de un niño por parte de su madre Roberta. Que en ese momento fue privada definitivamente de la patria potestad, e imputada en el juicio *Pedófilos-2*. También ella quedó embarazada de un tercer hijo. Un psicólogo del centro

sanitario de Mirandola le había notado la tripa durante las entrevistas. «Señora, ¿sabe usted que a este tercero, cuando nazca, también se lo quitarán?» Aterrorizada, la mujer huyó. No al extranjero, como había hecho Lorena Covezzi, sino unos kilómetros más al norte, en Lombardía. A las cinco de la mañana del 18 de noviembre de 1999, en un hospital de la provincia de Mantua, nació Giada. Alrededor de las nueve, el médico jefe le había pedido a Roberta que lo siguiera a su despacho. Allí se sentaron. «Señora, hace un rato ha llamado alguien de los Servicios Sociales de Mirandola. Preguntaba si por casualidad había dado usted a luz. ¿Puede explicarme qué sucede?» Roberta se echó a llorar y le contó toda la historia. El médico la escuchó en silencio. Luego comentó: «No se preocupe, yo me encargo de todo». En lugar de darle el alta dos días después, la retuvo en el hospital durante una semana, el tiempo necesario para que la mujer pudiera abrir un expediente en otro Juzgado de Menores. Allí, después de algunas reuniones, la habían dejado irse a casa con su pequeña. A pesar de su absolución en las tres instancias judiciales, nunca más se le permitió ver a los otros dos, ya separados permanentemente y ubicados en familias diferentes.

Giada había crecido como hija única y cuando se hizo lo suficientemente mayor como para conocer la historia a fondo y el drama de su madre, el deseo de encontrar a su hermano y hermana se había abierto paso en ella. Pero ninguno de los regalos de Navidad o cumpleaños que les mandó fue aceptado. La misma suerte habían corrido los mensajes en las redes sociales. «Pero yo, que nunca he tenido nada que ver con esta historia, ¿qué daño les he hecho?», me preguntó cuando me reuní con ella. Después de años de silencio, se había resignado a la idea de que Melania y Marco seguirían siendo unos completos extraños durante el resto de su vida. Pero no a la idea de tener que pagar por algo en lo que no tenía ninguna culpa.

El domingo era día de mercado en Salernes y el cours Théodore Bouge bullía de gente sentada a las mesas del Café des Négociants,

o deambulando entre los puestos de flores, lavanda provenzal y quesos añejos. Mientras lo cruzábamos, Stefano Covezzi sonreía y saludaba con un gesto de la cabeza a amigos y conocidos. Aquel municipio del sur de Francia tenía menos habitantes que Massa Finalese, el pueblo del que había huido su madre para no perderlo también a él, el quinto y último hijo que le quedaba.

Con casi dieciocho años era un chico guapo de ojos azules y cejas pobladas. Cuando se hizo mayor, Stefano empezó a darse cuenta de que su familia ocultaba un pasado oscuro. Papá Delfino no siempre vivía con ellos e iba y venía entre Francia e Italia. Lorena, de vez en cuando, daba un salto a Massa Finalese para estar cerca de su familia, y mientras fue pequeño rara vez se lo llevaba con ella. Aunque fuera cariñosa y considerada con él, Stefano había empezado a notar que no interactuaba con los demás niños, como si se sintiera incómoda. Y además todas esas conversaciones sobre los tíos encarcelados. Había algo extraño. No dicho. Hasta que un día Lorena le contó la verdad. Tenía otros cuatro hermanos, que le habían sido arrebatados por una horrenda historia de actos violentos que en realidad nunca sucedieron. Y desde entonces, en el rosario de cada tarde, también dedicaban algunas oraciones a Veronica, Pietro, Federico y Aurora.

Stefano nunca ha podido entender por qué no quisieron volver con su padre y su madre. Ni por qué se negaron desde el primer día a conocerlo o a tener relación con él. «Mis padres son incapaces de hacerle daño a nadie —me dijo en un italiano con un fuerte acento francés—. Estoy seguro de que, así como me educaron a mí, también habrán educado a mis hermanos... Creo que algún día tendré que presentárselos a mi madre.»

Mientras tanto se había visto obligado a explicar a sus amigos franceses la extraña historia que llevaba sobre los hombros, cuando algunos de ellos, buscando su nombre en internet, habían reconocido la palabra «pedofilia» en varios artículos. Lorena siempre había hablado de aquello lo menos posible, para aliviar el peso de aquella carga. Prefería guardarse los recuerdos para ella, desahogándose con su marido o sus parientes. Pero luego, en 2013, Delfino, el «padre bueno que nunca me regañaba», murió de un

infarto, dejándolos a los dos aún más solos. Y así, Stefano había empezado a seguirla mientras ella vagaba de un encuentro público a otro, para apoyarla y animarla.

Mientras él crecía en la casa de Salernes, sus hermanos, dispersos cada uno en una familia diferente, pasaron por la fase difícil y dolorosa de superar las pesadillas que los habían transformado para siempre.

Al igual que todos los otros casos de hermanos separados deliberadamente por los operadores de los Servicios Sociales, era incapaz de entender la profunda crueldad inherente a una decisión como esa. Luego me encontré con un informe del Juzgado de Menores de Bolonia en el que se recogían las declaraciones de Valeria Donati y su colega Anna Maria Gemelli. Donati había motivado la decisión de separar a los cuatro Covezzi argumentando que era imposible, tras el repentino y urgente alejamiento de los menores, de los que además «carecíamos de información», encontrar familias de acogida dispuestas a aceptarlos a todos juntos, «y que al mismo tiempo garantizaran un alto nivel de protección». Como si desde el primer minuto hubiera dado por supuesto que Lorena y Delfino eran unos criminales. Pero la razón principal de esa disgregación fue otra. Ella y sus colegas *prefirieron* que los cuatro niños se mantuvieran separados «porque claramente... una familia o una comunidad que cuida a uno (solo) tiene un nivel de atención y capacidad de lectura de señales que es diferente respecto a cuatro... así que también era una decisión bien pensada, derivada entre otras cosas de la experiencia... Y que acabó revelándose una decisión muy acertada».

Aislar a cada uno de sus padres y hermanos les daba a ella y a sus colegas la posibilidad de estudiarlos mejor. Además, ninguno de ellos, según sostenían, parecía mostrar el menor deseo de volver a casa. Todo lo contrario. Desde el mismo momento en el que se los llevaron de la sala de espera de la comisaría de Mirandola, todos los niños parecían muy aliviados ante la idea de ser reubicados y no parecían interesados en volver a ver a sus hermanos o hermanas.

Durante los primeros cuatro meses, a pesar del apretado

programa de reuniones que habían organizado Valeria Donati, la psicóloga Anna Maria Gemelli y la trabajadora social Maria Teresa Mambrini, ninguno de ellos lanzó nunca acusaciones contra su madre y su padre. Ninguno recordaba nada grave o traumático que hubiera sucedido en casa. Pero las operadoras habían insistido. En un documento del Juzgado de Menores de Bolonia, Gemelli explicó con qué clase de palabras se intentaba convencer a los Covezzi para que denunciaran a sus padres: «Hablar con el juez significa también decirle a mamá y a papá lo mal que has estado, hacerles entender lo mal que has estado, si tus padres lo entienden, también puede ocurrir que ellos te comprendan y puedan incluso cambiar».

Luego, en marzo de 1999, la psicóloga se acercó al padre de acogida de Veronica al final de un encuentro. «Donati se apartó conmigo y me dijo que Veronica estaba muy mal, y que, en su opinión, en ese momento, tal vez podría decidirse a abrirse con nosotros. En efecto, al acompañar a Veronica a casa, me di cuenta de que era toda ella una máscara de lágrimas y tensión.» A partir de entonces, uno tras uno, los demás también hablaron. Puestas en orden una por una, sus declaraciones frente a la cámara durante las indagaciones preliminares eran una retahíla de relatos vagos y llena de contradicciones.

Veronica quería mucho a sus tíos maternos, con quienes decía llevarse muy bien. Pero luego los acusó de llevársela al campo con los ojos vendados y de hacerle cosas allá abajo, con un objeto de hierro. «Mis tíos me soltaban los brazos, me decían que me vistiera y luego me llevaban al coche.»

El juez Alberto Ziroldi le había preguntado:

—¿Alguna vez has estado en un cementerio?

Veronica contestó como si fuera lo más normal del mundo.

—¡Sí! Para visitar a mis parientes.

—¿Alguna vez has estado a horas un poco particulares?

—¿Puede repetirme la pregunta?

—¿Alguna vez has estado cuando estaba cerrado?

—No, con mi abuela o con mi tía, o con primos, siempre de 11:30 a 12:00.

—¿Así que nunca de noche?

—No.

Una respuesta que desmentía de plano todo lo que la prima Cristina y los demás niños habían contado en cambio sobre los rituales nocturnos. Pero poco después, a Veronica le volvería la memoria. Sí, iba allí también más tarde. Las misas negras también se celebraban a media tarde, «hacia las 4:30, 5:00», inmediatamente después de salir del colegio.

Era una niña algo regordeta, de pelo rizado y voz ronca. Simpática. Afable. Educada. Charlatana. Quería cooperar y proporcionar a los investigadores toda la información que recordaba.

Aunque físicamente se parecía mucho a su hermana mayor —ambos parecían una fotocopia de Delfino, su padre—, Pietro, quizá a causa de los dos años de diferencia de edad, era temperamentalmente muy distinto a Veronica. Cuando hablaba alternaba momentos de aburrimiento con otros de distracción, o se reía, o miraba a su alrededor mascando chicle, o deambulaba en torno a la psicóloga Cristina Roccia. En más de una ocasión tuve la clara impresión de que la estaba poniendo a prueba para ver hasta qué punto ella y el juez Ziroldi le creían. Como si aquella conversación, que habría de determinar el destino de toda su familia, solo fuera un enorme juego:

—El tío Emidio apagaba las luces y se disfrazaba de diablo negro, con la sangre que le salía de aquí (señalaba una comisura de la boca), ya sabes, esas cosas que venden en los quioscos... es rotulador rojo... luego se ponía la dentadura... decía que nos arrancaría el corazón, que nos quitaría los juguetes...

—¿Y cuándo supiste que era él? —le había preguntado Roccia, aterrorizada.

—Le quité la máscara y así lo descubrí. —Al día siguiente repetiría la misma historia, afirmando sin embargo que el tío enmascarado era Giuseppe, y no Emidio.

—Como le había quitado la máscara, me cogió y me empezó a hacer daño... con una caña de bambú. Me hizo quitarme la

camiseta y me daba en la espalda.

—¿Y luego? —le apremió la psicóloga del Centro de Estudios Hansel y Gretel.

—Me daba puñetazos en la cara, patadas en la cara.

—¿Y tus padres estaban allí?

—Ese día no estaban allí.

—¿Y cuando volvisteis a casa tus padres no se dieron cuenta de nada?

—No... luego por la mañana ya no se veía nada...

La psicóloga parecía estupefacta, pero optó por no indagar más.

—¿También estaba allí el tío Giuliano? —le había preguntado Ziroldi.

—No —respondió Pietro, exculpándolo de hecho y desmintiendo la versión de su prima Cristina. Pero también en este caso se dejó correr el asunto.

Cuando tenía ganas de hablar, el niño enumeraba todas las herramientas que sus tíos y sus afiliados usaban para torturarlos, incluida una cruz a la que lo ataban para lanzarle luego cuchillos. Se había acusado incluso a sí mismo de una asombrosa cantidad de asesinatos y torturas de otros menores no identificados. Pero el juego de contar mentiras parecía haber cambiado lentamente su percepción de la realidad, transformándola en una grotesca película de fantasía, en la que él era el protagonista al que todos querían matar. Y así había caído en una espiral de ansiedad y paranoia. En varias ocasiones habían tenido que tranquilizarlo sobre la presencia de la policía ante la puerta de la habitación. En varias ocasiones, al igual que Dario y Veronica, había visto a sus padres o a otros siniestros personajes ir a buscarlo al pueblo donde vivía, hasta el extremo de solicitar que lo trasladaran a otro lugar. Cuando su hermana lo invitó a confirmarse en su parroquia, expresó inmediatamente el temor de que aquel no fuera un lugar lo suficientemente «protegido».

Las propias psicólogas habían admitido haber inculcado en los niños separados de sus familias el miedo a que alguien fuera a buscarlos. Interrogada por el juez, la doctora Gemelli había

declarado que «se informó a los niños de que también habían intentado ponerse en contacto con los demás, para ponerlos en condiciones de mantenerse alerta». Sin plantear el problema, sin embargo, de que *tal vez* fuera precisamente esta información, relativa a hechos que por lo demás nunca llegaron a ser demostrados, la que generaba esa clase de delirios de persecución en los niños.

Con el paso de los meses, los cuatro Covezzi empezaron a manifestar un malestar creciente. Momentos de llanto, escenas histéricas y violentos ataques de ira como los de Federico, el segundo varón, cuyos padres de acogida se las veían y se las deseaban cada vez más. Se habían encontrado varias veces con su habitación patas arriba, como si odiara todo lo que le rodeaba. Por no mencionar los profundos sentimientos de culpa de Veronica y Pietro en relación con su hermano y su hermana menores, por haberse visto obligados por los adultos a abusar sexualmente de ellos. Tanto es así que durante cierto tiempo la pequeña Aurora, encerrada en el Cenáculo Franciscano esperando a que alguna familia se ofreciera a acogerla a ella también, no había querido tener contacto alguno con ninguno de ellos.

—¿Qué hacías, Aurora, con papá, mamá y tus hermanos? —le preguntaba la psicóloga turinesa Sabrina Farci mientras en el vídeo de una audición protegida estaban sentadas en el suelo jugando con un castillo de muñecas.

—No lo sé —contestaba la niña, más concentrada en los juguetes que la rodeaban. Acababa de cumplir cuatro años.

—No lo sé... —había repetido Farci—. Esa es una forma de decir «No quiero hablar de eso». Yo creo que tú lo sabes... tal vez te duela hablar de eso. ¿No quieres hablar de eso?

—Nooooo.

—Pero así no puedo ayudarte, ya lo sabes, Aurora...

En los días siguientes, sin embargo, la niña se había dejado ayudar. Y había contestado.

—No consigo entender por qué ya no quieres ir a casa.

—Porque mi mamá y mi papá me hacían daño.

—¿Qué te hacían? ¿Puedes decírmelo?

—No.

—¿Por qué?

—Me daban azotes en el culito...

Al final pudo encontrarse una casa para Aurora. Se criaría en una ciudad lejana. Lorena no había vuelto a verla nunca más, ni siquiera en fotografía. Yo tampoco pude encontrarla. Con la ayuda de Alessia localizamos a Veronica y a Federico. Ambos aceptaron escucharnos, mientras les explicamos por qué nos habíamos presentado de repente ante ellos. Ambos vivían aún con sus familias adoptivas, pero no estaban interesados en volver sobre la historia. Al igual que no lo estaba Pietro, con quien hablé por teléfono en un país del norte de Europa a donde se había mudado. Era agua pasada. La muerte de su padre no los había afectado. De su madre no querían saber nada.

Lo mismo ocurría con Cristina. El pasado era para ella tierra quemada a la que no había motivo por el que volver. Su madre había muerto en la cárcel y seguía aterrorizada por su padre Giuliano y sus tíos. Gilda, la madre adoptiva que la había acogido en su familia el día de su alejamiento a la edad de ocho años, fue incapaz de mantenerla en casa más allá de unos cuantos meses. Aquella niña desordenada y poco acostumbrada a la limpieza era demasiado difícil, demasiado complicada, demasiado histérica, y los había desestabilizado por completo, aterrorizando a sus hijas menores con cuentos de muertos y cementerios. No podía seguir teniéndola en su casa. Estaba harta de oír a esas psicólogas que una y otra vez, al final de sus encuentros con Cristina, le recordaban: «Tened mucho cuidado, cuando salgáis de aquí de neuropsiquiatría, estad atentas a que no os siga ningún coche». Así que, con el corazón en la garganta, le explicó a la pequeña que tal vez no fueran la familia adecuada para ella, y que estaría mejor en otra parte.

Los Servicios Sociales tuvieron que buscar otra familia en la

provincia de Imola, que tenía dos hijas adolescentes: Giovanna y Simona, de dieciocho y dieciséis años, respectivamente. La breve experiencia con Cristina sería tan negativa que, años después, Giovanna, una vez terminada la carrera de Psicología, había optado por contarla en su tesis. Sus padres se habían enterado a través de los Servicios Sociales de que había unos niños de la zona de la Bassa de Módena con situaciones de maltrato intrafamiliar a sus espaldas y habían propuesto a las hermanas acoger a uno en casa. Ella y Simona se mostraron entusiasmadas ante la idea de tener una hermanita o un hermanito al que cuidar.

La psicóloga les asignó Cristina, que llegó el 7 de diciembre de 1999. Giovanna y Simona la recibieron con un par de pantalones de terciopelo negro y otro igual gris claro comprados especialmente para ella el día anterior.

A su nueva familia, la pequeña les «había sido descrita como una niña amable, estudiosa, diligente, interesada, alegre, simpática y cariñosa». Pero luego los esfuerzos por favorecer su integración «acababan siendo vanos frente dos estrategias constantes de Cristina: comportarse como una niña de tres años, con berrinches y lágrimas, o como una adolescente de trece años, con mentiras, despecho y maldades diversas». Giovanna, su hermana y sus padres no tardaron en darse cuenta de que tenían una persona completamente inestable en casa.

> Vivía aislada en su propio mundo, donde soñaba y fantaseaba, como si fuera una especie de Barbie, pero no se relacionaba con la realidad. Varias veces trató de robarnos cosas o efectos personales, varias veces nos contó cosas que no eran ciertas, tratando en todo caso de culparnos a mi hermana y a mí ante nuestros padres. En el colegio tenía relaciones «deformadas» con sus compañeros: alternaba amistades, contaba muchas cosas sobre ella, algunas verdaderas y parecidas a las de sus coetáneas, otras tétricas y probablemente falsas, lo que llevaba a sus compañeros a distanciarse de ella. Solía preferir estar con adultos, pero esta propensión tenía fines utilitarios: los adultos podían y debían, por su papel, brindarle más atención y, sobre todo, regalos. Vivía principalmente relaciones de conveniencia y se alejaba de estas, si no quedaba satisfecha... Mi hermana y yo no la veíamos como una hermana, sino solo como una niña, que hacía que nuestros padres

> discutieran, que cansaba a mi madre y a todo adulto que estaba con ella, que era una mentirosa, que contaba historias macabras en el baño por la mañana (probablemente parte de los recuerdos que tengo de este aspecto también son fruto de mi propia sugestión), que nos culpaba de muchas cosas y que no sentía cariño por nosotros.

Era un análisis crudo de aquello en lo que se habían convertido Cristina y otros niños como ella después de ser separados de su núcleo familiar.

> Sin embargo, lo que más lamento de toda esta historia es el comportamiento de los trabajadores sociales, de la psicóloga, de las educadoras... Le hicieron creer que éramos nosotros la familia equivocada (como la primera familia de acogida y su familia de origen), que ella no tenía la culpa de nada e incluso se le inculcó la idea de que se podía cambiar de familia a su antojo, hasta dar con la adecuada. Esta forma de proceder me pareció entonces no solo dañina para ella, sino también para nosotros, y, después de leer algunos libros, ahora sé que era también moral y metodológicamente incorrecta.

Giovanna se convencería más tarde de que las declaraciones que hizo a psicólogas y jueces esa niña caían dentro del género de las llamadas «denuncias en red», es decir, la consecuencia de un contagio grupal. «Una peculiaridad de las denuncias en red es el elevado número de entrevistas a las que se somete a los niños con el fin de obtener más información.»

El 10 de octubre de 2000, menos de un año después de haber entrado en su casa, Cristina se marchó y nadie más volvió a saber nada al respecto.

De ella no había podido saber mucho, aparte de que terminó viviendo en otra región y de que había estudiado en la universidad. Pero tuve ocasión más de una vez de leer la carta que había escrito a los jueces en el otoño de 1998, unos meses después de que se la llevaran a la casa de su primera familia de acogida. Esa carta que, junto a sus declaraciones, había desmantelado a las familias Morselli y Covezzi. Esa carta que terminaba con una petición:

«Si mis padres y tíos empiezan a decir que las cosas que digo son ciertas, sea amable con ellos, pero mientras no digan la verdad, sea duro siempre».

Había muchas cosas en aquel escrito que no cuadraban. No parecía haber salido de la cabeza y las manos de una niña de ocho años. ¿Qué le llevó a intentar ponerse en contacto con los jueces por iniciativa propia? ¿Qué significaba la frase «Tratare [trataré] a toda costa de recordar quiénes eran esas personas»? Si las palabras y los términos tienen un significado preciso, ¿qué es exactamente lo que Cristina debía «recordar»?

«Resulta particularmente llamativo el pasaje en el que leemos "Haré todos mis esfuerzos para esforzarme por entender" —me escribió Daniele Amistadi, psicólogo de orientación relacional sistémica—. Si los abusos narrados se hubieran producido de verdad, Cristina los tendría claramente en la cabeza y no necesitaría esforzarse para comprender algo que ha vivido en su propia piel. Además, las modalidades expresivas no se corresponden muchas veces con la edad del niño. El documento podría haber sido escrito al dictado o en todo caso bajo la guía de un adulto.»

Varios meses después de mi intento de acercamiento, Veronica, Cristina, Margherita y Melania me enviaron una carta a través de un abogado de Florencia en la que defendían el trabajo de la doctora Donati y de sus colegas, arremetiendo contra quienes aseguraban que de pequeñas habían sido alejadas de sus familias sin motivo. «Podemos asegurarles que motivos había, y muchos, y nos alegramos de habernos alejado de ellos, que tanto sufrimiento nos causaron durante muchos años.»

20

En el transcurso de nuestra conversación, la presidenta del CISMAI, Gloria Soavi, rechazó todas las críticas vertidas contra su asociación, acusada por muchos profesionales de la psicología jurídica de formar *abusólogos*, es decir, psicólogos y trabajadores sociales propensos a buscar indicios de violencia sexual en niños que manifestaban señales de malestar. «El CISMAI no tiende en absoluto, ni entonces ni ahora, a encontrar abusos donde no los hay», me dijo con decisión. Sin embargo, son varios los casos legales que han aparecido en las noticias y atañen a casos sospechosos de pedofilia, en los que los expertos afiliados al CISMAI parecían caracterizarse precisamente por esa clase de enfoque. Como si siempre hubiera de darse por válido el testimonio de un niño, independientemente de cómo haya sido recogido. El CISMAI es socio de la ISPCAN, International Society for the Prevention of Child Abuse and Neglect, que en la página de inicio de su sitio web informa, sin mencionar su origen, estadísticas y datos increíblemente alarmantes, incluido aquel según el cual «una de cada cuatro niñas son víctimas de abusos sexuales». Según estos números, habría por lo menos cuatro en cada clase de una escuela primaria.

La neuropsiquiatra pediátrica Marinella Malacrea, considerada desde principios de los años ochenta como una de las autoridades en Italia en el campo de los malos tratos y de la violencia contra los niños, es uno de los miembros fundadores del CISMAI y del Centro para el Maltrato Infantil de Milán. Ha colaborado como asesora del fiscal Pietro Forno, ha escrito textos sobre el tema y participado en diversos congresos junto a Claudio Foti, fundador del Centro de Estudios Hansel y Gretel de Turín, y uno de los más acérrimos enemigos de los profesionales que

redactaron la Carta de Noto.

Ya a mediados de los noventa, Malacrea impartía cursos en los que participó Valeria Donati durante su formación. Después de escuchar las primeras historias de Dario, la doctora de Mirandola, con su período de prácticas todavía fresco, había llamado precisamente a Malacrea para pedirle que supervisara su trabajo.

—Un trabajo certero, profundo... —fue el comentario de la doctora cuando le pedí su opinión sobre la labor de Donati. Un «muy buen trabajo, con implicación anímica, como por lo demás las circunstancias requerían».

Para la neuropsiquiatra, la verdadera dificultad de los profesionales que escuchan a los niños víctimas de abusos es el silencio tras el que se atrincheran, que ella define como «una de las armas más eficaces cuando quieren rehuir las preguntas o fingir que no han oído». Una idea que, sin embargo, no parece tener en cuenta en absoluto otra posible hipótesis: la de que no dicen nada porque no les ha pasado nada.

A diferencia de lo que se recoge en numerosas publicaciones de la producción científica italiana e internacional, la neuropsiquiatra me dijo que considera «altísimamente improbable» la hipótesis de que un psicólogo pueda sugestionar en sentido negativo a un niño que está frente a él, porque «es muy difícil inculcar en la cabeza de un niño algo que compromete su vida».

Y si incluso después de semanas de coloquios los pequeños hablan de decapitaciones en cementerios, crucifixiones, sangre de gato, asesinatos y violaciones, tales declaraciones «pueden ser fruto de la fantasía de los abusadores y de la ficción, de los montajes escenográficos... para confeccionar productos que se difunden por todo el mundo. Quienes elaboran productos de pornografía infantil de terror, un género que sabemos bien que existe y que la policía informática encuentra a mansalva, requieren una determinada puesta en escena».

Me pareció una explicación con muchas lagunas. Que personas adultas sean capaces de engañar a varios niños de nueve o diez años haciéndoles creer a través de la «escenografía» de una película que han estado en un cementerio de verdad, que han

desenterrado cadáveres de verdad o que han matado a niños de verdad me parecía muy poco probable.

Y, sobre todo, no es cierto en absoluto que la policía informática encuentre a mansalva «productos de pornografía infantil de terror». He podido confirmarlo poniéndome en contacto con tres agentes de los centros más importantes que luchan contra la pornografía infantil en el norte, centro y sur de Italia, con veinte años de experiencia monitorizando el material de vídeo que circula por todo el mundo. Ninguno de ellos se ha encontrado nunca con *snuff movies* de trasfondo satánico con sacrificios humanos y bebida colectiva de sangre.

El enfrentamiento entre los psicólogos forenses a favor de la Carta de Noto y los del CISMAI por el reconocimiento oficial del método que ha de adoptarse al escuchar a los menores sigue aún vigente, por más que el tiempo, la experiencia y los casos posteriores a los de la Bassa —las psicosis que afectaron a los jardines de infancia Abba y Sorelli en Brescia y al jardín de infancia Rignano Flaminio — han contribuido a crear, incluso en el ámbito judicial, una mayor conciencia del riesgo que presentan los métodos de interrogatorio que no respetan parámetros de total neutralidad e imparcialidad. «Por eso, hoy en día, cada vez más peritos se niegan a responder cuando los jueces les preguntan si ha habido abusos o no», me explicó el psiquiatra forense Marco Lagazzi. «Eso es algo que solo puede y debe determinarlo el juez. Nosotros debemos limitarnos a trazar un cuadro psicológico y evaluar la mayor o menor capacidad del niño para dar testimonio. O verificar que su testimonio de determinados hechos no haya sido deformado por presiones o sugestiones. Nada más.» Traducido en las palabras de Chiara Brillanti, psicóloga jurídica implicada en los juicios de Módena como perito de parte: «El psicólogo debe hacer de psicólogo, no de policía, no debe empujar a los niños a hablar. Debe ser una figura neutra. En este caso nunca ha habido neutralidad».

Para Oddina Paltrinieri todo había sido una cuestión de dinero. Lo repetía a menudo. Había quienes se habían lucrado a costa de esos niños: las familias de acogida, pero también y sobre todo los responsables de los Servicios Sociales y sus superiores de las unidades locales de salud, convencidos de haber descubierto el caso del siglo, lo que habría generado ingresos y mucho trabajo para todos, asesoramiento a fiscales y tribunales, cursos de formación, investigación.

No sabía si creer o no en esta interpretación.

Si por un lado consideraba que era poco probable que una serie de individuos con trastornos mentales como los pedófilos se encontraran viviendo de repente en dos pueblos de la Bassa de Módena, por otro lado me costaba aceptar la idea de que tantos profesionales hubieran decidido hacer surgir un caso de la nada solo para especular.

Un día, sin embargo, un concejal del Ayuntamiento de Mirandola me envió un correo electrónico con un documento interno de la Unión de los Municipios de Módena zona norte en el que se recogían los gastos generados por el acogimiento, la protección y el cuidado de los niños apartados de sus familias. Los datos eran impresionantes. El coste de conjunto de los fondos públicos gastados en todo el asunto —excluyendo los de nada menos que cinco juicios— era de 3,7 millones de euros. De ellos, una mínima parte se destinaba a familias de acogida, que recibían de media 550 euros al mes por cada niño, y que por tanto no parecían haberse enriquecido en absoluto, como mucha gente tendía a creer. En cambio, la partida que por sí sola abarcaba más de la mitad del presupuesto era la relativa al dinero desembolsado para la «atención psicológica» de los menores. Y este era un lado de la historia que resultaba ambiguo a decir poco.

Mientras trabajaba como psicóloga contratada para la Unidad Sanitaria Local de Mirandola, Valeria Donati también ejercía como gerente de una empresa independiente en Reggio Emilia, donde también estaban empleadas Anna Maria Gemelli y la trabajadora social Maria Teresa Mambrini: el CAB o Centro Aiuto al Bambino

(Centro de ayuda a la infancia).

En 2002, la sanidad regional había decidido «encomendar la atención y terapia de los menores implicados a este centro (el CAB), más equipado y especializado en cuestiones de abusos».

La misma persona que había *descubierto* el caso y seguido a los menores, la primera en recoger sus declaraciones, la encargada de elegir a las familias a las que encomendarlos, de informar al fiscal y al Juzgado de Menores, de actuar como testigo clave en los juicios, quien siempre manifestó una opinión negativa sobre la posibilidad de contacto con sus padres biológicos —incluso cuando estos habían quedado absueltos—, resulta que también había obtenido un potencial beneficio laboral y económico de una historia en la que había desempeñado un papel decisivo. Por cada niño, el centro de Donati recibía entre 1.032 y 1.400 euros al mes en función de la *gravedad* de su situación. En unos diez años, el CAB ha recibido la suma de 2.209.400 euros de fondos públicos. Y ello a pesar de un evidente y peligroso conflicto de intereses. Porque si las psicólogas hubieran trabajado para acercar de nuevo a los niños a sus familias naturales, el CAB probablemente habría perdido su financiación.

Traté de entender cómo era posible algo así y mientras me adentraba en esta historia escribí, telefoneé y visité a muchos de los que en ese momento estaban convencidos de la veracidad de las acusaciones contra los acusados: fiscales de Módena y del Juzgado de Menores de Bolonia, psicólogos, miembros de las fuerzas del orden. Las raras respuestas que recibí en la mayoría de los casos siempre fueron cortas y esquivas. Pocas palabras para decir, básicamente, *sin comentarios*.

Nunca he entendido —y tal vez nunca entenderé— el mecanismo mental que ha llevado a tantos profesionales involucrados en este caso a ver lo que en realidad era invisible o incluso inimaginable, y optar en cambio por hacer caso omiso a todo lo que estaba allí, delante de los ojos y oídos de todos. Aparentemente, sin hacerse preguntas, dando por hecho que esta historia tenía un solo sentido, a pesar de la montaña de pistas e indicios que señalaban lo contrario. Concentrándose en las

palabras que salían de la boca de los niños que, tras pasar por los mismos profesionales, no solo daban versiones similares, sino que habían desarrollado intensísimas paranoias y malestares, a pesar de que se les hubiera prometido que, al hablar, se librarían de un lastre. ¿Cómo pudo ocurrir algo así? Probablemente nunca lo averiguaré. Sin embargo, tras años de estudio, Alessia y yo hemos llegado a una conclusión: una vez embarcados en la tesis de la culpabilidad, volver sobre los propios pasos y admitir hasta el más mínimo error sobre lo que a partir de una pequeña y sórdida historia de supuesta pedofilia se había agigantado hasta llegar a convertirse en una fiera indomeñable que lo devoraba todo y a todos, hubiera sido muy difícil. En medio había familias destruidas y niños traumatizados. Y lo más importante, cinco muertos.

Cuando la busqué para entrevistarla, descubrí que Valeria Donati, después de haber trabajado durante varios años en el CAB de Reggio Emilia, se había trasladado a otro centro de Módena. Una persona que lo había visitado me dijo que dentro había cuartos con juguetes, donde probablemente recibía a niños sometidos a terapia. Otra que trabajó allí me confirmó que el centro ha seguido actuando como perito, en los años posteriores a los juicios de la Bassa, en los tribunales de Módena, Reggio Emilia y Ferrara. Escribí a Donati, pidiéndole una entrevista. Esta fue su respuesta:

> Siento un profundo respeto por el dolor y la intimidad de estas familias, especialmente de estos niños y niñas, que ahora son hombres y mujeres que con grandes esfuerzos han reconstruido sus vidas y que se han enfrentado a enormes dificultades y sufrimientos. Por eso, aunque me hubiera gustado expresar mi opinión sobre algún punto de manera más general o aclarar noticias que han sido revisadas o tergiversadas con el tiempo, nunca me he planteado siquiera la idea de poder hacerlo en un foro público o a través de medios periodísticos, ni siquiera cuando he sido atacada injustamente.

Traté de volver a ponerme en contacto con ella un par de veces, por teléfono y en persona, insistiendo en que me contara su

versión de los hechos. No hubo manera.

Solo su antiguo jefe de los Servicios Sociales de aquel momento, Marcello Burgoni, me abrió la puerta de su casa en Mirandola. Es un hombre afable y sosegado, de pelo y bigotes grises, jubilado hace ya tiempo. Me condujo por un pasillo y un patio interior hasta su comedor. Me invitó a sentarme junto a una mesa, pero él no lo hizo. Permaneció de pie, apoyado en un aparador. Pude percibir su nerviosismo. Me dijo que, en aquel momento, ninguno de sus trabajadores, ni la policía ni los jueces, tenía experiencia con ese tipo de casos. Era la primera vez en general para todos. En todo caso, los servicios que dirigía se limitaban simplemente a reunir testimonios y suministrar toda la información a la judicatura, que luego actuaba de manera independiente. No eran *ellos* los que decretaban el alejamiento a los niños. Eran los jueces. Le repliqué haciéndole notar que en realidad el Juzgado de Menores actuaba en función de los informes que aportaba su departamento, confiando en su opinión y en la de la doctora Donati.

—¿Cómo se explica, señor Burgoni, que todos los niños que pasaron por su servicio social contaran esas cosas tan extrañas?

Burgoni abrió los brazos.

—Es una pregunta que me he planteado muchas veces, y a la que nunca he podido dar una respuesta.

No acababa de entenderlo. Traté de apremiarlo.

—¿De verdad cree usted que hubo esos rituales en los cementerios? ¿Cree que se produjeron?

Burgoni negó con la cabeza.

—No lo sé... Es que no sé... No tengo ni idea, la verdad...

Me sentí desconcertado. Ese hombre había confiado a una psicóloga joven e inexperta un caso que requería conocimientos específicos y gran profesionalidad. Había respaldado su trabajo. Había estado presente en la mayoría de los alejamientos familiares. Había leído a unos padres en lágrimas los decretos por los que se les suspendía la patria potestad, dado que eran sospechosos de haber llevado a sus hijos a los cementerios, sin que estos hubieran dicho jamás una palabra contra su padre y su madre. ¿Y ahora ya

no sabía si creer en esas historias o no?

—No, atención —me corrigió—, el niño afirmaba que había sido objeto de abusos en el ámbito familiar, y posteriormente se le alejaba de la familia, no antes...

No lo dejé continuar. Aquello era falso. Increíblemente falso. Lo decían a las claras los documentos y los cientos de páginas de audiencias de los distintos juicios. Los propios niños se lo habían declarado al juez. Le hice, uno por uno, la lista de los dieciséis. Todos arrancados a sus familias sin el menor atisbo de prueba. Sacudió la cabeza.

—Dejémoslo aquí... Dejémoslo aquí porque no... me parece que no se dan las condiciones para poder... la historia se ha construido y reconstruido en los juicios y es la que es, y no puede ser de otra manera, porque la verdad está ahí.

Los juicios, sin embargo, no solo fueron condenatorios. También habían sido absolutorios. En distintas ocasiones. ¿De qué verdad estaba hablando? ¿Todavía estaba convencido de que la metodología que aplicaron sus psicólogos era la correcta?

—Para aquellos tiempos era una metodología correcta... en el sentido de que eran las primeras experiencias...

—Entonces ¿podrían haberse equivocado?

—Nadie es infalible... Nadie es infalible...

Le pedí que me explicara por qué y según qué lógica todos esos hermanos pequeños, los Scotta, los Covezzi, los Morselli habían sido separados unos de otros. Pero a esas alturas Burgoni estaba completamente a la defensiva.

—No estoy... no estoy dispuesto a seguir hablando...

Quería que me fuera. Se sentía «amenazado». Antes de irme, lo miré a los ojos:

—¿Está usted seguro, en lo más profundo de su corazón, de no haberles destrozado la vida a esos niños?

Burgoni tragó saliva, luego se llevó la mano a la boca y me abrió la puerta de su casa, invitándome a salir. El aire de la tarde era frío. Caminé durante largo rato antes de volver al coche.

21

A las 10:25 de la mañana del jueves 26 de julio de 2018 estaba detenido en el semáforo de una carretera provincial cerca de Padua, cuando oí vibrar el teléfono. Era un mensaje de WhatsApp. Cuando leí el nombre del remitente casi me da un infarto. «Marta.» Me detuve de inmediato, con los coches en la fila detrás de mí que tocaban el claxon en señal de protesta. Pero en ese momento mis sentidos estaban como entumecidos.

«Hola Pablo, no sé si todavía tienes mi número, pero te pusiste en contacto conmigo x esa investigación de los casos de Mirandola y alrededores. Te pido disculpas por no haberte atendido... La idea me está atormentando porque creo que tienes razón. En realidad, siempre he tenido dudas.»

Creo que lo releí cinco o seis veces antes de volver a arrancar. De todos aquellos niños separados de sus familias que había rastreado, Marta era quizá la persona en la que había pensado con más frecuencia.

Su historia, entre otras cosas por el trágico suicidio de su madre, me había turbado profundamente.

Me había preguntado a menudo cómo se las había arreglado una niña de ocho años para resistir el violento impacto de una tragedia como esa. Después de haber sido trasladada al Cenáculo Franciscano, su pasado había sido borrado. La última persona de la que habría esperado recibir noticias era precisamente ella.

A la mañana siguiente, junto con Alessia, tomé la salida para Reggio Emilia con el maletero repleto de documentos que Marta había pedido ver. Quería saber todo lo que Donati había dicho sobre ella y leer el informe médico de la doctora Maggioni. Nos reunimos en un estacionamiento en las afueras. La chica tímida con el jerseicito rojo que había visto en los vídeos con los peritos

del juez se había convertido en una hermosa muchacha de pelo ondulado y rostro luminoso.

—Sois las primeras personas con las que hablo de esto desde entonces —nos dijo cuando nos sentamos en el coche—. Ni siquiera mi novio conoce mi pasado.

—¿Ni tampoco tus amigas? —le preguntó Alessia.

—En absoluto. Ninguna lo sabe. Hay muchas cosas de esa época que he olvidado. Pero... tengo la certeza al cien por cien de que me lo inventé todo. Toda la historia que les conté a los trabajadores sociales, a los psicólogos... a los jueces... estoy segura de que esas cosas nunca me pasaron a mí. Así que creo que alguien puso esas palabras en mi boca... que definitivamente no salieron de mí.

Nos miramos en silencio durante unos segundos. Esas «palabras» se habían utilizado para pedir y obtener años de prisión para la familia Galliera y para Federico Scotta. Y ahora, con esfuerzo y coraje, Marta las describía como lo que realmente eran: basura.

—Muchas veces pensé: «Basta, ahora quiero decir que me lo he inventado todo». Pero luego la cabeza te lleva a cuando eras pequeña, a los jueces, a los juzgados... y en ese momento me decía que no, es decir..., no quiero revivir toda la historia.

Conservaba pocos recuerdos desvaídos de su vida anterior, que contaba con cierto desapego, como si aquellos primeros años que pasó con su madre en Mirandola nunca le hubieran pertenecido realmente. Francesca apenas la recordaba.

—Llevaba gafas, tenía el pelo largo y negro... bastante delgada...

Después de su muerte le había pedido varias veces a la psicóloga que le facilitaran una foto de ella, pero nunca le habían dado nada.

—¿Tienes alguna por casualidad?

Le conseguiría alguna. Le dije que su hermano Carlo tenía muchas, y que si ella quería podía ponerlos en contacto. Pero

cuando mencioné su nombre, no tuvo ninguna reacción en particular.

—¿Por qué me has llamado? —le pregunté.

—Porque quiero llegar al fondo de esta historia y entender lo que me pasó. Me gustaría presentarme ante a los psicólogos y los trabajadores sociales, decirles que me miren a la cara y que me digan que no tienen ninguna duda sobre lo que han hecho... pero creo que de ellos será muy difícil obtener respuestas.

De la noche del 7 de julio, cuando la policía se presentó en su casa a buscarla, Marta no recordaba casi nada, salvo las lágrimas de su madre mientras los agentes registraban las habitaciones. El único fragmento que le queda es el de «alguien que me quería coger y le di un mordisco... pero de todo lo demás, oscuridad... oscuridad... yo... sé que yo era una niña muy muy apegada a mi madre, porque al final, digamos que solo estaba ella, y... una madre es una madre... así que sí, seguro que la quería mucho, mucho... aunque... no era una santa, en el sentido de que... quizá a veces podía volverse un poco agresiva, un poco de mano larga...».

Le vuelve a la cabeza un episodio de una bofetada y de la madre persiguiéndola con una zapatilla. Nada más. También su estancia en el Cenáculo era un revoltijo de fotogramas. Como esos que le devolvían a la memoria la escena de su madre cuando fue a buscarla y la entrevió por detrás de la red.

—Recuerdo haber oído una voz que me llamaba, así que la reconocí enseguida aunque en realidad no la veía bien porque había árboles de por medio, o setos, no lo sé... eh... no recuerdo mi reacción, pues..., o sea, no sé si me sentía feliz, triste... probablemente un poco de felicidad, un poco de nerviosismo... pero creo que fui enseguida a ver a la monja para decirle «Mira, mi mamá ¡está ahí!»... Recuerdo que ella le dejó a la monja una muñequita con una mochila y... había una nota dentro, no recuerdo lo que decía, pero algo así como «Te quiero, volveré pronto», algo parecido. Pero a ella no la... No la vi.

Mientras tanto, Valeria Donati había aparecido en su vida. Dando inicio a una serie de coloquios apremiantes, «infinitos, extenuantes... y... tengo destellos en los que apoyo la cabeza sobre

la mesa y me hubiera gustado no oír a nadie más, porque en cualquier caso era todo un constante "Cuéntame lo que te ha pasado, si lo dices verás que estarás mejor...". Y yo en ese momento no sabía qué decir, porque sabía que no me había pasado nada...».

Por el contrario, a diferencia de lo que la psicóloga había dado a entender en el juicio, la pequeña le había preguntado cuándo podría volver a ver a su madre, pero «siempre me decía que no era posible volver a verla... Y ella en todo caso no dejaba de decirme que... me había hecho cosas malas y... que había que solucionar eso primero, luego, quizá, después... Pero ese después no llegó nunca».

Marta tenía pocos recuerdos de la visita médica a la doctora Maggioni. Tras explorarla, la ginecóloga se acercó a ella para decirle: «Alguien te ha hecho daño, si quieres puedes hablar de ello», tal como consta en las actas de la audiencia que le enseñé. La hija de Francesca meneó la cabeza.

—Me lo creí, claro, ¿qué podía hacer? ¿Cómo va a decir mentiras una doctora?

Aunque siempre había sido consciente de habérselo inventado todo, al crecer Marta nunca logró quitarse por completo una duda que la había dejado con una enorme confusión en la cabeza sobre lo que realmente pasaba cuando vivía con su madre.

—A lo largo de los años he pensado mucho en ello. He llegado a pensar en cosas absurdas... que me habían drogado... que tal vez fueran recuerdos que habían desaparecido y luego reaparecido. Es decir, por poner un ejemplo, miré en internet eso de la «droga de las violaciones». —Era la única manera que tenía de poder darle sentido a la posibilidad de que todos aquellos horrores hubieran desaparecido de su memoria.

Unos días después de la visita a Maggioni, la psicóloga la había convocado en una habitación del Cenáculo.

—Lo único que recuerdo fue que me dijeron: «Tu mamá se ha ido», y yo dije: «Ah, ¿y adónde se ha ido?». «No, no es que se haya marchado, es que ha muerto», y luego otras cosas... De otras cosas no recuerdo nada más. Pero recuerdo que me eché a llorar.

La trabajadora social Odette Magri declaró más tarde ante los jueces que le había dicho a la niña que «aquello había ocurrido porque, después de que hubiera ido a ver a la doctora, después de que la hubieran separado de su familia, su madre se había dado cuenta de que todo había salido a la luz, de que no había nada que hacer y probablemente pensó que no le quedaba otra salida». Una interpretación absolutamente personal de unos profesionales que ya habían decidido a priori en qué verdad debía creer la pequeña durante el resto de su vida.

—Esa también es una duda mía que siempre he llevado conmigo —comentó Marta—. Quiero decir: si mi madre sabía que era inocente, que no había hecho nada, ¿por qué se tiró de un quinto piso?

Después de su muerte, las reuniones se habían vuelto aún más apremiantes. Donati quería saber si Marta conocía a Dario, si podía confirmar sus historias. Pero ella no lo había visto nunca ni la habían llevado nunca con él «a la casa de un cura que los había violado». ¿De qué sacerdote hablaba, además? Ella no conocía a ninguno en Massa Finalese. Pero Donati no la creía: «Mira que él también mencionó tu nombre... eso quiere decir que tú estabas ahí... estabas en ese momento allí», le decían todo el tiempo.

—Me acuerdo... de una mesa, yo sentada a un lado, ella sentada al otro, modo interrogatorio... Me hicieron dibujar mucho. Probablemente era yo también quien quería dibujar, porque sabía que mientras dibujaba no hablaba. —Hasta que, exhausta, acabó cediendo.

Cuando cumplió diez años, los Servicios Sociales le encontraron una familia de acogida. Una pareja cincuentona que ya tenía hijos mayores. Pero con Emma, su nueva madre, las cosas empezaron mal. Marta se encontró viviendo con una mujer «siempre muy fría» con la que surgió una relación conflictiva desde el principio. Sin abrazos, sin manifestaciones de cariño. Solo discusión tras discusión, por mil cositas. Emma la tachaba a menudo de mentirosa, y en alguna ocasión no había dejado de recordarle la

«suerte» que había tenido por haberse quedado con ellos, dado que muchos otros niños iban dando tumbos de una familia a otra.

—Mi madre de acogida nunca me hizo sentir de verdad como una hija.

El 3 de junio de 2007, el día de su decimoctavo cumpleaños, Marta se lo pasó en casa mirando por la ventana. Los psicólogos del CAB ya la habían avisado. Ahora que había llegado a la mayoría de edad, debía andarse con cuidado. Podrían haber venido a buscarla. *Ellos*. La gente mala que ella y los demás niños habían hecho que encerraran en la cárcel y cuyas vidas habían destrozado. Tal estado de ansiedad le duró unos cuantos días. Al final Marta recobró el sentido y pensó en su futuro. No tenía idea de lo que quería hacer, pero le gustaban los niños. Trabajaría como maestra.

Si durante nuestro encuentro no la hubiera mirado, si Marta hubiera sido solo una voz, habría pensado que me estaba contando la historia de otra persona. No parecía haber rastro de sufrimiento en su forma de hablar. Mostraba un completo desapego sobre lo que contaba. Como si su pasado fuera definitivamente un punto en el universo, una estrella a años luz de distancia, cuyas radiaciones ya ni siquiera la rozaban. No pude percibir en ningún momento emoción alguna, ni vacilación, ni ira, ni cambio en la modulación de la voz. Igual que la niña que veinte años antes, sentada frente a una psicóloga con su jerseicito rojo, hablaba de los abusos que había vivido con la misma indiferencia con la que podría haber comentado sus deberes para el día siguiente. Cualquier pregunta, por grave que fuera, por dura que resultara, rebotaba en ella sin desplazarla ni un centímetro. Sus respuestas, todas ellas, parecían estar construidas con los mismos automatismos de alguien que ya había hablado de *aquello* en cientos, miles de ocasiones distintas a cualquiera que hubiera conocido a lo largo del camino. Y no por primera vez, a los veintinueve años, en un estacionamiento en las afueras de Reggio Emilia. Con los únicos desconocidos capaces

quizá de comprender los contornos de la locura a la que había sobrevivido.

La impresión que daba era que acababa de salir de un largo y profundo estado de hibernación emocional, que probablemente había preservado su equilibrio mental, mientras adormecía los sentimientos hacia las primeras personas que de pequeña la habían amado y cuidado. No echaba de menos a su hermano Carlo. Era un extraño, del que solo tenía un vago recuerdo y que nunca había estado a su lado en los momentos importantes de su vida reciente. No le apetecía volver a verlo. Y cada vez que la conversación caía sobre su madre, yo no percibía ninguna reacción emotiva en particular por su parte.

Sus ojos, sin embargo, hablaban otro idioma. Relucían. Traicionaban una emoción y una sensación de impotencia que probablemente siempre había logrado contener, pero sin llegar a eliminarla jamás. Y que debía de haber crecido dentro de ella, una mujer ya, rodeada cotidianamente por los niños del colegio y las madres que los recogían por la tarde.

No sabía si preguntárselo. Dudé mucho. Me sentí como una mierda mientras lo hacía:

—Si no hubiera pasado lo que pasó, si tu madre estuviera viva, ¿volverías con ella hoy?

Por primera vez en nuestro largo encuentro, Marta acusó el golpe.

—Esperaba que no me hicieras esta pregunta porque no lo sé... no lo sé... tal vez sí... tal vez sí... tal vez sí... tal vez, si estuviera viva, bueno, ganas de verla, aunque fuera desde lejos, sí que tendría. Incluso sin preguntar ni decir nada.

Cuando llamé a Carlo para informarle de mi encuentro con su hermana, se quedó en silencio durante unos segundos al teléfono.

—Dios mío, me siento fatal. —Luego empezó a asaetearme a preguntas—. ¿Cómo está? ¿Qué cuenta? ¿Crees que le apetece conocerme?

Mentí.

—No sé. Es posible.

22

Era una mañana de domingo como cualquier otra. Principios de mayo. Daniela Roda deambulaba por su apartamento de tres habitaciones en la planta baja de un complejo de edificios en la periferia norte de Finale Emilia, enfrascada en las tareas domésticas. La lavadora, los platos de la noche anterior, los suelos, la arena del gato. Las cosas habituales. A Daniela siempre le costaba arrancar, nada más despertarse. Era el efecto de la potente benzodiazepina que tomaba por la noche, antes de acostarse. Ese sueño químico y artificial la ayudaba a pasar las noches ilesa sin despertarse sobresaltada, sin encontrarse sollozando entre las almohadas tres o cuatro horas antes de que sonara el despertador. Le ayudaba a no pensar en su hija: Sonia. En un aparador de la cocina había una foto de ella enmarcada, tomada poco antes de que se la quitaran en el otoño de 1998. Sonia era una chica alta, estaba de pie, con el pelo largo y lacio como espaguetis y unos ojos verdes que miraban avergonzados hacia el objetivo.

Mientras se concentraba en los miles de cosas a las que en el curso de la semana no podía atender, la mujer no se dio cuenta de inmediato de que el teléfono de su casa había empezado a sonar. Ya nadie la llamaba al fijo, aparte de los representantes de las compañías telefónicas que trataban de ofrecerle nuevos contratos. La única razón por la que no lo había desconectado era que de ese aparato colgaba el último hilo de esperanza que aún la unía a su hija: estaba convencida de que, si algún día Sonia se decidía a buscarla, se acordaría de ese viejo número. Pero esta vez ella vaciló en responder. ¿Quién podría ser un domingo por la mañana?

—¿Daniela Roda? —Era la voz de un niño.

—Sí, soy yo.

—Espere un segundo, hay una persona que quiere hablar con

usted.

Luego se oyó una voz femenina.

—Mamá... soy yo.

Era Sonia.

Daniela sintió que le daba vueltas la cabeza, y se dejó caer en el sofá. La impresión la había bloqueado por completo y solo podía emitir sollozos. No sabía qué decir, qué preguntarle. Fue Sonia quien rompió el hielo. Una de sus hijas tenía un problema de visión y el médico quería averiguar si se trataba de un problema hereditario. Se despidieron con la promesa de verse. Su madre le dejó su número de móvil y a continuación no pudo dejar de vigilarlo compulsivamente, con una mezcla de euforia y miedo a que su hija pudiera desaparecer de nuevo.

Daniela era la hermana de Monica Roda, esposa de Giuliano Morselli y madre de Cristina. Hasta antes de su alejamiento, Cristina y su primita Sonia pasaban las tardes juntas después del colegio en casa de su abuela, mientras sus madres Monica y Daniela estaban en el trabajo. Solo se llevaban un año de diferencia —Sonia era la mayor—, pero estaban muy unidas. Solían jugar con las Barbies y dibujaban. De vez en cuando Sonia se enfadaba un poco con Cristina, que la copiaba. A veces ambas se quedaban a dormir en casa de su abuela. Y así pasaban la noche en la cama grande, riéndose y contándose historias hasta que las rendía el sueño. Tampoco era raro que otras veces Cristina pasara las tardes en casa de su tía materna, quien la consideraba como una segunda hija. Daniela vivía sola con Sonia en Finale Emilia, tras una complicada separación de su marido. Juntos tuvieron otro hijo, más mayor, que se había quedado a vivir en Massa Finalese con su padre.

Luego, en julio de 1998, Cristina había desaparecido, y aunque Sonia no entendía del todo el significado de la palabra *alejamiento*, había intuido que a su primita le había pasado algo aterrador. Meses después, Cristina acusó a toda su familia paterna de violencia sexual, involucrando a los hermanos de su padre

Giuliano y a la tía Lorena junto con su marido y sus cuatro hijos. A los investigadores les dijo además que entre los niños presentes en los cementerios también estaba su prima por parte materna: Sonia. Quien la llevaba allí de noche era su padre Massimo, que, según decía, formaba parte de la banda de pederastas devotos de Satanás. El 12 de noviembre de 1998, mientras la policía irrumpía en las casas de las familias Morselli y Covezzi, una patrulla se presentó también ante la puerta del piso de Massimo, para detenerlo, y en casa de Daniela, para recoger a Sonia. Los despertaron alrededor de las seis de la mañana. Daniela fue a abrir la puerta y se encontró frente a unos hombres uniformados y una trabajadora social.

—Señora, tenemos que llevarnos a su hija.

—¿Cómo que se la llevan?

Sonia, todavía adormilada, se asustó al ver a toda esa gente y empezó a llorar.

—Señora, tranquilícela, porque está muy nerviosa... Prepárele una mochila con algunas cosas.

Daniela entró en pánico.

—¿Qué, algunas cosas? ¿Adónde se la llevan?

Mientras tanto, una mujer policía había entrado en la habitación de la niña para comprobar que se estaba vistiendo. Luego Daniela, conteniendo las lágrimas, le puso la mochilita sobre sus hombros, prometiéndole que iría a buscarla esa misma tarde. En realidad, pocas horas después, el responsable de los Servicios Sociales Marcello Burgoni la esperaba en la comisaría de Mirandola para entregarle un decreto de suspensión de la patria potestad. Y una vez afuera, la mujer se encontró con Lorena y Delfino. Todos incrédulos, preguntándose cómo era posible que su sobrina, tan frágil, tan insegura, hubiera sido capaz de provocar aquel enorme caos.

Daniela y yo nos conocimos unos meses antes de la llamada por sorpresa de Sonia. Estaba exhausta. Destrozada por el dolor. La esperanza de poder volver a escuchar la voz de su hija, aunque no

fuera más que eso, iba desvaneciéndose con el paso de los años.

En un armario aún quedaban algunos juguetes, cuadernos escolares y una agenda negra, cuyo marcapáginas rojo se había quedado en la página del 12 de noviembre de 1998, donde estaban escritos en mayúsculas los deberes del día siguiente: ESTUDIAR GRECIA. En un cajón también había una redacción de la niña. La letra era clara y ordenada. Hablaba de un viaje a la zona de Mantua. Daniela se echó a llorar. Me encontré sentado en el suelo, consolando a una mujer que había conocido solo unos minutos antes.

Alguien llamó a la puerta. Era Maurizio, el hermano de Sonia. Repasar esa historia resultaba increíblemente difícil para él. Hablaba tan bajo que susurraba, y varias veces tuvo que interrumpirse para secarse las lágrimas.

Sonia y él se querían mucho. Cuando ella alcanzó la mayoría de edad, Daniela y su hijo recurrieron a un investigador privado, que la localizó en Reggio Emilia, donde había sido confiada a la familia de un abogado. No cualquier abogado, sino uno que defendía al Cenáculo Franciscano. Maurizio había ido a buscarla y se vio con ella fuera de la casa. Sonia parecía feliz de volver a verlo, y él le enseñó fotos de su hija recién nacida a quien le había puesto su mismo nombre. Luego le dejó el número de teléfono. «Mamá y yo te esperamos cuando quieras volver.» Justo en ese momento, sin embargo, la madre adoptiva había aparecido en el balcón, conminándole a que se fuera. Nunca más volvió a saber nada de ella.

Y ahora, en cambio, ahí estaba esa chica tímida, que con su ausencia se había llevado la sonrisa de aquella casa, emergiendo de las sombras, ya hecha una mujer y madre de dos niñas pequeñas. La espera de Daniela al final de esa llamada telefónica duró muy poco. Sonia, casi de inmediato, le envió un mensaje: «Mamá soy yo, este es mi número». A ella no le parecía verdad. Desde hacía veinte años no había oído a su hija llamarla así. Era la segunda vez en diez minutos. Y cuando, junto a Maurizio, volvió a abrazarla en

un centro comercial, los tres sintieron la misma extraña sensación de haberse despedido apenas la noche anterior.

—Luego... nos sentamos a una mesa a conversar, y de una billetera sacó una foto... —me contó Daniela—. Allí estábamos ella de pequeña y yo... Allí mi corazón me dijo: «Esta nunca te ha olvidado, nunca, nunca, nunca...». He vuelto a ser su «mamá», he vuelto a tenerla cerca.

Tenían mucho que contarse.

Unos meses después, Daniela me escribió un mensaje. «Sonia me ha pedido tu número de móvil. Dice que le gustaría hablar contigo.» Su hija me esperaba en el primer piso de una casa en un pueblo a las afueras de Reggio Emilia. Era una joven de pocas palabras, que permaneció en silencio durante toda su adolescencia sufriendo por la soledad y la distancia de sus seres queridos. Fue madre por primera vez a los veintitrés años, y aquello la había ayudado a cambiar su perspectiva y a hacerse preguntas. Tal vez *su madre*, a la que las psicólogas habían hecho trizas a lo largo de los años, insinuando en ella la duda de que era malvada y peligrosa, todavía la esperara. Nunca la había necesitado tanto como en ese momento.

—La eché de menos desde el día que di a luz a mi primera hija. Me encontré sola, en el paritorio, sin nadie, con una niña de tres kilos en brazos, no sabía ni cómo cambiarle el pañal. A partir de ahí comprendí... lo mucho que la extrañaba... La echaba de menos en las pequeñas cosas, en los consejos cotidianos, en cómo debía vestirla... en cómo debía comportarme si pasaba una cosa en lugar de otra, quiero decir... parecen estupideces, pero... Era un vacío...

Nadie, desde la mañana del 12 de noviembre de 1998, le había vuelto a dar ese cariño. Al igual que Marta, había vivido con una pareja adoptiva mucho mayor que ella.

—Eran personas frías, sin sentimientos. Él tenía sesenta y siete años y ella sesenta y cuatro. Yo parecía un objeto, sacado de un sitio y llevado a su casa.

Al alcanzar los treinta años, Sonia había cobrado conciencia de haber vivido en carne propia lo que constituía un secuestro en toda regla. El rencor hacia esas psicólogas, que había permanecido latente durante tanto tiempo, estalló entonces como un incendio.

—Yo recuerdo todo lo que me pasó... todo. Quiero ver a estas personas fuera de ese entorno. No deben volver a tener trato con niños. Eso es lo que pido. No me importa nada más... ni las disculpas, ni el dinero... nada, me importa una mierda... lo hago por los niños de hoy, para que nadie tenga que sufrir lo que yo he sufrido.

Tras la llegada de la policía, a Sonia la llevaron a Forlì, a una casa comunitaria donde esperaba que su madre la recogiera esa misma noche. Sin saber que, si la hubiera buscado o se hubiera acercado a ella, Daniela se habría arriesgado a que la detuvieran.

Massimo, el padre, tras un período de detención, acabó entre los acusados en el juicio *Pedófilos-2*, en el que fue condenado en primera instancia y luego absuelto por el tribunal de apelación y el Supremo. A diferencia de los otros niños interrogados por las psicólogas y los jueces, su hija no hablaba. No acusaba a nadie. Lo negaba todo. Las violaciones, los cementerios. Todo.

A Daniela, a la que la investigación ni siquiera rozó, se le pidió que acudiera a las reuniones con un psicólogo de los Servicios Sociales, encargado de evaluar la capacidad de las madres y de los padres involucrados. Y como ya había hecho con los otros padres, el hombre le dio a entender que admitir la violencia cometida contra su hija era la única forma posible de que *quizá algún día* pudiera volver a verla. La madre se había negado. Massimo podría haber sido un pésimo marido y un padre poco presente, pero a su hija esas cosas no se las había hecho.

Mientras tanto, la pequeña había empezado la larga serie de encuentros con Valeria Donati. La psicóloga no había perdido el tiempo.

—Me decía que mi madre no era buena porque no me protegía, y prácticamente estaba de acuerdo con mi padre, que me hacía esas cosas, que abusaba de mí, que me llevaba a los cementerios. Mi madre lo encubría. —Sonia lo negaba. Con palabras o con largos silencios embarazosos. No tardaría en comprender que «No pasaba nada» no era la respuesta que esperaba la psicóloga.

Su prima Cristina había hecho unas declaraciones muy graves, que requerían una acción inmediata. Por lo tanto, ni hablar de volver a ver a su madre, al menos hasta que Sonia dejara de hacer mutis.

—Tenía que olvidarme de ella, porque hasta que... no contara lo que contaban los otros niños, no la volvería a ver. —Pero Sonia seguía resistiéndose. Incluso cuando Donati y Benati la habían preparado para la visita con la doctora Maggioni—. Me dijeron que si no sacaba la cámara fotográfica no habría problema. En cambio, si tenían que sacar fotos, entonces me tenía que preocupar. Porque eso significaba que había signos de violencia...

Se trataba de una mentira. Cuando se visita a una niña de la que se sospecha que haya sido objeto de abusos, siempre se sacan fotografías, porque se convierten en material probatorio. La doctora había tomado fotografías de sus partes íntimas. Había signos de abuso. Y daba igual que en el juicio otro perito hubiera expresado fuertes dudas al respecto. Lo había dicho la doctora Maggioni. Y con eso bastaba.

—En cada reunión se me recordaba que la exploración hablaba claro, y que por lo tanto de nada me servía seguir en silencio. Las señales eran tan evidentes que ya no había duda alguna, era una certeza.

Estábamos sentados en el sofá de su casa. Sonia a veces se quedaba bloqueada. Lloraba en silencio. Sin quejas, sin sollozos. Solo lágrimas que corrían por su rostro.

—Yo decía que nada de eso era verdad, nada... No me importaba lo que dijera Donati o lo que hubiera dicho Maggioni. —Pero en ese momento la actitud de los médicos se volvió más hostil—. Me dijeron que era una mentirosa, que no era valiente,

que, total, ellos lo sabían todo... porque los otros niños ya estaban hablando. Violencia psicológica y nada más, eso es lo que era. Es decir, ella hablaba durante una hora, durante cuatro años y medio, todas las semanas, delante de una niña que lloraba... y seguía impasible con su relato, es decir, cualquier cosa que yo dijera no tenía la menor importancia.

Donati quería saber cosas sobre su relación con Cristina. Lo que hacían juntos, a dónde iban, a quién veían. Sonia le había contado que a veces iba a su casa en el campo a las afueras de Massa Finalese, donde sus tíos tenían un cobertizo con herramientas. Y donde jugaban con unos gatitos.

—Valeria no dejaba de decirme: «Ya sabemos que a los gatos los torturaban frente a vosotros, en las noches en los cementerios, los mataban, os obligaban a beber su sangre». —Y si no se acordaba de esas cosas horribles era porque sus padres le habían lavado el cerebro para que las olvidara. Sonia siguió en silencio. Seguía pidiendo volver a ver a su madre, pero no había manera.

El 22 de marzo de 2000, un año y medio después de la última vez que se vieron, la convocó la jueza Eufemia Milelli para grabar una audiencia protegida.

—Escucha, Sonia, ¿sabes quién soy?

—Sí.

—Soy una jueza, ¿sabes también lo que tenemos que hacer hoy?

—Sí.

—¿Cuántos años tienes?

—Once...

—Te pregunto esto. Si quieres volver a casa de tus padres.

—Sí.

—¿Con quién te gustaría volver?

—Con mamá.

—¿Tienes un buen recuerdo de mamá?

—Sí...

—¿Estás segura de eso?

—Sí...

—¿Tú crees que las cosas que ha dicho Cristina son verdad o

no?

—Yo creo que no...

—¿Por qué no? Explícamelo mejor.

—Porque a mí nunca me ha pasado nada... Mis padres no me han hecho nunca nada...

—¿Alguna vez tu papá te ha llevado a lugares extraños, no normales para los niños?

—No.

—¿No o no te acuerdas?

—No.

Ni eso siquiera fue suficiente. Había permanecido encerrada en una comunidad, con la prohibición absoluta de reunirse con sus familiares. Al año siguiente los jueces del Juzgado de Menores de Bolonia, en un informe, habían llegado a definirla como una «pequeña encubridora». Su comportamiento se consideraba inaceptable, similar al de los niños criados en familias mafiosas. Desesperada, Daniela comprendió que la única manera de volver a verla era presentarse en los Servicios Sociales de Mirandola y declarar: «No descarto que mi hija haya sido objeto de abusos sexuales».

Así, tres años después, le habían concedido un encuentro protegido, en presencia de Valeria Donati. Con una condición muy específica:

—No podíamos hablar libremente... No podía preguntarle ciertas cosas, por ejemplo, no podíamos volver sobre el pasado —me dijo Sonia—. No podía dejar traslucir ningún sentimiento, ninguna emoción, ningún pensamiento..., o sea, tenía miedo de pensar porque creía que podían leerme el pensamiento... No conseguíamos ser espontáneas, de hablar, de... fue algo tristísimo.

Daniela se encontró frente a una chica que se comportaba como una extraña. No la miraba, contestaba con monosílabos. Como si tuviera *miedo* de ella.

Eso era verdad. Después de tres años de lejanía y de insistentes interrogatorios, su hija se había convencido de que volver a casa sería peligroso. Le habían hecho creer que su madre la habría convertido en prostituta. Sobre todo, ahora que era

mayor. Esa mujer que lloraba frente a ella le recordaba todo el dolor y la soledad que había sentido hasta ese momento. Sus encuentros mensuales habían continuado incluso después de que Sonia dejara las instalaciones de Forlì y se hubiera mudado con la familia de acogida.

Daniela me enseñó algunas grabaciones en vídeo de sus encuentros protegidos, siempre bajo la atenta mirada de las psicólogas. Cuanto mayor se hacía, más distante parecía Sonia. Su madre le hablaba, le llevaba regalos, ropa, pero el lenguaje corporal de su hija indicaba un fuerte malestar. Permanecía sentada con las manos entre las piernas cruzadas. Sus respuestas siempre eran breves. Durante la última visita, poco antes del decimoctavo cumpleaños de Sonia, Daniela le dijo que ahora también podrían verse fuera de ahí. Pero su hija meneó la cabeza: «No lo creo». No se habían visto desde entonces.

Cuando, poco después, la compañera de Valeria Donati en el CAB, Daniela Cassanelli, se enteró de que su hermano Maurizio se había presentado en su casa, entregándole una foto de su sobrina recién nacida y dejándole el número de teléfono, la puso en guardia: esa foto era falsa. Un patético intento de reconquistarla. No debía caer en la trampa. Es más, la había convencido de tirarla y de borrar de la agenda del móvil ese número de teléfono delante de ella.

Tuvieron que pasar años antes de que se convenciera para reanudar la relación. Y antes de comprender —de una vez por todas— de que había perdido dos tercios de su vida lejos de las únicas personas que la habían amado de verdad.

Diciembre de 2018

Carlo había vuelto a casa a la hora de cenar. Estaba muy enfadado. Se había pasado toda la tarde discutiendo con alguien por teléfono y estaba de muy mal humor. No tenía ganas de ver a nadie ni de hacer nada. Se tiró en el sofá para mirar el techo. Esa noche la pasaría solo, zapeando en la televisión y tratando de que se le disipara la rabia. Entonces oyó el timbre de la puerta. A través de la oscuridad y la niebla, solo alcanzó a distinguir una silueta en la verja.

—¿Quién es?

No hubo respuesta.

—¿Quién es? —insistió, cruzando el camino de entrada, perplejo.

Entonces la vio. Una hermosa chica de pelo castaño y ondulado. Su hermana. Marta. Se le echó al cuello, llorando. Ella también lloraba.

Entraron juntos a la casa y él la llevó al desván, donde estaba la vieja caja de su madre. Miraron las fotos y Marta volvió a emocionarse al ver el álbum que Francesca había preparado con esmero nada más nacer, pegando una a una las fotos de su bautizo.

Le llevaría algo de tiempo acostumbrarse a la idea de tener un hermano. Pero eso ambos lo sabían. Por ahora, lo único que importaba era que habían vuelto a verse. Después de veintiún largos años.

Esa noche yo estaba sentado en la cama. Era tarde. Mis hijos Yasmine y Sebastian dormían en su cuartito. Yo estaba recostado, con el ordenador sobre las piernas. El teléfono de la mesita de

noche empezó a vibrar. Una videollamada. Eran Marta y Carlo, juntos, que sonreían avergonzados y me saludaban. Me quedé sin palabras.

Cuando terminó la llamada telefónica, pasé media hora mirando al vacío.

Y por primera vez, al cabo de mucho tiempo, yo también me eché a llorar.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a Alessia Rafanelli, periodista y compañera de viaje en esta larga investigación que nos llevó a ser coautores de la audioserie homónima *Veneno*, publicada en ocho episodios en el sitio web «Repubblica.it». Su contribución, su tenacidad y su arduo trabajo fueron fundamentales para esta investigación.

Gracias también a Gipo Gurrado (música y diseño de sonido), Marco Boarino (dirección artística) y Debora Campanella (investigación y revisión), por formar el equipo que produjo los primeros siete episodios del pódcast.

Gracias a Luca Micheli, músico, diseñador de sonido y director radiofónico que me señaló esta historia y editó y puso música al octavo episodio. El título *Veneno* es una idea de su mujer, la guionista Sabina Tinelli.

Gracias asimismo al Visual Desk del periódico *la Repubblica* por apoyar y publicar este proyecto.

Todo el proceso de investigación que hay detrás de *Veneno* no hubiera sido posible sin dos personas que ya no están con nosotros: Oddina Paltrinieri y el padre Ettore Rovatti. Su extraordinario trabajo de estudio y recopilación de documentos y testimonios nos sirvió de guía. Quiero darles las gracias a los dos. El libro de Rovatti, *Don Giorgio Govoni. Martire della carità, vittima della giustizia umana* [El padre Giorgio Govoni. Mártir de la caridad, víctima de la justicia humana], ha sido un texto precioso para nosotros.

Gracias a la familia de Oddina Paltrinieri —su marido Silvio Panzetta y sus hijas Giulia y Claudia—, quienes me ayudaron mucho durante mi investigación, acogiéndome en su casa a lo largo de los años y permitiéndome acceder a todos sus archivos. El mismo apoyo por el cual doy las gracias a Antonella Diegoli,

maestra de primaria de Finale Emilia y feligresa del padre Ettore.

Gracias a la abogada Patrizia Micai, una de las letradas que siguió este caso desde el principio y que me ayudó mucho a moverme en un terreno, el de la justicia, con el que no estaba muy familiarizado, dedicándome un número inimaginable de horas, a pesar de sus numerosos compromisos.

Y gracias también a los abogados Pier Francesco Rossi, Cristina Tassi y Guido Bomparola por la enorme disponibilidad de la que han hecho gala.

La psicóloga legal Chiara Brillanti, en la época de los hechos asesora de la defensa, ha sido otra profesional que dedicó largas y preciosas horas a explicarme distintos aspectos de este asunto que de otra manera no habría entendido. Junto a ella también quiero dar las gracias al neuropsiquiatra infantil Giovanni Battista Camerini, al psiquiatra forense Marco Lagazzi, al psicólogo y abogado Guglielmo Gulotta, a los psicólogos Angelo Zappalà, Rita Rossi, Corrado Lo Priore y a los profesores Giuliana Mazzoni y Massimo Introvigne.

Cada uno de ellos respondió a mis miles de llamadas telefónicas y a miles de preguntas con mucha paciencia.

Gracias a Antonio Platis, concejal del Ayuntamiento de Mirandola que solicitó el acceso a los documentos en los que encontré todas las cifras destinadas al CAB para la atención de los niños alejados de sus familias.

Gracias a Paolo Repetti y a Francesco Colombo, de Einaudi Stile Libero, por haber creído en este proyecto y a mi editora Roberta Pellegrini, que durante meses me siguió, motivó y ayudó con sus valiosos consejos.

Gracias a mi abogada, Francesca Infascelli, por insistir en que trabajara en este libro cuando estaba a punto de abandonarlo.

Y, por último, gracias a mi esposa Debora y mis hijos Yasmine y Sebastian por la paciencia con la que me esperaron cada vez que me marchaba y por los abrazos con los que me recibían cada vez que volvía. Sois mi refugio. Lo sois *todo*.

Bibliografía

Para la reconstrucción, análisis y narración de los hechos contenidos en este libro, además de la documentación procesal formada por cientos de páginas de sentencias, actas de vistas, informes de los Servicios Sociales y de los juzgados de menores y vídeos de audiencias protegidas, me han resultado fundamentales las siguientes obras:

BECCARIA, Antonella, *Bambini di Satana. Processo al diavolo: i reati mai commessi di Marco Dimitri*, Roma, Stampa Alternativa, 2006.

CAMERINI, Giovanni, y Guglielmo GULOTTA, *Linee guida nazionali. L'ascolto del minore testimone*, Milán, Giuffré, 2014.

CORTELLONI, Augusto, *Pedofilia e satanismo, risorge l'Inquisizione. Quel pasticciaccio della Bassa Modenese*, 2000, disponible en: <http://dibattitopubbl.ucoz.com/_fr/0/Cortelloni_Augu.pdf >.

DURY, B., y S. WEISER, «McMartin Pre-School. Anatomy of a Panic», *The New York Times*, 14 de marzo de 2014.

GOLEMAN, Daniel, «Studies Reveal Suggestibility of Very Young as Witnesses», *The New York Times*, 11 de junio de 1993.

INTROVIGNE, Massimo, *Satanism. A Social History*, Leiden-Boston, Brill Academic Pub, 2016.

NEIMARK, Jill, «The Diva of Disclosure», *Psychology Today*, 1 de junio de 1996.

ROACH, Marilynne K., *Six Women of Salem. The Untold Story of the Accused and Their Accusers in the Salem Witch Trials*, Cambridge, Da Capo Press, 2013.

ROVATTI, Ettore, *Don Giorgio Govoni. Martire della carità, vittima della giustizia umana*, Módena, Artioli, 2003.

SHALES, T., «The Devil to Pay», *The Washington Post*, 27 de octubre

de 1988.

SMITH, Jordan, «Believing the Children», *The Austin Chronicle*, 27 de marzo de 2009.

STEFFENONI, Luca, *Presunto colpevole. La fobia del sesso e i troppi casi di malagiustizia*, Milán, Chiarelettere, 2009.

Transmissions from Jonestown, pódcast disponible en: <http://radiojonestown.libsyn.com/>, 7 de noviembre de 2017.

ZAPPALÀ, Angelo, *Abusi sessuali collettivi sui minori. Un'analisi criminologica e psicológico-investigativa*, Milán, FrancoAngeli, 2009.

Notas

1. El 1 de abril es en muchos países, entre ellos Italia, el día destinado a gastar bromas, que en la mayoría de los países hispánicos se celebra el 28 de diciembre. *(N. del T.)*

1. Algo más de 50 euros. *(N. del T.)*

1. Entre 2.500 y 5.000 euros. *(N. del T.)*

1. Más de 70.000 euros. *(N. del T.)*

1. 360 euros. *(N. del T.)*

1. Famosísimo concurso de canciones infantiles celebrado anualmente desde 1959 en Italia, con resonancia internacional. *(N. del T.)*

Veneno. También los niños saben mentir. Y una historia suya puede desencadenar el infierno
Pablo Trincia

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: Veleno. Una storia vera

© 2019, Pablo Trincia
© 2019, Giulio Einaudi Editore S. p. A., Turín

© 2022, Carlos Gumpert, por la traducción

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la cubierta, Agustín Escudero

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2023

ISBN: 978-84-344-3646-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!